

Mobilización y protesta de las clases medias argentinas

**Cacerolazo
y asambleas barriales**

Valeria F. Falletti



FOTO PABLO CEROLINI

Colección Teoría y Análisis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



CLACSO

MOVILIZACIÓN Y PROTESTA
DE LAS CLASES MEDIAS ARGENTINAS
CACEROLAZO Y ASAMBLEAS BARRIALES

Esta coedición de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, fue dictaminada por pares académicos externos especialistas en el tema.

Primera edición, 6 de junio de 2012

DR © 2012 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Colonia Villa Quietud, Coyoacán
04960, México, D. F.

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
Torre II de Humanidades 4º piso,
Circuito Interior, Ciudad Universitaria,
Delegación Coyoacán, México, 04510, D. F.
[www.ceiich.unam.mx]

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1101 AAX
Ciudad de Buenos Aires | Argentina | Tel. (54 11) 4304 4302
[clacso@clacso.edu.ar] [www@clacso.org].

ISBN: 978-607-477-671-3

ISBN de la colección Teoría y Análisis: 978-970-31-0929-6

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Mobilización y protesta de las clases medias argentinas

Cacerolazo y asambleas barriales

Valeria F. Falletti



Casa abierta al tiempo **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



CLACSO



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, Enrique Fernández Fassnacht

Secretaria general, Iris Santacruz Fabila

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD XOCHIMILCO

Rector, Salvador Vega y León

Secretaria, Patricia E. Alfaro Moctezuma

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Director, Jorge Alsina Valdés y Capote

Secretario académico, Carlos Alfonso Hernández Gómez

Jefe de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

José Luis Cepeda Dovala (presidente)

Ramón Alvarado Jiménez / Roberto Constantino Toto

Sofía de la Mora Campos / Arturo Gálvez Medrano / Fernando Sancén Contreras

COMITÉ EDITORIAL

Graciela Lechuga Solís (presidenta)

Francisco Luciano Concheiro Bórquez / Anna María Fernández Poncela

Felipe Gálvez Cancino / Diego Lizarazo Arias

Yolanda Massieu Trigo / Jaime Sebastián Osorio Urbina

Alberto Isaac Pierdant Rodríguez / José Alberto Sánchez Martínez

Verónica Alvarado Tejada

Asistencia editorial: Varinia Cortés Rodríguez / Alina Sánchez Uribe

Diseño de portada: Irais Hernández Güereca



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS

EN CIENCIAS Y HUMANIDADES (CEIICH)

COMITÉ EDITORIAL

Maya Aguiluz Iburgüen / Norma Blazquez Graf

Ana María Cetto Kramis / Margarita Favela Gavia

José G. Gandarilla Salgado / Elke Köppen Prubmann

Rogelio López Torres / Mauricio Sánchez Menchero

Isauro Uribe Pineda



CONSEJO LATINOAMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES

Editor responsable, Emir Sader, secretario ejecutivo de Clacso

Coordinador académico, Pablo Gentili, secretario ejecutivo adjunto de Clacso

ÁREA DE PRODUCCIÓN EDITORIAL Y CONTENIDOS WEB

Responsable editorial, Lucas Sablich

Director de arte, Marcelo Giardino

Clacso cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Índice

AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO.	15
INTRODUCCIÓN.	23

PRIMERA PARTE

Capítulo 1. El <i>cacerolazo</i> y las asambleas barriales en Argentina	33
Antecedentes	33
Las emociones en la política.	41
Recursos culturales: la memoria y el lugar del relato	48
Recursos simbólicos: la identidad y el acto de identificación.	50
Capítulo 2. La clase media argentina	55
La conformación de la clase media	57
Fin de siglo: la persecutoria idea de la “caída” social	64

SEGUNDA PARTE

Capítulo 3. Del <i>cacerolazo</i> a las asambleas barriales	71
Proceso colectivo: del <i>cacerolazo</i> a las asambleas barriales	71
El estado naciente: el <i>cacerolazo</i> del 19 de diciembre	72
La acción colectiva del <i>cacerolazo</i> y su automatismo	81
¿Quiénes y por qué se sumaron a las asambleas barriales?	87
Capítulo 4. Las asambleas barriales. La institucionalización del estado naciente	97
Las asambleas barriales de Buenos Aires	97
Caracterización del objeto de estudio	106
Las asambleas barriales y su relación con otras instituciones	121
Capítulo 5. Los recursos subjetivos y colectivos de los asambleístas	127
Afectividad y emociones	128
Los recursos culturales. Las concepciones de política y militancia política	139
Los recursos simbólicos	145
Diferencias entre las asambleas barriales y el Movimiento de Trabajadores Desocupados	154

Capítulo 6. ¿Qué piensan los que no participan en política?	163
Contexto sociopolítico. El conflicto del campo: marzo a julio de 2008	163
Concepciones de <i>política</i>	167
Contrapuntos con la experiencia asamblearia	183
CONCLUSIONES.	187
I	187
II	188
ANEXO METODOLÓGICO	197
BIBLIOGRAFÍA	219
Bibliografía citada	219
Entrevistas realizadas a los asambleístas en 2006.	225
Grupos focales con ciudadanos sin participación política, julio de 2008.	226
Material de prensa periodística	226
Documentos de circulación por correo electrónico	227

*A mi madre Rosa,
a Juan y Catalina*

Agradecimientos

SON NUMEROSOS LOS MOMENTOS, las personas y las instituciones que fueron dando vida, forma y profundidad a este libro, agradezco a todos por su apoyo y confianza.

Esta obra tiene como base la tesis con la que obtuve el doctorado en ciencias sociales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) con sede en México, con apoyo económico del Ministerio de Educación de Argentina. Mi agradecimiento a ambas instituciones por brindarme el apoyo que hizo posible la realización de este trabajo.

Quisiera agradecer a mis colegas de la cátedra de Teoría y Técnica de Grupos 1 de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Ana María Fernández, Mercedes López, Sandra Borakievich y al equipo de investigación con quienes comencé a elaborar y discutir mis primeras ideas y reflexiones sobre las asambleas barriales en diciembre de 2001, justo cuando estaban sucediendo los hechos.

Una mención especial a mi directora de tesis, Cecilia Bobes, quien se ha comprometido con mi proceso de formación, de investigación y de escritura. La doctora Bobes fue también la coordinadora del seminario de tesis junto con Santiago Carassale, mi agradecimiento también va para él. A María Luisa Tarrés, profesora del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, quien se desempeñó como lectora crítica y aguda de mis avances. Un agradecimiento afectuoso a mis compañeros y amigos del doctorado, especialmente a Victoria Chanquín, Cristina Herrera, Paula Mussetta, Guillermo D'Abraccio y Daniel Vázquez, quienes además actuaron como interlocutores en el proceso de concebir y precisar varias de las ideas centrales de mi tesis.

Gracias a Javier Auyero, quien en septiembre de 2006 accedió a tener una larga conversación e intercambio en Stony Brooks, cerca de New Haven, durante mi estancia de investigación en el departamento de Estudios Ibero-latinoamericanos de la Universidad de Yale, con el apoyo de Flacso. Un agradecimiento a Jean Silk, quien nos guió durante la estancia, en la que pude realizar una búsqueda bibliográfica actualizada y novedosa de las temáticas de interés para mi investigación.

Agradezco a los colegas y estudiosos de las asambleas barriales, a Matías Rossi, Matías Triguboff y Hernán Ouviaña, con quienes en 2006 intercambié reflexiones durante mi trabajo de campo en Buenos Aires.

Un profundo agradecimiento a Jorge Cadena Roa, quien además de ser uno de los lectores de mi tesis me asesoró durante mi estancia de posdoctorado en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y me impulsó para que la publicara. En ese centro continué mi trabajo de campo, realicé entrevistas y coordiné grupos focales con habitantes de la ciudad de Buenos Aires sin participación política en los meses de marzo y julio de 2008. Un agradecimiento al Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México (CEIICH-UNAM) y particularmente a quienes apoyaron y confiaron en la coedición de este libro. Asimismo, un reconocido agradecimiento al Departamento de Publicaciones de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, por su apoyo y su confianza para la materialización de este libro, y por ser un pilar fundamental en todo el proceso de edición y publicación.

Un afectuoso agradecimiento a los asambleístas de los distintos barrios de Buenos Aires, quienes accedieron amablemente a ser entrevistados, compartieron sus ideas e intuiciones políticas tan agudas y precisas; gracias a su tiempo y dedicación hicieron posible los primeros avances de este libro. También mi agradecimiento es para los ahorristas entrevistados.

Mi agradecimiento a los funcionarios de los Centro de Gestión y Participación Comunal (CGPC), por su colaboración en el establecimiento de contactos con los vecinos de distintos barrios de Buenos Aires para la conformación y realización de los grupos de discusión. Al arquitecto Fernando Boffi Lissin, director del área Socio Cultural del CGPC 13 al que pertenece, entre otros, el barrio de Colegiales. A María Eugenia Salazar, directora del área Socio Cultural del CGPC 15 al que pertenece el barrio de Villa Crespo. A Inés Balbín, directora del Centro Cultural de Colegiales donde funcionan los talleres culturales, y que generó las condiciones para coordinar y realizar uno de los grupos de discusión. A Carlos Méndez, director del Centro Cultural de Villa Crespo donde realicé y coordiné otro de los grupos. También a los primeros contactos institucionales establecidos, a Karina Waisman, asesora del director del CGPC 5 al que pertenece el barrio de Almagro. A Beatriz Belfiore, directora del área Socio Cultural del CGPC 9 al que pertenece el barrio de Liniers. A mi hermano, Sergio, que me ayudó a conformar el tercer grupo de discusión a través del contacto con sus amigos y conocidos, incluyendo así la visión joven de la problemática sobre participación y política. A los integrantes de los grupos de discusión por su tiempo y disposición. A los entrevistados durante el 2008, habitantes de Buenos Aires sin participación política, que colaboraron con su tiempo y sus reflexiones sobre diversos temas.

Gracias a mis amigas de aquí, ciudad de México, y de allá, Buenos Aires, quienes se hicieron presentes de varias y fundamentales formas, compartiendo discusiones, recomendando lecturas, brindando sus impresiones, acompañándome en las diferentes etapas del proceso. Mi agradecimiento para Amalia Gracia, Gisela Zarembeg, Anto-

nia Muñoz, Gabriela Altaraz, Paula Bilder, Gabriela Wagner y Gabriela Pombo. A mis hermanos, Tulia y Sergio, por su cariño, afecto y acompañamiento, a mis padres Rosa y Sergio por su amor, y porque me enseñaron y transmitieron los frutos del trabajo y la perseverancia. A mis sobrinos Tomás y Emma por su alegría y vitalidad.

Gracias también a Juan Cruz Olmeda, quien me acompañó afectiva e intelectualmente desde los inicios del doctorado, con quien he compartido gran parte del proceso de escritura y de discusión, y que muy amablemente estuvo dispuesto a leer partes del trabajo con el objetivo de hacer recomendaciones de contenido y forma. Gracias a Juan y a nuestra hija Catalina por dar sentido y motivo a los días de “todos los días”.

Prólogo

LLAMAMOS *ACCIÓN COLECTIVA* a un conjunto amplio y diverso de fenómenos sociales que tienen variedad de orígenes, orientaciones, ritmos, duración, magnitud y consecuencias. La acción colectiva que se reitera durante periodos prolongados; se desarrolla por vías contenciosas; se convierte en movimientos sociales que oscilan entre los polos de la política institucional y de la política de protesta (entre la política que se desarrolla en el campo de los partidos, las elecciones, los órganos de representación y las formas reconocidas de participación), y también de la política que se da en el extremo opuesto, por fuera de los partidos, de los órganos de representación y participación convencionales y muchas veces en abierto desafío a ellos.

Cada una de estas dimensiones amerita, desde luego, análisis particulares que nos ayuden a comprender por qué la acción colectiva surge en determinados momentos; por qué asumen esas orientaciones en particular cuando en el mundo sobran problemas que esperan atención; por qué a momentos de relativa calma y aquiescencia siguen otros de efervescencia y movilizaciones que desafían el orden establecido; por qué unas se extinguen antes de alcanzar los fines que perseguían y otras, en cambio, dejan un legado que establece nuevos puntos de partida para las siguientes olas de acción colectiva; por qué unas movilizan a escasas decenas de personas y otras a cientos de miles; por qué en algunos casos la acción colectiva se apoya en el tejido institucional, político y partidario, y otras veces se orienta en su contra.

Cada dimensión de la acción colectiva y de los movimientos sociales es suficientemente rica y compleja de analizar, despierta numerosas preguntas para quien se acerca a ellas desde la sociología política. Sin embargo, alguien que observa desde el punto de vista de la psicología social, como Valeria Falletti, no puede dejar de preguntarse sobre los procesos de transformación que la acción colectiva provoca en las subjetividades. No podía ser de otra manera puesto que la superación de obstáculos que dificultan la acción deliberada requiere, como sugiere el pragmatismo norteamericano (Dewey, 1922; 1981; James, 1981; Mead, 1934; Peirce, 1934), de procesos de innovación y creación (Joas, 1996). La repetición de acciones basadas en la rutina y en los hábitos no puede continuar en medio de situaciones de colapso del orden conocido, el cual debe ser reinterpretado. Esa reinterpretación es, en sí misma, un acto creativo

del actor. Si éste consigue reorientar su acción a partir de esa reinterpretación de la situación, entonces entran elementos novedosos al mundo subjetivo, social y material. Si se considera exitosa esa nueva manera de actuar, a partir de la evaluación de los resultados obtenidos, puede convertirse en nuevo hábito, nueva rutina irreflexiva o nuevo sentido común. Cuando la acción enfrenta situaciones de emergencia, la única alternativa es romper con las rutinas, tratar de entender sus causas, revisar creencias y convicciones, dar cauce a la creatividad individual y colectiva para lidiar con la incertidumbre y las emociones que trae consigo lo inesperado, como el miedo y la angustia; “nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido” (Canetti, 1981). Para la acción colectiva, la diferencia entre tratar de superar obstáculos y superar emergencias radica fundamentalmente en el sentido de urgencia y de amenaza que le imprimen estas últimas a los actores. Cuando la acción enfrenta obstáculos se requiere de medios alternativos para conseguir los fines esperados; sin embargo, las emergencias amenazan los recursos, las capacidades e incluso la sobrevivencia de los actores, quienes no disponen de mucho tiempo para analizar, ponderar cursos de acción alternativos, tomar decisiones, coordinar la acción colectiva y actuar. Los tiempos, las emociones, los riesgos que se ponen en juego en cada caso son distintos.

De cualquier modo, la superación de obstáculos y de emergencias que se oponen a la acción colectiva provocan cambios importantes en las percepciones de los actores sociales sobre la posibilidad de intervenir en el mundo de acuerdo con ciertos fines, pero también en las autopercepciones, cómo se ven a sí mismos los actores. En ocasiones el enojo acicatea la acción; la desesperación reanima la esperanza; las luchas por la sobrevivencia no permiten procrastinar, animan un sentido de agencia, la confianza en que los individuos y sus organizaciones pueden hacer una diferencia, a partir de saber que lo que no hagan ellos mismos no lo hará nadie más, que las estructuras se resquebrajarán y que el desastre que se genere puede ser destructivo o una oportunidad para reformar lo que haga falta. Quien quiera que haya estado en una situación de emergencia sabe que en esos episodios se despiertan algunas emociones conducentes a la acción colectiva (a la pelea), pero otras que la inhiben (que llevan al retraimiento, a la negación de la realidad, a la depresión o a la huida). En estos episodios algunas emociones negativas (como la victimización) pueden llegar a convertirse en impulsos para actuar. En estos momentos críticos se recrean identidades, símbolos, convicciones, creencias; se articulan de manera novedosa los valores y las preferencias individuales y colectivos. Quienes superan el miedo y la victimización pueden resignificar su capacidad de incidencia política. Una vez que esto sucede, independientemente de su capacidad de transformación, nada vuelve a ser igual porque nada es visto como antes. El imaginario social se enriquece con prácticas y formas organizativas, repertorios de protesta y nuevos vínculos en el tejido social.

Son varias las contribuciones que nos presenta Valeria Falletti en *Movilización y protesta de las clases medias argentinas. Cacerolazo y asambleas barriales*. En este libro se analizan las relaciones entre acciones colectivas “espontáneas” y otras más estables y

organizadas que inauguran canales de participación ciudadana frente al colapso económico y político. Ese colapso invita a que los ciudadanos se involucren en asuntos de interés público y que, en consecuencia, se politicen. En el curso de estos cambios en lo social, en lo político y en sus vínculos, se crean nuevos repertorios de protesta y de participación que implican a la vez procesos de transformación de las subjetividades. En esta dinámica se ven involucradas diversas emociones que activan recursos simbólicos y culturales y conducen a la creación de nuevas identidades colectivas. Los resultados de investigación que aquí se presentan comparan las percepciones de la clase media porteña con experiencia de participación, con las de otros sectores de la misma clase media pero sin antecedentes semejantes. A su vez estas formas de protesta de los sectores medios, definidos a partir de pautas culturales y repertorios simbólicos, son comparados con los movimientos populares, particularmente con el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD). De manera muy sintética, en este volumen se analiza el paso de lo social a lo político, del Estado naciente a la institucionalización de prácticas pasando por las transformaciones en la subjetividad de personas que se sienten abatidas por las pérdidas y la cancelación de futuros previstos. En este sentido, se considera la asamblea como una forma de organización y de decisión, como un repertorio de protesta y también como un medio de restitución de lo dañado. Se analizan las maneras como se apoyan y obstaculizan los movimientos ciudadanos y ciertas formas institucionales de participación política.

No conozco otro trabajo sobre acción colectiva en América Latina que, como éste, aborde de manera integral, detallada y cuidadosa, tantas dimensiones y procesos presentes en las protestas sociales; que analice de manera sistemática las relaciones entre agencia, emergencia y contingencia, desde los cambios bruscos en el entorno hasta las formas que los ciudadanos adoptan para intervenir en él, los cambios en las subjetividades que despiertan diferentes emociones, algunas de ellas favorables a la acción colectiva, otras desfavorables.

Recapitemos: situaciones de emergencia, acción colectiva, organización, deliberación, participación, emociones, transformación de las subjetividades, cambios en el entorno, contingencia. Nada menos. Los casos analizados, el cacerolazo del 19 de diciembre 2001 que coreaba la consigna “Que se vayan todos,” y la organización posterior de asambleas de barrios en Buenos Aires, en medio de una severa crisis económica y financiera, y del cuestionamiento a las autoridades políticas responsables de la crisis y de la adopción de políticas confiscatorias intolerables e injustas, pueden dar la impresión de que no dan para mucho más que una buena descripción densa de los acontecimientos y de las reacciones sociales. Pero Valeria Falletti se propuso pensar el tema con ambición teórica, una ambición que está ausente con frecuencia en los estudios sobre movimientos sociales en América Latina (Favela, 2005).

El vínculo entre procesos de movilización y sus efectos subjetivos está convincentemente documentado. También la sugerencia de que el Estado naciente y la institu-

cionalización (Alberoni, 1984) no son propiamente polos inconexos o alternativos, sino que hay elementos del Estado naciente que se pierden y otros que se conservan en los procesos de institucionalización. Además, es importante destacar la llamada de atención sobre las movilizaciones que surgen como respuesta a problemas estructurales (como la discriminación y opresión por género o raza) frente a protestas que surgen para superar obstáculos de la acción colectiva, y a situaciones de emergencia.

Los estudios que consideran que las protestas surgen espontáneamente no alcanzan a ver la estructura social preexistente, la experiencia y las capacidades de las personas que confluyen en ellas. Esta idea, en palabras de un entrevistado, se resume así: “nosotros no nacimos ese día”. Lo mismo puede decirse de estudios que consideran los movimientos sociales como reacciones defensivas o resistencias frente a procesos de cambio social (modernización, urbanización, industrialización, globalización), frente a cambios bruscos en las condiciones económicas (crisis, devaluaciones, pérdida de patrimonio y de ahorros), en las condiciones políticas (muerte de un dictador, amenazas de ruptura del orden constitucional), o en la sincronización de crisis económicas, crisis sociales y crisis políticas que en otras condiciones podrían administrarse por separado (Cadena-Roa y Falleti, 2011). Estas crisis, y particularmente su reforzamiento mutuo, pueden considerarse como desastres que súbitamente imponen agravios (Walsh y Warland, 1983) sobre sectores de la población que de un momento a otro se convierten en damnificados pero que, en el tránsito de lo individual y subjetivo a lo colectivo y político, recuperan y resignifican sus afiliaciones, saberes y prácticas, lo mismo que sus afectos y recursos simbólicos. Desde esta perspectiva, los desastres por cambios bruscos en las condiciones económicas y políticas son comparables con los desastres naturales (terremotos, huracanes e inundaciones) y con los desastres por fallas en los sistemas de protección civil (como las explosiones de gasoductos o fugas en plantas nucleares). Una diferencia importante entre ellos es que los desastres económicos y políticos suelen tener responsables identificables (por acción u omisión), a diferencia de los desastres naturales (en los que la naturaleza o fallas de protección civil diluyen la responsabilidad). La ocurrencia de catástrofes no provoca de manera automática, ni hace inevitable, la formación de actores colectivos, el uso de repertorios específicos, ni la conversión de acciones colectivas en movimientos sociales; sólo crea condiciones que urgen su formación y disparan procesos de definición colectiva de la situación, de los responsables, de las formas de intervención social y política más adecuados para controlar los daños y evitar su repetición, en la medida de lo posible, y mejorar las medidas de prevención. En este sentido, hay una revisión y reelaboración de los marcos de análisis que motivan la acción colectiva (Snow y Benford, 1988; 1992; Snow, Worden, y otros, 1986), que involucran aspectos cognitivos, interpretativos, atribucionales, y de diseño de formas de intervención social para corregir males.

Los desastres sociales, económicos, políticos y naturales crean problemas súbitos y convierten, de un momento a otro, a categorías más o menos numerosas de la pobla-

ción en damnificados que enfrentan situaciones inesperadas y adversas que requieren intervención urgente para sortear el desastre y participar luego en el restablecimiento de alguna forma de normalidad, de reparación de lo dañado y de establecimiento de salvaguardas que impidan la repetición de la emergencia. En este sentido, la emergencia puede catalizar la acción colectiva o, si se prefiere, la formación de actores colectivos, pero no hace más que acelerar procesos. Las organizaciones y afiliaciones preexistentes son los puntos de referencia de la rearticulación y participación social. En correspondencia a la formación de nuevos actores colectivos, las organizaciones preexistentes voltean a verlos, se interesan en ellos, ya sea para darles solidaridad o sumarlos a sus agendas, ya sea para acelerar procesos de cambio social o político, o para reforzar mecanismos de control social.

Las asambleas son un modelo organizativo de deliberación y decisión que implica definiciones muy específicas, por lo menos, sobre la participación horizontal de sus miembros en un esquema de democracia directa; por ello frecuentemente se las idealiza. Lamentablemente las asambleas pueden servir también para dar una fachada democrática a organizaciones verticales, ideológicas y autoritarias. En las asambleas tienen ventaja aquellos que cuentan con organizaciones, formación y experiencia política, capacidad de persuasión y convicciones apoyadas en ideologías acreditadas o utópicas. Por atrás de las discusiones abiertas en las asambleas suele haber grupos y *cliques* que han discutido con anterioridad cuáles son los puntos que se pondrán en consideración, qué decisiones se quieren alcanzar y cómo van a llegar a ellas.

Por supuesto, en las asambleas hay fenómenos emergentes y resultados imprevistos, pero también una intencionalidad de los mejor organizados, más politizados y con mayor militancia para que la asamblea decida lo que a ellos les apetece. Hay muchas maneras de conseguirlo. Quienes controlan la mesa de debates pueden definir el orden del día, la lista de oradores, el tiempo de discusión, las opciones que se votan y el recuento de votos cuando las mayorías no son evidentes. Desde luego, importa también que los grupos formales e informales que participan en las asambleas sean capaces de llevar a sus miembros y simpatizantes y hacer que se queden ahí hasta que se vote. Antes de las asambleas hay discusiones y negociaciones dentro y entre los grupos, de manera que pesan más las decisiones de los militantes comprometidos, que las de individuos que no han podido agregar sus preferencias. De manera paralelamente a los debates, en las asambleas hay negociaciones de acuerdo con el curso de los mismos y de la información que se da a conocer. La asamblea recubre con el voto mayoritario decisiones tomadas con antelación por grupos específicos. Como las discusiones son abiertas y las votaciones a mano alzada, la democracia directa en las asambleas funciona como una forma en la que, como solía decir René Zavaleta, la sociedad se denuncia y el poder se oculta. Las participaciones parecen ser de individuos y la influencia de grupos y líneas políticas se disimula. En las asambleas, dice Valeria Falleti, “no todas las voces tienen el mismo peso en el momento de tomar decisiones” y, en

ocasiones, “se llega a las asambleas con decisiones ya establecidas”. Las asambleas no están exentas “de la circulación de poder y de la arbitrariedad.” Estas conclusiones coinciden con mis propias observaciones sobre la práctica asamblearia en los movimientos sociales.

No es una tarea sencilla hacerle justicia en una breve introducción a un libro tan cuidadoso en la investigación cualitativa y complejo en el análisis de diferentes niveles de la realidad, que van desde lo individual a lo colectivo, de lo subjetivo a lo político, del estado naciente a la institucionalización, de las situaciones de desastre y emergencia a la reinterpretación y reconstitución de un nuevo orden. Pero más allá de mis limitaciones para mostrar la importancia y el valor de este trabajo invito a los interesados en los vínculos entre agencia, emergencia y contingencia y en los procesos creativos de la acción colectiva que introducen elementos novedosos a los mundos subjetivo, social y material a que lo conozcan de primera mano. Este libro, no me cabe duda, tiene todo lo necesario no sólo para ser muy bien recibido, sino también para ser considerado como un modelo de análisis a seguir en el estudio de la acción colectiva, los movimientos sociales y los cambios en las subjetividades. No son méritos menores su ambición teórica ni su habilidad para combinar creativamente y con provecho puntos de observación localizados en la sociología, la ciencia política y la psicología social.

Jorge Cadena-Roa

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades,
Universidad Nacional Autónoma de México

Bibliografía

- Alberoni, Francesco (1984), *Movimiento e institución. Teoría general*, Editora Nacional, Madrid.
- Cadena-Roa, Jorge y Valeria Falleti (2011), “Crisis económica y gobernabilidad en América Latina”, en J. Arancibia (ed.), *Capital, crisis y desigualdad en América Latina*, UNAM, México, pp. 147-176.
- Canetti, Elías (1981), *Masa y poder*, Muchnik, Barcelona.
- Dewey, John (1922), *Human Nature and Conduct, an Introduction to Social Psychology*, Holt, Nueva York.
- _____ (1981), “The Development of American Pragmatism”, en J. J. McDermott (ed.), *The Philosophy of John Dewey*, The University of Chicago Press, Chicago/Londres, pp. 41-58.
- Favela Gavia, Diana Margarita (2005), “Panorama actual del estudio de los movimientos sociales en México”, en N. de los Ríos Méndez e I. Sánchez Ramos (eds.), *América Latina, aproximaciones multidisciplinares*, UNAM, México, pp. 147-170.
- James, William (1981), *Pragmatism*, Hackett, Indianapolis.
- Joas, Hans (1996), *The Creativity of Action*, The University of Chicago Press, Londres.
- Mead, George Herbert (1934), *Mind, Self, and Society*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Peirce, Charles S. (1934), “Some Consequences of Four Incapacities”, en C. Hartshorne y P. Weiss (eds.), *Collected Papers*, vol. 5, Harvard University Press, Cambridge.
- Snow, David A. y Robert Benford (1988) “Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization”, en B. Klandermans, H. Kriesi, y S. Tarrow (eds.), *From Structure to Action, Comparing Social Movement Research Across Cultures*, vol. 1, *International Social Movements Research*, JAI Press, Greenwich, pp. 197-217.
- _____ (1992), “Master Frames and Cycles of Protest”, en A. D. Morris y C. M. Mueller (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, Yale University Press, New Haven, pp. 133-155.
- _____, Steven K. Worden y Robert D. Benford (1986), “Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation”, *American Sociological Review*, 51, pp. 464-481.
- Walsh, Edward J. y Rex H. Warland (1983), “Social Movement Involvement in the Wake of a Nuclear Accident, Activists and Free Riders in the TMI Area”, *American Sociological Review*, 48, pp. 764-780.

Introducción

EN DICIEMBRE DE 2001, en el marco de una profunda crisis de las instituciones políticas y un deterioro económico-financiero, surgieron las asambleas barriales en Argentina. Estas asambleas aparecieron poco tiempo después del 19 de diciembre de 2001, fecha en que se dio la acción colectiva popularmente conocida como el *cacerolazo*, en la que participaron “espontáneamente” miles de ciudadanos que marchaban al ritmo de sus cacerolas con el lema “Que se vayan todos”.

El objetivo principal de esta investigación es estudiar las modalidades alternativas de participación ciudadana y de construcción de política, las tensiones que éstas generan cuando conviven con las formas tradicionales de los partidos políticos, con sus programas y formas de funcionamiento. El proceso de construcción de formas “novedosas” de hacer política, que aparecen como resultado de la imaginación colectiva, colabora notablemente en el engrosamiento de la vida democrática en su sentido sustancial. En un contexto de crisis de legitimidad de las instituciones políticas existentes, encontramos un proceso de retroalimentación doble: se observa una politización del mundo social al mismo tiempo que éste introduce significaciones y prácticas nuevas en la esfera de la política, que luego permanecen como repertorios de protesta social y acción conjunta disponibles.

Asimismo, los procesos sociales que surgen de las experiencias colectivas de movilización dan lugar a otros procesos de transformación subjetiva de enorme importancia. En el curso de la investigación intentamos analizar simultáneamente ambas dimensiones, la social y la relativa a la subjetividad individual, con la intención de comprender cómo es posible pasar de un sentimiento de hartazgo y agravio personal a una construcción y resignificación colectiva de esos sentimientos, lo cual lleva a una reflexión sobre el modelo de sociedad existente.¹ Debido a que en este proceso de resignificación se activaron recursos simbólicos y culturales de los asambleístas –dentro de los cuales la identidad política se conformó en un recurso más–, fue importante identi-

¹ En la distinción analítica de ambas dimensiones no se intenta contraponer lo social a lo subjetivo, dado que entendemos que lo social contiene a la subjetividad y no es posible entender ésta sin el elemento social. Más bien, se proponen como dos niveles de análisis.

car y estudiar los valores y las creencias de la clase media de Buenos Aires. Con el objetivo de establecer un abanico más amplio de percepciones, valores y creencias de este sector de la sociedad, introducimos las percepciones de grupos sociales de la misma clase social sin participación política previa que pudieran complementar las visiones identificadas en los asambleístas.

Si bien la “fiebre” y la euforia de la experiencia colectiva de las asambleas duraron algunos años, esta forma de protesta social permaneció en el imaginario de la sociedad argentina aunque también trascendió a otras latitudes. En Argentina, por ejemplo, en 2004 se conformó una asamblea en la ciudad de Esquel, provincia de Chubut, bajo el lema “No a la mina” con la intención de frenar a la empresa canadiense que proyectaba instalar una mina en la región. A los pocos años, en 2006, en el litoral del país surgió la Asamblea Ambientalista Ciudadana de Gualeguaychú cuyo objetivo fue frenar la instalación de dos papeleras en Uruguay, una de origen finlandés y la otra española, por las consecuencias ambientales que esto provocaría en la zona limítrofe con Argentina. Si bien estas experiencias sociales se generaron con objetivos de preservación ambiental, eligieron la asamblea como forma de organización, de toma de decisiones y de movilización. En otros países también se ha adoptado esta forma organizativa. Así, por ejemplo, la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), que surgió en 2006 en el estado de Oaxaca, México, también utiliza la forma asamblearia de toma de decisiones. Si bien los movimientos sociales en México, particularmente el estudiantil, ha usado recurrentemente formas de participación y toma de decisiones en asambleas, es de destacarse que tanto en la experiencia argentina como en la mexicana las asambleas encuentran problemas y dificultades similares, lo que revela las tensiones y los desencuentros que se generan cuando formas nuevas de hacer política surgen al lado de las tradicionales.

El *cacerolazo* mostró también que éste es ya un repertorio de protesta bien conocido y empleado cuando se trata de expresar rechazo a medidas gubernamentales. Este mismo recurso fue utilizado el 26 de marzo de 2008 en el conflicto del gobierno con productores agrícolas. En esa ocasión ciudadanos de Buenos Aires y de otras ciudades del interior del país salieron a las calles con sus cacerolas para protestar luego de un discurso de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner. El repertorio de protesta connota un hartazgo generalizado y falta de confianza en las instituciones políticas, económicas y financieras; expresa un sentimiento de agravio entre nosotros, “el pueblo”, que se siente perjudicado por las malas decisiones de ellos, “los políticos”, que están siempre cubiertos por un manto de impunidad. Esta misma forma de protesta fue utilizada en latitudes tan distantes de los “caceroleros” sudamericanos como Islandia. El 26 de enero de 2009, ante una importante disconformidad con las instituciones políticas y económicas, “las estoicas matriarcas islandesas sacaban sus cacerolas reproduciendo las tácticas que se hicieron famosas en Buenos Aires” (Klein, 2009).

Las resonancias y consonancias de los cacerolazos y las asambleas nos invitan a reflexionar acerca de la pregnancia que estos repertorios de protesta tienen alrededor del mundo. Su fuerza radica en que éstos despliegan una serie de significados y sentidos políticos asociados con alguna experiencia fundacional que se repite en la situación política actual, más allá de que la experiencia argentina sea o no un referente de expreso reconocimiento. De esta manera constatamos que la fuerza de los hechos, gracias a la imaginación colectiva, trasciende a los hechos mismos y éstos quedan como significaciones imaginarias y repertorios de acción disponibles para ser utilizados, resignificados y reapropiados por otros grupos sociales en otros momentos históricos y en otros países o regiones.

En lo que sigue nos concentramos en el análisis del proceso de constitución de las asambleas que se inicia con el *cacerolazo* del 19 de diciembre de 2001, así como en identificar las distintas rutas que tomaron las asambleas con el paso del tiempo. Las asambleas fueron una experiencia social inédita cuyo estudio requiere de un importante esfuerzo analítico y conceptual por los elementos de novedad que contienen. Sin duda, una de las principales marcas de originalidad es que dicha forma de protesta fue predominantemente impulsada por segmentos de la clase media, entendiendo a éstos no desde una visión de la estructura social, sino destacando sus pautas culturales y su repertorio simbólico. Desde nuestra visión, a diferencia de lo planteado por diversos autores, ésta y otras cualidades ubican a las asambleas barriales fuera del ciclo de protesta observado en Argentina durante la década de 1990 y por lo tanto su estudio requiere de una perspectiva analítica distinta de las que fueron utilizadas para el estudio de las protestas populares precedentes.

En este libro abordamos a las asambleas barriales desde una perspectiva sociopolítica que nos permite estudiar el pasaje de “lo social” a “lo político”. Con este fin acudimos a nociones que dan cuenta de distintos niveles de latencia de lo social y la política, tales como la noción *centralidad subterránea* (Maffesoli, 1993), *subpolítica* (Beck, 1999) y la conceptualización de la institución imaginaria de lo social (Castoriadis, 1989; 1999). Asimismo, para el estudio de la evolución del proceso que va desde el *cacerolazo* a las asambleas barriales y sus trayectorias, hacemos referencia al “estado naciente” de Alberoni (1984), ese estado en el que se producen lazos sociales solidarios alternativos que mueven a una reflexión conjunta sobre el modelo social existente.

En la constitución de las asambleas barriales se ha puesto en juego una lucha por el reconocimiento que parte de un daño que, a diferencia del perjuicio económico, no es conmensurable, por lo que su valoración es moral y subjetiva. En este sentido, las asambleas pueden entenderse como un espacio social de restitución para los sectores medios porteños que participaron en éstas. En este intento, la restitución que desplaza el trabajo del actor (Dubet, 1989) pudo tejer una identidad política que se transformó en recurso.

Asimismo, los recursos simbólicos y culturales de los asambleístas imprimieron una particular forma a la protesta que se da en la asamblea barrial, y por esto resulta importante comprender tanto la reactualización como la transmisión de dichos recursos, en tanto es significativo el análisis de la dimensión generacional. A estos recursos se suma la identificación de sentimientos presentes en los distintos momentos de la evolución de la movilización social que tienen efectos en las subjetividades de los asambleístas, y se hace hincapié sobre todo en aquellos participantes que sufrían un profundo proceso de desmoronamiento subjetivo, es decir, aquellas personas que por los efectos nocivos de la crisis en su vida laboral y económica comenzaron a sentirse abatidas y decaídas.

Con la intención de considerar un abanico de percepciones, creencias y valores de la clase media de Buenos Aires, introducimos en el análisis a otros ciudadanos de clase media, pero sin participación política previa. Indagamos a partir de esto si dichos individuos expresan temáticas parecidas a las estudiadas en las asambleas barriales y establecemos las diferencias entre unos y otros que nos permitan realizar inferencias sobre el comportamiento político de estos sectores sociales.

Las preguntas que motivaron la investigación fueron:

- 1) Como efecto de la crisis se vieron dañados aspectos materiales y simbólicos que iremos mostrando a largo de la investigación. Entonces, ¿qué se dañó y qué se restituyó en la participación de las asambleas?
- 2) Si estamos de acuerdo en pensar al *cacerolazo* como un inicio del “estado naciente”, ¿cómo fue la evolución de las asambleas barriales desde el *cacerolazo* a su constitución? ¿Cuáles son los elementos de creación que permanecen y cuáles se pierden? ¿Cuáles dinámicas y significaciones se reproducen, cuáles imprimen nuevas lógicas?
- 3) En relación con las emociones y los recursos que se activaron, ¿en qué consisten los afectos y los recursos simbólicos y culturales?, ¿de qué manera se van definiendo unos y otros? ¿Cómo se van modificando las creencias y los valores en el desarrollo del “estado naciente”? ¿Qué mecanismos y creencias se reproducen?
- 4) Respecto a la diferenciación con otras protestas sociales populares en Argentina, ¿cuáles son los elementos de novedad de las asambleas barriales que las diferencian de otros movimientos sociales y populares precedentes? ¿Por qué sostenemos que dichas asambleas no se han constituido en movimiento social (en una definición tradicional de éste)?
- 5) ¿Cuáles son las percepciones, valores y creencias de los ciudadanos de clase media de Buenos Aires sin participación política? ¿Cuáles son los puntos de contacto y diferenciación, sus percepciones, valores y creencias y las de los asambleístas?²

² Para llevar adelante este trabajo de investigación hemos realizado 20 entrevistas en profundidad a asambleístas de los distintos barrios de Buenos Aires, se ha recopilado material de prensa y bibliográfico y

Este libro se divide en dos partes, que en total abarcan seis capítulos. La primera parte contiene dos capítulos. El primero es teórico y en él se presenta y se desarrolla conceptualmente el modelo que se utiliza para analizar el material empírico. Introducimos la dimensión subjetiva de las emociones a partir de los sentimientos y una breve aproximación a la noción de *cuerpo*. La dimensión colectiva de las emociones se desarrolla a partir del trauma cultural, que se genera ante un vacío institucional, y de la lucha por el reconocimiento, producida ante el sentimiento de injusticia y la percepción de un daño. Desarrollamos, también, las identidades sociales que contienen elementos de transformación y de reproducción de las existentes. Dentro de los recursos culturales destacamos el valor de la memoria en la construcción del relato, ya que este concepto resulta significativo en dos sentidos: por un lado, porque los elementos históricos colaboran en la comprensión del trauma cultural; por otro lado, en cuanto recurso hermenéutico que permite la actualización y transmisión de los recursos subjetivos y colectivos.

Dado que las asambleas barriales estuvieron principalmente conformadas por sectores provenientes de la clase media, en el segundo capítulo realizamos un breve rastreo histórico y conceptual acerca de la evolución de los sectores medios en Argentina. Este rastreo tiene la intención de mostrar un contexto social más amplio que permita comprender los valores y las creencias de los asambleístas en cuanto grupo social en su mayoría proveniente de la clase media y, al mismo tiempo, para generar elementos que nos permitan realizar inferencias sobre los comportamientos políticos de este sector de la sociedad.

En la segunda parte incluimos los tres capítulos de análisis. En el tercer capítulo caracterizamos el *cacerolazo* ocurrido el 19 de diciembre de 2001, con el que se inicia el “estado naciente” (Alberoni, 1984), como un cuestionamiento a las instituciones existentes, y por lo tanto se produce la revisión de los valores establecidos; se promueve el

se ha participado también en algunas reuniones asamblearias. También se han analizado más de cuatrocientos correos electrónicos intercambiados por un grupo de asambleístas de Colegiales durante 2002 y 2003. El presente es un estudio de caso en el que el material relevado se ha analizado de manera cualitativa. Se han identificado, analizado e interpretado los distintos significados utilizados por los asambleístas. Al mismo tiempo, y en tanto nos interesa mostrar el proceso de constitución de lo colectivo que parte de los significados, los saberes y las prácticas que “portan” los sujetos, nos interesó resaltar los dichos de los asambleístas. En un segundo momento, hemos realizado tres grupos focales con ciudadanos porteños de clase media sin participación política previa, material que hemos complementado con varias entrevistas individuales a habitantes de la misma ciudad de Buenos Aires. A partir de la identificación de los significados de los sujetos hemos intentado establecer distinciones entre aquellos significados compartidos y los que no lo son, y hemos mostrado los distintos grupos que se han conformado dentro de las asambleas y sus dinámicas grupales. La identificación de las lógicas y los significados que se reproducían y los elementos novedosos ha sido otra estrategia desarrollada durante el análisis del material. Con la misma modalidad de trabajo hemos analizado el material de los ciudadanos sin participación política previa, con el objetivo de indagar qué piensan acerca de la política y la participación política.

proceso reflexivo con consecuencias subjetivas en quienes participan de este estado; se activan las emociones, los recursos simbólicos y culturales; se desarrollan comportamientos que tienden a la autonomía del colectivo.

En el capítulo cuatro caracterizamos a las asambleas barriales y analizamos los proyectos políticos propuestos: sus objetivos, la forma organizativa, los elementos identitarios y su relación con otras instituciones (el Estado y los partidos políticos de izquierda). En el capítulo cinco rastreamos una temática fundamental para esta investigación, los elementos dañados y aquellos restituidos en la participación de un colectivo durante la crisis. Desarrollamos los sentimientos de reconocimiento y soberbia ante la visibilidad que en sus inicios empiezan a tomar las asambleas barriales en el espacio público, así como otras emociones experimentadas durante la participación de la movilización. En este mismo capítulo analizamos los recursos culturales y simbólicos. Hacemos referencia a las maneras que tienen los asambleístas de significar a la política, a los partidos políticos y en particular al gobierno de Néstor Kirchner. Asimismo, destacamos la importancia de la experiencia en la militancia política como una cualidad que marca las vivencias de los asambleístas. En relación con los recursos simbólicos, se analizan los cambios en los valores y creencias, así como las maneras de diferenciarse como sector medio respecto de los sectores populares. En este último apartado establecemos diferencias y semejanzas entre el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD), contemporáneo de las asambleas barriales, y éstas últimas.

En el capítulo sexto trabajamos con ciudadanos porteños de clase media sin participación política previa. Analizamos particularmente el “discurso de la ciudadanía” producido por este grupo social y el modo en que, en las discusiones, estos ciudadanos ponen el foco de atención en una visión procedimental de la democracia. Finalmente establecemos contrapuntos entre el “discurso de la ciudadanía” y el “discurso asambleario” e intentamos mostrar la manera en que una forma organizativa de toma de decisiones y de gobierno está sustentada en ciertos valores y creencias sobre la política y la participación. De la misma manera, consideramos las formas particulares que “ciudadanos” y “asambleístas” tienen de “representarse” la relación entre política y sociedad. En último lugar, desarrollamos las conclusiones.

Los principales aportes de este libro apuntan al estudio del comportamiento político de la clase media de Buenos Aires, introduciendo una comparación, por un lado, entre las percepciones, los valores y las conductas de los asambleístas y, por el otro, los ciudadanos sin participación política. Se muestra también el proceso reflexivo y de revisión de las creencias existentes en quienes participaron en las asambleas en un contexto de crisis. Asimismo, demostramos el proceso de constitución de las asambleas, los problemas y las tensiones que en ellas se presentan y las soluciones que se encuentran a partir de dinámicas grupales específicas. Estudiamos además la manera en que la fuerza colectiva expresada en las asambleas propició elementos de restitución de valor ante los aspectos dañados de índole material y simbólica en un contexto de crisis: la

retención de los ahorros, la ausencia de proyectos y horizontes, la falta de credibilidad en las soluciones aportadas por las instituciones políticas.

Mi formación en psicología y mis estudios doctorales en sociología me han generado un interés especial en la vinculación de los aspectos sociales y colectivos con las transformaciones identificadas en las subjetividades individuales de los miembros de las asambleas, así como en las consecuencias que esto tiene en la posibilidad de construir horizontes y alternativas en un contexto de crisis aplastante. Estos elementos combinados con otros, como el “estado naciente” y las emociones, requirieron de un enfoque interdisciplinario. Por esto, se utilizaron herramientas conceptuales provenientes de la psicología, la sociología, la ciencia política y las dinámicas grupales, entre otras.

Este libro tiene como base la tesis doctoral en ciencias sociales con orientación en sociología defendida en agosto de 2007 en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede México, mientras que la ampliación de la investigación y la preparación de este libro fueron desarrolladas durante mi estancia postdoctoral en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CIECH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), espacio académico de gran valor para mí en el que desarrollé y profundicé mi vida profesional e intelectual.

Primera parte

Capítulo 1

El *cacerolazo* y las asambleas barriales en Argentina

Antecedentes

LA DÉCADA DE 1990 en Argentina se caracterizó por un repliegue del Estado (Borón, 2000; Borón, Gambina y Minsburg, 1999), el proceso de desindustrialización (Schvarzer, 2000) y el aumento de la tasa de desempleo, factores que llevaron a un progresivo empobrecimiento de la población local (Feijoó, 2001; Tolkman y O'Donnell, 1999), así como a una revisión teórica y conceptual de la pobreza. Ello dio lugar a distintas denominaciones tales como “nuevos pobres”, “clase media empobrecida” (Barbeito y Lo Vuolo, 1995; Beccaria y López, 1997; Minujin, 1996) y “vulnerabilidad social” (Castel, 1991) y también a nociones como *capital social* (Kliksberg y Tomassini, 2000; Levi, 1996; Putnam, 1994; Sulbrandt, 1984) y *autogestión* (Arvon, 1978; Guattari, 1976).

Estos procesos de empobrecimiento y de vulnerabilidad política y social se agudizaron, y la fecha de quiebre o de evidencia de la crisis fue el 19 y 20 de diciembre de 2001. Los meses que precedieron a la renuncia del presidente Fernando de la Rúa, ocurrida en esta fecha, se caracterizaron por una escalonada tensión política y una situación fiscal y económica crítica. En este contexto aumentaron el número de demandas incumplidas.

Fue una situación fiscal rígida impuesta por las leyes de convertibilidad y “déficit cero”, además de la falta de cohesión de la clase política interna que fue incapaz de dar respuesta a los problemas de los distintos sectores sociales: al movimiento de desocupados, los piqueteros que clamaban por trabajo, los sectores pobres que pedían asistencia social y alimenticia, la clase media que veía incrementada su situación de vulnerabilidad debido a la inestabilidad financiera y económica, los pequeños empresarios que siguieron viéndose afectados por la apertura de los mercados y la continua falta de apoyo gubernamental.

En este contexto sociopolítico y económico empiezan a tener lugar protestas sociales de diversa índole: toman mayor visibilidad protestas existentes como el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) y el Movimiento de Fábricas Recuperadas, con el que los trabajadores luchan por la recuperación de sus puestos de trabajo en

fábricas cuyos dueños declararon en quiebra. Se observan manifestaciones nuevas como la participación masiva del *cacerolazo* del 19 de diciembre de 2001, y la agrupación de distintos vecinos de los barrios de Buenos Aires conforman las asambleas barriales.

Respecto de esta situación contextual se identifican distintas interpretaciones que circularon en los primeros tiempos por los medios de comunicación y también entre ciertos intelectuales: que la crisis se debía esencialmente a la corrupción de los políticos que habrían saqueado los fondos públicos y que, en connivencia con la banca, habrían robado los depósitos. La Corte Suprema entraría en juego por avalar el *corralito* para mayor desesperación de los ahorristas. De manera que la salida de la crisis pasaría, según esta interpretación, por sacar del poder a los corruptos –políticos, jueces, banqueros– y obligarlos a devolver el dinero. Así, la consigna “Que se vayan todos” se conectaría con la principal preocupación de la mayoría de los participantes en los *cacerolazos*: recuperar sus depósitos. De todos modos, otros observan que esta interpretación resulta limitada: “diversas orientaciones políticas y/o ideológicas que consideraron en un primer momento que se trataba de una protesta de la clase media por la recuperación de sus ahorros parecía quedar estrecha para dar cuenta de este fenómeno” (Fernández, Borakievich y Rivera, 2002:1). Por su parte, Auyero (2002) sostiene que los episodios de 2001 deben ser enmarcados en los cambios que la acción colectiva ha sufrido en los últimos tiempos en Argentina. Lejos de ser una “explosión” de una ciudadanía que hasta entonces parecía ensimismada, incapaz de expresar descontento, diciembre representa el punto álgido de un proceso de movilización popular que lleva casi una década. Es decir, Auyero ubica los acontecimientos de diciembre de 2001 dentro de un ciclo de protestas (2002:2).

Aunque todas estas interpretaciones pueden ser válidas, por nuestra parte sostenemos que dichos acontecimientos y, específicamente, las asambleas barriales plantean elementos de novedad, por lo que no pueden ser pensadas y teorizadas como las protestas precedentes. Entre dichos elementos, destacamos que se realiza una *política reflexiva* pues se apunta a la modificación de las reglas, se trata de una experiencia que oscila entre lo *subterráneo* y la posibilidad de *instituirse*; otro elemento de novedad consiste en que es una protesta de los *sectores medios*. Asimismo, está la característica *utópica* de la propuesta dado que la democracia directa no se constituye en una opción posible de gobierno para las democracias actuales.

En este contexto de crisis agudizada aparecieron nuevas formas colectivas de protesta, como los *cacerolazos*, y tomaron mayor visibilidad las existentes, como el corte de rutas. Sostenemos que los *cacerolazos* dieron lugar a la formación de las asambleas barriales, debido a esto es que no pensamos esta acción colectiva como una mera reacción ante una situación de crisis, sino que en dicha acción se vieron contenidos los elementos identitarios y solidarios necesarios para armar una propuesta (Melucci, 1999). Las visiones del comportamiento colectivo (Smelser, 1995) logran explicar la explosión/reacción de la acción colectiva del *cacerolazo*, aunque resulta limitada para

comprender la permanencia de la movilización inicial en las asambleas barriales. Desde la visión de Smelser, la acción colectiva es pensada como una *reacción defensiva* frente a los elementos ambiguos del medio, tales como la pobreza y el desempleo. Ante la adversidad y previo a la explosión social, se va conformando una creencia generalizada por la cual el medio se significa de manera amenazante; esto genera un aumento de la tensión y de sentimientos angustiantes, y la acción colectiva es la reacción defensiva que apunta a disminuir dicha presión. Esta perspectiva, que explica la manera en que se genera la acción colectiva en cuanto reacción, debe ser complementada por visiones que conciben la protesta social como una lucha por el reconocimiento (Honneth, 1997), así como la presencia de un “estado naciente” (Alberoni, 1984).

Las asambleas barriales se diferencian de las fábricas recuperadas, pues en estas últimas el origen de la acción colectiva es la necesidad de preservar una fuente de trabajo amenazada, lo que afecta en forma directa el conjunto de personas involucradas. Sus posibilidades están atadas a poder interpelar al Estado y a otras organizaciones para procurarse recursos legales y materiales que permitan la continuidad de la experiencia. Las asambleas son, en cambio, un caso particularmente indicativo de acción común —en el sentido de que no estaban influenciadas por la política institucional— encaminada a producir un cambio que, se reconozca así o no, involucra la dimensión de la representación y la política. Son una forma de construcción de un vehículo apto para canalizar demandas y anhelos sociales, alternativo al formato tradicional —y desgastado— de los partidos políticos. No en vano su irrupción en la esfera pública coincidió con un momento de agudísima crisis de la representación política tradicional (Thwaites, 2004:55). Por eso una parte significativa de los asambleístas autoconvocados alguna vez formaron parte o simpatizaron con partidos o agrupaciones políticas de las cuales se alejaron, pero anhelando volver a integrar un colectivo capaz de actuar en el terreno de la praxis social. Mientras que otra porción pertenece al tipo de personas sensibles frente al sufrimiento ajeno que se plantean la acción voluntaria y solidaria como opción de vida (Thwaites, 2004:56).

Las asambleas barriales se agrupaban en las esquinas y reunían a personas de muy diversas inscripciones políticas, de clase, género y edad, las cuales, animadas por diversidad de motivos, tomaban la palabra y debatían cuestiones políticas que abarcaban tanto la limpieza de las veredas del barrio como la ilegitimidad de la deuda externa (sólo por mencionar algunas de tales cuestiones) (Fernández, Borakievich y Rivera, 2005). Se trata de un espacio social que surge como una manera de denunciar a las instituciones políticas, por esto priorizan la *autogestión, la horizontalidad y la democracia directa* ante la *lógica estatal y la representación política* (UBACYT, 2004-2007). Se opta por la toma de decisiones de manera asamblearia pues sostienen que la *democracia directa* (no la representativa) es la forma facilitadora-posibilitadora de la autonomía. “Es pensar y actuar con criterio propio, es elegir estrategias autorreferenciadas que partan de los propios intereses y valores” (Thwaites, 2004:3). Sin embargo, ésta es

una propuesta utópica dado que si bien es una manera reflexiva de política, no se constituye en una opción real para las democracias modernas.

Asimismo, se observa mucha heterogeneidad entre las asambleas: en su evolución, en la participación e influencia de partidos de izquierda, y en el tipo de proyectos que utilizan (UBACYT, 2004-2007). A pesar de esta heterogeneidad, tienen en común que ha sido un espacio de discusión pública sobre la representación política. Dicha discusión se ofreció en torno a la consigna “Que se vayan todos [...] que no quede ni uno solo”, que puede ser pensada en su literalidad, es decir, sacar a los corruptos del poder —como se aludió más arriba—, aunque también en su sentido simbólico. Esta consigna señala la potencia del vacío, su potencia enunciativa reside justamente en lo que su inviabilidad pone de manifiesto (Fernández, Borakievich y Rivera, 2002). Es posible rastrear esta potencia del vacío en otras consignas relacionadas con otros hitos históricos de Argentina, tales como “Prohibido prohibir” y “Aparición con vida”.³ Su importancia no estaría en la literalidad de una propuesta sino, justamente, en el vacío que deja cuando reclama aquello que no es posible. Se trata de un vacío de sentido que a partir de las latencias que provoca demanda un desafío colectivo: la ineludible invención de lo porvenir (Fernández, Borakievich y Rivera, 2002). Son consignas que desafían a la política pensada como arte de lo posible y que ponen en evidencia tanto el agotamiento de las formas institucionalizadas de la política como la radicalidad de aquello que habrá que inventar colectivamente.⁴ En sintonía con estas definiciones, el sentido del “estado naciente” es la exploración de lo posible, por esto implica una revisión de los valores. Si se lo asume como “ser”, se falsea su significado (Alberoni, 1984).

Desde el punto de vista teórico las asambleas barriales han sido interpretadas como espacio de ejercicio activo de la ciudadanía (Bloj, 2004) y de reconstitución de identidades políticas; también fueron enmarcadas como una acción colectiva y fueron estudiadas de manera paralela a otros movimientos sociales (Villanueva, 2004). Lo que tienen en común estas perspectivas es que señalan la aparición en la escena pública de los sectores medios. Muestran también que no ha sido un fenómeno que apareció de igual manera en el país sino que tuvo lugar principalmente en los barrios de

³ La consigna “Aparición con vida y castigo a los culpables” era utilizada por las Madres de Plaza de Mayo, con la que se pedía la aparición de sus hijos desaparecidos y el castigo mediante un juicio a los militares, el cual se realizó durante el gobierno democrático de Alfonsín y dio lugar a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (Conadeh). La “aparición con vida” de familiares desaparecidos habla de una imposibilidad e impotencia que motiva el desafío colectivo.

⁴ Los teóricos contemporáneos están de acuerdo en señalar las transformaciones y el agotamiento ocurrido en las instituciones tanto en el ámbito político (entre otros, Beck, 1999; Held y McGrew, 2002; Arditi, 2000) como en el laboral (Castel, 2004; Fitoussi y Rosanvallon, 2003). Los partidos y los movimientos sociales engrosaban el ámbito político, mientras que el sindicato era la institución que organizaba lo laboral.

Buenos Aires y en ciudades importantes como Rosario y Córdoba. El marco teórico-epistemológico en el cual se enmarque a las asambleas barriales dependerá de lo que se pretenda estudiar, de los aspectos que se quieran relevar y, sobre todo, señala qué se está viendo en ese fenómeno: ¿una mayor participación ciudadana, un incremento del capital social, identidades políticas, acción colectiva, etcétera? Consideramos que adentrarse en esta discusión es el punto de inicio de un estudio sobre las asambleas barriales, aspecto ausente en los materiales relevados. Sin ella se corre el riesgo de reproducir discursos que al naturalizar el fenómeno opacan su novedad.⁵

Nos parecen más pertinentes aquellos conceptos que permitan estudiar la emergencia de actores *desde lo social hacia la política* (Bobes, 2000). En este sentido, la noción de *subpolítica*, definida como “la estructuración de la sociedad *desde abajo*” (Beck, 1999:142), así como también las ideas de *potencia de la socialidad y la centralidad subterránea* (Mafessoli, 1993 y 2004) permiten indagar lógicas sociales latentes que se constituyen en los intersticios de los canales formales e institucionalizados de la política. En esta misma línea, Alberoni (1984) hace referencia a un “estado naciente” que es la fuerza creativa de los movimientos sociales (aunque también de la pareja, el grupo o la comunidad) y que instaura un orden nuevo; éste cuestiona a las instituciones existentes –lo que implica una reestructuración del poder y del conflicto– y promueve la recomposición de una solidaridad alternativa y la revisión de valores y creencias. Este estado naciente alcanza en su evolución distintos niveles de institucionalización que son sus herederos al mismo tiempo que lo traicionan. Es decir, en la institución hay una sucesión del estado naciente, aunque también una degradación de

⁵ Con el fin de iniciar esta discusión nos gustaría presentar nociones de las ciencias sociales que se podrían utilizar en el presente trabajo. Una de ellas es la de *capital social*, que a nuestro entender no resulta pertinente para lo que se pretende estudiar por las siguientes razones: 1) Se centran en la *medición*. Los distintos trabajos proponen variables y dimensiones a partir de las cuales medir capital social (Foley, Edwards y Diani, 2001). Si bien esta propuesta puede llegar a ser metodológicamente útil, observamos un déficit en lo teórico pues resulta insuficiente para comprender y explicar el cambio social. Esta noción se planteó como alternativa a las explicaciones económicas de desarrollo, pero se usa la misma lógica de pensamiento. Si bien hay un cambio en el contenido de la “causa” –de estudiar las condiciones económicas se pasa a las relativas al capital social–, lo cierto es que están movidas por iguales preocupaciones y tienen un modelo explicativo similar. 2) En general, realizan esta medición estudiando instituciones y organizaciones asociativas (organizaciones civiles, algunas ONG), por lo que el estudio queda circunscripto al aspecto *organizacional e institucional*. Esta perspectiva resulta limitada si se pretende estudiar a los actores sociales *desde lo social a lo político*. La *participación ciudadana* es otra noción posible, el problema que identificamos es que ya nos encontraríamos “dentro” del escenario político, no dando cuenta sobre cómo aparecen los actores sociales. Asimismo, la *sociedad civil* tiene un sesgo *normativo* implícito en nociones tales como *inciviles y desobediencia civil*. Es decir, nombran negativamente a aquellos que se “salen” de los canales políticos instituidos y establecidos en sus formas de demandar y que se apartan del “deber ser” civil. Se trata de una noción que resalta lo institucional pues el “mundo de vida”, fundamento de la sociedad civil, es definido por su componente institucional (Cohen y Arato, 2000:10; Olvera, 1996:38).

su fuerza creadora. Considerando nuestro caso, la acción colectiva del *cacerolazo* puede ser pensada como el inicio de ese “estado naciente”, mientras que las asambleas se constituyen en un nivel de institucionalización y, por tanto, conservación del mismo. Al mismo tiempo, Alberoni analiza las “precondiciones estructurales” para que el “estado naciente” tenga lugar. Por esto, en el capítulo 2 analizamos la evolución de los sectores medios en Argentina considerando sus pautas culturales, comportamentales y de estilos de vida.

Bobes sostiene que el estudio de los procesos de constitución de actores puede abordarse desde muy diversas perspectivas; no obstante, desde cualquiera de ellas una explicación rigurosa debe comenzar por definir cuáles son *los elementos* que influyen en esa constitución y cuáles *los espacios* en los que tienen lugar (Bobes, 2000:15); cuáles son las condiciones que favorecen el surgimiento de actores y cuáles las que lo limitan.

Auyero ve en los episodios de diciembre de 2001 la “explosión” de movimientos populares precedentes, específicamente el *Santiagazo* en 1993, el *Correntinazo* en 1999 y los episodios de Cutral-Co y Plaza Huincul en 1997 (Auyero, 2002). De todos modos, consideramos que no es posible plantear una continuidad entre estas protestas populares precedentes y las ocurridas en diciembre de 2001 y que aún continúan, como las asambleas barriales, es decir, incluirlas dentro de un ciclo de protestas como una protesta social más (Schuster, 2005). Si bien estamos de acuerdo en que para comprender el surgimiento de las primeras protestas es necesario prestar atención al funcionamiento de las redes clientelares (Auyero, 2002:16), en el caso de las asambleas barriales es relevante estudiar los recursos simbólicos y culturales de los sectores medios y, al mismo tiempo, pensar a las asambleas como un espacio de restitución de un daño, debido a que es una instancia de reconocimiento que activó diferentes recursos del colectivo.

Por su parte, Rauber alude a una acumulación “invisible” de una conciencia colectiva en gestación;⁶ en esto radica la explicación (y la posibilidad) del salto que “de repente” sacó a todo un pueblo de sus casas y que llevó a las personas “sin saber cómo” hacia las calles y de las plazas de sus barrios y ciudades a la Plaza de Mayo (Rauber, 2002:72). Entre los fenómenos que contribuyeron a dicha acumulación, la autora señala el papel central de la lucha de las Madres de Plaza de Mayo en la década de 1970 (y que continúa hasta ahora), las luchas de los trabajadores y las movilizaciones piqueteras, que marcan el ritmo de las luchas populares colocándose a la avanzada de la resistencia (los sectores medios en un principio se sumaron al Movimiento Piquetero y luego dejaron de apoyarlo). Sin embargo, sería incorrecto pretender una conexión li-

⁶ Si bien estamos de acuerdo con la idea de acumulación “invisible” en la que se podría enmarcar la centralidad subterránea de Maffesoli, no sucede igual con la noción de *conciencia colectiva*, pues nos parece más atinado hacer referencia a un repertorio simbólico con la diversidad de inscripciones, motivos y valores que implica.

neal entre ambos tiempos, trazar una línea directa (causa-efecto) entre unos fenómenos y otros (Rauber, 2002:72). El aspecto *espontáneo* está lejos de ser considerado como un “defecto” del proceso de construcción social y político; al contrario, es un desafío captar anticipadamente el instante en que lo espontáneo irrumpirá con fuerza y acelerará el curso de los acontecimientos (Rauber, 2002). Estamos de acuerdo con lo espontáneo relacionado a la creatividad, pero no a la aparición espontánea de la experiencia social, dado que las redes sociales ya existentes y los recursos que se promovieron fueron los que motivaron la acción.

Para recapitular, se trata de un fenómeno social que por su novedad requiere de reflexión y estudio, dado que pone en evidencia las limitaciones de la política institucional para dar respuesta a las demandas sociales. Es una experiencia social que rebasa lo institucional, las formas de organización política y social tradicionales, como los partidos políticos y los “nuevos movimientos sociales”. Por esto, nos interesan aquellos conceptos que contienen la posibilidad de estudiar tanto la creación como la reproducción de prácticas políticas y que combinan aspectos simbólicos (creencias y valores) e institucionales.

La interpretación de que *la situación de crisis* propició las asambleas barriales resulta limitada porque en otros momentos históricos Argentina ha atravesado tanto por crisis económicas como políticas⁷ y, sin embargo, no han tenido lugar acciones colectivas como las asambleas. Consideramos que el vacío institucional en el terreno tanto económico como político, combinado con la declaración del estado de sitio (lo que remite a la época militar), hizo que se activara la necesidad de un desafío colectivo. Pero dicho desafío no se desarrolla en el vacío, sino que se requiere de las motivaciones y los recursos simbólicos y culturales para llevarlo adelante, por esto sostenemos que el *cacerolazo* no fue una mera reacción. La posibilidad de los sectores medios empobrecidos de activar estos recursos no sólo propició la aparición de asambleas barriales en los distintos barrios porteños, sino también le imprimió esa particular forma de protesta. El *estudio de la memoria* en los sectores medios resulta fundamental para comprender tanto la reactualización como la transmisión de los recursos simbólicos y culturales. El aspecto generacional es importante porque existen diferencias significativas entre jóvenes y adultos en las maneras de pensar y significar el espacio asambleario (UBACYT, 2004-2007).

Si pensamos la cultura política como un repertorio simbólico constituido por valores, normas y significados diferentes que los sujetos utilizan acorde a las circunstancias, la presencia de varios (y no uno) de estos complejos en la sociedad permite que en determinadas circunstancias se activen unos u otros (Bobes, 2000). Entonces, ¿cómo

⁷ A principios de la década de 1990 hubo una crisis económica y financiera que implicó la retención de los fondos a cambio de los cuales los ahorristas recibieron bonos, situación parecida a la vivida a fines de 2001.

pensar los valores y los recursos que se activaron en el repertorio simbólico de las asambleas en el marco de la crisis?

Para esto trabajaremos a partir de la idea de que en estos espacios asamblearios se ha puesto en juego la *lucha por el reconocimiento* de los sectores medios porteños que tuvo valor de *restitución subjetiva* ante la percepción de un daño debido al vacío representativo institucional, político y económico. Esto ha ocasionado un trauma cultural en el que las asambleas barriales tuvieron la función, mediante la reflexión y la deliberación, de poner palabras en aquel vacío representacional. El daño es una sensación o sentimiento que, a diferencia del perjuicio económico, nunca puede ser totalmente reparado, por lo que tiene dimensión moral y significación subjetiva. La experiencia colectiva propició la restitución de algunos aspectos con valor experiencial, de aprendizaje y de comunicación intergeneracional.

La *restitución* es distinta de la *recomposición del orden* pues propicia e imprime lógicas y significaciones nuevas al orden alcanzado; mientras que el restablecimiento reproduce las lógicas existentes, la restitución inventa nuevos matices. Este trabajo restitutivo se ha llevado adelante con *recursos simbólicos y culturales* contenidos en la particular forma de protesta de la asamblea barrial, es así que se han activado elementos relativos tanto a la identidad como a la memoria. Esta última es la instancia psíquica y social habilitadora tanto de la reactualización como de la transmisión de dichos recursos. “Recordar significa volver a evocar, mediante la interacción social, el lenguaje, las representaciones colectivas, las clasificaciones, o sea, reactualizar la memoria del grupo social de pertenencia. La memoria colectiva contribuye a la cohesión y a la identidad social” (Montesperelli, 2004:13). A los recursos simbólicos y culturales le sumamos las emociones, cuyo sentido de restitución consistió, en varias oportunidades, en la vivencia de sentirse mejor, de lograr establecer vínculos con los otros y construir una trama vincular de contención.

Teniendo en cuenta estos argumentos centrales, nos proponemos estudiar elementos tanto subjetivos como colectivos con los que se va tejiendo un complejo entramado a medida que se van desplegando los distintos recursos y las emociones.

Con el estudio de *las emociones en la política* indagamos sobre los “recursos afectivos”, al mismo tiempo que profundizamos las visiones de los movimientos sociales sobre la movilización de recursos y los elementos identitarios. Esta sección comienza con el rastreo de nociones en torno a aspectos “subjetivos” como los sentimientos y el cuerpo, para luego introducir el papel de las emociones en lo colectivo.

Más adelante desarrollamos la idea de *trauma cultural* ante el vacío institucional en el que las asambleas tomaron un sentido *restitutivo* pues en la deliberación se permitió poner palabras a lo traumático. Siguiendo esta línea, hacemos referencia a una *lucha por el reconocimiento* ante la sensación de injusticia y la percepción de un daño. La memoria resulta significativa en dos sentidos: por un lado, porque los elementos históricos colaboran en la comprensión del trauma cultural; y por otro lado, en cuan-

to recurso hermenéutico que permite la actualización y transmisión de los recursos subjetivos y colectivos. Finalmente, desarrollamos *la identidad como recurso simbólico* central para comprender el proceso de constitución sociopolítica.⁸

Las emociones en la política

*Dimensión subjetiva: el cuerpo y los sentimientos*⁹

Dado que nos proponemos estudiar el proceso sociopolítico, “de lo social a lo político”, y que el ámbito de la vida cotidiana es el origen de este proceso, nos interesa indagar en los sentimientos, las emociones y los lazos afectivos y sociales. El presente estudio de las asambleas barriales muestra una concepción de la *política* en la que se observa cómo la circulación de las emociones potencia el hacer colectivo hacia una política de la autonomía, es decir, cuando el colectivo se da a sí mismo los valores y las reglas (Castoriadis, 1998). Por esto, realizamos un breve desarrollo por los *sentimientos y el cuerpo* para luego anudarlos a una concepción de política. En el siguiente apartado trabajaremos las emociones en el proceso de conformación de los movimientos sociales.

Es posible realizar un estudio de los sentimientos a partir de distintas perspectivas: desde la sociología de los sentimientos (Heller, 2004), desde la fenomenología (Ponty, 2003) y desde el psicoanálisis. Si pensamos el *cuerpo* como el portador de los sentimientos, encontramos que Foucault lo concibe atravesado por las instituciones y los discursos, y, según Lash, es Deleuze con la noción de “cuerpo sin órganos” quien continúa la genealogía incompleta de Foucault.

Los sentimientos contienen elementos sociales e históricos y, al mismo tiempo, se relacionan con el sentir. *Sentir es estar implicado en algo*. ¿Qué significa esto? Heller plantea que ese “algo” puede ser cualquier cosa: otro ser humano, un concepto, yo mismo, un proceso, un problema, una situación, otro sentimiento, otra implicación (2004:15-16). La implicación no es un “fenómeno concomitante” que acompañe al actuar o pensar en la búsqueda de información; más bien se trata de que la propia implicación sea el factor constructivo inherente al actuar y al pensar. El interés por lo que decimos es algo experimentado, nos lo atribuimos a nosotros mismos, no es un acompañamiento de lo que decimos (2004:17). En otras palabras, realizamos accio-

⁸ Los distintos conceptos que forman las unidades analíticas del material empírico se encuentran mutuamente definidos, por lo que su exposición separada se debe a fines expositivos más que explicativos.

⁹ En este momento hablamos de sentimientos, más adelante y durante el análisis de las entrevistas aludimos a las emociones. La diferencia reside en que los sentimientos se construyen en contexto, es decir, implican cierto nivel de socialización. En cambio, las emociones, según las estamos trabajando, aluden a afectos básicos, como la envidia, la angustia y el miedo.

nes y hacemos cosas en tanto nos sentimos implicados e involucrados en ellas. Si pensamos los sentimientos como estar implicado en algo, sin las mediaciones de las reglas y los valores, tiene lógica sostener que las emociones orientan a la política hacia la autonomía.

Respecto de los elementos sociales e históricos, Agnes Heller plantea que los seres humanos deben producir según las prescripciones y posibilidades de un modo de producción particular: deben reproducirse a sí mismos y al organismo social en el que nacieron y, dentro de todo esto, deben resolver estas tareas individuales. En función de estas tareas está qué tipo de sentimientos se forman, con qué intensidad y cuáles de ellos serán dominantes. Durante la solución de estas tareas se realiza una gestión doméstica de las emociones (Heller, 2004:227). Es decir, éstas se constituyen y se construyen en el escenario social y en torno a las actividades cotidianas. Teniendo en cuenta el caso a estudiar, es posible que la modalidad asamblearia para la discusión y la deliberación de los asuntos públicos relativos a lo político y los problemas vecinales (reunión circular de los miembros que se disponen para el contacto cara a cara) promuevan lazos solidarios aunque también sentimientos de rivalidad, y es una forma de sostener la sensación de fuerza colectiva. Asimismo, el “Que se vayan todos” genera un vacío de sentido que demanda un desafío colectivo (Fernández, Borakievich y Rivera, 2002).

Si continuamos con la perspectiva sociológica de las emociones, la reapropiación y la secularización del concepto de *encarnación*, veremos en la *corporalidad* el lugar donde se funden y diluyen muchos de los dualismos modernos (Selgas, 1994). Desde esta perspectiva se ve al cuerpo como la materialidad significativamente conformada; la estructura dinámica de interacción con el medio que alimenta nuestros procesos cognitivos y volitivos, y *el asiento de estructuración social*. Es posible pensar el cuerpo como la “encarnación” que permite estudiar la relación entre lo cognitivo, lo experiencial y el mundo de la vida, así como asiento de la constitución de los marcos de sentido de la acción. De esta manera pueden establecerse relaciones entre la corporalidad y las formas de acción colectiva.¹⁰

Desde la fenomenología, Merleau Ponty plantea que los sentimientos son inseparables del cuerpo y al revés. “La reflexión sobre mi propia ira no me muestra nada que sea separable o que, por así decirlo, pueda ser separado de mi cuerpo. Al volverse hacia la propia experiencia de ira que motiva mi reflexión, debo confesar que no estaba fuera de mi cuerpo, que no lo animaba desde afuera, sino que estaba inexplicablemente con él” (2003:50-51).

¹⁰ Considerar la corporalidad en el centro mismo de nuestra *socialidad* e identidad (social y personal) habilita otra vía de indagación que en nuestro caso resulta difícil de llevar a cabo dado que no hemos estado *in situ* durante los momentos de mayor visibilidad y protagonismo de las asambleas barriales, pero que se puede reconstruir a partir del relato de los asambleístas, escritos y documentos.

Asimismo, el cuerpo con sus sensaciones permite conocer a los otros, es decir, *por medio de él y con él* se despliega la intersubjetividad. “Los otros hombres no son para mí puro espíritu, sólo los conozco a través de sus miradas, sus gestos, sus palabras, en resumen, a través de su cuerpo” (Ponty, 2003). En síntesis, desde la fenomenología, entre el cuerpo y las sensaciones no existen mediaciones, se trata de un “cuerpo vivido”. Esta perspectiva puede complementarse con lo planteado por Foucault, que estudia el cuerpo desde su componente simbólico e histórico.

La transición de la Edad Clásica a la Moderna se caracteriza por un “trato” distinto del cuerpo. El cuerpo clásico se ofrece como *espectáculo* y es castigado mediante una acción directa –cuestión explicada a partir de la descripción de un suplicio que abre el primer capítulo de *Vigilar y castigar*–; luego, en la Edad Moderna, con la privación de la libertad se castiga algo intangible y se desarrollan *dispositivos* más sofisticados y complejos. En este sentido, ya no se opera sobre el cuerpo por medio de una inscripción física directa, sino que es mediado por saberes, discursos e instituciones que al mismo tiempo que lo vigilan y controlan, corrigen y manipulan, produciendo cuerpos útiles y dóciles.

Se observa que Foucault conceptualiza un cuerpo pasivo, dado que es actuado en escenarios institucionales constituidos discursivamente y no muestra cómo puede construir *resistencias* y emprender luchas. Es decir, si el discurso es vehículo de poder y el cuerpo queda tematizado a nivel del discurso: ¿cómo es posible resistir? La pasividad corporal se relaciona con una visión pesimista del obrar (Lash, 1997:85). En este sentido, Scott Lash, quien pretende establecer un concepto más amplio del *obrar* de la genealogía, sostiene que el trabajo genealógico de Foucault queda incompleto. Al mismo tiempo, se rescata de Deleuze su manera de pensar la *diferencia* y su teoría de *deseo*, nociones que permiten pensar un cuerpo *activo*, *con intensidades* y, por tanto, que resiste; un cuerpo que se inscribe más allá del orden simbólico. Las formas organizativas y mecanismos que se van generando en las asambleas barriales en torno a los desafíos de la forma horizontal de funcionamiento pueden convertirse también en maneras de resistir a las formas convencionales y partidarias de hacer política.

Lash sostiene que Deleuze viene a completar la genealogía incompleta de Foucault, “el *Anti-Edipo* es parte integrante de la empresa genealógica en su conjunto” (Lash, 1997:93). Es posible establecer una coincidencia entre el “cuerpo sin órganos” de Deleuze y el “cuerpo vivido” de Merleau Ponty, sólo que el autor postestructuralista no quiere atribuirle la unidad, coherencia e intencionalidad que le asigna la fenomenología.

Entonces, a partir de los distintos aportes en torno a los sentimientos y al cuerpo es posible observar distintos niveles de “mediación”: la fenomenología releva el *aspecto directo* y *experiencial* poniendo el eje en la sensación y la percepción, lo que alude a un “cuerpo vivido”. La sociología de los sentimientos no sólo advierte sobre el compo-

nente social del sentimiento sino que estudia *el sentir*, es decir, la implicación presente en nuestras acciones. Foucault piensa el cuerpo atravesado por los discursos, mientras Lash ve en esta manera de conceptualizarlo un cuerpo pasivo, por lo que propone la noción de Deleuze pues ésta introduce las fuerzas activas que le permiten resistir.

Ya que queremos estudiar el proceso de conformación de las asambleas, se establecen las consideraciones sobre los sentimientos y el cuerpo en función de nuestra inquietud sobre el pasaje de un sentir individual a uno colectivo: cómo un daño que se siente individual pasa a ser percibido como de “todos”, con lo cual toma un sentido colectivo. Una de nuestras ideas fuertes es que las asambleas han tenido un sentido restitutivo para los asambleístas, en ellas se han puesto en juego la lucha por el reconocimiento y la restitución del sentimiento de dignidad. Durante ese trabajo del actor (Dubet), la identidad constituida se convierte en recurso.

Así como el *sentir*—en el sentido de la implicación— reside en el cuerpo y ancla en lo *subjetivo* (a pesar de haber establecido que tanto el cuerpo como los sentimientos contienen también elementos sociales), para pensar cómo el sentir adquiere significado colectivo son valiosas aquellas nociones que introducen la dimensión *simbólica*. Lo simbólico da entrada a un orden social que trasciende y que, al mismo tiempo, contiene al individuo concreto, tal es la función del lenguaje y de las instituciones. En las asambleas barriales se trata del imaginario social entramado a partir de la percepción de un problema-daño de “todos” ante la deslegitimación de las instituciones políticas y económicas.

Luego de este recorrido podemos concluir que utilizamos una concepción de *política* que introduce una tensión entre el orden que establece lo simbólico (instituciones, normas, valores)¹¹ y aquellos aspectos que “escapan” de lo establecido, como las emociones y el impacto de las políticas—en nuestro caso de la forma de protesta de las asambleas barriales— en el ámbito de la vida cotidiana y personal. Asimismo, sostenemos que la circulación de las emociones introduce fuerza y potencia al hacer colectivo hacia la transformación social y, en este sentido, tiende a una *política de la autonomía* (Castoriadis, 1998 y 1999).¹²

¹¹ Es posible incluir una amplia gama de perspectivas sobre la política: aquellas “duras” que la definen sobre la base de que la decisión tomada es la opción más racional que surge de la evaluación de los costos y los beneficios (*the rational choice*); o bien otras visiones sociológicas, como el enfoque neoinstitucionalista que tiene en cuenta los valores y las normas presentes en las instituciones, además de las decisiones concretas que se toman.

¹² Las sociedades con autonomía se constituyen en los colectivos formados por sujetos que buscan dicha *autonomía* y que quieren vivir bajo leyes que ellos mismos se den, y esto es posible si hay capacidad de reflexión (Castoriadis, 1998:77). Dicha reflexión tiene que ver con la posibilidad de preguntarnos qué debemos pensar (nosotros) de esa regla y qué debemos hacer (nosotros). En los colectivos se despierta la capacidad de *imaginación* fundamental para instaurar nuevas prácticas y para sostener una *utopía* que dé sentido a la vida de las personas. La autonomía se define tanto en las transformaciones sociales como en el posicionamiento subjetivo, pues son necesarias las transformaciones en ambos ámbitos para que se

Dimensión colectiva: el trauma cultural y la lucha por el reconocimiento

Ubicar a las emociones como centro de atención para el estudio tanto de la política como de los movimientos sociales implica avanzar en dos sentidos. En primer lugar, se contribuye a las teorías más frecuentes sobre la acción colectiva y los movimientos sociales en las que se identifican dos perspectivas principales: las que ponen el eje en la movilización de recursos y las que focalizan en los elementos identitarios de los movimientos sociales (Melucci, 1999). Ninguna de las corrientes profundiza en los aspectos de los sentimientos y en los afectos presentes en la constitución de dichos sentimientos; no tienen en cuenta “la motivación”, es decir, el deseo que se pone en juego en la participación de los movimientos sociales.¹³ Esta consideración se sustenta en las maneras tradicionales de definir a los movimientos sociales sin desconocer que hay otras que incluyen la dimensión histórica y subjetiva de los mismos.

En segundo lugar, se plantea un desafío teórico y metodológico sobre cómo definir y rastrear las emociones. Una serie de trabajos estudian las emociones en la política y en los movimientos sociales como lo manifiesto, como aquella emoción que expresa la furia y el enojo ante una situación de injusticia, solidaridad y orgullo por pertenecer a una experiencia colectiva, etcétera. Clarke, Hoggett y Thompson plantean que en la intersección entre el poder, la política y las emociones, estas últimas son centrales para el entendimiento del mundo social y político. Son importantes en todos los niveles, desde las relaciones internacionales y el sistema político global –por medio del Estado nación y el partido político nacional– hasta los grupos y movimientos sociales en la sociedad civil (2006:8). Goodwin, Jasper y Polleta estudian las emociones y su relación con el surgimiento, conformación y sostenimiento del movimiento social, así como el papel de las emociones en los momentos de activa y baja participación. Es decir, se estudia la influencia de los sentimientos en los ritmos de la movilización (2001:21).

Estos estudios resultan valiosos en tanto ponen el centro de atención en las emociones, lo subjetivo y lo simbólico en general; complementan así visiones de los movimientos sociales que se detienen en los recursos y los aspectos institucionales. Sin embargo, tales estudios resultan limitados para comprender el sentido de restitución subjetiva que tuvo el fenómeno de las asambleas barriales, sentido que excede a lo

produzcan cambios. Por esto, el psicoanálisis y la sociología están en estrecha relación y no debieran actuar de forma separada (Castoriadis, 1999).

¹³ En las IV Jornadas de Investigación en Antropología Social de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), el exponente Galafassi (2006), quien estudia los aspectos metodológico y conceptuales de los movimientos sociales, sostenía que en las distintas perspectivas, tanto en la americana como en la europea, no se profundizan la motivación y el deseo que también mueven a los actores a la acción más allá de las decisiones racionales (la acción colectiva de Olson es el referente) o los aspectos identitarios (Melucci).

manifiesto. Para lograr una mejor comprensión de este aspecto, tenemos en cuenta la noción de *trauma cultural* que se basa en gran medida en los aportes del psicoanálisis (Alexander y otros, 2004).

Consideramos que los acontecimientos de diciembre de 2001 tuvieron valor traumático para la sociedad argentina pues implicaron un vacío de las instituciones político-económicas y de sus garantías. Un evento traumatiza a la colectividad porque es extraordinario (Alexander y otros, 2004:3); evento que tiene tal cualidad explosiva que crea disrupción y un cambio radical en un periodo de tiempo.

A diferencia del síntoma, el evento traumático implica un vacío representacional —no acontece en el orden simbólico—, por lo que no se dispone de las representaciones que permitan significarlo como trauma, lo cual genera un exceso de energía psíquica. Es decir, hay una *hiancia* (una separación) entre el evento y la representación, lo cual es traumático. Sin embargo, las respuestas hacia el trauma pueden ser esfuerzos por alterar las circunstancias que lo causaron; en el contexto traumático emergen las oportunidades (Alexander y otros, 2004:3). De aquí que las asambleas barriales se hayan propuesto debatir sobre la legitimidad de la democracia representativa y hayan optado por la democracia directa. Más allá del valor utópico de esta forma de gobierno, consideramos que la posibilidad de ponerse a deliberar sobre este tema responde a un sentido restitutivo de esta práctica, es decir, hacer esfuerzos por alterar las circunstancias que generaron la debacle.

Estas respuestas proceden no sólo de la invención e imaginación colectiva, sino de las memorias sobre el pasado que guían el pensamiento hacia el futuro; se diseñan así programas de acción para que los ambientes individuales y colectivos puedan ser reconstruidos y, eventualmente, los sentimientos de trauma, subsumidos (Alexander y otros, 2004:3).

Los eventos no son inherentemente traumáticos, se trata de una atribución mediada socialmente, resultado de una disconformidad que se ubica en el centro del sentido colectivo de nuestra identidad (Alexander y otros, 2004:10). El trauma cultural ocurre cuando los miembros de una colectividad sienten que han sido involucrados en un evento “horrible”¹⁴ que dejó marcas indelebles sobre la conciencia grupal, quedó en sus memorias de manera permanente y cambió su identidad futura en un camino irrevocable y fundamental (2004:1). Alexander está lejos de pensar que el proceso de creación del trauma restringe la solidaridad y deja que los otros sufran solos; por el contrario, es un momento de oportunidad para ensayar respuestas alternativas en las que el actuar colectivo es una salida posible.

¹⁴ El trauma cultural en esta referencia bibliográfica se desarrolla en función de situaciones históricas como el holocausto o la crisis mundial luego de la caída de los países socialistas. A pesar de las diferencias con la crisis vivida el 19 y 20 de diciembre de 2001, los elementos analíticos de este concepto son valiosos para lo que pretendemos estudiar.

La construcción cultural de trauma comienza como un reclamo; es la construcción de una narrativa sobre el proceso social destructivo y una demanda por una reparación y reconstitución emocional de forma institucional y simbólica (Alexander y otros, 2004:14). Ante el daño que causaron los gobiernos de la dictadura militar con los desaparecidos, las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo tuvieron y tienen aún la función de reparar dicho daño, trabajo que continúan con la agrupación HIJOS. De todos modos, el daño nunca será enteramente reparado, por lo que adquiriere una dimensión moral y una connotación subjetiva. Salvando las distancias, consideramos que las asambleas barriales en esta coyuntura particular de la crisis argentina han tenido la función de restitución en la subjetividad y cotidianidad de sus participantes, cuestiones que trabajaremos más adelante, en el quinto capítulo.

En el caso de las asambleas barriales se han tejido lazos a partir de la posibilidad de restitución de lo que alguna vez se tuvo o se vivenció, es decir, con el sentimiento de dignidad asociado a las conquistas sociales (en salud, trabajo y educación) de los sectores medios en Argentina. Ésta ha sido una manera de restituir un daño subjetivo que, al mismo tiempo, es percibido como colectivo y da sentido al accionar, a pesar de que a simple vista pareciera tratarse de la recuperación de los depósitos retenidos por el *corralito*.

En este sentido, sostenemos que se puso en juego una lucha por el reconocimiento. Honneth (1997) focaliza, en particular sobre las relaciones entre las emociones negativas (enojo, furia), la conciencia de injusticia y la lucha por reconocerse a sí mismos, cuestiones presentes en los sucesos de diciembre de 2001. El autor destaca el papel dual de la emoción como fuente de conocimiento y de motivación, y propone distinguir formas de integración social según tres patrones de reconocimiento intersubjetivo: el amor, el derecho y la solidaridad, los cuales se distinguen entre sí por el modo de autorreferencia posible y el potencial moral.

El respeto de sí para las relaciones de derecho es homologable al valor de la confianza en los vínculos amorosos; los derechos pueden concebirse como signos anónimos de un respeto social. El concepto de *respeto* implica un desacoplamiento (al mismo tiempo que una vinculación) entre el reconocimiento jurídico y la valoración social. Mientras el reconocimiento jurídico apunta a la cualidad de esa persona, la valoración social remite al valor que dicha cualidad tiene para esa sociedad. Vivir sin derechos individuales significa para el miembro de la sociedad no tener ninguna oportunidad para la formación de la autoestima. Debido a que tener derechos significa poder establecer pretensiones socialmente aceptadas, esto dota al sujeto de la oportunidad de una actividad legítima por la que adquiere conciencia de que goza del respeto por los demás.

El reconocimiento jurídico tiene significación psíquica para el respeto de los colectivos excluidos, pues el tolerar una inferioridad jurídica lleva a un sentimiento parali-

zante de vergüenza social del que sólo la protesta activa y la resistencia pueden liberar (Honneth, 1997).

Si seguimos estas consideraciones, el evento traumático del vacío representativo de las instituciones político-económicas y la vulneración de sus garantías implican una pérdida de reconocimiento que encuentra en la acción colectiva del *cacerolazo* y en las asambleas barriales una posibilidad de restitución de un sentimiento de dignidad (que empíricamente se rastrea en la experiencia vital, en el aprendizaje colectivo logrado, en la comunicación intergeneracional y en la posibilidad de vislumbrar un proyecto y futuro). Este sentimiento resulta muy significativo para pensar la clase media argentina, dado que a lo largo de la década de 1990 vio vulnerada la situación de bienestar de la que gozó en otras décadas, asociada a las conquistas sociales (salud, educación y trabajo) de este sector social.

Recursos culturales: la memoria y el lugar del relato

Los relatos, la posibilidad de contar la experiencia por parte de los assembleístas, así como también la gran cantidad de investigaciones y artículos sobre el tema, son una manera de introducir símbolos y significaciones (recordemos que el trauma implica un vacío representacional) a aquellos acontecimientos traumáticos. También ha sido una oportunidad para “hacer memoria”, actualizar recursos simbólicos y culturales que contribuyan a la elaboración de posibles respuestas y alternativas. Si la memoria social consiste en las imágenes del pasado que suelen legitimar el actual orden social, entonces esto es indispensable para el presente estudio.

En tanto, nos interesa indagar sobre las formas de transmisión de los recursos simbólicos y culturales, y la memoria resulta un aspecto importante a estudiar. A partir de la temporalidad que introduce el relato podemos tener acceso a la memoria, pues el narrarse a sí mismo supone una dinámica que permite, mediante la reapropiación del pasado como memoria y experiencia acumulada, actuar sobre el presente y sostener un horizonte de expectativas hacia el futuro (Murillo, 2005:176). Sostenemos que esta dinámica temporal estuvo presente en la emergencia de las asambleas barriales pues no sólo se reactualizaron los saberes y las experiencias previas, sino que este fenómeno social propició en los assembleístas la posibilidad de construir una idea de proyecto y futuro. En este sentido, tuvo lugar la *dimensión integradora*¹⁵ de la identidad, que ofrece un marco interpretativo general para vincular las experiencias pasadas, presentes y futuras en una única historia (Bobes, 2000:35).

¹⁵ Esta dimensión es complementada por la *locativa*, que sitúa al individuo (o grupo) dentro de un campo simbólico limitado y definido, y la dimensión *selectiva*, que posibilita al sujeto (o los sujetos) ordenar preferencias y elegir entre las alternativas de acción.

Como planteamos en el apartado anterior, el evento traumático deja huellas imborrables en la memoria colectiva y transforma inevitablemente la identidad hacia el futuro.

Ricoeur establece la relación entre el relato y la temporalidad planteando que “el tiempo resulta humano en la medida en que se expresa de forma narrativa, a su vez, el relato es significativo en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal” (Ricoeur, 1999:15). Al mismo tiempo, sostiene que “la dialéctica entre el pasado, el presente y el futuro se caracteriza por una discontinuidad irresoluble que existe entre el hecho de fijar la atención, el ejercicio de la memoria y la proyección de nuestras expectativas” (1999:16).

La reminiscencia consiste justamente en recuperar algo que se posee (Montesperelli, 2004:7). El recordar conlleva una actividad cognitiva que atribuye significados del pasado; implica “volver a evocar mediante la interacción social, el lenguaje, las representaciones colectivas, las clasificaciones [...] reactualizar la memoria del grupo social de pertenencia” (2004:13). En las facultades mnemónicas inciden los significados colectivos/individuales tanto conscientes como inconscientes. Es así como la memoria se convierte en un instrumento de interpretación y, por tanto, en un importante recurso hermenéutico (2004:8).

La memoria colectiva es entendida como la selección, interpretación y transmisión de ciertas representaciones del pasado a partir del punto de vista de un grupo social determinado (Montesperelli, 2004:38). Es por esto que las experiencias pasadas están filtradas por la propia experiencia, y también por el contexto social en el que estos hechos son interpretados y comprendidos por el conjunto de la sociedad (Manz, Oglesby y García, 1999:3), de aquí el valor hermenéutico de la memoria individual y colectiva.

A partir del relato se construye identidad, de ahí que se aluda a una identidad narrativa. Ésta acontece en su interpretación, lo que responde a la cualidad prenarrativa de la experiencia humana. El propio relato forma parte de la existencia (Ricoeur, 1999:24).

El relato de la experiencia de los assembleístas no sólo introduce temporalidad sino que construye identidad al reflexionar sobre su lugar y sentir en la asamblea. La memoria como recurso hermenéutico contribuye al estudio de las asambleas y a la reminiscencia de recursos afectivos, culturales y simbólicos que se actualizaron en la coyuntura particular de la crisis ocurrida en diciembre de 2001 y dieron lugar y sentido a las asambleas barriales (la experiencia de militancia previa, la crítica con la que se fueron de las instituciones político-partidarias en las que militaban anteriormente, la participación en el Foro Social de Porto Alegre en enero de 2001 y el interés por lo social).

Asimismo, es posible identificar el valor significativo que tiene la memoria en la actual coyuntura política y social en Argentina y en el imaginario social. Una política oficial de Néstor Kirchner ha sido dar mucha difusión y protagonismo al acto del 24

de marzo de 2006 por los 30 años del Golpe Militar, del cual participaron una numerosa cantidad de argentinos y fue un indicador de la importancia y necesidad de “hacer memoria”, presente en el imaginario social.

En torno a este acto, el gobierno de Néstor Kirchner introduce un elemento simbólico interesante: *hacer memoria para no repetir*, a diferencia del gobierno de Carlos Menem que proponía “Olvidar el pasado y no revivir viejos rencores”. Es decir, la *política reflexiva* o más bien la *reflexividad* trasciende el fenómeno puntual de las asambleas barriales para ser parte del imaginario social y también de la enunciación de la política oficial de Kirchner. A decir de Laclau, la clave y fuerza de este gobierno reside en la posibilidad de atender y dar respuesta a las demandas sociales y así lograr la articulación de éstas.¹⁶

Es decir, el uso de los recursos simbólicos y culturales del pasado como una manera de dar respuesta al evento traumático presente y así transformar la identidad y los valores hacia el futuro, tuvo como efecto consciente o inconsciente el ejercicio de la memoria. Ésta funciona como un recurso que utiliza no sólo el colectivo de las asambleas barriales sino también la política oficial.¹⁷

Recursos simbólicos: la identidad y el acto de identificación

En este libro se alude al *espacio sociopolítico* dado que interesa estudiar el pasaje y la constitución de los actores del orden social al político (Bobes, 2000). En la medida en que la política se constituye ante los individuos como orden, mecanismo vinculante o principio de relación, las interacciones sociales se dan en un espacio que no es sólo social sino *sociopolítico*. Dicho espacio es definido como la interrelación entre el ámbito cultural e institucional del orden político penetrados por las relaciones de poder, y en él se produce una trama con múltiples interacciones de lealtades y resistencias (Bobes, 2000). Es decir, en este ámbito se construye la identidad que tiene un componente subjetivo y otro social, pues “la identidad no es totalmente interna al individuo sino que es parte de un proceso social” (Calhoun, 1999:80). Se trata de la capacidad de los actores de reconocerse a sí mismos y de ser reconocidos como miembros del mismo sistema de relaciones sociales (Melucci, 1999:47).

¹⁶ En relación con la actitud reflexiva, plantea Bacman, director de la consultora CEOP: “Nosotros descubrimos en el treinta aniversario del Golpe que la gente empezó a revisar el pasado. Empezó a revisar la dictadura, qué pasó en la dictadura, cómo se engañó durante la democracia y cómo se engañó durante la convertibilidad. Lo peor es que en todos los casos la gente se dio cuenta de que apoyó ese sistema en cada momento” (Bacman, entrevista realizada el 20 de abril de 2006).

¹⁷ Es así como se actualizan las rivalidades políticas, ideológicas e históricas. Se organizó una marcha con quienes defienden a las fuerzas militares y, como respuesta a esto, los organismos de derechos humanos, entre los que se encontraban las Madres de Plaza de Mayo, organizaron la contramarcha.

En líneas generales, se observa una transformación de las identidades políticas respecto del lugar social a partir del cual se erigen: de crear una identidad *estable*, firme y duradera se pasa a construir otra más *dinámica*. La primera es construida por la ubicación en la estructura social –ideología, clase o profesión–, o bien anudada a un Estado-nación, mientras que las *dinámicas* se construyen en relación con un lugar social pero no de manera definitiva. El individuo deambula por espacios diferentes y se caracteriza por un arraigo dinámico (Arditi, 2000:103). En la construcción de estas identidades dinámicas, el individuo se encuentra en una continua oscilación entre la pertenencia (o identificación) y el extrañamiento (o desorientación) (2000:101).

Por su parte, Bauman plantea que la noción de *identidad* resulta poco fructífera para las sociedades actuales dado que la posibilidad de su constitución produce una sensación de ambivalencia y confusión (1999:51). Se constituyen, en cambio, “identidades compuestas” dado que son reemplazables y poco duraderas. Teniendo en cuenta la diversidad de motivos por los cuales los assembleístas asisten a las asambleas y las mutaciones que éstas han sufrido,¹⁸ resulta pertinente la noción de *identidades compuestas*.

Dubet plantea que es necesario distinguir las diferentes lógicas de identificación social y demostrar que ésta es necesariamente compleja y heterogénea ya que nos lleva a varios niveles de acción colectiva. Se trata de mostrar cómo la construcción de la identidad social es inseparable de una concepción sociológica del sujeto y cómo esta última está en proceso de transformación. Se debe plantear el problema de la identidad en términos nuevos para ver qué tipo de *mutaciones* dan sentido a esta noción (Dubet, 1989:520). Dubet alude a distintas identidades que se conjugan con distintos niveles de la acción: la identidad como vertiente subjetiva de la integración, como recurso y por compromiso. La identidad social no está dada ni es unidimensional, sino que resulta del *trabajo de un actor* que administra y organiza las distintas dimensiones de su experiencia subjetiva y de sus identificaciones (Dubet, 1989:536). Así, cuando la identidad es concebida como un trabajo del actor, se plantean varios problemas; uno de ellos tiene que ver con el grado de coherencia entre los diversos niveles de la acción. Debido a que en la experiencia assemblearia se hace presente el trabajo del actor, pensamos la *identidad* como *recurso*.

Estas transformaciones identificadas en la forma de construir la identidad política se anudan a la diferenciación que plantea Beck entre la política oficial y la subpolítica. La primera sería la política *simple*, que está orientada por reglas, y la segunda es *reflexiva* y se orienta hacia la modificación de reglas. En este sentido, Beck sostiene que se trata de la “política de la política” o de “una invención de la política”, que tendría

¹⁸ Las asambleas tuvieron fuerza y presencia en la escena pública en 2002; en los años posteriores tomaron formas organizativas diferentes con distinto tipo de tareas. Algunas de ellas desarrollaron microemprendimientos, otras impulsaron actividades culturales, algunas asambleas llevaron adelante la ocupación ilegal de inmuebles privados, mientras otras no estaban de acuerdo con esta iniciativa.

lugar si la discusión se volviera realidad en todas partes. Asimismo, la distinción entre la política *simple* y la *reflexiva* puede ser aplicada tanto a la política oficial como a la subpolítica, así como a las condiciones de politización (Beck, 1999:179).

De esta manera podemos pensar acerca de los elementos creativos de la actitud reflexiva presente en las asambleas barriales, pues sostenemos que la acción colectiva por sí sola no orienta hacia el cambio, sino que además es necesario llevar adelante una política reflexiva. En este sentido, la discusión y deliberación realizada en las asambleas barriales sobre la representación política y la importancia de una democracia directa como la asamblearia, a pesar de no derivar en una modificación de reglas, implica una manera reflexiva.

La identidad política que se puede vivenciar en el ámbito de la asamblea barrial se distingue de la construida respecto de un partido político y de los “nuevos movimientos sociales”, dado que ambos ofrecen un lugar social estable y duradero. En los “nuevos movimientos sociales” los participantes de la acción colectiva buscan construir, legitimar o expresar una identidad antes que perseguir alguna estrategia instrumental; son luchas por la significación. Las luchas del feminismo, por los derechos gays y la ecología quieren convertir una identidad no estandarizada en algo socialmente aceptado, una identidad que habrá de ser vivida en el contexto del movimiento (Calhoun, 1999:78).

Las identidades políticas mencionadas tienen en común que se construyen a partir de la *negatividad*:¹⁹ en el caso del partido político, ésta se ubica en el partido opositor, en los nuevos movimientos sociales en el aspecto del cual se quieren distinguir y en función del cual se constituyen: hombre, heterosexual, contaminadores del medio ambiente. En las asambleas barriales, considerando la consigna “Que se vayan todos”, la negatividad se ubica en la política de las instituciones. Asimismo, en esta consigna se pone en evidencia un vacío que apela a un desafío colectivo ante el agotamiento de las instituciones políticas. La diversidad de intereses –vecinales, partidarios, entre otros–, no confluye en un proyecto común, salvo el de la subpolítica o la política reflexiva. Por lo que, si bien es posible identificar un elemento negativo –que denuncia la legitimidad de la representación política–, se carece de un proyecto común que dé continuidad a la experiencia con la misma intensidad.

Para estudiar las transformaciones y el surgimiento de nuevas significaciones en las asambleas barriales resulta útil la distinción entre la identidad y el acto de identifica-

¹⁹ Offe cuestiona la utilidad analítica de la dicotomía convencional entre Estado y sociedad civil (1988:163) pues se observan procesos de fusión entre ambas esferas. Se está desdibujando la línea divisoria que deslinda los asuntos y componentes políticos de los privados. Es posible rastrear este diagnóstico en tres fenómenos: *a*) el aumento de ideologías y de actividades participativas, *b*) el uso creciente de formas no institucionales o no convencionales de participación política, *c*) las exigencias y conflictos políticos relacionados con cuestiones que solían considerarse temas morales (por ejemplo, el aborto) o económicos (por ejemplo, la humanización del trabajo) más que estrictamente políticos (1988:164).

ción (Aboy, 2005:111). El *acto de identificación* es la fundación de una nueva significación y, como tal, conlleva la posibilidad de desestabilización de toda identidad objetivada. Esta cuestión queda claramente ilustrada por las asambleas barriales ante la dificultad de encontrar referencias identitarias comunes pues la identidad partidaria –tanto de la izquierda como de los partidos tradicionales– resultaba repudiada y la vecinal escasa ante la posibilidad de construir un proyecto político alternativo. Es más, sostenemos que la potencia de esta experiencia se encuentra en la desestabilización de las identidades objetivadas previas, aunque también en este punto se encuentra su debilidad, pues no se ha avanzado en la constitución de una nueva identidad objetivada en nuevas prácticas políticas. Sin embargo, creemos que la experiencia asamblearia ha resonado en otras protestas sociales, tal es el caso de la Asamblea Ambientalista Ciudadana de Gualeguaychú y la Asamblea de Esquel por “No a la mina”.²⁰

²⁰ La asamblea que tuvo lugar en Esquel, en el sur del país, se conformó frente al proyecto de instalación de una empresa canadiense para la explotación de la mina. La Asamblea Ambientalista Ciudadana de Gualeguaychú actualmente se encuentra en disputa por la instalación de dos papeleras, una de origen español y la otra finlandesa, en el litoral del país. Su objetivo es que se retiren las papeleras que se están instalando en Uruguay dado que causarán problemas ambientales con consecuencias negativas para la actividad turística y productiva de la región.

Capítulo 2

La clase media argentina

LAS ASAMBLEAS BARRIALES SE CONFORMAN por assembleístas provenientes, en su mayoría, de los sectores medios de Buenos Aires.²¹ Si bien el número de assembleístas representa una pequeña proporción de la población total, las consideraciones desarrolladas acerca de los cambios experimentados por este sector social, tanto en sus condiciones materiales (aumento en la tasa de desempleo, modificaciones en la estructura ocupacional y en las condiciones laborales debidas a la flexibilización y la precarización laboral con disminución del ingreso real) como en los valores y las expectativas, ayudan a comprender la situación contextual de los assembleístas. Dar cuenta de dichas transformaciones resulta necesario para comprender los recursos simbólicos y culturales que se pusieron en juego en la protesta de las asambleas barriales.

La clase media en Argentina se caracteriza por la gran *heterogeneidad* y por su *debilidad estructural* en cuanto tercer actor (que no proviene ni de los sectores populares ni de la clase alta). El mito cultural de la clase media se construye a partir de la *movilidad social ascendente*, asociada a una construcción ideal de futuro, y del *acceso a la educación*. El paradigma que ha caracterizado a este sector social por varias décadas ha sido el *progreso*, definido por la obtención de logros materiales como el sueño de la casa propia. Es por esto que la amenaza más temida por este sector social aparece ligada a la *movilidad social descendente* que ponga fin a un ideal de futuro asociado al progreso.

²¹ Algunos objetarán el hecho de dividir el espacio social en clases sociales y hacer referencia a la clase media, dadas las transformaciones económicas, sociales y culturales de las últimas décadas que han traído como consecuencia la instalación de fronteras sociales más difusas y una mayor heterogeneidad de las posiciones. Cierto es que las mutaciones más recientes introducen nuevos recorridos y rupturas que, a la vez que potencian, tornan mucho más complejos los aspectos objetivos y subjetivos de los procesos de construcción identitaria, sean individuales o colectivos. Sin embargo, creemos que tanto los registros de desigualdad como la crisis de los lenguajes y los discursos articuladores de clase, no desembocan necesariamente en la afirmación del final de las clases sociales. Al contrario, en coincidencia con Dubet creemos que es necesario defender la clase social, pues conserva su potencialidad analítica y crítica (Svampa, 2005:97). Específicamente, si bien las clases medias carecen de unidad en términos estructurales, sí es posible identificar la existencia de ciertos lazos culturales y políticos que dan a este sector social cierta unidad y lo convierten en un agente significativo de la vida social (2005:157).

El patrón cultural de la clase media, sobre todo en la actualidad, está definido por los estilos de vida,²² los hábitos de consumo y las habilidades adquiridas en el área educativa, formación y conocimientos; y no por la posición ocupada en el mercado de trabajo (Minujin y Anguita, 2004; Wortman, 2003). La definición de la clase media no pasa por una identidad común objetivada en un respaldo material (tal como ocurre con terratenientes y obreros) sino por una identidad simbólica. Se puede entonces caracterizar a la clase media como un grupo social que cuenta con ciertos capitales que pueden ser tanto económicos como sociales o culturales. El valor de los símbolos y de las ventajas asociadas con esa posición social no disminuye automáticamente por el deterioro económico: para que exista un cambio de estatus dicho deterioro debe prolongarse en el tiempo. En la clase media, el peso de la posición predomina por sobre el de su situación (Loeza, 1999).

Con la intención de comprender el proceso de construcción del patrón cultural y, por tanto, de constitución identitaria de los sectores medios, es necesario remitirse a ciertos momentos históricos. El presente apartado no pretende ofrecer un desarrollo pormenorizado sino ubicar sucintamente ciertos hitos fundamentales que colaboren a comprender el proceso de formación de la clase media en Argentina. De esta manera se analizan las “precondiciones estructurales”, a las que alude Alberoni, que propician el “estado naciente” del *cacerolazo* ocurrido el 19 de diciembre de 2001. Datos estructurales tales como los cambios en la estructura ocupacional, en el salario y en el gasto público serán interpretados como indicios de transformaciones de pautas culturales o comportamentales.

Para el estudio de los aspectos tanto simbólicos como materiales de la clase media en términos relacionales, los aportes de Bourdieu son muy fructíferos. Este autor (1997:13-20) estudia la relación entre posiciones sociales (concepto relacional), las disposiciones (los *habitus*) y las formas de tomar posición. El *habitus* es el principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición social en un estilo de vida unitario, que incide en la elección de personas, bienes y prácticas.

Estos aspectos están relacionados con la “distinción” que generalmente está asociada al porte y a los modales como cualidades innatas, aunque dicha noción no es más que diferencia, desviación y rasgo distintivo. En pocas palabras, la distinción es la propiedad relacional que tan sólo existe *en y a partir* de la relación con otras propiedades. La *diferencia* está fomentada en función de la noción de *espacio social*. El espacio social de los agentes y grupos sociales se distribuye según dos principios de diferencia-

²² El uso del concepto *estilo de vida* se ha popularizado para referirse especialmente al área de consumo, aun cuando en las ciencias sociales también se incluye la esfera del trabajo. Si se considera la postura weberiana, los estilos de vida aparecen asociados con los grupos de estatus y, por lo tanto, también integra la actividad laboral. Para Weber el trabajo condiciona las oportunidades vitales y éstas hacen posible materializar ciertos estilos de vida y no otros (Tarrés, 1999:425).

ción: el capital económico y el cultural.²³ El espacio de las posiciones sociales se retrae a un sistema de desviaciones diferenciales de las propiedades de los agentes, en sus prácticas y en los bienes que poseen.

La conformación de la clase media

La clase media en Argentina nace a principios del siglo xx, conformada por los inmigrantes e hijos de inmigrantes que se dedicaban principalmente a actividades urbanas como el comercio, los servicios y la administración pública. La expresión política de este sector social es el radicalismo yrigoyenista, y con la llegada de este partido al gobierno en 1916 se produce un ascenso de las capas medias, que exigen su participación en el nuevo modelo democrático. Este evento indica el paso de una democracia restringida a una ampliada en la que la clase media interviene en el proceso de decisiones políticas.

La Unión Cívica Radical es el primer partido político que presiona por la incorporación de los sectores medios en la vida política, con lo que adopta rasgos movimientistas contra los sectores oligárquicos. La acción de este nuevo actor político pretende entonces corregir los excesos de los terratenientes, aunque sin criticar las bases reales de su poder ni las condiciones de desigualdad. Asimismo, la Reforma Universitaria ocurrida en Córdoba en 1918 produce un fuerte impacto en términos culturales, ya que al promover el principio de gratuidad genera las condiciones para la ampliación del acceso a la educación de otros sectores sociales que antes se veían privados de ella. Para la clase media la educación tiene un valor cultural significativo que da contenido y sentido a la expresión “Mi hijo el doctor”. Dicha frase hace referencia a los hijos de los inmigrantes que van a la universidad y que de esta manera introducen en la familia un logro cultural con un valor social de distinción, diferente a “el trabajador” o “el comerciante”. Se genera así un proceso de transformación social que determina el incremento de la participación de los sectores medios tanto en la educación como en la política, por lo que restringe el poder de la oligarquía. En estos años Argentina se conforma como economía primaria exportadora, basada en actividades agropecuarias, cuyo epicentro fue la pampa húmeda bonaerense. Este modelo de producción entra en crisis en 1930 y no logra articularse con la indispensable industrialización que imponía la economía mundial. El periodo de 1930-1945 aparece signado por el inci-

²³ Bourdieu explica los capitales a partir de las prácticas y valores desarrollados en las profesiones. Así como para el empresario su forma de acumular capital es por medio de las transacciones económicas, también existen otro tipo de capitales, como los culturales, que se acumulan a partir de otros bienes de orden simbólico, como el conocimiento, el saber y la producción intelectual. Este tipo de capital se produce, por ejemplo, en el ámbito académico-científico. Asimismo, estos capitales culturales no están exentos de las lógicas del capital económico (Bourdieu, 1997).

piente estímulo a la actividad industrial, y surgen fábricas en las que se constituye un nuevo sujeto social, “el obrero”. Este nuevo sector empezará a tener relevancia política con el peronismo en 1945 dado que este movimiento los inserta en la estructura social y en la alianza de clases.

En la década de 1930 se experimenta un deterioro creciente del salario real y de la participación de los asalariados en el ingreso. Esto es atribuible a la situación institucional vigente hasta el momento, caracterizada por una fuerte debilidad sindical en un contexto de orientación gubernamental restrictiva para los asalariados (Torrado, 1992:267). Por su parte, los sectores medios mantienen el *statu quo*, y el ascenso social se produce a partir del trabajo estatal, de la educación y del comercio. Es así que la sociedad en 1930 está conformada por una oligarquía que entra en crisis en este momento; va perdiendo voz política ante una clase media incipiente y heterogénea, y frente a los sectores populares que empezarán a tomar notoriedad política con el peronismo en 1945.

Durante el gobierno de Juan Domingo Perón (1945-1955) se desarrolla un modelo justicialista que lleva adelante una estrategia de corte distribucionista en la que la industria se constituye en un objetivo central. En este sector productivo se generan nuevos puestos de trabajo que se reparten en proporciones análogas entre la clase media y el sector obrero. El crecimiento de la clase media industrial se hace fundamentalmente por medio de la expansión de su estrato asalariado, compuesto casi por completo por empleados administrativos. En este periodo el Estado extiende su campo de acción económica y social al nacionalizar o crear importantes empresas de servicios públicos, y al acentuar su estrategia distributiva a partir de la designación creciente de recursos a la educación, la salud, la vivienda y la seguridad social (Torrado, 1992:52). La industria que sustituye a las importaciones se basa en la demanda de bienes de consumo masivo, y esta expansión es sostenida mediante el aumento del salario real. Durante esta etapa se crea un mercado interno que requiere de consumidores y, por tanto, de medidas redistributivas del ingreso que impulsen la demanda interna, la ocupación industrial y, por ende, la acumulación. Por esto, si bien el sector obrero es el mayor beneficiario de las políticas del peronismo, la necesidad de consumidores que sostengan el mercado interno indirectamente fortalece a los sectores medios.

No obstante, durante estos años se reproducen diferencias entre ambos sectores de distintas maneras: los obreros son “trabajadores de cuello azul”, mientras que los sectores medios son “trabajadores de cuello blanco”. Con el ingreso de los hijos de obreros a la universidad, los sectores medios se vieron en la situación de compartir los propios espacios simbólicos. En este momento histórico se profundiza una fuerte polarización política entre el peronismo y el antiperonismo, que cristaliza el rechazo de las clases medias hacia los sectores populares. El “carácter plebeyo” y la lógica igualitaria que el peronismo impulsó desde el Estado generaron en las clases medias la necesi-

dad de producir y reforzar la distancia cultural y simbólica por medio de nuevos mecanismos y estrategias de diferenciación social (Svampa, 2005:136).²⁴

Desde el punto de vista del acceso a los bienes materiales, tanto los sectores medios como los trabajadores (entre 1942 y 1954 el salario real experimenta un aumento de 46%) incrementan durante estos años sus posibilidades de consumo. Se observan, sin embargo, diferencias y rivalidades entre ambos sectores sociales, que se hacen más evidentes cuando los trabajadores pretenden *clasemediarse* (es decir, no reproducir su clase trabajadora) a partir del acceso a la educación, un bien social reservado hasta el momento a las clases media y media alta.

El periodo posterior a la caída de Perón se caracteriza por la puesta en marcha de un modelo económico desarrollista en un contexto de autoritaria proscripción del peronismo de la vida política nacional. En 1958 asume el poder Arturo Frondizi como presidente. Se conforma un nuevo bloque caracterizado por la alianza de la burguesía industrial nacional y el capital extranjero, corporizado este último por grandes empresas transnacionales estadounidenses que confluyen en el país en magnitudes significativas. Se observa entonces una disminución del pequeño empresariado y artesanado industrial que conforman los estratos autónomos de la clase media y obrera. En contraste, se constata un aumento de la clase media asalariada constituida por quienes ocupan nuevos puestos profesionales y técnicos (aunque disminuye la proporción de puestos de empleados administrativos).

En estos años la industria también es un objetivo central del proceso de desarrollo, pero, a diferencia del modelo justicialista, se impulsa una industrialización basada en bienes intermedios y de consumo durable (automóviles, electrodomésticos, etcétera) en la cual el aumento de la demanda está asegurado por la inversión, el gasto público y el consumo suntuario del reducido estrato social urbano de altos ingresos (y no por el aumento del salario real), en un contexto regresivo de concentración de ingresos (se trata de una estrategia de corte “concentrador”). Estos datos indican que se restringe la posibilidad de consumo de los sectores sociales conformados en su mayoría por los sectores populares, situación que coincide con la declinación de la participación de los asalariados en el ingreso (entre el año 1958 y el periodo de 1959-1963 baja cinco puntos). Durante el periodo de 1958-1963 se observa un fuerte crecimiento económico aunque se mantiene la tendencia a una baja participación de los asalariados en el ingreso. Por el contrario, durante 1964 y 1966 (con el gobierno del doctor Illia) el radicalismo revierte de nuevo la situación institucional a favor de los sectores medios con aumentos en el salario real y la participación en el ingreso (en este periodo aumenta cuatro puntos).

²⁴ Es así que a pesar de que los asambleístas (grupo conformado por sectores medios empobrecidos) se sentían afectados en alguna medida por problemas relacionados con la subsistencia, no señalaban puntos de contacto con los grupos populares de los piqueteros, sino que ponían el acento en lo que los diferenciaba.

Sin embargo, la agudización del conflicto social conjuntamente con la profundización de los problemas económicos frena el avance de la estrategia desarrollista. Durante 1969 algunas movilizaciones de protesta se producen en varias aglomeraciones urbanas —es el *Cordobazo* el evento que origina la ola de protestas— y traducen el rechazo de los sectores populares respecto de los objetivos de la estrategia desarrollista.²⁵ Durante la década de 1960, por otra parte, la clase media experimenta un proceso de modernización cultural que apareja cambios en las diferentes dimensiones de la vida social. Al igual que otras sociedades, Argentina asiste a un periodo de profundas transformaciones de las pautas culturales e ideológicas de las clases medias, que abarcan numerosos aspectos de la vida cotidiana: vida sexual, cuestionamiento a la familia, el psicoanálisis y el aumento del compromiso político. Desde el punto de vista político es una época de oro porque este sector social busca una articulación con los sectores populares (*peronización* de la juventud y de los sectores intelectuales en gran parte procedentes de la clase media antiperonista). La característica de alianza con otros sectores sociales tiene su origen en su *debilidad* en la posición estructural (en cuanto tercer actor), lo que explica sus componentes tanto políticos como culturales. Por un lado, desde el punto de vista político, las dificultades de los sectores medios en desarrollar una conciencia de clase autónoma se ven reflejadas en una vocación histórica para las alianzas. Por otro lado, desde el punto de vista cultural, las clases medias son ilustradas por el desarrollo de conductas imitativas respecto de los patrones culturales propios de las clases superiores. Esta debilidad estructural se refleja en la conformación de una mentalidad conservadora y reaccionaria respecto de los sectores populares y en el desarrollo de una cultura mimética que apunta a consumos ostentosos como las clases altas (Svampa, 2005:131).

En 1973 el peronismo retorna al poder, con lo cual se inicia un periodo en el que condiciones estructurales expansivas son acompañadas, a diferencia de los años anteriores, por condiciones institucionales (política gubernamental y acción sindical) favorables a los trabajadores; todo lo cual induce a una notable mejora en el salario real.

En marzo de 1976 se produce un golpe militar y asume la presidencia Jorge Rafael Videla, que adopta una estrategia de desarrollo sustancialmente diferente a las experimentadas en el pasado: el *apertura*. El nuevo bloque dominante se caracteriza por una alianza entre el estamento militar y el segmento más concentrado de la burguesía

²⁵ El 29 de mayo de 1969, obreros y estudiantes cordobeses y de otras provincias salieron unidos a las calles de Córdoba. Ante la magnitud de la movilización, Onganía ordenó que las Fuerzas Armadas se hicieran cargo de la represión. La protesta fue un hecho localizado en la ciudad de Córdoba, y como resultado de los enfrentamientos hubo presos, decenas de heridos y 16 muertos, algunos ajenos a la manifestación. La protesta se extendió a otras provincias. Rosario fue declarada zona de emergencia y colocada bajo jurisdicción militar. También se profundizaron los conflictos en la provincia de Tucumán. El *Cordobazo* fue el inicio de un proceso de agudización de la protesta social y la lucha armada que, desde entonces y por varios años, se desarrolló en la sociedad argentina.

nacional y de las empresas transnacionales. El programa militar vira radicalmente las orientaciones de la industrialización sustitutiva que, en sus variantes “distributiva” o “concentradora”, habían estado vigentes en el país desde 1930. En otras palabras, se da por terminada la industrialización como objetivo central de desarrollo, lo que genera incentivos para que los empresarios se desprendan de sus empresas productivas para destinar el dinero a la especulación financiera. Este proceso se traduce en un sostenido vaciamiento del sistema productivo-industrial y en el cierre de fuentes de trabajo que, como consecuencia, da lugar al fenómeno de los obreros desocupados. De manera coherente con estas políticas, los capitales extranjeros son utilizados para la especulación privada pero no para la expansión productiva de la economía, y se incrementa notablemente el monto de la deuda externa. La apertura de los mercados provoca una caída del salario real y de la participación de magnitud inédita en las últimas cuatro décadas de Argentina. En efecto, en un solo año, 1976, el salario real desciende 37% respecto de los valores de 1974-1975, mientras que la participación del salario en el ingreso baja de 44% a 28%. Sin embargo, debido a la apertura de los mercados no disminuye la capacidad de consumo de ciertos sectores sociales entre los cuales se encuentran los sectores medios. En cuanto a la estructura ocupacional se observa una expulsión de los empleados administrativos y su reemplazo por personal técnico-profesional. La significativa disminución de la mano de obra ocupada en el sector público en el lapso de 1970 a 1980, afecta a 75% de la clase media y 25% de la obrera.

Las fuerzas armadas llegan al poder con intereses que claramente trascienden lo económico, pues apuntan a lograr un disciplinamiento social generalizado. Debido a las estrategias y los mecanismos de control social utilizados y por las prácticas orientadas a la persecución ideológica, se caracteriza a este gobierno como de “terrorismo de Estado”. La actitud de los sectores medios frente a las medidas aberrantes del gobierno militar es la de permanecer en silencio por el miedo generado por las fuerzas de seguridad. Con la frase “hacer la vista gorda” se describe esta actitud de silenciamiento y de no involucramiento de este sector social. Otra expresión que circula y digita la vida cotidiana de las familias en ese momento es la obligación de dirigirse “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”. De esta manera se desestima cualquier tipo de reunión grupal por el motivo que fuera, dado que es indicio de discusión política y “subversiva”. Es así que al clima de época de la década de 1960 –en la cual el compromiso político es un valor para estos sectores sociales– sigue un gran declive, visible en la tragedia política de la siguiente década. Para sintetizar, el golpe militar de 1976 significa la puesta en acción de un nuevo modelo que apunta tanto a la represión de los sectores movilizados como a un nuevo modelo de acumulación económica: el financiero (Svampa, 2005:137).

En 1983, con la vuelta de la democracia, asume el poder el radicalismo con Raúl Alfonsín. En tono pesimista e irónico sobre la gestión del gobierno radical, Jeannot

(1991:179) sostiene que el principal mérito que tiene el alfonsinismo es que en 1989 se produjo la primera alternancia democrática entre dos candidatos libremente electos, un hecho que no sucedía desde hacía mucho tiempo. En 1983 los dirigentes políticos y la sociedad civil establecen una especie de “pacto cultural”, según Jeannot, erróneo porque se descarta una vuelta al pasado en los aspectos económicos y se ignora la obsolescencia del régimen extractivo que entró en decadencia desde 1930. Es así que no es de sorprender que cuando todo el mundo descartaba a Keynes, el alfonsinismo apela, precisamente, a la utilización de las políticas keynesianas. Este gobierno, por un lado, sostiene frases mágicas como “Con la democracia se come, se cura y se educa” pero, por otro lado, no logra resolver los problemas de la economía. Si consideramos la evolución de los ingresos medios en los distintos grupos ocupacionales en el Gran Buenos Aires entre 1980 y 1990, se observan importantes caídas en tales ingresos, sobre todo en el rubro de cuenta propia profesional, rubro ocupacional característico de los sectores medios.²⁶ Asimismo, la hiperinflación de 1989, entre otros factores, marca una finalización poco honrosa respecto de la habilidad del radicalismo para manejar la economía del país.

En torno al “pacto cultural” y en una época de “primavera democrática” se valoran la libertad de expresión (que repercute en la vestimenta y en los comportamientos de los jóvenes), la participación política y la defensa de la democracia, comportamientos que caracterizan principalmente a los sectores medios. Sin embargo, como ya dijimos, se observa una notable disconformidad respecto de la política económica pues se establece un ritmo inflacionario con el cual se hace difícil –por no decir imposible– el cálculo económico a largo plazo. Para dar una idea de esta violencia monetaria: desde julio de 1975 a junio de 1988 los precios se incrementan 6 millones de veces y la tasa anual promedio de la inflación es de 100%. Lógicamente, algunos ejercitan esta violencia y otros la padecen.

De esta manera se observan cambios en las pautas de consumo de los sectores medios: no se tiene automóvil ni servicio doméstico y las salidas son sustituidas por la invitación de amigos a los hogares, por nombrar algunos de los cambios en las pautas de consumo y en los modos organizativos de las familias.²⁷

²⁶ Véase en el Anexo el cuadro 6, en el que se observa que la caída del ingreso tuvo un impacto más fuerte en los cuentapropistas profesionales, en los trabajadores cuentapropistas calificados y no calificados y en los trabajadores de la construcción, si bien el descenso de los salarios se observa en todos los rubros ocupacionales.

²⁷ Véanse en el Anexo los cuadros 7, 8 y 9. En el cuadro 7 encontramos que decrece tanto en la población total como en el sector medio-bajo el uso del automóvil, del servicio doméstico y de la tarjeta de crédito. En el cuadro 8 vemos que se almacenan ofertas y se compran las marcas de los negocios que generalmente resultan más económicas; además se observa que bajó el consumo de carne. En el cuadro 9 se observan cambios para abaratar costos, como el hecho de que coma toda la familia junta o que se repita la comida que se comió en otro momento del día. Este cambio en la organización cotidiana enfocada a economizar se da tanto en la población total como en los sectores medios-bajos.

El antecedente de la hiperinflación hace que adquiriera valor social la “convertibilidad” llevada adelante por el ministro de economía Domingo Cavallo durante el gobierno de Carlos Menem, que asume en 1989 con seis meses de anticipación debido a la crisis que sufría la economía y a los actos de ingobernabilidad que se sucedían en las calles. El presidente Carlos Menem no sólo no lleva adelante sus iniciales promesas de “el salarizado” y “la revolución productiva”, sino que apunta a “destruir” el sistema industrial que pudo darles sentido.

Una vez lograda la democracia, el eje de preocupación sería la estabilidad garantizada por la ley de “la convertibilidad” que establece la paridad entre el peso y el dólar. Este cambio monetario genera la posibilidad de que los argentinos comiencen a “viajar por el mundo” y que, al mismo tiempo, como consecuencia de las facilidades crediticias, tengan acceso no sólo a bienes culturales sino también materiales. Esta situación genera una “burbuja económica” que lleva al presidente a afirmar que Argentina pertenecía desde entonces al “primer mundo”. Estas características percibidas durante la época menemista dan sustento al mito del progreso que caracteriza a los sectores medios. Se observa un aumento en la demanda de bienes de consumo que dan lugar, entre 1991-1994, a los años de oro del modelo económico argentino y al mayor consenso social (Vázquez y Falletti, 2007:77). Durante estos años tiene lugar una fuerte recuperación económica que incluye el retroceso de la salida de capitales. Desde 1995, sin embargo, vuelve a observarse una importante recesión económica que se expresa en una intensa salida de capitales (2007:78) y también en un aumento significativo del desempleo que sufre un pico mayor en 1996 (véase gráfica 1 del Anexo).

El modelo económico y político menemista se sostiene en tres pilares: la convertibilidad, el ajuste económico y las reformas estructurales en el Estado. En materia de comercio exterior, determina la apertura de la economía a los capitales extranjeros (véase Vázquez y Falletti, 2007 para una descripción de las medidas utilizadas por este gobierno). En el marco de estas medidas, el gobierno de Menem vira hacia el neoliberalismo y propone que los recursos económicos serán administrados más eficientemente por el mercado que por el Estado. Es así que se llevan a cabo las políticas neoliberales y de reformas estatales con efectos negativos en lo laboral y en la calidad de la salud y la educación públicas, lo cual afecta sobre todo a los sectores medios que son los principales usuarios de los servicios públicos. En estos años se observa un pasaje de la figura del ciudadano, propia del estado de bienestar, a una lógica de consumo en la que tienen acceso a los servicios sociales (salud y educación) quienes puedan pagarlos. De esta manera, los que eran derechos sociales se constituyen en mercancías.

Por último, hacia el final de la década de 1990 comienza a manifestarse un importante descontento social con la política menemista a medida que se hacen más visibles las consecuencias sociales de las políticas neoliberales llevadas adelante por este gobierno (véanse cuadros 10 y 11 del Anexo). El valor de la estabilidad económica ya no

es suficiente para conseguir el triunfo electoral. La unión reciente del Frente País Solidario (Frepasso) con la Unión Cívica Radical (UCR) para formar la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación (Alianza) les permite a estas fuerzas políticas obtener un porcentaje de votos similar al menemismo en la elección legislativa de 1997 y ganar las elecciones presidenciales en 1999 con Fernando de la Rúa (UCR) a la cabeza y Carlos *Chacho* Álvarez como vicepresidente. Con un importante apoyo de los sectores medios, la Alianza asume el poder con fuertes expectativas y alto nivel de aprobación por parte de la sociedad argentina, mismo que pierde apenas al año de su gestión (gráfica 2 y cuadro 12 del Anexo). La frustración de las expectativas creadas explica la falta de legitimidad y el creciente descontento de la gente con el gobierno de Fernando de la Rúa, que concluye con el *cacerolazo* del 19 de diciembre de 2001, lo cual fuerza la renuncia del presidente.

Fin de siglo: la persecutoria idea de la “caída” social

En Argentina, al igual que en otras regiones del capitalismo periférico, los grupos sociales sufren grandes transformaciones tanto en lo que concierne a su composición socio-ocupacional como al peso político y económico de cada uno de ellos en el espacio social (Svampa, 2005:96). Como resultado de estos procesos sociales y económicos de mediano y largo plazo, se configura una nueva “estructura” social: un nuevo país, una nueva pobreza, una mutación de los actores sociales históricos (Feijoó, 2001:8). Es así como, durante la década de 1990, los sectores medios ven vulnerada, con mayor o menor aceptación, la situación de bienestar de la que gozaron en otras décadas. El impacto sobre este sector social es desigual y heterogéneo. Si bien se alude a un proceso de empobrecimiento de estos sectores sociales, hay elementos de la “burbuja” económica menemista que permiten pensar que la clase media fue muy beneficiada en la década de 1990. Por esto, Kessler (2007) propone hacer más complejo el mito sobre el empobrecimiento de los sectores medios haciendo referencia a la clase media enriquecida y a la “empatada”, es decir, aquel sector social que permaneció en condiciones similares y no sufrió una significativa caída social.

Se observan dificultades para la ubicación en el espacio social pues una persona, según su actividad económico-laboral en un concepto tradicional, entraría en la clase media aunque por los ingresos se encuentre en los últimos escalones de la sociedad. Existe una franja significativa entre los sectores medios enriquecidos y los sectores medios, la cual muestra un importante proceso de polarización entre los sectores sociales.

Esta transformación social es estudiada a partir de los cambios en la estructura ocupacional (Minujin y otros, 1995), o bien, se destacan los sucesos en los aspectos simbólicos (valores y percepciones), en los lazos afectivos (el lugar de la familia como espacio de contención) y en las emociones (el miedo y la angustia ante el sentimiento

de caída social) (Feijoó, 1995). Otros autores proponen realizar un breve recorrido histórico para mostrar el proceso por el cual, en promedio, en la década de 1970 la mitad de la población argentina tenía ingresos o formas de vida propios de la clase media, y una generación después ese mismo porcentaje está bajo la línea de la pobreza, siendo ésta una categoría marginal en los estudios sociales de hace treinta años (Minujin y Anguita, 2004).

Es interesante señalar que así como los estudios sobre los sectores medios en Argentina realizados en la década de 1990 ponen énfasis en los cambios ocurridos en la estructura social con los “nuevos pobres” y la vulnerabilidad social, los realizados después de la crisis del 19 y 20 de diciembre de 2001 se enfocan en los sentimientos y los cambios de las expectativas (consultoras Mora y Araujo, CEOP y Rouvier y asociados). Una vez resignada la expectativa de pertenencia social a la clase media tal como sucedía en otras décadas con los beneficios que esto aparejaba –recordemos que este sector social en Argentina tenía un peso significativo en relación con otros países de América Latina–, los lazos afectivos por su sentido de contención comienzan a tener una relevancia mayor.²⁸ Esta cuestión queda claramente expresada por los assembleístas entrevistados.

La *sensación de caída* y la falta de garantías institucionales apareja consecuencias en lo anímico y genera diferentes emociones, como la depresión, la persecución (miedo) y la angustia. La dimensión *depresiva* está ligada a una agresión proveniente del medio interno, provocada por la sensación de estancamiento, involución, falta de expectativas, impotencia o escepticismo (Feijoó, 1995:274); mientras que la dimensión *persecutoria*, en la que se expresa miedo, temor, desconfianza, desesperación o angustia, aparece frente a la agresión proveniente del medio externo (1995:273). La angustia, el miedo sin objeto, es otro sentimiento predominante pues en el contexto de crisis se vislumbraba la muerte institucional (Rouvier y Asociados, 2003:14). La amenaza más temida para este sector social es la movilidad social descendente como proceso que pone fin a la construcción ideal de progreso y futuro en la que fueron socializados (Feijoó, 1995:237).

La selección y accesibilidad a los bienes y el tipo de alteración en el gasto están fuertemente relacionados con los componentes socioculturales y de tipo *actitudinal* (Karol, 1995:255). El consumo, más que una función económica, se convierte en una relación social relevante llena de significados y sentidos que van más allá de un proceso económico cultural prefijado. Se piensa el consumo como producción de sentido

²⁸ Una encuesta realizada por un centro de opinión pública sobre las expectativas que los argentinos tenían para 2006 muestra que la gente quiere mejorar su calidad de vida, y además se observa un viraje de la atención hacia lo afectivo y el cuidado de lo familiar (*Clarín*, 1 de enero de 2006). Durante 2007 se llega a resultados parecidos. Se destaca, sin embargo, que muchos encuestados aspiran a obtener un empleo que no sólo les provea un sustento económico sino que les ofrezca un espacio para su realización personal (*Clarín*, 31 de diciembre de 2006).

(Wortman, 2003:10). Ilustra esta consideración el hecho de que la reelección menemista en 1995 se basara en el “voto cuota” (pues para la obtención de su vivienda o vehículo varios argentinos habían iniciado el pago de estos bienes en cuotas) y en la ilusión de que el acceso a ciertos bienes de consumo y culturales como la posibilidad de viajar por el mundo eran indicadores de que Argentina formaba parte del “primer mundo”. Estas nuevas pautas de consumo resultaban particularmente contrastantes con las restricciones sufridas durante el gobierno antecesor de Raúl Alfonsín. Como los cambios en las condiciones materiales inciden en las significaciones y los valores, Feijóo (1995:230) estudia la formación de nuevas identidades y visiones del mundo a partir del surgimiento de una nueva cotidianidad ligada a la crisis y al proceso de empobrecimiento a lo largo de la década de 1990. Esta nueva cotidianidad implica significativas transformaciones en los espacios o esferas de la vida, tal como se definieron históricamente en el país para dichos sectores medios: lo que se considera público-privado, la percepción de lo individual y lo colectivo, así como la reaparición de fuertes redefiniciones entre lo considerado societal y lo propio o inherente al Estado.

La amplitud y posibles mezclas alternativas de los ingredientes mencionados –nivel económico, relaciones sociales, nivel educativo, pautas de consumo y otros aspectos de la identificación cultural– hacen que se sientan parte de ese sector personajes tan heterogéneos y distintos como una médica de prestigio, un maestro de escuela de frontera, un político de nivel local, un comerciante, una empleada, un peluquero y una senadora nacional, entre tantas profesiones y oficios (Minujin y Anguita, 2004:22). Es decir, en los últimos tiempos los sectores medios en Argentina se caracterizan por una gran heterogeneidad que da cuenta de la imposibilidad de unificación de intereses de clase (Svampa, 2005:130).

A pesar de que la noción de *sector medio* es laxa, ésta opera como un marco ideal de referencia, como un “modelo” de identificación que permite la autoinclusión social de amplios grupos de la población. En este sentido, sirve la distinción entre el grupo de pertenencia y el de referencia, este último sirve de parámetro a los individuos para la adopción de conductas y bienes de consumo material o cultural aunque no pertenezcan a ese grupo social. Esta característica está presente en los “nuevos pobres”, es decir, si bien al considerar su ingreso real se encuentran bajo la línea de pobreza, adoptan pautas de conducta y estilos de vida propios del sector social al que pertenecían. El seguir sosteniendo ciertas pautas de conducta ayuda a afrontar una pobreza vergonzante definida como “doméstica” o de “puertas adentro” (Svampa, 2005:141). Es así como se desarrollan estrategias que aseguren el lugar social (grupo de referencia). Los principales expositores de estos comportamientos son los asalariados medios que a partir del deterioro de sus ingresos han tenido que reajustar fuertemente expectativas y modos de vida.

Lo interesante del proceso de conformación de las asambleas barriales es que muestra una actitud activa en contraposición a la vergonzante y “puertas adentro” en

los hogares. El colectivo de los asambleístas construyó una salida conjunta frente a la situación de crisis, aunque también es cierto que existieron dificultades para poner en común en la deliberación asamblearia los problemas relacionados a la sobrevivencia.

Segunda parte

Capítulo 3

Del *cacerolazo* a las asambleas barriales

Proceso colectivo: del *cacerolazo* a las asambleas barriales

EN VARIAS OPORTUNIDADES SEÑALAMOS que la acción colectiva del *cacerolazo* del 19 de diciembre de 2001 no ha sido una mera reacción a la situación de crisis sino que se vieron contenidos elementos solidarios e identitarios que dieron lugar a las asambleas barriales, es decir, a una forma de protesta más estable. Nos interesa estudiar el proceso de conformación de las asambleas que va desde el *cacerolazo* –según la propuesta analítica de Alberoni, el inicio del “estado naciente”– a su constitución con los distintos destinos que han sufrido. Las consideraciones desarrolladas en este apartado describen la combinación de elementos de creación, que dan contenido a la expresión “estado naciente”, con la reproducción de lógicas existentes. En el proceso de institucionalización queda un sedimento del mencionado “estado”. A decir de Alberoni: “La institución es, por ello, el destino del movimiento, pero lo es en cuanto a la derrota del movimiento, de su rendición a lo existente. En este sentido es su heredera, pero al mismo tiempo su traición” (Alberoni, 1984:13). Frente a esta definición, surgen dos interrogantes: ¿en qué sentido es su heredera? y ¿de qué manera es su traición? Es decir, hay una secuencia desde la creación hasta la institución y una degradación desde la fuerza originaria hasta que un nuevo impulso colectivo y creador haga otro salto adelante. Las preguntas señaladas son las guías de nuestro análisis, dado que intentamos identificar los aspectos que se conservan y aquellos que se pierden. El grupo en “estado naciente” da origen a una nueva realidad dotada de valor que quiere extender y perdurar dado que apunta a la exploración de lo posible. Sin embargo, cuando se lo asume como “ser” se falsea su esencia. Un asambleísta decía: “las asambleas barriales son el intento de perpetuar el 19 y 20”, es decir, las asambleas responden a la continuidad con cierto nivel de institucionalización del “estado naciente” que se expresó en el *cacerolazo*.

Es posible identificar dos estados sociales que entran en contradicción y en los clásicos se establecen entre el estado naciente: carisma (en Weber) o efervescencia colectiva (en Durkheim); la organización patriarcal o burocrática (en Weber) y la organización mecánica (en Durkheim). Desde nuestra perspectiva, se identifican aspectos

que se reproducen y otros que instauran nuevas lógicas y significaciones, es decir, imprimen creación a los acontecimientos.

No toda situación de exaltación colectiva responde al inicio de un estado naciente; entonces, ¿cuáles son las características de este estado? Alberoni plantea que hay una reestructuración del poder y del conflicto, que las instituciones existentes pierden legitimidad y empiezan a ser cuestionadas y como consecuencia hay una recomposición del lazo social hacia una solidaridad alternativa como una forma de explorar las fronteras de lo posible, lo que conlleva a una revisión de los propios valores y creencias. Dado que estas características están presentes en el análisis realizado en los próximos capítulos, sobre todo el proceso reflexivo que llevó a una revisión de valores en los asambleístas, sostenemos que el *cacerolazo* puede ser pensado como un “estado naciente” que en su evolución dio lugar a la conformación de las asambleas barriales. Esto fue posible en cuanto se constituyen sujetos que cuentan con los saberes y las prácticas que se activaron en ese momento particular.

Con la intención de describir y analizar la evolución y los niveles de institucionalización del estado naciente, en el capítulo 2 analizamos las “precondiciones estructurales” en la historización y caracterización de los sectores medios en la sociedad argentina. En el capítulo 3 describimos el *cacerolazo* del 19 de diciembre de 2001 ocurrido en Argentina. En el capítulo 4 realizamos una caracterización de las asambleas barriales atendiendo a los aspectos organizativos e identitarios y a su relación con el “mundo exterior” (con la figura estatal y los partidos de izquierda). En el capítulo 5 analizamos la afectividad, las emociones y los recursos culturales y simbólicos con los que cuentan los asambleístas, los cuales se activaron en su participación de la movilización social de las asambleas. De manera transversal se identifican y analizan los elementos que se reproducen y los que imprimen nuevas lógicas y significaciones.

El estado naciente: el *cacerolazo* del 19 de diciembre

La confluencia de varios factores

La acción colectiva del *cacerolazo* del 19 de diciembre plantea el interrogante acerca de la combinación de factores que lo suscitó, dado que aconteció de manera espontánea (en el sentido de no haber sido planificado ni convocado por una persona o institución particular), y que generaron la tensión para que ocurriera el comportamiento colectivo. Los factores que desarrollamos en esta oportunidad son planteados a modo de hipótesis, pues estamos advertidos de que no existe una relación directa entre una tensión particular y una clase de episodio colectivo (Smelser, 1995). Entre los factores identificados destacamos, en primer lugar, la *sensación de injusticia* que inundó los distintos ámbitos de la sociedad entera. Se genera un sentimiento de injusticia cuando

el contrato social implícito es violado; si no existieran reglas que gobiernen la conducta social no habría este sentimiento (Moore, 1989). Al verse jaqueado el sistema representativo de las instituciones político-financieras se produce un trastocamiento en los parámetros del sentido de justicia con consecuencias en el mapa social: en la percepción de los incluidos y los excluidos, dado que todos los ciudadanos pasamos a estar en situación de exclusión. El segundo factor lo relacionamos con *la declaración del estado de sitio* por parte del presidente de la nación ante los saqueos ocurridos en la provincia de Buenos Aires tres días antes del *cacerolazo*. El hecho de que esta medida generara el efecto contrario, esto es, una salida masiva de la gente a las calles de Buenos Aires, se debe a la actualización de un trauma sociocultural y, al mismo tiempo, se ponía en evidencia la fuerte deslegitimación que sufría el gobierno nacional. En tercer lugar, identificamos elementos que intentan *reivindicar una idea de país* y la importancia de formar parte de la construcción de un proyecto de país diferente.

Los factores señalados muestran la fractura y el cuestionamiento de ciertos núcleos simbólicos de la sociedad argentina: el trauma social de la dictadura militar, la pérdida de un lugar social construido en torno a la pertenencia a la clase media y la vulnerabilidad de la sensación de seguridad que genera ese lugar social. Esta sensación es asociada a una idea de país donde los sectores medios han tenido un papel importante, en comparación con el resto de América Latina.

Los sentimientos de agravio e injusticia son respuestas frente a un daño (Moore, 1989). Frente a la pregunta acerca de qué es lo que se dañó y dio lugar a la reacción “defensiva” de la acción colectiva, sostenemos que se dañaron dos cuestiones simbólicas (aunque con consecuencias materiales y en la calidad de vida de las personas): en primer lugar, una *idea de país* asociada a las conquistas sociales en materia de salud, educación y trabajo —no es casualidad que las primeras comisiones que se conformaron en las asambleas fueron en torno a esos asuntos—. Si bien estas garantías sociales y públicas responden a un estado de bienestar que se había desmantelado desde hacía tiempo atrás, éste sigue presente en el imaginario colectivo o, en tal caso, como aquello a lo que se quiere volver. Debido a esto, en las asambleas fueron frecuentes las discusiones sobre la reestatización de los servicios públicos y la reapropiación de lo público por parte de la sociedad. En la época neoliberal en Argentina se quitan de la discusión política tanto los servicios como los bienes sociales. Es con las asambleas barriales, “las empresas recuperadas” y el movimiento de desocupados que estos temas vuelven a ser asunto de discusión política y pública. En este sentido, observamos una repolitización de ciertos asuntos públicos.

Con la declaración del estado de sitio se daña, en segundo lugar, una *idea de democracia* que una vez conseguida dejó como costo la impunidad de militares involucrados en torturas y secuestros de personas que luego pasaron a ser desaparecidas. “El estado de sitio pegó en algún recuerdo del estado de sitio durante la dictadura [...]” (entrevista 5). Esta medida de seguridad actualiza un trauma social de fuerte carga

emotiva, a lo que se suma la falta de legitimidad del gobierno de turno. La prueba de ello es que el estado de sitio produjo la reacción opuesta: la gente salió masivamente a las calles en lugar de mantenerse en sus casas.

Los distintos asambleístas se refieren a la medida de seguridad estatal como uno de los principales motivos que movilizó a la gente hacia el Congreso y luego a la Plaza de Mayo. Sin embargo, son hipótesis que no agotan la explicación de los acontecimientos que tienen un resto difícil de asir, nombrado como “mágico” e “indescifrable”.

Quiénes participaron en el *cacerolazo* eran los mismos que habían acompañado el proceso de dictadura en Argentina y que ahora reaccionaban frente a aquello que habían aceptado –seguramente por observar las consecuencias nefastas a largo plazo de ese modelo que se había iniciado en la década de 1970 y que luego Menem en la década de 1990 profundiza–. “[...] la misma clase media que acompañó a la dictadura. Por una cuestión generacional, 25 años más tarde salió a repudiar el intento autoritario porque vio que le afectaba a ella. Por empezar el tema económico que era el tema del *corralito*, el coartar las libertades democráticas: el Estado de Sitio fue repudiado [...]” (entrevista 4).

El factor económico estuvo presente aunque no se constituyó en la principal razón de la movilización. Cuando se les preguntó a los asambleístas sobre el peso del factor *corralito* para decidir sumarse tanto al *cacerolazo* como luego a las asambleas, dijeron que no fue ese el motivo y que además no podía serlo porque no disponían de ahorros (la percepción del daño económico para los asambleístas será retomado en el primer apartado del capítulo 5). En este sentido, es importante “desmitificar” la interpretación por la que se establecía que “[...] todo el mundo fue a la plaza por el *corralito* [...] y no fue cierto, en parte habrá sido [...] pero el 19 de diciembre lo que más se vio fue en contra del Estado de Sitio [...] fue un reflejo democrático muy interesante y ahí sí hubo mucha gente de los setenta” (entrevista 5).

En relación con la idea de país y nación que se intentaba reivindicar, circulaban imágenes y símbolos que apelaban a ellas: “[...] imágenes que se veían en la tele o en fotos de tipos alzando una bandera, era muy fuerte” (entrevista 14); “[...] en la segunda reunión de la asamblea todos tenían su bandera [...]” (entrevista 13). Es así que lo que más se gritaba el 19 de diciembre era “Argentina, Argentina”. Más allá de estar de acuerdo o no con los nacionalismos, éste era el sentimiento que primaba: “yo no soy nacionalista pero era el espíritu de estar ahí [...] y me sentía maravillada de lo que estaba pasando” [...]; “después íbamos a Tribunales y se cantaba el himno con emoción, yo no soy nacionalista, odio las nacionalidades” (entrevista 13).

A pesar de que algunos asambleístas no se sentían convocados por la identidad nacional, participaron en los eventos y las marchas. Confluían varios sentimientos y motivos por los cuales se formaba parte de ese acontecimiento histórico sin importar las diferencias ideológicas y de clase. Lo que convocaba era “formar parte de [...]” y “estar ahí” pues “forma parte de la estructura psicológica de Argentina, plantearse que

como no estuve ahí (en el suceso histórico del *cacerolazo*) estoy ahora participando de las asambleas” (entrevista 14). La importancia de participar en los acontecimientos se expresa en la siguiente frase: “[...] era el paraíso del militante [...] entonces dejé todo y me vine para acá” (entrevista 8).

El unirse por la experiencia compartida, el trauma social que suscitó el vacío institucional y la necesidad de participar en la construcción de un proyecto de país alternativo más allá de las diferencias se expresa así: “Los que estamos en esa esquina, lo estoy traduciendo yo, somos vecinos huérfanos de sociedad y Estado; de pronto pasó un huracán, se volaron todas las instituciones de cartón y en realidad quedamos al descubierto y por eso estamos así, esto somos, y este es el punto de partida y nos convertimos desde ahí” (entrevista 18).

Con el “ser y estar ahí” se señala el desafío de sostener una existencia sin ropajes partidarios previos sino que se constituye a partir de la experiencia vivida y compartida en el contexto de un trauma social y cultural. También generar la construcción de un proyecto de país nuevo que implique “barajar y dar de nuevo, en serio” y la posibilidad de sostener este planteamiento desde la sociedad a las instituciones representativas, pues “había una forma que estábamos funcionando como sociedad, como sociedad política, que no iba más [...]” (entrevista 16). De esta manera se planteaba un cuestionamiento a la sociedad en su conjunto en la que estaban incluidos los propios constructores de la propuesta.

En la idea de “Que no quede uno solo, ni siquiera yo mismo” se hace referencia a la necesidad de pensarse como parte de esa sociedad, es decir, se inicia un proceso de reflexión sobre la propia responsabilidad en lo acontecido, siendo ésta una de las características del “estado naciente” dado que hay una revisión de los valores. Este proceso de reflexión ha llegado a los distintos ámbitos de la sociedad, por esto no es de extrañar que se viera en los inicios de las asambleas la recreación de un mini-Estado, dado que había comisiones de salud, educación, prensa, etcétera, en las que se discutía y se pensaban propuestas.

La actitud reflexiva se vuelve un recurso primordial para este movimiento; los documentos rastreados sobre el proyecto para las asambleas son un claro ejemplo de esta actitud. La *subpolítica* es posible a partir de una actitud reflexiva dirigida a una modificación de las reglas que transforme la política simple y genere un estado de reflexión propio del *estado naciente*, el cual involucra a los distintos ámbitos de la sociedad.

En la siguiente expresión queda ilustrada la actitud de reflexión en torno a los distintos campos de la sociedad:

[...] la política institucional en nuestro país ya no volvería a ser como antes. La participación amplia y democrática mejoró los debates, y las ganas de cambiar la sociedad permitieron a todos abordar todos los temas: nacionales, regionales y locales, tanto de administración como de salud y de gobierno, tanto de educación como de medios de comunicación, tanto

del transporte local como la economía, ALCA y la globalización; todos los temas se tratan, se investigan y se aprenden, con la expectativa de formar una opinión y desarrollar una propuesta (s.a., 2002).

Es decir, en tanto se está formando parte de un “estado naciente” es posible pensar acerca de la constitución de una sociedad “paralela”, alternativa a las formas institucionales; se vuelve entonces fundamental reflexionar sobre las pautas, los valores y los funcionamientos existentes, y sobre la posibilidad de pensar alternativos. Es posible que en el marco de este ambicioso proyecto hayan tenido lugar programas tan extensos y difíciles de abordar como los que se discutían en la interbarrial de Parque Centenario.²⁹ El tenor de las propuestas tiene relación con las discusiones que adquieren trascendencia en el marco de una fuerte crisis institucional.

Frente al desafío de la construcción de un proyecto de país diferente hay al menos dos actitudes: una activa y otra más derrotista. La primera se observa en el compromiso por parte de los militantes en la generación de un proyecto desde la asamblea o bien en frases como “[...] hay que luchar por un país [...]”. O, por el contrario, se conocían situaciones derrotistas como las relatadas: “[...] hubo gente a la que le pegó terriblemente mal, hasta gente que ha muerto, por cuestiones de perdí todo, todo lo que construí en años [...]”. Con esta misma actitud los inmigrantes preferían regresar a sus países de origen: “este país me dio todo y me quitó todo, y me tengo que ir” (entrevista 12).

El haber asumido el compromiso de construir una sociedad diferente generaba en los participantes una sensación de mutuo reconocimiento expresado en el gesto espontáneo de aplaudirse entre ellos: “[...] la gente que venía de Chacarita, Colegiales, masas humanas impresionantes. Nos detuvimos ahí y todos que veníamos de los distintos lugares, nos saludábamos y nos aplaudíamos [...] ¡somos nosotros, somos nosotros! Eso de reconocerse, hay un nuevo sujeto [...]” (entrevista 16). Se ubican como protagonistas del ámbito político al asumir el compromiso de llevar adelante un proyecto de país alternativo luego de constatar la inoperancia y, por tanto, la falta de legitimidad de las instituciones políticas que nos representan.

La consigna “Que se vayan todos”

Las protestas del 19 y 20 de diciembre fueron conocidas a partir de la consigna “Que se vayan todos”. Esta frase indica la potencia del vacío. Su fuerza radica no en la lite-

²⁹ Las distintas asambleas se juntaban los domingos en Parque Centenario para llevar sus propuestas y ponerse de acuerdo con una común. Estas reuniones tuvieron gran participación en sus inicios (enero de 2002), pero en la medida en que no se lograba avanzar en el proyecto común, la gente dejó de ir.

ralidad de la consigna sino en el vacío que deja cuando se reclama por aquello que no es posible, apelando a un desafío colectivo. El reclamo de aquello que no es posible y por tanto utópico se expresa en los siguientes dichos de quienes participaron de los eventos: “el ‘Que se vayan todos’, si se quiere lograr sintetizar eso [...] Que se vayan todos los representantes del régimen. Esto abarcaba la policía, las fuerzas armadas, el Parlamento, la Iglesia, la justicia, el Poder ejecutivo, por supuesto. Se cuestionaba absolutamente todo” (entrevista 3).

Sin embargo, este reclamo generaba un problema concreto: “se van todos y ese espacio ¿cómo lo ocupamos?” (entrevista 2). Es así que se advierte que el vacío de poder es una metáfora ya que el poder existe, y en caso de que se pudiera establecer una división entre el Estado y la sociedad: “el Estado se puede ir [...] eso es ‘Que se vayan todos’ [...]” (entrevista 13).

El vacío institucional y de las representaciones fue tomando distintos significados y sentidos, aunque manteniendo el horizonte del desafío colectivo. También mostró, por un lado, la fuerza del desafío y de la movilización para llevarlo adelante y, por otro lado, la falta de proyecto político dado que “significaba cosas muy distintas para cada uno”. Ambas cuestiones indican las ganas de movilizarse de quienes luego formarían parte de las asambleas, al mismo tiempo que señalan la falta de un rumbo de acción definido. Hacia los finales de la asamblea la consigna fue relacionada con un cambio en la subjetividad, y “se hablaba de que se tenían que ir nuestras partes autoritarias [aunque] cada uno lo rellenaba con el contenido que tenía ganas” (entrevista 14).

Justamente por este lugar de vacío que representaba el lema de las asambleas y por los sentidos que se le podían adjudicar, algunos sectores de la izquierda intentaron hacerse dueños de la expresión. Sin embargo, la consigna implicaba un rechazo a toda expresión institucional de la política, incluidos los partidos de izquierda dado que su práctica política era repudiada por la gente. En varias ocasiones no parece demasiado posible discernir si el objeto de rechazo eran las propias instituciones políticas o más bien las personas en posiciones de poder. “[...] como una definición que se me ocurre es que se buscaba radicalizar la democracia [...] no para que se instale un sóviet, como lo soñaron en una noche de delirio los líderes de la izquierda local, sino que, en realidad, era ‘Que se vayan todos’ y que venga otra gente, gente sana, nueva, caras nuevas” (entrevista 4).

Este dicho parece indicar que no se deslegitimaba del todo a las instituciones sino que la consigna hacía referencia a la corrupción y a la falta de credibilidad de los representantes de turno. Se apunta, más bien, a la gestión de gobierno y no tanto a la forma institucional de hacer política. Es posible que esta visión esté teñida por los propios intereses de quien la expresa y su intención de sumarse al proyecto del Gobierno de la Ciudad de constituir comunas (construir una forma de gobierno descentralizada en la que los vecinos formen parte del proceso de toma de decisiones). Sin embargo, esta línea argumentativa señala la falta de precisión acerca de qué era lo

puesto en cuestión. De igual forma, se realiza una distinción entre los sectores de poder y “la clase política”, aunque se concluye que lo que se puso en jaque es el modelo neoliberal: “[...] para mí es que se vayan los sectores del poder, para otros toda la clase política. Para mí no existe ‘la clase política’, lo que sí se puso en crisis era el modelo neoliberal [...] no sé si hasta el sistema capitalista [...]” (entrevista 5).

Se “agotó” una forma de funcionamiento por la que se “espera” que los políticos solucionen nuestros problemas. “[...] está agotado porque no sirvió ni va a servir porque nadie va a salvar nada, no es cuestión de una sola persona. Las asambleas pudieron haber sido o son una forma de tomar eso, un trabajo bien de célula. Son un espacio territorial de participación desde la base” (entrevista 20). Si pensamos en el poder de solución adjudicado a la “convertibilidad”, eje de la etapa menemista neoliberal en el país, es posible establecer una relación entre el modelo y la actitud pasiva de los ciudadanos frente a las decisiones gubernamentales, en contraposición al hecho de “empezar a tomar uno en sus propias manos”.

En torno a la consigna se identifican elementos que indican la importancia de asumir como propio el proyecto político de un país, o bien de un barrio, y constituirse en su integrante. Salvando las distancias, dado que no es lo mismo proyectarse a nivel del país que en lo barrial, y más allá de los aspectos de utopía que pueda tener esta apreciación, es interesante rescatar los efectos subjetivos de esta nueva posición respecto de la realidad social. “[...] se van todos pero hagamos algo [...] siempre está esa cosa determinista [...] la culpa es del otro que es mala persona, ¡pero no hacemos nada!” (entrevista 20).

Se destaca la importancia de asumir los asuntos del país como propios y no proyectar la culpa en alguien externo. La responsabilidad en este caso se relaciona con la capacidad para hacer cosas más que con la reflexión. En cambio, para otros el “todos” era una subjetividad que se tenía que ir, es decir, se apela a “hacerse cargo de una situación”, a la responsabilidad de los ciudadanos frente a las decisiones de sus representantes. La propuesta de este cambio de actitud se veía como algo novedoso: los militantes de toda la vida no habían vivenciado con anterioridad tal cambio.

Que el “todos” sea de todos indica un elemento de unión en un proceso particular de responsabilización de la sociedad. En este sentido sostenemos que cuando la política se discute en todos los niveles y ámbitos de una sociedad, la subpolítica se ha puesto en movimiento. Así se inicia un proceso hacia la autonomía porque se discuten las reglas y las normas, y para esto se necesita de sujetos autónomos. Para que esto fuese posible se “tenía que ir” parte de una subjetividad, aquella que no se involucraba como en la década de 1990, “todos nos sentíamos representados en ese hartazgo, cuánto de mí me involucra este ‘Que se vayan todos’, qué se tiene que ir de mí [...]” (entrevista 16).

De esta manera se señala el valor metafórico y simbólico de la consigna, que no tiene que ser tomada en su literalidad. Nos interesa rescatar que en las asambleas no se

desplegó una actitud violenta ni agresiva sino, más bien, se trataba de una práctica deliberativa y reflexiva que apuntaba a “desaparecer” una forma de funcionamiento como sociedad política y también como sociedad de la que los propios assembleístas formaban parte. Es así que “se tenía que ir” cierta subjetividad para que adviniera otra propuesta a asumir el compromiso de construir un nuevo proyecto de país, y en este sentido se describe el inicio de un estado naciente. Lo interesante de esta reflexión es que la crítica se pone en movimiento en los distintos ámbitos, no sólo de las instituciones o de la representación política, sino a nivel de las subjetividades.

Se observan dos maneras de asumir el compromiso frente al vacío: una pone el énfasis en la actitud reflexiva y en pensar acerca de la propia responsabilidad, y la otra rescata la importancia de hacer cosas. Es posible que esta divergencia exprese diferencias generacionales.

El cambio de visión sobre la política apunta a separarse de las concepciones totalizantes y cosmovisiones respecto de cómo hay que comportarse en materia política. Cuando se plantea “ayudémonos pero nada más, se me fueron los ideales”, se pone el acento en el sentido humano del juntarse y no en términos de un proyecto político. Al mismo tiempo, se relativiza “el deber ser”, el aspecto superyoico de la militancia política; más bien se trata de “hacer lo que se pueda, si es colectivamente, mejor” en un sentido humano y de contención, pero no en sentido político partidario.

Antes planteamos que en “todos” está incluido uno mismo, aunque al momento de hablar con los medios de comunicación se sostiene que “todos” es la dirigencia política. En un reportaje periodístico realizado en un programa televisivo nocturno con mucha audiencia, el conocido periodista que entrevistaba a un assembleísta proponía que, dado que las asambleas barriales habían tomado visibilidad, seguramente “[...] iban a querer imponer o plantear algo, tal vez alguien los escuchaba y hasta lograban ponerse de acuerdo”. Es decir, el periodista orientaba la entrevista a la posibilidad de tener diálogo con las instituciones políticas, encausar sus demandas por la vía de los canales institucionales y lograr tener incidencia en la agenda política. Frente a la propuesta se contesta que el interés está en hablar entre los vecinos y no con los políticos. “Nosotros queremos hablar entre nosotros, somos gente del barrio que habla con gente del barrio y con gente de otros barrios [...]” (entrevista 16).

Frente al periodismo representante del *statu quo* y, seguramente, como una forma de defenderse ante el intento de traducir el fenómeno social a la conveniencia de quien realizaba el reportaje y acorde a cierta visión de la democracia, se descartó toda posibilidad de diálogo. En esta ocasión, el “todos” estaba dividido entre “ellos”, los dirigentes políticos, y “nosotros”, los que queremos participar e involucrarnos de este proceso de construcción barrial —aparece lo barrial más que la idea de país, o bien, un proyecto de país que surja de las inquietudes barriales.

Pasado el tiempo se observa que el lema quedó vaciado de contenido, de modo que se buscan consignas alternativas más consistentes y focalizadas en intereses comu-

nes. “[El ‘Que se vayan todos’] Hoy tiene otro significado, hay cosas que van hacia el mismo lugar, apuntan hacia el mismo lugar o que, por lo menos, tienen los mismos intereses y buscan consignas que no quedaron tan vacías. ‘Que se vayan todos’ quedó vacío de un contenido” (entrevista 8).

El vacío es constitutivo de la propuesta pues muestra una imposibilidad, una utopía, el vacío de poder es una metáfora. En la imposibilidad de concretar la propuesta reside su fuerza dado que en el porvenir se convoca al desafío colectivo. Sin embargo, esto es así en un primer momento y, en la medida en que no se genera un proyecto común, la movilización pierde fuerza.

Interpretando los dichos, cuando se dice “[...] quedó vacío de un contenido” se puede estar refiriendo también a que es una consigna que ya no convoca como antes ni de la misma manera.

Otra visión –también presente en el grupo de ahorristas– plantea no estar de acuerdo con lo que expresa la consigna; es más, se lo describe como un rechazo patológico, “una fobia a los partidos políticos” en el movimiento. Esta actitud hacia los partidos políticos es contraproducente para el ámbito de la política. “[...] me parece un poco peligroso decir que la política es mala, estar en una militancia es malo [...] esto de la autonomía, como si eso te garantizara cierta pureza ideológica, porque en realidad, con partido o sin partido hay ideología y está bien que la haya” (entrevista 6).

Sostenemos que en el movimiento asambleario no se criticaba la militancia en sí, sino cierto tipo de ésta: la de los partidos políticos, particularmente el comunista, por su funcionamiento jerárquico, ortodoxo y la promoción de cosmovisiones con fuertes elementos morales. Ésta era una opinión generalizada entre quienes militaban en el Partido Comunista.

Es cierto que en toda postura política hay ideología pero, justamente, los asambleístas entrevistados expresan que estuvieron en una búsqueda permanente sobre aquella postura que les hiciera sentido en el “ser-estar ahí”, más allá de las ideas y los ropajes preestablecidos de la “vieja” militancia. Estamos de acuerdo con que la *autonomía* no asegura una pureza ideológica dado que la propuesta de pensar sobre las reglas y las normas, el desafío de “barajar y dar de nuevo” contiene ideología, pero no es la misma que se promulga desde los partidos políticos. Consideramos que esta diferencia no es menor. De hecho, un elemento común de varios asambleístas con militancia política –durante la década de 1970 en la Federación Juvenil Comunista o bien en la década de 1980 en el Movimiento al Socialismo (MAS)– es que se fueron de aquellos partidos con una fuerte crítica hacia su funcionamiento y vieron en las asambleas la oportunidad para hacer política de forma diferente.

Frente a la reflexión sobre qué es lo que se tenía que ir (movida por la consigna) se identifican varios sentidos: uno antipolítico, cuando se alude a los partidos –incluida la misma izquierda– y al agotamiento del modelo en el que se espera algo de los políticos; un cambio de élite política, con la expresión “que venga gente nueva”, y un sen-

tido subjetivo cuando se expresa “las subjetividades que no se involucran”. Observamos también una actitud reflexiva, característica del estado naciente que se estaba viviendo, cuando se hace referencia a que no hay que ubicar la culpa en algo externo, característico de cierto funcionamiento social.

En el *cacerolazo* participaron distintos grupos movidos por diferentes motivos. A partir de estos grupos se van tejiendo distintos significados y, por tanto, formas de significar su participación en la acción colectiva. La división principal se establece entre los que asistieron por un motivo económico (a quienes les retuvieron los ahorros en el *corralito*) y los que participaron en el *cacerolazo* por “otras razones” (más allá de los ahorros). Dentro de estos últimos ubicamos distintas formas de significar la participación en el *cacerolazo* que definen diversas dimensiones. En la dimensión política-institucional se significa a la movilización como “la defensa de la democracia y de la libertad individual”, la “reacción frente al quiebre institucional producido por el gobierno” y, entonces, la necesidad de realzar la identidad nacional que comparten los compatriotas. En una dimensión histórica (en el sentido de reminiscencia del pasado) se hace referencia al “miedo de que tenga lugar una medida propia de la época de la dictadura”; en una dimensión relativa a la cultura política se alude a la sensación de “revivir la práctica de militancia de otras épocas”. Por otro lado, se identifica un tercer grupo, aquellos que buscaron salidas individuales frente a la crisis y emigraron a otros países, actitud común en los inmigrantes bolivianos y también en algunos jóvenes.

Es decir, distintos grupos participaron en la acción colectiva del *cacerolazo*: los *ahorristas* y otros que se ubican como protagonistas del cambio institucional (aquí se observan ex militantes de partidos de izquierda, pero también vecinos sin experiencia política previa entre quienes se identifica, aunque en menor medida, a vecinos de pensamiento conservador). A éstos habría que sumar los que frente a la situación de crisis deciden emigrar a otros países, los que tienen una actitud derrotista y aquellos que buscan salidas individuales.

La acción colectiva del *cacerolazo* y su automatismo³⁰

Como todo fenómeno que va por carriles “espontáneos”, “mágicos” e “indescifrables” el *cacerolazo* del 19 de diciembre es un acontecimiento difícil de expresar. Muchos dirán que había que estar ahí mientras sucedían los acontecimientos, destacan la importan-

³⁰ La noción de *automatismo* puede ser rastreada en la filosofía, el surrealismo y la psiquiatría, aun cuando el concepto es utilizado de manera diferente en cada uno de estos ámbitos. El automatismo psíquico es un método que se utiliza en una rama creativa de la filosofía, en el que se compromete la liberación de todas las operaciones mentales. Está comprometido el humor y el amor, el juego, los sueños

cia de su vivencia para su comprensión. Varios asambleístas me preguntaron si había estado en el momento de los eventos, como si el hecho de haber estado y compartido la experiencia fuera más valioso y certero que mil palabras. Un asambleísta nos advierte sobre la dificultad de relatar de manera precisa lo sucedido, pues siempre va a quedar un resto que no logra capturar los hechos en su totalidad. Si bien ésta es una característica común a cualquier fenómeno social, adquiere un valor especial en las acciones colectivas espontáneas y efervescentes. “Las asambleas eran algo interesante, también hay algo indescifrable, ¿por qué asambleas? El 19 a la noche salimos a la calle, cayó un gobierno [...]” (entrevista 14).

El interrogante del asambleísta se ha constituido también en nuestra pregunta de investigación e intentamos transformar eso indescifrable en hipótesis de trabajo que colaboren en la comprensión del fenómeno. En este sentido, nuestra brújula es el planteamiento sobre la existencia de distintos recursos subjetivos y colectivos que confluyeron en la protesta particular de las asambleas barriales.

En esta oportunidad, compartimos el relato de los asambleístas sobre los acontecimientos sabiendo de antemano que distará mucho de la experiencia vivida. A pesar de los aspectos espontáneos e indescifrables, podemos identificar expresiones que muestran cierta previsibilidad de lo sucedido, mientras que otras indican lo sorprendente e insólito de los acontecimientos y la fuerza de lo porvenir. Se identifican también elementos de continuidad en las lógicas de las prácticas y en la significación de éstas, elementos que indican un quiebre respecto de esas lógicas y los aspectos novedosos: aparecen nuevos sentidos y significados.

El interrogante que suscita la descripción de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre es: ¿qué noción de la sociología resulta pertinente para su relato? Consideramos que la noción *efervescencia colectiva* de Durkheim tiene ese potencial. Si bien el autor la usa para describir el aspecto colectivo del estado religioso, resulta útil para la acción colectiva del cacerolazo, sobre todo porque el estado de efervescencia se caracteriza por la provocación de comportamientos automáticos, no mediados por el entendimiento, y conductas irracionales. El estado de efervescencia es provocado por la oleada de vitalidad renovada que se experimenta cuando los participantes se disuelven

y todas las emociones. Por esto se enfrenta con el problema del “entendimiento”. Con el automatismo psíquico se pretendió estimular la fantasía y la imaginación en la corriente artística del surrealismo. En la psiquiatría, el síndrome de automatismo mental (en la psicosis) hace referencia a acciones o pensamientos que no guardan relación con los afectos ni con el entendimiento dado que no contienen significación. En esta oportunidad hacemos referencia al *automatismo* como una acción que no tiene relación con el entendimiento ni con la razón y que, justamente por esta característica, puede mover a la creación y la invención. Desde nuestra perspectiva, la noción de automatismo describe de manera más acabada el proceso de movilización estudiado. En contraposición a la concepción de *espontaneidad*, en el automatismo es posible observar cierta organización y coherencia de la acción. Si bien la acción no responde a una racionalidad estratégica, tampoco se trata de una modalidad caótica.

en el cuerpo del grupo extático y forman parte de una vasta comunidad atemporal y potente (Lindholm, 1997:52).

Cuando nos cuentan sobre el 20 de diciembre en la Plaza de Mayo, al pensar en ese día a la distancia, se describen una serie de conductas en las que se observa una gran cuota de irracionalidad, “[...] balas disparando, la gente avanza contra la policía que estaba disparando, la policía retrocede y se queda ese policía solo. ¡No sabés la cara que tenía el tipo ese! ¡Tenía una cara de terror! Claro, se quedó solo ¡y la gente estaba decidida a matar!” (entrevista 13).

La sensación era que “todo era posible”, cualquier tipo de comportamiento; sin embargo, un segundo de pensamiento lleva a no tomar una conducta violenta. La siguiente expresión ilustra el grado de tensión que existía entre los que se encontraban en la Plaza de Mayo el 20 de diciembre, al día siguiente del *cacerolazo*:

“Me encontré a diez metros de los tipos con armas y yo con la piedra y pensé: ¿qué estoy haciendo? Pero casi inconsciente, ahí tiré la piedra y me volví [...] lo pienso en el sentido de que era totalmente irracional, justamente pensaría que no desubicado porque había mucha tensión contenida. Lo veía en los otros y me pasaba a mí también. Cierta civilización, no sé si positiva o no, pensaba no tiremos piedras [...]” (entrevista 14).

En el estado de eferescencia colectiva del *cacerolazo* del 19 de diciembre, el ruido de las cacerolas tuvo un efecto de contagio; al escuchar los ruidos la gente se sintió convocada y sin demasiados miramientos tomaron la cacerola, elemento de la vida cotidiana que en ese momento se convirtió en el “arma” de la protesta. Los vecinos de Buenos Aires salieron a las calles guiados por la dinámica colectiva y la luz de las fogatas que se prendían en cada esquina.

Hubo un efecto de contagio a partir del ruido y de la sensación de histeria debida a la serie de hechos que precedieron al *cacerolazo* que indicaban una total pérdida del orden institucional en materia política, económica y de la vida social. Se vivía un estado de crisis generalizada que se retroalimentaba con las imágenes transmitidas por la televisión de los saqueos que habían sucedido días atrás en la provincia de Buenos Aires.

Se suelen constituir creencias generalizadas –una de ellas es la histeria– previas a la reacción de un comportamiento colectivo. La creencia histérica da a un elemento ambiguo del medio, un poder generalizado para amenazar y destruir (Smelser, 1995:100). Los elementos de adversidad en nuestro caso están dados por la situación de acefalía presidencial y crisis bancaria. La ambigüedad origina ansiedad y ésta disminuye con la postulación de una amenaza externa absoluta y generalizada, es decir, con la redefinición de la situación se baja la ansiedad. Siguiendo esta definición, en nuestro estudio la amenaza estaba ubicada en los políticos, los bancarios y los representantes del *statu quo*. De ahí que en ese momento se hayan observado reacciones agresivas y violentas de la gente hacia los funcionarios y los políticos, situaciones que ocurrieron después del *cacerolazo*. Por esto, la creencia histérica se conformó antes del estallido del *cacerolazo* y siguió teniendo sus efectos posteriormente al episodio colectivo.

Cuando se describe cómo la gente se va sumando al *cacerolazo* se hace referencia a algo impenetrable y sólido como una “pared”; una movilización que se iba a sostener en el tiempo, y una fluidez de la misma. La idea de fluidez da cuenta de cierta organización espontánea de la acción colectiva y del efecto de contagio producido por el ritmo del ruido de las cacerolas y de la movilización. Asimismo, resulta interesante observar que los relatos están impregnados de la ubicación espacial en la ciudad: la circulación por las calles, las esquinas. Esto indica el componente urbano de esta movilización, característica presente en las asambleas barriales.

En la expresión “fue algo que parecía preparado [...]” (entrevista 14) se indica otro elemento de automatismo (en el sentido de acción no mediada por el entendimiento pero que tiene cierta lógica y organización) pues todos supieron en los distintos barrios organizar la movilización colectiva, es así que se veían fogatas dispuestas de igual manera tanto en un barrio como en el otro. Esta dinámica inercial de la acción colectiva queda expresada en: “[...] yo no fui, a mí me llevaron [...]” (entrevista 5).

Otra arista de los comportamientos de automatismo de la acción colectiva queda claramente expresada en la organización “natural” de contención frente a las situaciones de violencia: “[...] también había una cuestión de participación y de reglas espontáneas, rápidas, de contención, de solidaridad, había unos grupos de choque, se ponían dos o tres y paraban [...]” (entrevista 14).

Se suma a la organización “natural” la falta de miramientos al momento de sumarse a la acción colectiva: “[...] la gente salía, por ejemplo, señoras de clase media que salían en batón. Llegaron caminando a Plaza de Mayo desde barrios bastante alejados y de golpe se encontraron con que no tenían monedas ni para volverse...” (entrevista 4).

En conclusión, pensamos el *cacerolazo* como una efervescencia colectiva por su fuerte contenido emocional e irracional, aunque no desorganizado ni caótico. En la acción colectiva se observa también un contagio rítmico producido por el ruido de las cacerolas, por la guía de las fogatas, por el sentimiento de hartazgo que movía a la gente a salir a las calles sin demasiados miramientos. Previo al comportamiento colectivo, se van constituyendo creencias generalizadas que transforman la ambigüedad en una amenaza ubicada en los políticos, jueces y bancarios. Asimismo, se identifican elementos de sistematicidad de la acción pues desde distintos barrios las “masas humanas” se conducían y confluían “naturalmente” hacia el Congreso y de ahí a la Plaza de Mayo. Un asambleísta ilustra esta dinámica con la frase: “era como que todos los caminos conducen a Roma” (entrevista 11). Con esta expresión se señala el carácter de automatismo que tuvo la acción colectiva del *cacerolazo* de la noche del 19 de diciembre de 2001 en Buenos Aires, por el que todos, sin organización previa, se dirigieron a la casa de gobierno.

Lo previsible y lo por venir

Los relatos de los asambleístas muestran dos aspectos; por un lado, lo previsible de los acontecimientos y, por otro, el efecto sorpresa, pues describen lo insólito de ciertas situaciones.

Los aspectos preVISIBLES tienen que ver con poner en evidencia la deslegitimación del gobierno y, por otro lado, con situaciones angustiantes como la pobreza y la falta de trabajo. Con estos elementos ambiguos del medio se va conformando una creencia por la que se otorga al medio el poder generalizado de amenaza y destrucción, por lo cual esta creencia genera gran ansiedad.

“Absolutamente, entonces ya nadie duda de que hay pobreza, cosas que siempre fueron evidentes pero que no se decían. Yo creo que esto es hijo del 2001-2002, si no ¿para qué van a cambiar? Gobernaban bien de la otra manera y sacaban cualquier cantidad de *guita* [dinero]. ¿Por qué van a tener que cambiar?” (entrevista 5).

Cuando se pregunta acerca del cambio de actitud del gobierno se refiere a la gestión kirchnerista que ha atendido a la problemática social y ha realizado políticas que apuntaron a símbolos asociados a la justicia y a la equidad, como los derechos humanos, la disminución de la pobreza, la generación de empleo, la prohibición del aumento de precios de ciertos alimentos, etcétera. Sin embargo, sostienen que se trata sólo de una fachada, “hacen como si” esas políticas fueran parte del gobierno.

Lo evidente de la pobreza, del desempleo y la necesidad de hacer algo al respecto “fue hijo del 2001-2002”. La idea de *hijo* hace referencia al nacimiento de una etapa nueva, que se puede traducir en la necesidad de una actitud distinta frente a lo que nos aqueja y pensar en una sociedad diferente sostenida en políticas de distribución equitativas.

Los distintos asambleístas describen una sensación agobiante, más allá de los calores porteños que de por sí generan ese estado; una situación de no poder disponer de la totalidad del dinero de los sueldos, las imágenes de los saqueos en la provincia de Buenos Aires, una conjunción de factores que dan sentido al siguiente relato: “Una sensación que tengo bien clara es que los días previos eran de agobio y angustia. Vos veías que la presión subía pero no te imaginabas salir la gota [...]” (entrevista 15). Es decir, los elementos hostiles del medio van generando ansiedad y malestar. La tensión es un estado previo y necesario para la generación de cualquier comportamiento colectivo espontáneo.

Lo sucedido el “19 y 20” tuvo un efecto sorpresa dado que se hace referencia a la “perplejidad”. Expresarlo así resulta pertinente pues se usa esta noción para aludir a un estado particular de suspensión de lo simbólico. Esta ausencia de representaciones y categorías queda expresada así: “era como algo que uno no le encontraba ninguna forma y esa sensación generaba mucha incertidumbre respecto de cómo pararse en la vida” (entrevista 5).

La ausencia de una forma que hiciera de continente posibilita realizar una analogía entre el fenómeno social y expresiones artísticas con elementos de surrealismo. Por esto, no es casual que se realizase un paralelo con una película italiana de Fellini: “Gente con el perrito, con cosas de bronce, era una cosa entre Fellini y Pasolini, una cosa extrañísima [...]” (entrevista 5).

El efecto sorpresa también queda capturado en la expresión “me agarra el 2001 [...]” (entrevista 3) es decir, nos agarró sin pedir permiso, lo cual muestra la falta de previsibilidad de los acontecimientos. Sin embargo, frente a lo imprevisible de los hechos se utilizó el recurso de la militancia, un elemento de continuidad para poder hacer frente a esa difícil situación financiera que indica una confluencia interesante de militante-comerciante: “[...] había una crisis muy grande que estaba tocando a la clase media, a los comerciantes y algunos que habíamos sido militantes y teníamos comercio, ya empezamos a cumplir un rol [...]” (entrevista 5).

La situación relatada previa al *cacerolazo* del 19 de diciembre indica que un motivo que en principio era económico y financiero movió recursos políticos en el sentido de la experiencia política previa.

En los relatos de los assembleístas es posible identificar indicios (la tensión y lo ambiguo del medio) que muestran cierta previsibilidad de la reacción/explosión del *cacerolazo*, pero también otros elementos señalan el efecto sorpresa de lo que se estaba viviendo. Por esto toda interpretación sobre los hechos deja un plus, un resto que no es posible capturar. Sin embargo, en una creencia histórica definida por Smelser (1995) se observa una “búsqueda vacilante” de significado que restablezca cierto nivel de estabilidad: se redefine a la situación como amenazante, así se elimina la ambigüedad y baja la ansiedad. Debido a esto, a pesar de tratarse de un fenómeno polisémico que suscita múltiples sentidos, el significado que en un principio prevaleció era “Que se vayan todos”; es decir, todos los ámbitos institucionales de la sociedad se vuelven amenazantes.

Para recapitular, el *cacerolazo* del 19 de diciembre indica elementos de continuidad con situaciones anteriores y la sensación de quiebre con el orden anterior. También se muestran elementos de novedad, tales como las asambleas barriales; que el *cacerolear* se constituyera en una forma de protesta común en esos tiempos; el que distintas generaciones se dispusieran a la discusión política, y que el motivo que llevó a la gente a las calles excediera lo estrictamente económico. Otra cuestión que resalta es que el gran ausente fue la clase obrera, mientras que los sectores medios y los sectores acomodados fueron los que tuvieron una mayor participación del *cacerolazo* y las marchas posteriores. Los sectores populares, en un principio, no se sumaron a la protesta seguramente por tratarse de una movilización fuertemente urbana y conformada por sectores medios. Luego se observa una unión entre ambos sectores sociales bajo el lema *Piquete y cacerola, la lucha es una sola*, aunque al poco tiempo este lazo solidario se rompe.

¿Quiénes y por qué se sumaron a las asambleas barriales?

Después del *cacerolazo* ocurrido el 19 de diciembre se continuaron con marchas los viernes, tiempo después se conformaron las asambleas barriales. Es posible que las marchas ocurridas entre el *cacerolazo* y las primeras reuniones asamblearias en enero de 2002 hayan tenido la función informal de comenzar a organizar las asambleas en los barrios y establecer lazos de comunicación con otras asambleas. Esto ocurrió durante el periodo anterior a que tuviera lugar la interbarrial Asamblearia (reunión de las asambleas de los distintos barrios) en Parque Centenario en enero y febrero de 2002.

En la indagación de este aspecto se transmite el espíritu y la efervescencia que se vivía en el momento de los acontecimientos y, al mismo tiempo, colabora en la comprensión de las necesidades afectivas, ideológicas y ciudadanas –por nombrar alguna de ellas– que estaban circulando desde hacía tiempo y que en ese momento lograron encausarse en la experiencia colectiva de las asambleas barriales.

En las entrevistas identificamos distintos motivos por los que los participantes se sumaron a las asambleas, entre los que destacamos los relativos a la necesidad de perpetuar “el 19 y 20”; la búsqueda de un espacio político donde poder participar y sentirse convocado; la búsqueda de un espacio colectivo de contención; las ganas de hacer algo, y finalmente los que se fueron de la militancia de los partidos de izquierda con una actitud crítica y para quienes, de alguna manera, las asambleas barriales significaban la “confirmación de lo que venían sosteniendo desde tiempo atrás” respecto del agotamiento de las instituciones políticas (entrevista 18).

Esta necesidad de permanencia de lo ocurrido “el 19 y 20” se expresa en frases como “las asambleas son hijos del 19 y 20”. Por esto planteamos que el *cacerolazo* de diciembre no fue una mera reacción a la crisis sino que contuvo elementos de reconocimiento, solidaridad y reciprocidad que dieron lugar a una forma de protesta social que se sostuvo en el tiempo como las asambleas barriales, lo cual dio lugar a una sensación de continuidad.

En las marchas se iban estableciendo los primeros contactos; mientras se participaba “sin paraguas” –es decir, sin organización política– se charlaba con otro que “era una cara conocida de las marchas y del barrio” y quien al inicio empezó a convocar la asamblea de Liniers. Éste era “el papá de la asamblea” (entrevista 1).

Son variadas las maneras por las que los asambleístas llegan a alguna asamblea: hay quienes comentan que hicieron una búsqueda previa hasta dar con la asamblea de la que formaron parte, lo cual es una señal del entusiasmo por participar. Otros se suman porque se reencuentran con los primeros organizadores, a quienes se habían cruzado en las marchas previas. Los que llegaron a las asambleas por medio de amigos o bien para realizar actividades periféricas a la asamblea, se sumaron tiempo después en 2003.

La comunicación por correo electrónico resultó muy valiosa para organizar los primeros encuentros asamblearios, y los barrios que comenzaron a organizar las asambleas eran aquellos que tenían un trabajo barrial previo.

En algunos casos ciertas personas que se sentían convocadas con la propuesta, asambleístas que aún permanecen en las asambleas y tienen un papel importante, empezaron a salir a las calles del barrio con la “cacerola”. La gente se estaba “autoconvocando”. Éste es un elemento de novedad interesante pues nadie en particular invitaba sino que los vecinos se autoconvocaban, al menos en sus inicios. En otros casos, como en los barrios de Balvanera y Villa Crespo, se llamó a la asamblea mediante carteles puestos en varias esquinas del barrio.

“En la primera reunión había unas trescientas personas. Se empezó a hablar y se decidió dejar constituida[...] bueno, no, dejar constituida nada, convocar a asamblea continuamente. Había gente que venía por curiosidad pero balanceando un poco, en realidad, lo que estaba era el sector más activo del barrio, no orgánico [...]” (entrevista 10).

Es interesante la distinción que se establece entre dejar constituida y convocar a asamblea permanente: dejar constituida da idea de algo “acabado”, fundado y terminado; en cambio, lo segundo se relaciona con la generación de un espacio en proceso de formación.

La referencia a que las asambleas estaban conformadas por personas con militancia previa, “el sector más activo del barrio”, y desencantadas de la política institucional se repite en los distintos asambleístas.

Cuando se expresa “[...] personas con características como las nuestras [...]” (entrevista 15) se muestra cierta afinidad con los que se iban acercando. Si esta afinidad no estaba presente, el grupo se las ingeniaba para hacer echar a la persona en cuestión. Así sucedió cuando una vecina se acercó a la asamblea diciendo que había que hacer algo con los jóvenes que tomaban bebidas alcohólicas en la calle, la abuchearon y obviamente se sintió echada y no volvió a la asamblea. Esta actitud grupal indica que los militantes de izquierda se apropian de la dinámica de la asamblea, por lo que aquellos con discursos conservadores y que pretendían mantener el orden se sienten intimidados y se retiran del espacio de la asamblea.

Otra anécdota que muestra la dinámica grupal en la asamblea es la de un vecino que relacionaba la reestatización de los servicios públicos con el comunismo, tildando a este último como una mala influencia para el país. Esta apreciación rápidamente marcó las diferencias entre los vecinos que asistían a la asamblea de barrio Norte y se establecieron distintos bandos: los simpatizantes con las ideas comunistas y aquellos con pensamiento conservador.

“[En] la primera asamblea alguien cuenta que hay que reestatizar los servicios públicos, y salió un vecino a decir ¡no!, ¿cómo vas a plantear esto?, este país ya conoció el comunismo [...] Con lo cual varios nos miramos totalmente desconcertados, pero

servió porque todos los que pusimos una cara de horror nos dimos cuenta que pensábamos parecido [...]” (entrevista 5).

En la propuesta de reestatizar se muestran las ganas de reconstituir el estado de bienestar; esto entra en contradicción con el rechazo de las instituciones representativas en las que el Estado es una central.

De la siguiente manera se relata la asistencia a la primera reunión asamblearia: “Fui con mucha curiosidad y con bastante escepticismo [...] yo no era virgen en el sentido de la participación [...]” (entrevista 5). Esta última expresión da cuenta de cierto rito de iniciación en el mundo de la participación política que él ya había realizado y, por lo tanto, contaba con cierta experiencia y ciertos saberes. Seguramente debido a este bagaje en la participación y la discusión política se refieren a la primera reunión como “caótica pero muy política [...] digamos que aparecieron muchos militantes que hacía muchos años que no participaban de nada, se sacaron el gusto de volver a la política con toda la polenta” (entrevista 4). Este mismo entusiasmo por regresar a la política se observa en los distintos asambleístas: “[...] cuando apareció la asamblea, para nosotros fue la posibilidad de insertarnos en algo, que de alguna manera como muchos estábamos buscando [...]” (entrevista 15).

A otros, el evento del Foro Social de Porto Alegre, que antecedió a los acontecimientos, les despertó ganas y necesidad de hacer cosas, y saber que había otra gente con iguales inquietudes. “[...] Saber que había algo para hacer y que había alguien que te acompañe. Antes yo quería hacer un montón de cosas pero era ¡una marciana!” (entrevista 6). El ser “marciana” indicaría que la actitud de involucrarse en cuestiones sociales era poco frecuente entre la gente. Evidentemente, sin embargo, existía una cuestión latente que se activó en ese momento: los que se sentían “marcianos” (siguiendo con la metáfora) vieron que había muchos otros con inquietudes sociales y políticas parecidas.

Con relación a por qué surgieron las asambleas, se hace referencia a que había una ruptura importante con los partidos de centro-izquierda y que el Frente Grande había sido una gran frustración para la gente respecto de las expectativas que había alimentado. El Frente Grande era una agrupación política que conjuntamente con figuras importantes del radicalismo conformaron la Alianza, coalición política con el apoyo de la cual Fernando de la Rúa asumió la presidencia en diciembre de 1999. En las distintas elecciones que tuvieron lugar en los últimos años de la década de 1990 tanto el Frente Grande como la Alianza obtuvieron grandes porcentajes de votos en la Capital Federal. Asimismo, es cierto que el resquebrajamiento de las instituciones tradicionales de participación política de lo civil propició la necesidad de generar nuevas formas de participación. Un asambleísta de 64 años, sociólogo, que ha militado toda su vida en muy diversos lugares (el peronismo, el Frente Grande, el Partido de los Trabajadores en Brasil antes de que Lula da Silva asumiera el poder;

fue presidente de Greenpeace y participó en distintos movimientos como el Movimiento 501,³¹ etcétera), nos plantea que:

Las asambleas son la confirmación de todo lo que veníamos diciendo respecto del agotamiento del funcionamiento institucional [...] El movimiento asambleario tiene una expresión más directa, del estallido institucional propio, está focalizado en las instituciones. No está focalizado en el empleo, como en el caso del movimiento de desocupados, no está focalizado en los ahorros, no es un movimiento por la tierra, está focalizado en el derrumbe, el *default* del funcionamiento institucional (entrevista 18).

En otros casos, los motivos por los que algunos se acercaron a las asambleas no se relacionan con la experiencia de militancia previa. Por ejemplo, una asambleísta que estaba buscando un lugar donde llevar a cabo un programa de alfabetización para adultos se acercó a la asamblea de San Telmo por encontrarse en el barrio y no mostrar un perfil asistencialista. En el pasado se había sumado a las actividades políticas del padre por la intendencia de un barrio del conurbano de Buenos Aires de donde es su familia, lo que da cuenta de cierta familiaridad con la actividad política. Otro ejemplo es el de una estudiante de sociología que tenía ganas de participar en algo, “bajar la teoría de la sociología a la realidad”. Al no encontrar esta posibilidad en los espacios de política de su facultad, se sumó a la experiencia asamblearia. Como estos casos demuestran, si bien algunos asambleístas no tenían experiencia de militancia previa demostraban interés por la participación política.

Otros grupos de vecinos que conformaban las asambleas no respondían a la característica de ser “militantes de los setenta”. Tal es el caso de los vecinos de Las Cañitas (zona exclusiva de Buenos Aires que se ha puesto de moda recientemente), quienes habían sido beneficiados por el menemismo. Curiosamente, en la asamblea de la zona incluso participaban cierto número de militares.

Algunos se sumaron a la experiencia asamblearia con expectativas de formar parte de un cambio social y político, inquietudes que se habían despertado en ocasión de participar en el Foro Social en Brasil. Un asambleísta nos cuenta que en el evento social vio a un grupo de hindúes rezando, fantaseó que era por el socialismo y pensó que eso nunca iba a ocurrir en Argentina. Al siguiente año, cuando sucede lo “del 19 y 20”, empezó a pensar, de manera optimista, que en su país “también podían pasar cosas” (entrevista 14) (en el sentido de un cambio social y político) y que quería for-

³¹ En las elecciones presidenciales de diciembre de 1999 grupos de jóvenes activistas organizaron un campamento a 501 km de la capital. Esta distancia no es azarosa: si bien la ley electoral argentina establece la obligatoriedad del voto, también estipula que los ciudadanos que se encuentran a más de 500 km del lugar de residencia el día de la elección están exentos de dicha obligación. Esta iniciativa era entonces una manera de oponerse a las elecciones sin la necesidad de apelar a la impugnación del voto ni el voto en blanco.

mar parte de esa transformación. Y esto no por una cuestión revolucionaria de tomar el poder, sino ante la posibilidad de estar conectado con los otros. Algunos veían a la asamblea como un lugar para discutir y debatir, nunca se la vio como un espacio del hacer. En tal caso, sus expectativas eran que “la asamblea se pudiera disolver ya que cada uno había encontrado su camino para transitar su experiencia social” (entrevista 15). O bien, que “la asamblea terminara conformándose en pequeñas asambleas que son los encuentros que tenemos entre nosotros” (entrevista 16) (se refiere al grupo de amigos de la asamblea). Se hace referencia a la conformación de “tribus” (grupos que se conforman por afinidades).

Otros tenían expectativas en términos de un proyecto político con intenciones de movilizar y politizar a la gente que nunca había participado en política, como una manera de contribuir al cambio de conciencia que se estaba dando. Un asambleísta manifiesta que se habían planteado dos objetivos: el primero era contribuir a la articulación de los sectores de la izquierda en sentido amplio, no sólo partidario; y el segundo era incidir en algunas de las políticas del Gobierno de la Ciudad.

Otros directamente no tenían objetivos o expectativas previos sino que éstos iban sucediendo en la medida en que las asambleas avanzaban. “No tenía la expectativa de algo perdurable, tampoco lo contrario, sino que era interesante tener en cuenta el presente de lo que estaba sucediendo” (entrevista 16). “[...] no tenía expectativas porque se trataba de una experiencia inédita y, más que nada, se estaba en un estado de sorpresa y euforia [...]” (entrevista 6).

Es decir, algunos se planteaban objetivos personales y otros participaban sin alguna expectativa en particular. Sin embargo, se trataba de metas planteadas en términos personales y no grupales. Además de la gran diversidad de motivos por los que se suman a la participación de las asambleas: la búsqueda de un espacio de participación política, formar parte de un proceso de cambio social, encausar las inquietudes sociales despertadas en un evento social anterior, bajar la teoría sociológica a la práctica; hubo otros motivos relacionados a las emociones y a la contención humana y colectiva que los participantes encontraban en las asambleas. En éstas se buscaba conservar lo ocurrido “el 19 y 20”, los acontecimientos de esos días pasaron a ser la guía espiritual de las acciones participativas de los asambleístas.

“Me parece que la idea de debatir está dentro del plano más racional, pero me parece que en las emociones había algo fuerte de mantener y perpetuar esto del ‘19 y 20’. De hecho dentro de las asambleas hablar del ‘19 y 20’ era como hablar de una Biblia dentro de la Iglesia” (entrevista 14).

Nos preguntamos qué se quería perpetuar. Consideramos que fue la fuerza de la acción colectiva, el sentido contenedor que eso tuvo y pensarse como protagonistas de lo por venir, es decir, estar dispuestos a asumir el compromiso de construcción de una sociedad diferente, a la que algunos llamarán “sociedad paralela” a la creada en el sistema capitalista. Es decir, se quería perpetuar y extender el estado naciente del gru-

po que implica una exploración de lo posible y una invención colectiva basada en la reciprocidad.

Distintas expresiones muestran la intensidad experiencial y afectiva que significó para algunos de los entrevistados participar en las asambleas barriales: “[...] la experiencia era maravillosa pero el entusiasmo incondicional duró tres meses” (entrevista 15); “fueron los meses más intensos de mi vida” (entrevista 12). Y fue intenso en este sentido: “En algo, algo de esto te decía antes, era una situación muy represiva simbólicamente desde afuera, algo terriblemente agresivo y violento desde lo material, que te afecta de manera directa, bueno, salir y encontrarse con el otro, un barrio de desconocidos, una cuadra donde no conocías a nadie y de repente se transformó en algo mucho más [...] comunitario.”

Es decir, la experiencia colectiva de la asamblea tuvo un sentido contenedor y de descubrimiento para los que participaron, pues los que estaban cerca físicamente en el barrio, “los vecinos”, de ser desconocidos pasaron a ser conocidos, y esto sirvió para que se comenzara a crear una sensación de comunidad y pertenencia barrial. Las primeras reuniones eran de una “vehemencia infernal de emoción”, se observaban emociones encontradas: algunos lloraban de alegría y también por la desesperación, y reconocían la importancia de tomar la palabra. Es decir, las asambleas funcionaron como un espacio “de catarsis” y esto fue posible debido a la confianza creada en ese espacio colectivo. La confianza que transmitía el espacio de la asamblea queda ilustrada en el caso de una asambleísta que fue presa política durante ocho años y que encontró allí un lugar donde compartir su sufrimiento.

“[...] En esa reunión yo la escuché decir que ella ya hacía muchos años que no sentía que podía hablar. Eramos veinte personas que no nos conocíamos [...] Ella sentía que ahora sí podía hablar [...] Eso lo dijo en la primer reunión a la que fui y pensaba: ‘de dónde sacaste la confianza para hablar’” (entrevista 13).

Tal vez la confianza de la asambleísta se generó al encontrar en la gente una actitud de mayor compromiso, sumado a que eran personas que en ese momento sí compartían el sufrimiento del trauma social de la crisis. Dado que observó otra actitud en la sociedad y encontró un acompañamiento en ese espacio colectivo, construyó esa confianza por la que “sentía podía hablar”.

El lazo afectivo que se tejió entre los que estaban desde el inicio era más íntimo que los que se acercaron cuando la asamblea ya se encontraba funcionando. Se dice irónicamente que los del inicio eran “el grupo fundador” (entrevista 13). Otro sentimiento que circuló en la asamblea fue el miedo a causa de la represión policial al Movimiento Piquetero en el Puente Pueyrredón que dejó como saldo dos muertes.³² Este

³² Los sentimientos de reconocimiento y soberbia serán desarrollados en el segundo apartado del capítulo 5. En esta oportunidad aludimos a los sentimientos de miedo, indefensión e impotencia en cuanto que incidieron en la reducción de participantes en las asambleas. Asimismo, en el inicio de este

sentimiento tuvo incidencia en el hecho de que menguó significativamente el número de participantes en la asamblea.

El miedo está asociado a la represión policial, que trae como reminiscencia el periodo de la dictadura militar, aunque está relacionado también a la fantasía de indefensión que se construía ante la sensación de que “todo se caía”.

“[...] pensar el tema qué pasa con el miedo, como factor que tiene algo constitutivo en la relación social, entonces qué pasaba cuando de repente todo se caía, esta fantasía hecha realidad de que no sabías si al día siguiente ibas a seguir laburando, si la *guita* te iba a alcanzar [...]” (entrevista 12).

Se describe también el sentimiento de impotencia que se experimenta al ver gente que está muy mal y a la que no se le puede dar respuesta. “Estoy hace más de un año en la olla, pero esto lo pensé hace poco: que vivir con cierto tipo de problemas te empieza a doler la espalda [...]”.

Además del miedo y el desgaste, se identifican otras razones por las cuales se dejó de asistir a las asambleas o algunas se disolvieron. Algunos señalan que simplemente dejaron de ir; otros, que dejaron de participar activamente pero que siguen en contacto con la asamblea; otros dicen que la asamblea decidió autodisolverse; otros señalan situaciones que generaron un quiebre.

Es interesante la iniciativa de “autodisolverse como asamblea” pues marca una responsabilidad colectiva en el “cierre de la asamblea” y que la culminación no se deba a algo inercial. La propuesta no era la de que “cada uno se vaya a su casa[...]” (entrevista 16), sino la de funcionar con otra modalidad colectiva, la de “las tribus” conformadas por grupos afines. Observamos que el asambleísta estaba entendiendo lúcidamente la realidad política y social que se estaba viviendo. Es posible que la reacción de los otros asambleístas frente a la propuesta de la autodisolución fuera la de “que se lo quisieran comer” debido a que atentaba contra la ilusión grupal de que juntos estamos mejor. Se continúa con el argumento de manera persuasiva: “Pero qué bueno sería saber que las cosas tienen una vida, también tienen un momento para terminarse, para seguir para otro lado [...]” (entrevista 16).

La conformación de “tribus” está en sintonía con la iniciativa de armar redes sociales y coaliciones políticas específicas —que se desarrolla en el capítulo 4—, y dejan a un costado las formas unificadas y coordinadas de política.

Resultó conflictivo para la asamblea de Colegiales el hecho de que en ella no se pudiera asumir una posición frente a las distintas situaciones. En otras palabras, no se logró un acuerdo consensuado frente a un hecho que desencadenó conflictos en la asamblea. El conflicto interno tenía que ver con la ocupación de la casa de uno de los asambleístas que tenía pedido de desalojo por no pagar sus impuestos. El asam-

apartado hicimos referencia al sentimiento de injusticia que desarrollamos en función de nuestra hipótesis de que fue el motor de la acción colectiva.

bleísta, aduciendo a que en su casa se realizaban actividades de la asamblea, pidió a los integrantes que permanecieran en su casa para evitar el desalojo. Algunos estaban de acuerdo con que la asamblea tenía que apoyar al asambleísta por el sólo hecho de ser un integrante, mientras que otros veían en la toma de la casa un acto ilegal, no ciudadano y que no era justo que la asamblea se tuviese que hacer cargo de una situación particular y privada. En el segundo argumento se está apelando a la idea de Estado. Esto es visto como una contradicción pues promulgaban el agotamiento de las instituciones pero en el momento de los conflictos apelaban a lo conocido: el respaldo de las instituciones y el comportarse como ciudadanos.

Además de señalar que “el clima asambleario a nivel nacional había cambiado”, se alude a “una pérdida de sentido que no se pudo reencausar”. Hubo una transformación en la manera de sentir la incertidumbre por “no saber dónde estamos”: de ser algo movilizante y posible, de ser compartido, pasó a ser algo sin sentido. Es decir, el estado de confusión o crisis había perdido sentido y carga afectiva. A esto se le sumaban las internas partidarias de la izquierda: “[...] convengamos que no era un grupo homogéneo y sólido, se reunía en términos más partidarios y una vez que se decía algo todos van para ese lado [...]” (entrevista 12). Otros quedaban en una situación intermedia: no participaban activamente pero seguían en contacto con las actividades de la asamblea. Esta situación se manifiesta cuando se expresa que la participación “se licuó”, lo cual da una idea de algo escurridizo y poco consistente. Otro motivo al que se suele aludir por el que ya “no está para la asamblea” es que se dispone de menos tiempo porque se consiguió trabajo. En el caso de varios asambleístas, la participación activa en la asamblea coincide con periodos de desempleo. Es decir, la disponibilidad de tiempo se constituye en un recurso valioso para la participación. Otros decidieron irse porque la asamblea dejó de ser un espacio de discusión política y se convirtió en una “sociedad de fomento”.

Algunas interpretaciones sostenían que las asambleas se habían acabado dado que se conformaban por sectores medios que, una vez restablecido el orden y la normalidad, abandonaron la lucha. Esta explicación muestra a los sectores medios sin demasiada vocación por la participación política y con actitud acomodaticia. Frente a esto, un asambleísta plantea que “ninguna explicación habilita a decir que la experiencia no iba a seguir aunque aún no sabemos qué es lo que abrió y en qué derivó [...]” (entrevista 12). Estamos de acuerdo en sostener que las asambleas barriales han dejado una huella en el mundo social pues produjeron un engrosamiento de las redes sociales informales y un estado de alerta frente a las decisiones y medidas gubernamentales. Creemos que una interpretación más acertada es la que surge de la dinámica entre el estado naciente y el mundo exterior. Cuando los asambleístas se ven obligados a tomar contacto con este último (ya sea porque tienen que ir a votar o vuelve a recomponerse el mundo laboral), la vinculación se vuelve asimétrica dado que el resto de la sociedad no comparte los valores de reciprocidad del grupo de las asambleas, y esto

tiene efectos en los sentidos mentores de las asambleas (la esencia del estado naciente) y en la participación en éstas.

Para sintetizar, identificamos gran variedad de motivos por los cuales los asambleístas se sumaron a la movilización. Sin embargo, prevalece la intención de participar en un espacio político distinto sin anclaje en las instituciones políticas partidarias o gremiales. Esto presenta para algunos el desafío de “ser/estar ahí” –que también tiene un componente afectivo y de contención– y, a partir de esto, pensar un proyecto político alternativo. A medida que el tiempo fue pasando y que el proyecto no se concretaba, prevaleció el interés por formar grupos mínimos o bien conformar “tribus”. Para los que veían en las asambleas el “embrión” de un importante movimiento social, este resultado grupal es interpretado como un fracaso. Esta opinión no es compartida por quienes no tenían expectativas y rescatan lo inédito de la experiencia.

En el presente capítulo señalamos los distintos grupos que participaron en el *cacerolazo*, pensado como el inicio de un estado naciente (ahorristas, ex militantes de izquierda, vecinos, conservadores), y mostramos los diferentes significados otorgados a la acción colectiva (qué la promovió, cómo la vivieron, cómo la significan en el tiempo, etcétera). Respecto a qué provocó el *cacerolazo*, hicimos referencia a distintos factores, planteados a modo de hipótesis (dado que no hay una relación causal entre la tensión y el estallido social), que incrementaron la tensión previa. Entre ellos destacamos el sentimiento de injusticia y hartazgo frente a la inoperancia gubernamental y de las instituciones bancarias, la reminiscencia del pasado con la dictadura militar y el trauma social aparejado. En contrapartida a estos elementos amenazantes del medio, se genera el desafío de formar parte de un proyecto de país alternativo a la propuesta neoliberal, lo cual propicia una actitud reflexiva y de revisión de valores característica de un estado naciente. Por esto, la acción colectiva y los episodios sociales fueron vividos con gran intensidad y emotividad, por lo que se generó un clima de esperanza, optimismo y sensación de empoderamiento. Los elementos ambiguos del medio (la pobreza, el desempleo, la frustración de las expectativas con la Alianza, la falta de legitimidad del gobierno, etcétera) fueron conformando una creencia generalizada previa al estallido, por la que el medio era vivido como amenazante. Los episodios del 19 y 20 de diciembre hicieron evidente esta situación angustiante y los profundos problemas sociales existentes. Por otro lado, observamos elementos de originalidad: la reacción defensiva de los sectores medios y su participación en la vida pública por motivos que trascendían a lo económico, como la defensa de la democracia.

Capítulo 4

Las asambleas barriales.

La institucionalización del estado naciente

Las asambleas barriales de Buenos Aires

LAS ASAMBLEAS BARRIALES TUVIERON PRESENCIA en varias provincias de Argentina, especialmente en Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Respecto de la cantidad de asambleas que surgieron en Buenos Aires existen divergencias. El número total de asambleas registrado por el Centro de Estudios para la Nueva Mayoría en marzo de 2002 es de 112, uno de sus picos máximos (Rossi, 2006). Esta cifra resulta excesiva respecto de los datos revelados por otro investigador, que sostiene que en Capital Federal se han reportado más de sesenta asambleas para esas fechas (Ouvíña, s.f.). Reconstruyendo la información facilitada por los asambleístas, resulta más representativa la cifra registrada por el segundo investigador. Es posible que estas diferencias se deban a las reuniones de vecinos realizadas en los momentos de efervescencia de la movilización, pero si consideramos aquellas asambleas barriales que se sostuvieron en el tiempo resulta más significativa la cifra de que existieron aproximadamente sesenta asambleas en la ciudad de Buenos Aires.

Sabemos que luego del *cacerolazo* del 19 de diciembre y de la represión ocurrida el 20 de diciembre, que dejó como saldo cinco muertos y centenares de heridos, los vecinos de los distintos barrios de Buenos Aires empezaron a autoconvocarse en algunas esquinas. En su mayoría se trataba de militantes de la década de 1970 que querían formar parte de la construcción y discusión de un proyecto alternativo de país. Esto ocurría a fines de enero de 2002, mientras que los viernes posteriores al 19 de diciembre se organizaban marchas hacia la Plaza de Mayo. El estado de efervescencia de los primeros tiempos queda ilustrado en el hecho de que comenzaron a reunirse entre diez y veinte personas y en la siguiente reunión pasaron a ser cerca de trescientos vecinos en la esquina. La difusión de las asambleas en los medios de comunicación influyeron en el crecimiento numérico de los primeros tiempos. Estas diferencias dependen, también, de la cantidad de habitantes en el barrio y de la convocatoria que tuviese esa asamblea en particular. A pesar de la falta de regularidad en los hechos y de las diferencias entre las asambleas en la cantidad de participantes y en el perfil del tipo de actividades realizadas, es posible establecer etapas y distintos momentos en la movili-

ción. En una primera fase había entre cuatro y cinco asambleas por barrio. En este momento en el que se convocaba a gran cantidad de personas, para organizarse fue necesario armar distintas comisiones: existían comisiones de salud, política, juventud, finanzas, cultura, prensa, etcétera. A los distintos asambleístas les resulta difícil recordar el nombre de las comisiones y establecer cuáles eran, lo que indica una forma de funcionamiento poco organizado. Es más, en un momento las mismas personas participaban en todas las comisiones. Más que evaluar el funcionamiento de las comisiones, nos interesa rescatar que fue la manera que encontraron los asambleístas de organizarse frente a la gran cantidad de personas y al desafío de construir una sociedad distinta. Por esto, no es de sorprender que al considerar los nombres de las comisiones se planteara que los asambleístas parecían querer armar un mini-Estado a partir de las asambleas.

Con el paso del tiempo y ya instalándose el invierno, se establece una etapa intermedia en la que las asambleas funcionaban aproximadamente con quince o veinte personas. En este momento convivía la actividad deliberativa de la asamblea con actividades de perfil asistencial, como el merendero, el comedor popular, entre otras. Se empezó a ver qué podría hacerse en lo concreto, fue así como “bajaron a tierra las discusiones que eran muy voladas como tomar el poder” (entrevista 15). En algunas asambleas se realizaron actividades para los sectores más carenciados del barrio: recibieron donaciones e hicieron ollas para la gente que tenía hambre. Se van estableciendo distintos perfiles entre las asambleas: están aquellas que apuntan a los sectores populares con actividades relacionadas a la supervivencia, y otras en las que se realizan actividades culturales y apuntan a problemáticas barriales que involucran a los asambleístas en cuanto vecinos del barrio.

En esta etapa el lugar físico empieza a ser de gran importancia para las asambleas que funcionaban en las plazas pues el invierno hacía necesario encontrar un lugar de reunión cerrado. Se establecieron diferentes estrategias y posiciones frente a la propiedad privada. Algunos decidieron realizar la ocupación ilegal de un inmueble, por ejemplo, en la asamblea del Cid Campeador tomaron un local en el que funcionaba un banco, que estaba desocupado desde hacía tiempo. Por su parte, la asamblea de la Alameda tomó un local en el que funcionaba un bar-café. Ambos espacios se encuentran ubicados en lugares visibles del barrio: uno en una avenida de importante circulación y el otro en una esquina frente a un conocido parque. En el caso de San Telmo, pidieron al Gobierno de la Ciudad que les cedieran un terreno, también ubicado en una esquina, y con apoyo económico de entidades internacionales construyeron el lugar donde funciona la asamblea y la olla popular los sábados y domingos. En el caso de Liniers, decidieron sostener el lugar a partir del esfuerzo de los asambleístas, quienes con una mensualidad logran pagar el alquiler del local. En esta asamblea no optaron ni por la ocupación de ninguna propiedad ni por la ayuda del gobierno de la ciudad, prefirieron quedar en una posición independiente de ambas opciones. La asamblea de

Balvanera funcionaba en un local prestado por uno de los asambleístas. La asamblea de Colegiales decidió reunirse en una iglesia ubicada en una esquina.

En la etapa final de la movilización de las asambleas “quedó sólo el merendero”, o bien “la asamblea terminó convirtiéndose en una sociedad de fomento”. Es decir, con el paso del tiempo, el desgaste y la ausencia de una perspectiva política común, sólo quedaron las actividades de perfil asistencial. “El trasfondo común es que no pudimos abrirnos una perspectiva política que no fuera ni la de los partidos de izquierda ni la de la política tradicional, pero sí una perspectiva política con la fuerza suficiente como para generar una alternativa” (entrevista 18).

Es así como las asambleas que fueron quedando se focalizan en alguna actividad particular: cooperativa de consumo, microemprendimientos textiles, comedores populares, etcétera y, en paralelo, siguen sosteniendo la “toma del lugar” en los casos en de ocupación.

La actividad principal tiene relación con la problemática barrial y también con la procedencia social del barrio. La asamblea de la Alameda, ubicada en Parque Avellaneda, está inserta en un barrio con población de bajos recursos, de modo que el comedor popular y los emprendimientos textiles que llevan adelante resultan fundamentales para la supervivencia de las personas relacionadas con estas actividades. En Colegiales la asamblea se disolvió. En este barrio, en el que residen sectores medios y medios acomodados, la asamblea se abocaba, más bien, a la actividad de pensamiento y reflexiva dado que estaba conformada en su mayoría por psicólogos y otros vecinos que habían realizado carreras en las ciencias sociales. Asimismo, las actividades concretas que habían realizado apuntaban a otros grupos sociales, como los “cartoneros”, para quienes habían organizado una campaña de vacunación. Por su parte, la asamblea de Liniers, con población de sectores medios empobrecidos, realiza actividades culturales y trabaja por la defensa de los espacios verdes y la recuperación de los talleres de los trenes.

Explica un asambleísta respecto del proceso de las asambleas que “no es que se suturó la herida sino que se agotó la energía” (entrevista 16). Es decir, el cese de la discusión política en las asambleas no tiene que ver con que algo se haya resuelto sino, más bien, con el desgaste de la gente. A esto hay que sumarle el restablecimiento de cierto orden de las instituciones y la representación política con el llamado a elecciones por parte de Eduardo Duhalde para abril de 2003. Frente al llamado a elecciones presidenciales se presentaron distintas posiciones: unas que sostenían “elecciones sí” y otras que planteaban “elecciones no”. Esta diferencia fue dividiendo, además de que algunas personas de los partidos iban a las asambleas a buscar gente, “cuadros”, para que se sumaran a sus partidos. Al mismo tiempo, las muertes de los piqueteros en la represión policial de Puente Pueyrredón generaron miedo entre los asambleístas. La confluencia de estos factores hizo que en junio de 2003 empezara a disminuir considerablemente el número de participantes en las asambleas, lo cual marca el comienzo de una tercera etapa.

El restablecimiento del orden institucional genera conflicto al interior de las asambleas dado que cuestiona el sentido de ser de éstas a nivel ideacional. En lo afectivo, el establecimiento del orden –cuando se elimina la ambigüedad del medio– disminuye la ansiedad, por lo que la asamblea pierde su función de contención. A este factor se le suma la ausencia de un proyecto que otorgue sentido y continuidad a la participación activa. Además, en la medida en que los asambleístas se vuelven a insertar en el mundo laboral escasea el tiempo necesario para una participación activa y comprometida en la movilización.

A pesar de que en la actualidad las asambleas no tienen el protagonismo que habían tenido desde enero de 2002 a marzo y abril de 2003, los asambleístas no se refieren a ellas como si se tratara de un fenómeno social terminado, sino que dicen que este proceso “entró en una meseta”. Mucha gente que estaba participando activamente se fue “licuando” y desmoralizando. Se destaca la importancia de “que no quede enterrado”. “Claro, que no quede enterrado, por eso te preguntaba por qué venís ahora, porque fue así, fue un año, una cosa de maravillarse a cada momento de lo que pasaba, lo que hacíamos, y de repente quedó todo ahí [...] aparte ni siquiera es que se murió, quedó ahí [...]” (entrevista 13).

Es posible que el estado de eferescencia en que sucedieron los hechos explique la euforia inicial: una activa participación, gran cantidad de personas y calidad de las discusiones. Este entusiasmo inicial no se pudo sostener por la ausencia de un proyecto común que respondiera y acompañara a la inmediatez de los acontecimientos, y también por la falta de recursos. Es posible que el trabajo propositivo requiriera de un tiempo más prolongado que la coyuntura de las asambleas no ofrecía. Sin embargo, para evaluar la experiencia asamblearia nos resulta muy acertada la opinión de un asambleísta que sostiene que “no podría aseverar si se logró mucho o poco, simplemente, porque no tiene con qué compararlo”. Debido a lo novedoso de la experiencia asamblearia no sólo es difícil pensar las asambleas con categorías sociales previas, sino que resulta complicado medir su éxito. Podemos estimar que si bien no se logró avanzar en sus propuestas iniciales, tampoco se trata de una práctica que murió o desapareció del entramado social; por el contrario, quedó en el imaginario colectivo y en la experiencia adquirida, por esto no es de sorprender que dos experiencias ocurridas en el interior del país, una en el sur y otra en el litoral, hayan tomado el nombre de “asamblea” (la asamblea por “No a la mina” en el sur y la Asamblea Ambientalista Ciudadana de Gualaguaychú en el litoral; véase nota al pie 20).

En relación con las asambleas que continúan sus actividades y frente a la pregunta de por qué tienen que seguir funcionando, los integrantes comentan que los problemas no están solucionados, que se ven como un “movimiento sociopolítico de izquierda” y que no habrá transformaciones de fondo ni duraderas sin una activa participación popular (entrevista 10). En esta misma línea de argumentación, se plantea la importancia de construir una participación “desde abajo hacia arriba”. Además se sostiene

que si el presidente Néstor Kirchner tiene una actitud populista, tendrían que aprovecharla y mostrarle qué es lo que necesitan como asamblea (entrevista 11). En la asamblea de Balvanera comentan que el objetivo que se han puesto es buscar que los vecinos se involucren y formen parte de las decisiones gubernamentales. Hay que contextualizar esta apreciación en el proyecto de las comunas que quiere llevar adelante el Gobierno de la Ciudad y al que el asambleísta quiere sumarse.

Al considerar las proyecciones de los asambleístas que continúan trabajando, observamos tres posiciones: una mantiene como referente a la izquierda aunque trasciende su aspecto partidario dado que alude a un movimiento sociopolítico; la segunda establece como referente al gobierno nacional y observamos un clientelismo camuflado en su apreciación sobre por qué tienen que seguir las asambleas; finalmente, en la tercera posición, debido a que se quieren sumar a la propuesta del municipio, la asamblea pasa a ser una extensión de esa política. También están aquellos vecinos que decidieron salirse de las asambleas porque no encontraban eco de su pensamiento, al que tildaban de conservador. Además se registra una asamblea que se sumó a la vida institucional al presentarse en las elecciones legislativas de 2005.

La interbarrial de Parque Centenario

En paralelo al proceso de las asambleas, la conformación de la asamblea interbarrial apareció, al menos en sus comienzos, como un esfuerzo de *coordinación* entre las distintas asambleas. Su función primordial era potenciar los reclamos de los vecinos de la ciudad y, a la vez, crear un espacio en donde pudieran discutirse objetivos comunes. Sin embargo, poco a poco su papel se fue desvirtuando y devino un lugar de resolución de los conflictos y las mezquindades de los partidos políticos y organizaciones de izquierda más sectarias. Esto fue percibido por numerosas asambleas que optaron por generar espacios intermedios de articulación entre ellas mismas, en función de la cercanía geográfica y la filiación barrial. Así es como han ido emergiendo las interzonales y las “mesas de enlace”,³³ conformadas por alrededor de una decena de asambleas, aunque su número fluctúa según sea el caso. Si bien estos espacios hicieron menguar el nivel de intervención de los vecinos en la interbarrial de Parque Centenario, instaron a la vez a un profundo debate acerca de las modalidades de deliberación en este último ámbito. Como consecuencia, finalmente se decidió modificar la dinámica de participación en la interbarrial, restringiendo la votación resolutoria a un delegado rotativo con mandato por asamblea barrial. El hecho de proponer una coordinadora entre las asambleas suscitó discusiones sobre la concepción unificadora

³³ La “comisión de enlace” consistía en el levantamiento de información sobre lo que sucedía en las otras asambleas.

de la política que la sustentaba cuando, en realidad, se querían separar de la idea de representación política.

Ubicación geográfica y perfil socioeconómico de las asambleas barriales

Como toda gran ciudad latinoamericana, Buenos Aires se caracteriza por tener una importante densidad poblacional (aproximadamente tres millones de habitantes) y por contener grandes contrastes. Estos últimos se presentan entre las zonas norte y oeste, compuestas principalmente por clases medias, y la sur, donde se asienta el principal polo industrial del país que se expande hacia el conurbano sur. Es allí donde encontramos las viviendas más precarias y la población con mayores carencias socioeconómicas de la ciudad. Más allá de la manifiesta relevancia del movimiento durante el periodo de enero de 2002 a abril de 2003, es importante notar que las pronunciadas diferencias entre las zonas afectarán de diferente forma el surgimiento y la expansión de las asambleas (Rossi, 2006). Según el estudio realizado por Rossi sobre la evolución comparada del número de asambleas según las zonas de la ciudad se observa que en las tres zonas, norte, oeste y sur, hubo un proceso similar de crecimiento hasta mayo de 2002, para luego empezar a decaer hasta encontrar cierta estabilidad en las zonas norte y oeste, y se presenta un proceso de extinción en la zona sur (Rossi, 2006:5). La evolución del número de asambleas en la zona norte muestra un crecimiento de 25%, con hasta 30 asambleas, para empezar a decaer sostenidamente hasta que se estabiliza en julio de 2002 con 21 asambleas. Esta misma evolución, pero con una caída más pronunciada, se observa en la zona oeste. En cambio, en la zona sur la situación es mucho más drástica: mientras que en mayo llega a superar el número de asambleas de la zona norte en 22%, con 32 asambleas, en ese mismo mes comienza una caída sostenida que marca un proceso de extinción de las asambleas (Rossi, 2006:5) (véase mapa 1 en el Anexo).

La asamblea Rodríguez Peña se ubica en Recoleta, donde reside población con mayor poder adquisitivo y de pensamiento conservador. Un asambleísta cuenta que prefirieron ponerle a la asamblea el nombre de la calle donde se reunían y no el del barrio porque iba a parecer muy exclusivo.

El barrio de Colegiales, ubicado en el centro norte de la ciudad, tiene un pasado común con Chacarita; hace muchos años el barrio se llamaba Chacarita de Colegiales, pero en la medida en que creció la ciudad se dividió en dos barrios. En esta zona de Buenos Aires residen sectores medios y medios acomodados conformados por intelectuales, aunque también a pocas cuadras es posible ubicar grupos más conservadores en los que hay militares. Es decir, conviven distintos perfiles profesionales e ideológicos. Quienes conformaban la asamblea de Colegiales se caracterizaban por ser en su mayoría psicólogos o sociólogos (dos de éstos tenían una imprenta).

El barrio de Liniers, ubicado en la zona oeste, se caracteriza por los ferrocarriles como todos los barrios del oeste de la ciudad. Liniers es hijo de los ferrocarriles pues éstos no sólo estimularon el progreso en el barrio sino que le otorgaron su nombre. Liniers se caracteriza por tener casas bajas y gran espacio entre las veredas; igual que en Colegiales; residen en él sectores medios y medios empobrecidos conformados por comerciantes y clase trabajadora.

El barrio de Balvanera está ubicado en el centro de la capital y se caracteriza por tener sectores medios empobrecidos. Está cerca de una zona muy comercial en Once y de la plaza Miserere, que es centro de confluencia de distintos medios de transporte (colectivos, tren y metro). En esta plaza confluye gran cantidad de gente que vive en las afueras de la ciudad. A raíz del progresivo empobrecimiento, muchos vecinos se mudaron a Balvanera dado que los alquileres de los inmuebles son más económicos. Esta zona es ediliciamente más antigua y la habitan comerciantes, intelectuales, etcétera.

La asamblea del Cid Campeador está en el barrio de Almagro, ubicado en el centro de la ciudad, y funciona en un local ocupado en el que antes había un banco que cerró por operaciones fraudulentas. El local está ubicado en una avenida con mucho tránsito de vehículos cerca del Cid Campeador, monumento realizado en una plazuela pequeña en la que confluyen cinco avenidas muy importantes. Esta zona está conformada por sectores medios entre los cuales residen profesionales, intelectuales y, en menor medida, comerciantes.

En el barrio de Villa Crespo está la asamblea de igual nombre en un pequeño local, no tiene mucha visibilidad y más bien está funcionando como una sociedad de fomento.

San Telmo está ubicado hacia el este de la ciudad cerca del Río de La Plata, es una zona recientemente reciclada por lo que se mezclan sectores con poder adquisitivo y personas que viven en conventillos. A éstos llegaron los inmigrantes europeos a principios de siglo xx; actualmente siguen concentrando varios integrantes de una familia en una habitación, lo cual produce situaciones de hacinamiento. En estos barrios conviven sectores medios acomodados que viven en las zonas recicladas, turistas y sectores pobres. La asamblea está conformada principalmente por sectores sociales pobres o medios empobrecidos.

La asamblea de la Alameda se ubica en Parque Avellaneda hacia el sur de la ciudad; funciona en un local tomado justo en una esquina frente al parque. Esta zona está conformada por sectores medios empobrecidos, y en los últimos tiempos han ido a residir inmigrantes bolivianos que en su mayoría se dedican a los talleres de costura (realizan ropa que luego venden en las zonas de Once y en los negocios por la calle Avellaneda en Flores). La asamblea está conformada por población muy pobre, algunos son bolivianos, pero no es la mayoría.

Las asambleas años después

En la actualidad las asambleas de Colegiales y Rodríguez Peña no funcionan. En el primer caso, ubican como quiebre el hecho de que se hayan establecido posiciones diferentes respecto de la casa de un asambleísta que tenía pedido de desalojo por falta del pago de impuestos. Mientras que unos sostenían que había que ocupar esa casa para así apoyar al asambleísta por ser integrante de la asamblea, otros veían en la toma una actitud no ciudadana que iba en contra de la ley y no estaban dispuestos a infringirla. En esta asamblea las actividades más destacadas fueron la realización de una campaña de vacunación para los “cartoneros”, la recuperación de un terreno en el que hicieron una huerta y la organización de un carnaval en el que promovieron el voto en blanco. Es interesante señalar que dos extintas asambleas de Colegiales decidieron volver a reunirse de manera conjunta en enero de 2007, aparentemente sin motivo concreto, simplemente para reunirse y, en tal caso, luego discutir el motivo.

En el caso de Rodríguez Peña, en Recoleta, decidieron autodisolverse a los tres años de vida de la asamblea. Sus actividades tuvieron relación con las del gobierno de la ciudad: se sumaron a la discusión del presupuesto participativo; estudiaron la constitución del gobierno; realizaron algunos *escraches*³⁴ a vecinos del barrio, como a un ex presidente radical, Raúl Alfonsín, y a otra funcionaria corrupta; e invitaban a intelectuales de renombre para la discusión de diferentes temáticas relativas a la participación y la política. En este caso, la movilización apunta a un cuestionamiento de las instituciones políticas y de figuras públicas relacionadas con éstas.

Las asambleas que siguen funcionando son la de Liniers, que continúa con la realización de talleres culturales (teatro y música) y en las reuniones de la asamblea; al momento de realizar las entrevistas, estaban trabajando alrededor del tema de la recuperación de los terrenos de los talleres ferroviarios del barrio. Se estaban asesorando para saber con qué recursos legales contaban, relacionados con la defensa de los espacios verdes, para que el Gobierno de la Ciudad no dispusiera de esas tierras para hacer negocios inmobiliarios. En la asamblea de Balvanera se discuten las actividades que realizan conjuntamente o en el marco de los programas del gobierno de la ciudad. En la asamblea de San Telmo continúa funcionando un comedor popular los fines de semana que se sostiene con fondos del Gobierno de la Ciudad; están utilizando un programa de alfabetización para adultos y también funcionan algunos emprendimientos laborales; de manera frecuente organizan peñas para juntar fondos.

³⁴ La realización de un *escrache* consiste en una forma de protesta que se propone dejar en evidencia pública, por ejemplo, el lugar donde reside el funcionario corrupto. Esta acción se orienta en contra de la impunidad de la persona a la que se le realiza el *escrache*. Esta modalidad de protesta es copiada de la agrupación HIJOS que realiza la actividad de *escrache* frente a las residencias de los genocidas, militares responsables de la desaparición de personas durante los gobiernos de *facto*.

La asamblea del Cid Campeador, en Villa Crespo, sigue funcionando en el local ocupado. En ese local viven algunas familias, situación que genera choques entre los participantes de las asambleas pues quienes viven allí se sienten invadidos. En esta asamblea realizan actividades culturales y emprendimientos; últimamente han organizado eventos en torno a fechas importantes: el 24 de marzo se cumple “el 30 aniversario del Golpe Militar”, el 1 de mayo es “el día del trabajador”, que suscitó el encuentro con entidades gremiales del barrio para charlar sobre qué significa el trabajo en las sociedades actuales. Además estaban organizando el evento del 25 de mayo, día de la Revolución de Mayo, con organizaciones barriales y tenían planeado ingresar a las escuelas. La asamblea de Villa Crespo, ubicada en un local pequeño del barrio, tenía un lugar donde vendía comida y estaba organizando un encuentro para charlar sobre el conflicto de las papeleras en Gualeguaychú.³⁵ Un escritor relativamente conocido hizo la presentación de su libro sobre las asambleas barriales en el local de la asamblea.

La asamblea de la Alameda, cerca del Parque Avellaneda en Floresta, como ya dijimos funciona en un lugar tomado, y uno de los referentes de la asamblea proviene del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD). Se trata de una asamblea conformada por sectores populares. El asambleísta comenta que “el fantasma del desalojo” es lo más recurrente para esta asamblea que, en otras oportunidades, tuvo que resistir a la policía frente a pedidos de desalojo. Aquí funciona un comedor popular y una panadería todos los días, realizan emprendimientos textiles y están organizando una bolsa de trabajo. En el local de la asamblea vive el que está a cargo de las actividades diarias. Este asambleísta de la Alameda cuenta que la asamblea se había prestigiado dado que fue gracias a sus presiones que la empresa de luz no ha dejado de suministrarla en zonas de Buenos Aires donde los residentes no podían pagarla. Cuando el plazo de suministro de luz estaba por vencer, la asamblea se acercaba a la empresa para negociar la postergación del plazo. Si no lograban negociar, iban con dos o tres electricistas desocupados y volvían a *engancharse*. Esta lucha concreta prestigió a la asamblea en los sectores empobrecidos y medios, a los que no les gustaba estar *colgados* pero realmente no podían pagar el servicio. Esta asamblea también había sido conocida por una confrontación que tuvieron con los sectores textiles de la zona. Un taller de costura se había incendiado y produjo la muerte de seis obreros bolivianos, frente a lo cual la asamblea pidió al Gobierno de la Ciudad que cerrara los talleres textiles hasta normalizar la situación y asegurar las condiciones laborales. Ante esto, la comunidad boliviana en Buenos Aires se organizó para que reabrieran los talleres pues ellos “no eran esclavos” sino que “eran trabajadores dignos”. Este conflicto lo suscitó

³⁵ Cuando se realizó el trabajo de campo, el conflicto por la instalación de las empresas papeleras de España y Finlandia en el litoral del país cobró trascendencia, sobre todo porque el conflicto se había llevado a juicio en la Corte Internacional de La Haya.

la asamblea y muestra las diferencias culturales respecto a cómo significar un mismo problema.

Caracterización del objeto de estudio

La discusión de los proyectos políticos frente al objetivo que no se concreta

Se identifican dos proyectos³⁶ para las asambleas. Uno era ambicioso, veía en las asambleas la etapa del comienzo de una revolución social (“la fiebre de las reivindicaciones”). Se proyecta entonces un movimiento unificador en el que confluyan los distintos grupos y actores del “campo popular” que pretende desarrollarse a nivel nacional. El otro proyecto, que se confronta con éste, cuestiona las instancias de coordinación entre las asambleas y promueve la idea de constituir redes en espacios sociales heterogéneos y, en tal caso, crear coaliciones (espacios homogéneos) para acciones políticas específicas. Es decir, se apunta a un proyecto alternativo (sin interpretación revolucionaria) y a las acciones concretas que se podían realizar en el barrio. El proyecto ambicioso se propone interpelar al poder estatal de manera complementaria a la construcción de un contrapoder; en cambio, el segundo plantea la promoción de instancias de participación por “fuera” de las instituciones políticas.

La experiencia social de las asambleas barriales en sus inicios contenía ciertas características por las cuales era posible aludir al “movimiento asambleario”: con notoria presencia en el espacio público, tenían una importante convocatoria de vecinos y visibilidad para los medios de comunicación; era la etapa de gran efervescencia del movimiento, “los seis meses de primavera”. Las discusiones que circulaban en esos momentos de mayor presencia en el escenario público señalan elementos de debate relativos a la concepción de la política, a la posibilidad de construir una sociedad “paralela” y, para esto, a la forma de crear un poder “alternativo”. Al mismo tiempo se analiza la dirección que debe y puede llegar a tomar el movimiento asambleario, es decir, sus destinos. Para la conmemoración del primer año de los acontecimientos del “19 y 20” se organizó un “Piquete Urbano” (PU).³⁷ El 19 de diciembre de 2002 unas seiscientas personas de más de 45 grupos diferentes realizaron un PU, que consistió en el bloqueo del Banco Central, la bolsa de comercio y otras entidades financieras de la zona del microcentro

³⁶ Se analizan los escritos producidos por los asambleístas al ser una especie de manifiestos políticos. Considerando su nivel de análisis y lectura política se infiere una importante experiencia en la militancia. El hecho de que estén escritos por asambleístas tiene un valor especial y adicional, pues no se trata de intelectuales-investigadores que estudian (estudiamos) las asambleas, sino que son las reflexiones de quienes las conformaron.

³⁷ Se trata de una acción de los asambleístas que se inspiran en el Movimiento Piquetero: toman la acción del piquete (cortes de ruta) urbano para la conmemoración.

de la ciudad de Buenos Aires. De esta forma, se buscaba atacar los sitios y símbolos del poder económico; transmitir el mensaje de que allí estaba la principal responsabilidad de la crisis argentina, pues no se trataba sólo de acusar a los que detentaban el poder político (Adamovsky, 2003a).³⁸

La complejidad política de los proyectos y los debates resulta poco verosímil al rastrear las apreciaciones de los asambleístas acerca de los objetivos de las asambleas dado que éstos no logran cristalizarse en un proyecto común. Sin embargo, es posible observar una actitud constante de búsqueda de los objetivos. Es decir, hacer explícito aquello que podía dar sustento a una sensación que se tenía desde la vivencia, esto es, la importancia de estar con los otros. “[...] no se llegó a generar y producir un objetivo común y, me parece, lo veo desde esta óptica porque es lo que me pasó, esta necesidad del otro y de compartir con el otro nunca fue demasiado elaborada” (entrevista 14).

“Era esta cosa fascinante de querer juntarse con los otros. Creo que hubo, lo digo más desde lo personal [...]” (entrevista 15). En el momento en que se aclara “desde lo personal” se confirman dos cuestiones: la posición horizontal de no hablar “en nombre de [...]” y, por otro lado, que no había un proyecto común. Así como la consigna “Que se vayan todos” podía ser contenida por los sentidos que cada persona o institución le adjudicara, se observa la misma característica en el caso de los objetivos de las asambleas.

Asimismo, cuando se destaca “la importancia de la reconstrucción de los lazos” se pone énfasis en una cuestión social y colectiva pero se diluye el motivo político. De esta manera “se comenzó con una intención política que generó transformación en la subjetividad” (entrevista 14). Es decir, el proyecto político quedó en una mera intención, mientras que el cambio y la transformación se observa a nivel de las subjetividades. No obstante, esta percepción se contradice con el nivel de elaboración de los proyectos propuestos en los escritos analizados. Con la intención de avanzar en las sendas que nos acerquen a los objetivos de las asambleas, a pesar de no poder precisar cuáles eran, se sabía que “era una cosa conflictiva porque todo generaba mucha discusión” (entrevista 15).

Hacia los inicios de la conformación de las asambleas se tenía la sensación de que era un proyecto que iba a trascender. Se observan elementos del proyecto ambicioso de “tomar el poder”, aunque con el transcurso del tiempo se apuntó a realizar acciones concretas.

[...] tomar el poder, porque en ese momento hasta ese grado llegaba el estado de fiebre. Sin embargo, el propio proceso fue dando curso a cosas posibles de ser hechas.

³⁸ Ezequiel Adamovsky es un asambleísta del Cid Campeador, historiador, que ha escrito varios documentos sobre las asambleas, que pueden encontrarse en internet y han tenido circulación interna entre los asambleístas.

La idea era ‘hagamos lo que podamos, aunque sea tener un impacto de transformación en nuestro barrio, que sea poquito pero real’” (entrevista 5).

Los esfuerzos no tenían que ponerse en proyectos de gran envergadura e inalcanzables, sino los cambios tenían que ser reales por más pequeños que fueran; es decir, ajustar las ambiciones a la realidad que se estaba viviendo y a las cosas que podían ser realizadas.

La izquierda tuvo que haber sabido construir los puentes necesarios para conectar a la gente del barrio con las grandes consignas. Se describe así la modalidad de trabajo político, el trabajo de base de la “vieja” militancia acorde al primer proyecto señalado.

“[...] había un montón de tareas que sin ellas las consignas más lejanas y ambiciosas no se pueden elaborar. Muchos saltaron eso, ese trabajo de base lo descartaron para dedicarse a las grandes consignas, a las grandes ambiciones y no al trabajo concreto con sus compañeros de clase” (entrevista 8).

Sin embargo, sostenemos que aun habiendo hecho trabajo de base no hubiera resultado efectivo dado que la gente se acercaba a la asamblea, más bien, para ver qué se podía hacer en el barrio. La promulgación de consignas teñidas de la izquierda revolucionaria producía rechazo más que adherencia. Por esto, en la movilización colectiva suelen quedar los activistas ideologizados. De esta forma, se gana en la profundidad retórica e ideológica de la lucha pero se pierde rápidamente poder de convocatoria pues el común de la gente no se siente identificada.

No se estaba presenciando un proceso revolucionario, entonces ¿a qué se debía la movilización de la gente? “[...] no estábamos ante las puertas de la revolución sino que por ahí era una instancia de conciencia diferente en el colectivo” (entrevista 8). Cuando se ideologiza la propuesta se pierde participación de la gente por “no ser fieles al deseo convocante y añadir otros deseos que no eran pertinentes” (entrevista 18).

[...] tomando como eje el día del Cacerolazo, siempre fui partidario de ser vecino y no compañero, estaban todas las señoras gordas que van a misa, las que no, los que putean a los anarcos, los que no, los pibes que fuman “porro” [cigarrillo liado con mariguana], los que rezan rosarios, las putas y las vírgenes, todos caceroleando contra el gobierno, contra las instituciones y sintiéndose estafados (entrevista 18).

En estas expresiones se señala claramente en qué residió el error de los partidos de izquierda, esto es, en una falta de interpretación de los hechos que los llevó a hacer prevalecer su cosmovisión por sobre aquello que realmente convocaba. Desde esta visión se tiene una postura bastante excluyente de la participación de los sectores de izquierda en el fenómeno de las asambleas, al menos de la manera en que lo venían haciendo hasta el momento. Otras perspectivas señalan la idea de “lograr articular

una izquierda en sentido amplio”. De todos modos, se suman a la visión de una construcción no partidista sino social.

La actitud de búsqueda permanente de los objetivos indica seguramente el asumir la difícil tarea de ser fieles a aquello que convocaba. Es así que se realizaron encuestas en el barrio con el fin de generar iniciativas que se cristalizaran en una propuesta política más amplia. “Justamente había diferencias, más allá de la cuestión de enfrentar al poder o no enfrentarlo” (entrevista 14). En otras palabras, las propuestas de la gente resultaban más creativas que las que surgían desde el sector ideologado.

Hubo toda una capacidad de producción e invención colectiva que no logró confluir en una propuesta común. Es posible que hubieran tantas ideas convocantes como barrios, grupos y personas. La propuesta alternativa no logró poder de unión, sí aquello que se rechazaba. En este sentido “el 19 no nos unía el amor sino el espanto”. Más allá de que no se haya podido plasmar/cristalizar un proyecto político amplio, nos interesa rescatar todos los recursos simbólicos y materiales que se empezaron a movilizar en la búsqueda de aquello que estaba por venir, llámese objetivos, la construcción de una sociedad nueva o la revolución. Lo interesante es que comenzó a andar una capacidad colectiva de acción que, al no vislumbrar un rumbo preciso, perdió potencia, pero se inició una maquinaria colectiva.

Respecto de la discusión sobre si proyectarse a nivel nacional o local, los que preferían tener anclaje territorial en sus actividades señalaban que “[...] no les interesaba ir al acto de Plaza de Mayo [símbolo de poder político] y que estaba bien quedarse en el barrio”. En cambio, los partidos veían el hecho de quedarse en el barrio como una pérdida de tiempo dado que debían proyectarse a nivel nacional y para eso incidir en la política institucional. “[...] ellos decían si nos quedamos en el barrio haciendo cosas, aun discutiendo política, lo que sea, es como pintar un edificio que se está derrumbando” (entrevista 16).

Mientras algunos querían sostener el desafío inicial (“hijo del 19 y 20 de diciembre”) de asumir un proyecto alternativo de país por la vía de los partidos, otros, producto del paso del tiempo y del restablecimiento de la normalidad, preferían enfocarse en las actividades barriales. El actual perfil de las asambleas ha tomado esta última característica.

A nivel de las actividades a realizar se observa otra tensión entre las tareas asistenciales u otras con características culturales. Esto depende de la problemática local: para el barrio con población de escasos recursos el funcionamiento de la olla popular resulta fundamental; en cambio, para un barrio con población de clase media, con ciertas necesidades básicas cubiertas, es probable que funcionen actividades culturales. De todos modos, la prevalencia de una actividad no es excluyente de la otra.

Todas las asambleas coinciden en separarse de una posición asistencialista, no estar en situación de “dar” sino de generar de manera colectiva.

Surgió este problema de que ¿somos asistencialistas o hacemos cultura?, como si no pudieran encajar las dos cosas. Si querés encajar las dos cosas tenés que ser muy ambivalente y flexible. Y un problema que tiene la asamblea y siempre lo tuvo, es que no se forman actividades en conjunto, sino que la mayoría de las veces esa persona se carga eso al hombro y arrastra a muchas personas más (entrevista 10).

Se señala que no tiene sentido plantear las actividades en términos dicotómicos, y por esto es importante que se inserten en un proyecto común y conjunto. Es decir, más que plantear la discusión en términos de lo asistencial o lo cultural, lo central es poder debatir acerca del proyecto más amplio en el que se desarrollen las distintas actividades.

Aquellas asambleas que realizan actividades culturales pretenden darles un sentido político e intentan que se conviertan en un medio para convocar a los vecinos. “Cuando se armó el centro cultural, veamos en los jóvenes, en las reivindicaciones sociales, culturales de diverso tipo, hay que empezar a encarar temas como el ecológico, temas que convoquen. La reivindicación común pasa por la democracia, eso sí es convocante, el tema del derecho en todo sentido, en la participación” (entrevista 10).

Es decir, lo que aparece como un objetivo/intención común es convocar a los vecinos a las actividades de la asamblea y a la discusión pública. Y esto es así porque la concurrencia de vecinos tiene un sentido primordial para la vida de la asamblea.

A esta intención generalizada se le puede agregar otra que, aunque también es amplia, ayuda a precisar el tipo de actividades que pueden ser desarrolladas en la asamblea; por ejemplo, no se aceptan actividades con fines de lucro o que respondan a intereses individuales.

Otros asambleístas señalan una cuestión muy interesante y es que los objetivos siempre quedaban ubicados “afuera” de la propia asamblea, en los otros grupos sociales, como los cartoneros y los piqueteros. Es decir, en el espacio asambleario no se habilitaba la posibilidad de hablar/compartir los problemas cotidianos que los aquejaban en el momento de crisis. “[...] y en eso la asamblea hacía agua, porque cada cual resolvía su vida como podía. Había un tipo que era el ‘enlace’, se enteraba de todo lo que pasaba, iba a todas las asambleas, pero a veces no tenía para comer” (entrevista 13). Esta actitud la retomamos en el capítulo 5, en el apartado relativo a los elementos identitarios que se promueven ante la necesidad de recrear una autopercepción de pertenencia a los sectores medios sin necesidades relativas a la supervivencia.

La construcción de poder: ¿tomar el poder o el contrapoder?

Como el título de este apartado lo adelanta, los temas de debate aquí desarrollados contienen elementos de utopía. Ésta, sobre todo en momentos de inestabilidad insti-

tucional y personal, tiene valor restitutivo pues vislumbra la posibilidad de que la realidad cambie y así construir una idea de futuro.

La posibilidad de “tomar el poder” en la actualidad es percibida como una ilusión, a diferencia de la década de 1970, en la que era posible pensar, sostener y hasta pelear por esta idea. Siguiendo lo propuesto por Holloway, hoy ya no se trataría de luchar por esta ilusión dado que se apartaría del objetivo primordial: la constitución de una red de contrapoder capaz de democratizar los espacios de gestión “desde abajo”. Se plantea que la concepción de *revolución* no se orienta a la toma del poder estatal para llevar a cabo uno alternativo, sino construir y generar en este proceso un contrapoder (documento de Luis Alsó Pérez, “¿Sociedad paralela en Argentina?”, marzo de 2003). Ésta es una diferencia con los movimientos sociales tradicionales que apuntaban a incorporarse al sistema político. De todos modos, aunque no ha sido una actitud común entre las asambleas barriales, cabe señalar que la de San Telmo presentó su fórmula para las elecciones legislativas en octubre de 2005 (aunque no ha obtenido resultados representativos). En el marco de esta experiencia, según las asambleas que siguen existiendo, se apunta a crear redes paralelas. De este modo, las asambleas de vecinos se constituyen como poder alternativo (Alsó, 2003).

Ahora bien, estas consideraciones ameritan dos interrogantes: ¿a qué se le llama la creación de una sociedad paralela? y ¿cómo se construye el contrapoder? La construcción de una sociedad paralela se sustentaba en la aparición simultánea de distintas formas de organización social alternativas: por un lado, los vecinos organizados en asambleas barriales (que sustituían a instancias políticas locales); por el otro, las “empresas recuperadas”, que peleaban por la recuperación del puesto de trabajo, y el Movimiento Piquetero, que organizaba a los trabajadores desocupados (que sustituían a los sindicatos, los gremios y a las fuentes de trabajo formales); y finalmente, con la economía solidaria y el trueque se podía generar una economía que, aunque precaria y de supervivencia, fuera alternativa (con lo que se sustituía al mercado formal capitalista), “[...] la marginación progresiva de la banca oficial, sustituida por un incipiente ‘banco del pueblo’” (Alsó, 2003).

Según la conocida periodista canadiense Noemí Klein, Argentina se perfilaba como “la primera candidata a la construcción de una sociedad paralela pues allí el desencanto social se ha convertido en ira social e insurrección permanente” (Alsó, 2003). Sin embargo, a esta expresión le faltaría añadir que el sentimiento de enojo resulta insuficiente para generar algún proyecto político alternativo. Teniendo en cuenta esta consideración, resulta importante introducir una oposición: los que sostienen la importancia de generar y considerar un marco programático para el movimiento (un programa y un proyecto a seguir) ateniéndose a las formas de los partidos políticos tradicionales; y aquellos que piensan que no debe haber ningún programa preexistente, ninguna receta previa que establezca una dirección o predetermine las acciones del movimiento.

En torno a la discusión sobre el valor de lo programático se añade otra que está relacionada: los problemas de pensar los niveles de coordinación de una organización política. A su vez, detrás de esta discusión, es posible identificar otra relativa a las lógicas y las formas de organización política: la lógica centralizadora (de lo uno) y la de la multiplicidad (de lo rizomático).

Se desarrollan distintas hipótesis respecto a por qué no funcionó la interbarrial de Parque Centenario (Adamovsky, 2003a). En este espacio se sostiene un supuesto organizativo del cual se querían diferenciar “las instancias representativas”, que era un aspecto distintivo por el que surgió el movimiento asambleario. Es decir, por qué pensar que debía funcionar una “coordinación” entre las asambleas y una instancia centralizadora a la cual llevar las distintas mociones de las asambleas como la interbarrial. El argumento implícito es que una vez que las asambleas logran una voz unificada y desarrollaran su programa, podrán coordinarse con los demás sectores (piqueteros, partidos, sindicatos, etcétera). Se plantea una manera centralizadora y representativa de funcionamiento, siendo éste un elemento “viejo” de organización política que se presenta (“infiltra”) en esta experiencia social. Por el contrario, desde otra perspectiva se señala la importancia de sostener una lógica de multiplicidad para continuar con los elementos de novedad de la experiencia asamblearia. La multiplicidad se sostiene en lo rizomático (el rizoma es una figura tomada de la botánica), que se caracteriza por no tener una raíz central a partir de la cual se bifurcan raíces sino que éstas se entremezclan sin poder identificar un eje organizador, son raíces de raíces. En el caso de la lógica centralizadora se habla de saberes arborificados pues remiten a un “tronco” central (en el cuadro 13 del Anexo se comparan ambas lógicas).

Un tono esperanzador está presente en las reflexiones del asambleísta que aboga por una organización unificada, quien expresa el deseo de crecimiento del movimiento. Sin embargo, el documento titulado “Filosofía barata sobre el Movimiento Asambleario” adelanta el tono de las reflexiones:

[...] creí que era el momento, que lo que en criollo muchos denominamos “campo popular” estaba empezando a pasarle por arriba a las formas tradicionales de hacer política que eran los Partidos. Esto en realidad sucedía hacía mucho, los piqueteros, los jubilados, los docentes, los organismos de derechos humanos, los sindicatos combativos, los trabajadores de la cultura comprometidos [...] me decía desde adentro ¿vos te crees que toda esa gente va a dejar de lado su militancia durante años para CONFLUIR (con mayúsculas porque en ese tiempo era un tipo que agrandaba todo) en un Movimiento Asambleario para que entre todos levantemos el país? No seas ingenuo?! Pero lo fui, creí que todo tipo que militaba debería CONFLUIR en el Movimiento de Asambleas y desde ahí construir sin personalismos, sin diferencias[...] creía que los militantes iban a “quemar el carnet” de sus organizaciones y que se iban a sumar para construir este movimiento con sus ricas expe-

riencias [...] el cruce de experiencias y de la diversidad de las distintas luchas ahora unificadas [...] (Furlanis, 2003b).

Esta reflexión muestra la desilusión frente a la posibilidad de constituirse como un movimiento social más allá de las diferencias partidarias y en función de un proyecto de transformación común. El desenlace de los acontecimientos mostraban la inversión en la dirección de la confluencia, esto es, más que confluir en un movimiento de las asambleas, éstas forman parte, son un componente más, de la red popular. Desde la visión de la multiplicidad de redes se sostiene que el problema reside en pensar con categorías propias de los movimientos sociales tradicionales y que no se trata necesariamente de confluir sino más bien de la multiplicidad. La idea de conformar un movimiento centralizado responde a las maneras tradicionales de pensar la organización política. Es posible inferir que estas diferencias entre los autores asambleístas provienen de sus experiencias de militancia política previas: mientras uno militaba en partidos de izquierda, el otro proviene de una militancia social e intelectual.

Resumiendo, es posible identificar claramente dos proyectos políticos para las asambleas barriales, uno ambicioso que se proyecta a nivel nacional y otro que apunta a la conformación de redes y al trabajo barrial. Sin embargo, los objetivos de la asamblea que pudieran contener un proyecto político articulador no lograron concretarse. Había una actitud permanente de búsqueda para que tales objetivos dieran sustento a la experiencia vivida sobre la importancia de reunirse y pensar conjuntamente. A pesar de que no se concretó un proyecto común articulado, se generó la movilización de muchos recursos materiales (la creación de boletines, su circulación e impresión por asambleístas con imprenta, etcétera) y simbólicos en la generación de propuestas e ideas.

Otra línea de debate que se establece a nivel de las actividades era si apuntaban a tareas asistencialistas o culturales. En realidad, esta cuestión no debe plantearse en términos dicotómicos, más bien las actividades pueden insertarse en un proyecto político más amplio. La principal dificultad que se observa es que esto no fue posible. Sin embargo, se señalan grandes intenciones que son las que dan sentido a la vida de las asambleas (convocar a los vecinos a participar e involucrarse). En este punto será interesante observar los devenires de las asambleas una vez que se pone en marcha el proyecto de las comunas en la ciudad de Buenos Aires.

Por último, señalamos los debates sobre las formas de construcción de un contrapoder que están en sintonía con las concepciones políticas y organizativas propuestas para las asambleas. Una visión aboga por una lógica unificadora y coordinada del movimiento social, y la perspectiva de la multiplicidad propone el engrosamiento de las redes sociales que pueden ser transformadas en coaliciones para eventos políticos específicos.

La organización en las asambleas. Los problemas de la horizontalidad a ultranza

Se observan, entonces, dos formas organizativas: una unificada y centralizada y otra sostenida en las redes sociales. Sin embargo, atendiendo a la experiencia asamblearia, los problemas primordiales fueron los relativos a la horizontalidad y a la democracia directa.

El establecimiento de los objetivos tiene relación con los niveles de organización logrados dado que es necesaria cierta modalidad organizativa para llevar adelante los objetivos. Debido a la actitud de rodeo de los objetivos sin lograr su concreción, no es de sorprender que se hayan ensayado diferentes respuestas frente a la posibilidad de establecer una organización para las asambleas. Es decir, existía una organización básica que era la asamblearia: había una lista de oradores, se hacían propuestas y luego se disponían a su votación. En la medida en que todo era sometido a votación se demoraba la posibilidad de realizar actividades, a lo que se sumaba que no había una estructura organizativa. Frente a la posibilidad de establecer ciertas pautas organizativas para la asamblea se observan diferentes posiciones: estaban quienes creían conveniente sostener una horizontalidad a ultranza, otros observaban los problemas de esta actitud una vez pasado el tiempo y había quienes, después de varios años de funcionamiento de la asamblea, estaban pensando en establecer reglamentos y “cosas escritas” que ayudaran a la continuidad de la asamblea.

Finalmente, otros planteaban la incorporación de la asamblea a la vida cotidiana, lo que adquiere sentido por el tipo de actividades que realizan, esto es, microemprendimientos productivos y el funcionamiento de un comedor popular. Algunos estaban dispuestos a poner entre paréntesis la posibilidad de organizarse dado que pensaban que la fuerza de la experiencia colectiva radicaba en su espontaneidad. En los primeros tiempos en esta forma de funcionamiento se veía una virtud más que una dificultad. Seguramente, era posible el funcionamiento con la suspensión de toda representación y forma organizativa, sobre todo en la asamblea de Colegiales, dado que estaba conformada en su mayoría por integrantes dedicados a la psicología y a las actividades grupales, “mucho pasaba por lo intelectual”. Respecto del perfil de quienes conformaban la asamblea, “había mucha cabeza y poca tripa” (entrevista 15).

El punto de partida de una práctica analítica es el cuestionamiento de los mandatos familiares y las visiones previas. Para aquellos que están familiarizados con este tipo de práctica no se les presenta como un sinsentido el hecho de juntarse y ver qué sucede, teniendo en la mira el desafío de no repetir/“llevar” ropajes y pensamientos previos. “[...] la cosa quedó polarizada entre las viejas alternativas, progresistas de izquierda o lo nuevo, ligeramente catalogado como defensa de autonomía. Esto último estaba muy imposibilitado a lo mejor porque no se podía o porque se requería de tiempos más largos” (entrevista 15).

Es decir, la suspensión no sólo de toda institucionalidad estatal o partidaria sino de todo pensamiento construido, de toda categoría social establecida, por esto tenía importancia “ser-estar ahí en la asamblea”. La distinción que se establece entre *compañero* (como se nombran los militantes del peronismo de izquierda), *vecino* (cuyo lugar de referencia es el barrio) y *veciñero* (conjunción de ambas ideas: afinidad ideológica y pertenencia al barrio) ilustra estas consideraciones. Se prefiere la última nominación en cuanto invención. “[...] el veciñerismo no pudo prosperar pero se pudo inventar, eso es como un modelo de que se podían inventar conceptualizaciones e institucionalidades alternativas. Si es que se quería ser eficaz en que no retornara lo viejo” (entrevista 18).

Observamos que el ejemplo resulta poco significativo y está lejos de ser un modelo para el pretencioso desafío planteado. Sin embargo, resaltamos la idea de generar prácticas políticas e institucionalidades nuevas. La realización de un carnaval en contra de las elecciones presidenciales, donde se exhortaba a la gente a que no fuera a votar, puede ser un ejemplo de una práctica política nueva, como también lo es la propia existencia de las asambleas. El desafío está claro a nivel del pensamiento pero resulta difícil llevarlo a la práctica.

Estaban aquellos que sostienen la importancia de utilizar la horizontalidad a ultranza, esto es, no generar ninguna instancia delegativa sino que todo se resolviera en asamblea: “[...] una desconfianza atroz de toda organización. Entonces se planteaba a rajatabla la horizontalidad. No confiar en el otro, salvo que vaya a una reunión con mandato y tenga que hacer una devolución. Siempre la responsabilidad rotativa es no delegar” (entrevista 10).

Otra cuestión interesante es la de relacionar la defensa o no de la horizontalidad con un factor generacional pues se observa una diferencia de actitud entre los jóvenes y los más grandes. Mientras que las personas con cierta experiencia de militancia en lo estudiantil o sindical se daban cuenta de que así no se podía sostener la asamblea, los más jóvenes estaban convencidos de querer defender la horizontalidad a toda costa. El motivo principal de esta posición era “la desconfianza en la delegación en otros” (entrevista 10).

Se relaciona esta actitud con cierta idealización del anarquismo. Una asambleísta de aproximadamente 60 años comenta riéndose que les decía a los jóvenes: “anarquistas eran los de antes”. Esta actitud generó el alejamiento de mucha gente adulta.

“[...] había cierta idealización del anarquismo. La visión del horizontalismo, ese desgaste de cualquier cosa que sea referencia, deseo, deseo, deseo, eran los jóvenes unido a la eferescencia normal de la adolescencia. Esto causó bastante daño, en el sentido del alejamiento de la gente más madura que decía: ‘escuchame, yo este discurso lo tengo en mi casa, me alcanza con mis hijos’” (entrevista 10).

No obstante, las asambleas funcionaban con comisiones y grupos asignados a tareas específicas, lo cual daba cuenta de cierto nivel de organización, pero se observa

poca discriminación de las tareas cuando se describe la manera en que efectivamente funcionaban. A modo de ejemplo, se pregunta por la comisión de salud y contestan por las actividades que hacían en la comisión de juventud. Preguntamos a una joven asambleísta en cuáles comisiones estaba, y ella contestó riéndose: “creo que en todas las comisiones”. También se le preguntó por el nombre de las comisiones, y dijo: “[...] no sé, ni me acuerdo de los nombres de las comisiones, aparte llegó un punto donde siempre éramos los mismos. Había gente que iba a la asamblea nomás y había gente que estábamos más tiempo” (entrevista 13).

Es decir, la distinción que valía, más que la organizativa, era el tiempo destinado a la asamblea; en otras palabras, el nivel de compromiso. Por esto es fundamental hacer diferencias en el poder de decisión de los asambleístas dependiendo del compromiso asumido en la asamblea. La horizontalidad debiese partir de un mismo nivel de compromiso; si esto no es así, se debería establecer una distinción en el poder de decisión según el grado de involucramiento. Distinguir entre “los que ponen el hombro a la actividad” y los “paracaidistas que llegan una vez cada seis meses [...]”.

Se intenta poner límites a los *free ride*, los que disfrutan gratis los resultados de la acción de otros. Partiendo del argumento de Olson sobre la acción colectiva, si suponemos individuos racionales bien informados de su situación, lo racional sería no participar de las acciones colectivas sino disfrutar de los logros de los demás. Por este motivo, la acción colectiva puede ser explicada no sólo por incentivos selectivos sino por incentivos no materiales, como la solidaridad, el interés de participar colectivamente o la creación de una identidad (Cadena, 1999:168).

Las asambleas que a través del tiempo avanzaron en aspectos organizativos reflexionan de diversas maneras sobre la importancia de las acciones colectivas. Algunos decidieron sostener un lugar con el financiamiento de los integrantes de la asamblea. No eran opciones realizar una ocupación ilegal de un inmueble ni recibir ayuda por parte del Estado. Un grupo asambleario cumplió con el formalismo de estar inscrito como entidad en el Registro de Organizaciones de Acción Comunitaria; de todos modos, era sólo una formalidad dado que la asignación de cargos la hicieron de manera azarosa: “[...] fue la posibilidad de no borrarlos de un plumazo de las instituciones [...]” (entrevista 2). Es decir, no desconocieron totalmente la posibilidad de institucionalizarse sino que tienen cierta entidad organizativa aunque sea a nivel formal, lo que les facilita el acceso a ciertos financiamientos entre los cuales figuran los del gobierno.

Varios asambleístas con el tiempo llegaron al entendimiento de que necesitaban de una estructura organizativa para poder desarrollarse, esto fue común en adultos y jóvenes: “Al principio pensaba ‘bueno, sí somos todos iguales’, después por una cuestión de organización propia, me doy cuenta que sin una estructura de uno o dos niveles, sin una estructura es muy difícil coordinar a un grupo grande de gente” (entrevista 11). La asamblea delega las decisiones, se discute en ésta sobre la persona de-

signada para que se haga cargo de una tarea. De esta manera, el funcionamiento asambleario que delega decisiones colabora en la construcción organizativa y de división de tareas. Otro plano de discusión son los conflictos que se van suscitando a medida que funcionan las actividades, aunque sostenemos que son pocas las asambleas que han resuelto el meollo entre la horizontalidad y el avance en los planos organizativos.

El hecho de que una actividad dependa sólo de una persona tiene sus riesgos: “se carga al hombro la actividad”. ¿Qué pasa cuando se desgasta y deja la actividad? Si no viene otra persona, “alza la bandera” y sigue adelante, la actividad colapsa. Las expresiones utilizadas denotan el grado de compromiso y responsabilidad para quien asume la tarea.

Estas reflexiones se sostienen en el logro de encontrar una armonía entre la horizontalidad y la necesidad de organización: “[...] sostener la horizontalidad sin abandonarla y respetándola. Un grado de delegación y representatividad, si no no podés construir nada, ésta es una de las cosas de la experiencia, si no era muy anárquico” (entrevista 10). “[...] se pensó: si querés organizar esto no se puede estar de reunión en reunión [...] deliberemos para las cosas más ‘grosas’ [importantes, trascendentes], pero para las de la vida cotidiana no [...]” (entrevista 10).

Es decir, a medida que se echó a andar la experiencia asamblearia lograron avanzar en las maneras de poner en marcha los aspectos organizativos y distinguir entre las cuestiones que tuvieran razón de ser debatibles y aquellas que no. Además, una vez asumida una tarea, las decisiones que se llevarían adelante competirían a quien se hubiera hecho responsable de tal tarea. Sin embargo, eran diferentes las miradas y las posiciones según la actividad de la que se tratara. Es distinta la posición para quienes participan en los microemprendimientos, que son su fuente de trabajo, que la posición de una asambleísta que se hace cargo de una actividad que no es su fuente de sustento. Frente a esto se preguntan: “¿cómo coordinar y conciliar todo esto?” (entrevista 19).

El funcionamiento de la asamblea se incorpora a la vida cotidiana: “[...] la asamblea no cierra por vacaciones, siempre nos reunimos de manera asamblearia pase lo que pase” (entrevista 9). Por ejemplo, las actividades de la asamblea de la Alameda no tienen los tiempos de una organización con periodos de actividad y otros de cierre, sino que son tareas que se realizan cotidianamente. La asamblea funciona en un barrio de pocos recursos, esta característica poblacional hace que las personas dependan de la asamblea para su vida cotidiana y se dediquen, más bien, a actividades asistenciales, como el funcionamiento de un comedor en el que dan y venden comida a la gente del barrio, y también a actividades productivas. La incorporación de la asamblea a la vida cotidiana se debió también al tiempo disponible por la falta de trabajo. Expresa un asambleísta que lo echaron de la empresa de ferrocarriles en la que trabajaba como ingeniero: “[...] El trabajo es el centro que organiza tu vida, ante la falta de trabajo la asamblea fue otro lugar donde poner el foco [...]” (entrevista 5).

En síntesis, a pesar de que se aboga por una organización centralizada o en redes sociales, al indagar sobre las formas de funcionamiento de las asambleas observamos los problemas que se suscitan por querer sostener una horizontalidad a ultranza y las decisiones en la democracia directa. Esta actitud frena la posibilidad de desarrollar actividades. Frente a esto identificamos dos posiciones: la de quienes sostienen la importancia de llevar a cabo instancias organizativas y, en tal caso, combinar la forma asamblearia de decisiones con la delegación de tareas —que introduce cierta organización—; y la posición de los jóvenes anarquistas que estaban en desacuerdo con cualquier instancia delegativa. Con el paso del tiempo, las asambleas que siguen funcionando y realizando actividades están ensayando y aceitando sus formas organizativas, es así que piensan establecer reglamentos que sirvan a futuros asambleístas.

¿Qué implica ser asambleísta?

La experiencia colectiva asamblearia suscitó la reflexión en torno a lo que implica ser asambleísta (cuestión que retomamos en el capítulo 5 en el apartado en el que se trabaja el sentido actual de la militancia).

Hemos hecho referencia a que en muchos casos las asambleas estaban conformadas por militantes de la década de 1970 que venían desencantados de la política institucional. Sin embargo, una vez que empiezan a conocerse más entre sí los asambleístas toman registro de las diferencias generacionales, las partidarias y de intereses. “Y en el medio de eso, en la medida en que nos íbamos conociendo, ahí aparecían las diferencias entre los ex peronistas, los de izquierda; aparecían los que tenían cincuenta, los que tenían sesenta, los que tenían veinte, los anarquistas, los que querían recuperar sus ahorros [...]” (entrevista 15).

Es interesante observar el hecho de que personas tan distintas se reunieran por algo que en principio era común: el desafío de la construcción de un proyecto de sociedad alternativo. Probablemente se lograba una convocatoria cuantiosa por tratarse de un proyecto amplio e impreciso “ya que no había nada”. Es decir, la asamblea aparece en un primer momento como actor social con poder de transformación. Sin embargo, se preguntan ¿qué es ser asambleísta?, ¿cuál es la identidad que los rige? Los asambleístas se empiezan a definir por la negativa, por lo que no son: no son partido político. Al mismo tiempo se tienen que diferenciar de “la marca registrada de ‘sos un joven de los setenta’” (entrevista 15). Ser militante de la década de 1970 deja marca/huella en la asamblea; de todos modos el desafío era trascenderla para que no se repitiesen viejas formas.

Para los de Colegiales, ser asambleísta tenía que ver con la desjerarquización de los saberes, no se definía por la profesión ni por la universidad ni por ser desempleado. “[...] ¡hay una pequeña invención que tiene que ver con que somos asamble-

rios! No somos asamblearios porque estamos en la facultad, por ser profesionales, porque somos desocupados o por lo que fuere. No, somos asamblearios porque estamos acá, es una experiencia interesante porque desjerarquiza algunos saberes” (entrevista 12).

Se señala también la posibilidad de pensar y reflexionar más allá de los saberes expertos: “Si alguien salía con ‘porque yo estudié’, ¿qué?, lo abucheábamos [...] No había saber experto [...] cada quien aportaba con lo que tenía [...]” (entrevista 12).

Se expresa el valor de potenciar la capacidad de producción de saberes y pensamiento, “hacer de una huerta un vergel. No para venir a explicarle a todos sino como alguien más [...]” (entrevista 12).

Se alude también al nivel de compromiso asumido en la asamblea que daría lugar a la distinción entre un asambleísta plenario y un asambleísta a secas. Además dicho compromiso debe ser desinteresado, no buscando un rédito personal o político. Aunque, “en realidad, si te ponés a pensar ¡la asamblea somos todos! El tema es el nivel de compromiso que cada uno está dispuesto a asumir [...]” (entrevista 19).

Teniendo en cuenta este nivel de exigencia para con la asamblea, no es de extrañar el hecho de que la gente con el tiempo se desgaste, ya que es difícil observar una continuidad en las personas y las tareas. Además resulta fundamental para la continuidad en la asamblea la constitución de una dinámica grupal. Por esto es común que se encuentren en otros espacios además de la asamblea: se van a comer juntos, salen los fines de semana, etcétera. El hecho de armar grupos en las comisiones de trabajo era fundamental para la continuidad de la asamblea, porque con la modalidad asamblearia solamente “el que se iba a su casa ya no volvía [...] lo básico es que es gente, buena gente, que no busca ningún rédito personal [...] como se vio ese día en la reunión nadie va a llevarse plata, ni va a tener un rédito político mayor porque estaría en otro lugar [...]” (entrevista 19).

Seguramente hay notables diferencias con la lógica partidaria dado que en el caso de los partidos políticos la regla de juego es luchar por la acumulación de capital político. Cuando los partidos de izquierda introdujeron esta lógica en las asambleas generaron una importante deserción. El punto a destacar es que, en algún sentido, la participación en la asamblea es “amistosa” dado que no hay un capital político como el que se disputaría en un partido político. Esto no significa que en las asambleas no hubiera conflictos ni disputas pero se planteaban, más bien, en términos personales y generalmente alrededor de sujetos que tomaban protagonismo o bien asumían un liderazgo natural. También estaban aquellos que simplemente iban a escuchar un discurso diferente “al monolítico de los políticos” (entrevista 14).

Una anécdota que da idea de la constitución de un lugar de referencia que se sostuvo en el tiempo es la que se cuenta respecto a un grupo de artesanos que vendía sus artesanías en una plaza y la policía los desalojó. Este episodio fue a fines de 2005 cuando ya había menguado la participación en las asambleas. El grupo de vecinos

acudió a la asamblea para ver si podían recibir ayuda. Luego se acercaron a la comisaría y se presentaron como miembros de la asamblea barrial, tuvieron una charla con el comisario y lograron solucionar el inconveniente apelando a que estaban vulnerando el derecho al trabajo. Es decir, frente a la pérdida de las garantías institucionales quedó en el imaginario colectivo la asamblea como un lugar/referente vecinal al que se puede apelar.

A partir de la participación en la asamblea se observa la actitud de asumir la responsabilidad por la falta de participación en el ámbito político durante la época de la dictadura. La contraparte de la culpa es la responsabilidad, es decir, el sentimiento de culpa indica el inicio de un proceso hacia la responsabilidad subjetiva de nuestros actos.

[...] la señora tenía un testimonio muy emotivo, porque se dio cuenta de que ella había quedado encerrada en su casa desde el tiempo en que la dictadura la atemorizó. Entonces ella declaró en su alocución que se sentía muy culpable de no haber hecho nada por los desaparecidos, en el momento en que la gente estaba desapareciendo. Digamos que ella sabía pero que hacía la “vista gorda” [disimular, no haber visto algo] por temor y que después había negado por miedo también.

Que ahora descubría que tenía que haber hecho una cosa antes, por sus hijos, por los demás [...] Fue algo muy fuerte para todos escucharla [...]” (entrevista 4).

Este relato nos muestra los efectos subjetivos que propició la crisis y un replanteo respecto de la participación en la política; además, de la relación de continuidad entre los acontecimientos de 2001 y la dictadura militar. Según nuestra perspectiva, esto es así porque la crisis actualizó el trauma social. La debacle llevó a varios ciudadanos argentinos a la reflexión acerca de su posición en aquel otro momento histórico. Nos interesa rescatar el cambio en la percepción acerca del valor de la participación como recurso disponible para encausar sus demandas y necesidades.

Siguiendo en la línea de análisis de la reconstitución de los lazos sociales, al igual que otros movimientos sociales, la cuestión social sucede en paralelo. A medida que pasaba el tiempo se establecían lazos que trascienden la experiencia. Quienes participaban “ya eran un pueblo con historia” (entrevista 16). En la dinámica de los encuentros y desencuentros se cruzaban personas con historias de vida muy distintas: algunas venían sin conceptos previos en términos de política mientras que otras tenían una historia de militancia, “un librito que teníamos cuestionado” (entrevista 15).

Son variadas las maneras de aludir a la importancia que empezó a adquirir el “otro” (compatriota, vecino, amigo) en la experiencia de la asamblea. “Era una conexión que se daba con un montón de gente [...] yo no conocía a nadie [...] de ahí de Colegiales y mi compañero que hacía siete años que vivía ahí tampoco conocía a nadie [...]” (entrevista 13). Se describe un cambio de percepción por la que los desconocidos vecinos o compatriotas pasan a ser “conocidos” por el hecho de compartir el

trauma social de la crisis. De esta manera se va generando un vínculo. Frente al fuerte desamparo emocional y de las instituciones, la posibilidad de charlar con otros, hacer catarsis, ponerse a pensar y compartir experiencias resultó fundamental para la contención de la situación angustiante. A esto se suma el cambio en el valor de la participación que empezó a tener para algunas personas que nunca habían participado. Para quienes ya valoraban la participación por su experiencia de militancia, las asambleas se constituían en el espacio social buscado para volver al ámbito político por fuera de los partidos políticos.

Para resumir, en el presente apartado observamos distintas aristas de las identidades que se han construido en la experiencia asamblearia. Alrededor del desafío de “ser asambleísta” sin ropajes de la “vieja” militancia observamos la importancia de participar en la experiencia social sin jerarquía de saberes adjudicada por profesiones. En este sentido, el ser asambleísta era una invención. Si bien se trató de una experiencia social de contención y para tejer lazos sociales, paradójicamente, los asambleístas encontraban dificultades en compartir los problemas personales que los aquejaban, cuestión contradictoria con el desafío que se planteaban de “ser y estar ahí” en la asamblea. Sin embargo, pudimos mostrar los cambios subjetivos en las personas que sin experiencia previa deciden sumarse a la asamblea y asumir la responsabilidad de no haber participado en otros momentos históricos.

La asamblea se constituye en un *referente barrial* al que los vecinos pueden acudir. La participación en las asambleas implica una reconstitución de los lazos a partir de los cuales se teje una identidad barrial que fortalece un sentido de pertenencia al barrio. Se observa un entramado social latente (redes existentes) que la experiencia colectiva visibilizó. Con el tiempo se concluye que resulta más funcional armar grupos según afinidades que por inscripción territorial, es decir, conformar “tribus” afectuales y por intereses.

Las asambleas barriales y su relación con otras instituciones

Su relación con la figura estatal.

Cuando el poder hegemoniza el proceso de movilización

Las asambleas aparecen en la escena pública con un fuerte cuestionamiento a la representación política y, por ende, a las instituciones políticas. Desde el inicio se observa que la posición a tomar respecto del Estado era un asunto conflictivo. “En general la posición era no establecer relación con el Estado, pero había gente que decía que sí. Una postura era ‘nosotros tenemos que ir a exigirle al Centro de Gestión y Participación (CGP)’ y la otra postura sostenía que no [...]” (entrevista 15). Es decir, una posición se sostenía en la figura del ciudadano que debe exigir a las instituciones que lo

representan en sus intereses, y la otra postura negaba esta propuesta seguramente debido a la pérdida de legitimidad de dichas instituciones.

Una vez recompuestas las instituciones y lograda cierta normalidad en la vida política del país, el papel del Estado frente a la movilización empezó a tener protagonismo, no tanto en términos de aquello que se rechaza sino como figura con la que, de una u otra manera, las asambleas se relacionaban. Dado que para sostener cualquier organización social además del recurso social y cultural se requiere de los recursos materiales, el gobierno se ha constituido en la principal fuente de éstos. En la indagación de esta relación identificamos distintos matices y papeles del Estado, que aparece como *facilitador* de las tareas en tanto proporciona los medios a partir de fondos para llevarlas adelante. Sin embargo, los asambleístas observan en esta actitud de negociación, que se da de forma camuflada o informal, una estrategia que apunta al retroceso de la movilización. Es decir, según estas apreciaciones el Estado asumiría el papel de *inhibidor* de la movilización, aspecto que se agudiza si consideramos el miedo generado por la represión policial en el gobierno de Duhalde a los piqueteros. Estas dos funciones aparecen como las principales, y se observan los distintos matices al tener en cuenta las posiciones concretas que las asambleas asumen frente a la figura estatal.

La asamblea de Liniers prefiere mantenerse independiente de la figura estatal a pesar de que se les dificulta sostener sus actividades. Es más, el local donde funcionan lo mantienen con las contribuciones mensuales de los asambleístas. Sin embargo, al momento de realizar las entrevistas se estaban presentando a la convocatoria de una entidad estatal que otorgaba subsidios para emprendimientos económicos y culturales. La asamblea de la Alameda consiguió insertarse bajo un programa de grupos comunitarios del Gobierno de la Ciudad (funcionan 300 en la ciudad y el de la Alameda es uno de ellos). Bajo este programa consiguen apoyo financiero para sostener el comedor popular y los microemprendimientos textiles. Esta asamblea vendió 1 500 guardapolvos al Ministerio de Desarrollo Social. Además en esa asamblea se gestionaron provisoriamente los documentos para bolivianos que no podían trabajar por no contar con los papeles migratorios. Es decir, colaboraron en la gestión de un trámite administrativo. Esta información indica que la asamblea tiene una estrecha relación con el Estado, sin embargo, no se observa una dependencia con el mismo, dado que hay autonomía en las decisiones tomadas. En el caso de Balvanera hacen explícito que se quieren sumar a la propuesta de las comunas del Gobierno de la Ciudad, por lo que pasan a ser, más bien, una extensión de la política municipal antes que una asamblea vecinal independiente.

Es decir, se despliegan distintas estrategias para la obtención de los recursos materiales (la venta de los productos textiles a la entidad estatal o bien se suman al proyecto de la gestión gubernamental). Sin embargo, es difícil establecer los límites porque siempre en algún momento se necesita algún contacto con el Estado.

[...] uno está adentro de un sistema, es inevitable, correrte de ahí sería necio porque estás en un terreno que es del Gobierno de la Ciudad, entonces ya estás trabajando en una relación. A lo mejor es establecer esto: los menos contactos posibles.

Estas relaciones carnales te van a llevar a otras cosas [...] por eso la horizontalidad y la autonomía hasta dónde se pueden sostener. A lo mejor es algo utópico y se producen estos conflictos por esa cuestión idealista que no va [...] (entrevista 19).

Se propone una interesante alternativa respecto de la posición a tomar: la independencia absoluta sería una posición utópica-idealista, pero también necia porque para avanzar en el desarrollo de las asambleas es necesario el apoyo y sostén de otras instituciones, y la estatal se ofrecía para cumplir esa función. Al mismo tiempo, y para respetar ciertos lineamientos de una institución social independiente, es importante plantearse qué tipo de contactos establecer para no generar una relación estrecha. Respecto de otras asambleas que tienen una relación cercana con el gobierno:

[...] hay asambleas que tienen ciertos contactos con el gobierno de la ciudad donde se hacen ciertas “transas” [negociar favores con el gobierno], ciertas negociaciones en las que tiene que haber una ida y vuelta. Está encubierta esta cuestión de “sos una asamblea y laburás para el barrio, obtenés ciertas cosas porque a cambio tenés que dar otras [...]” (entrevista 19).

Frente a estos dichos habría que indagar sobre el interés real del gobierno por generar un mutuo compromiso sostenido en un favor político.

Ahora bien, en el caso de las asambleas que se sumaron a la gestión del gobierno o que tienen intenciones de hacerlo, es interesante identificar los argumentos que utilizan: que tenían “una visión común con el gobierno” y “que el norte que se establecieron es lograr una mayor participación de los vecinos”. En realidad, es un norte establecido en sintonía con la propuesta del gobierno, por esto no vemos una actitud de autonomía dado que no se dieron la oportunidad de discutir las propias leyes y reglas, o en todo caso, encontrar el propio horizonte.

Analizando los dichos del referente de la asamblea de Balvanera, es explícita la intención de sumarse a la gestión gubernamental y pasar a ser una extensión de su política. Por otro lado, todo el manejo que el asambleísta tiene del proceso electoral nos indica una concepción partidaria de la política. En esta asamblea, prácticamente, no ha quedado ninguna huella de los principios y valores que se promovían en torno a la constitución de las asambleas. Sería un ejemplo de canalización institucional de una demanda social en la que se ha desdibujado el espíritu inicial de tal demanda. Se ha perdido la fuerza creativa del estado naciente y, por tanto, manifiesta su traición.

Distinta es la situación de la asamblea de la Alameda que, si bien subsiste con los fondos del gobierno, se mantiene autónoma en las decisiones: “[...] hicimos muchísimo teniendo en cuenta que somos una asamblea, que no somos un aparato político, no tenemos un sostén, no estamos políticamente sostenidos por nadie, tenemos un nivel de coordinación y articulación bastante interesante con la asamblea y con otras agrupaciones políticas y sociales” (entrevista 9).

Otra manera bastante frecuente de establecer relación con el gobierno ha sido a partir del reparto de bolsas de comida. Esta modalidad de repartición funcionaba bien y era cómoda, sin embargo, se advierte sobre el problema de generar clientelismo. El conflicto que suscitaba la posición a asumir frente al Estado —y las distintas variantes que esto tomaba, como el reparto de bolsas de comida, el otorgamiento de subsidios, la posición a tomar cuando se infringía la ley con la ocupación de un inmueble, etcétera— era planteado en términos difusos. En cambio, en el caso del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) eran claras las posiciones frente al conflicto. “Ahora no tengo mucho contacto [con el MTD] pero lo que sí, la realidad es muy diferente, es más fácil conseguir *guita* [dinero] del Estado [...] En cambio, en el caso de las asambleas empiezan las justificaciones como ‘bueno, me la dan pero yo hago lo que quiero’ [...]”.

En los distintos sectores del MTD la posición a tomar frente al Estado resulta ser su punto de partida. En cambio, las asambleas barriales le dan un gran rodeo al tema y, además, los contactos que se establecen con el gobierno aparecen de forma camuflada e informal y no hay claridad respecto a su postura. Por un lado, dicen ser independientes, pero en lo concreto buscan subsidios o se registran como organización para obtener la personería jurídica necesaria para recibir dichos subsidios. Estos rodeos se deben al temor de asumir un perfil asistencialista y no lograr coherencia con el principio de autonomía. Sin embargo, una vez que la organización social se echa a andar, se empiezan a encontrar con los obstáculos y dificultades en el sostenimiento de las actividades por falta de recursos materiales.

Los distintos asambleístas coinciden en que en el encuadre de las elecciones “el poder político logró hegemonizar todo el proceso”. A esto se suma que “el gobierno kirchnerista fue muy hábil en la desmovilización de los movimientos sociales”. Es decir, se señalan dos momentos en el proceso de desmovilización: primero, con el llamado a las elecciones presidenciales por parte de Eduardo Duhalde se vuelve a la recomposición de las instituciones y, por ende, a la democracia representativa; después, una vez que Néstor Kirchner asume el gobierno lleva adelante una serie de acciones que incrementan su poder —apoyarse en las expectativas de la gente es una de ellas— y genera, en consecuencia, un retroceso en las movilizaciones.

[...] buscó el poder en la gente, se transformó en populista, hace cosas y toma decisiones que son muy populares, el tema de los derechos humanos es una cosa muy obvia de eso, el

tema de la deuda externa, el tema de la pelea por el precio de la carne de hace muy poquito [...] ese tipo de cosas son medidas muy populares [...] Yo no me engaño que el tipo es un santo, le conviene... pero prefiero le convenga eso y no meter mano dura a los manifestantes, como en algún momento le convino a Duhalde [...] (entrevista 11).³⁹

Algunos asambleístas comentan que el manejo que el gobierno hizo de los derechos humanos ilustra su estrategia de fragmentación dentro de las asambleas dado que varios empezaron a estar de acuerdo con las medidas que se estaban efectuando. El punto de unión inicial de las asambleas era el rechazo total a las instituciones representativas políticas; en la medida en que esta percepción cambia –de ser rechazadas pasan a ser aceptadas–, pierde fuerza el motivo de unión y, por tanto, hay un retroceso de la movilización. “[...] eso fue fragmentando [...] cuando hizo toda la reivindicación de los desaparecidos, mucha gente empezó a decir: ‘bueno, ¿no tengo nada que cuestionar?’” (entrevista 13).

Una vez que las instituciones volvieron a la normalidad, con el gobierno de Néstor Kirchner la situación en las asambleas se hace más compleja dado que algunos empezaron a alimentar una “ilusión de que todo iba a ir mejor” y otros, en cambio, siguieron sosteniendo la oposición al gobierno, lo cual generó la fragmentación. “[...] hasta ese momento alcanzaba ‘la lucha contra [...]’, cuando el gobierno logra un grado de recomposición, ya el tema se vuelve más complejo [...]” (entrevista 10).

La mirada de la acción estatal como inhibidor de la movilización también es explicada desde la entrega de planes sociales a los piqueteros y a otros grupos que iban a conformar una cooperativa de vivienda y fueron convocados por el presidente para ofrecerles una serie de habitaciones, por lo que perdió sentido continuar con la organización social.

La entrega de planes Jefes y Jefas de Hogar –programa llevado adelante por Eduardo Duhalde en la provincia de Buenos Aires, por el que se le entregaba a cada jefa de hogar 250 pesos– fragmentó mucho a los movimientos. El otorgamiento de los planes fue más frecuente en el Movimiento Piquetero, lo cual indica la herencia piquetera de la asamblea de la Alameda que se observa también en los repertorios de acción que llevan adelante, como los *escraches* y las confrontaciones recurrentes. “Ahí empezamos a chocar con intereses de los partidos, con algunas que otras mezquindades, sobre todo con la gran idea de Duhalde de planes Jefes y Jefas. Una vez que se instaló el plan, automáticamente se fueron desmembrando muchísimas organizaciones que nos manteníamos sin un solo plan”. Se continúa poniendo en duda la afirmación anterior: “[...] ¿son suficientes 250 pesos que le dan a una familia para que abandonen la

³⁹ Se refiere a la represión policial llevada adelante por Eduardo Duhalde en una movilización de los piqueteros en el Puente Pueyrredón, cuyo saldo fue la muerte de dos piqueteros: Darío Santillán y Maximiliano Kosteki.

lucha? Después me di cuenta que no necesariamente era así [...]”. Los distintos asambleístas relatan las estrategias efectuadas por el gobierno para desmovilizar.

En resumen, en un primer momento la figura estatal suscitó el conflicto respecto de qué posición tomar, aunque la más generalizada era la del rechazo absoluto a las instituciones políticas representativas; una vez que empezó a andar la experiencia social, algunos se mantuvieron independientes y otros empezaron a recibir fondos para llevar adelante sus actividades. El llamado a elecciones presidenciales en abril de 2003 logra recomponer la imagen de cierta normalidad de las instituciones político-representativas.

Cuando Kirchner asume el gobierno logra articular las demandas sociales con las políticas sociales; mucha gente empieza a estar de acuerdo con el gobierno y comienza a perder fuerza el motivo inicial de unión de las asambleas. Según los asambleístas, esta situación generó fragmentación y un fuerte retroceso en la movilización de las asambleas, las cuales quedaron focalizadas a tareas relacionadas con la supervivencia, como los microemprendimientos laborales y las ollas populares. Por nuestra parte, sostenemos que una vez establecido el orden disminuye la ansiedad y, por tanto, el sentido de contención de las asambleas y la participación en éstas. Pasado el tiempo desde la euforia inicial y al no verse concretado un proyecto común, se produce una pérdida del entusiasmo, un desgaste de la gente y un agotamiento de las energías. Por otro lado, y en relación con los partidos de izquierda, observamos una visión negativa respecto de su papel que no parece deberse a la presencia en sí de estos partidos sino, más bien, a los conflictos internos en estas organizaciones y su impacto en el funcionamiento de las asambleas, así como al intento de introducir consignas que sólo representaban a estas fuerzas políticas sin lograr incorporar las necesidades/inquietudes de los asambleístas no partidarios.

Capítulo 5

Los recursos subjetivos y colectivos de los asambleístas

LAS ASAMBLEAS BARRIALES SURGEN en el marco de un proceso de protesta que va desde la acción colectiva del *cacerolazo* del 19 de diciembre de 2001 hasta su consolidación como espacios de articulación política. En esta acción colectiva se vieron contenidos los elementos solidarios e identitarios que generaron procesos sociales más estables, como las asambleas barriales. Por esto planteamos que ni el *cacerolazo* ni las asambleas fueron una mera reacción a la crisis. En otras palabras, es posible identificar lógicas sociales “subterráneas” previas a la crisis que tuvieron efectos en los actores y los fenómenos que luego tomaron visibilidad pública. Es por eso que nos interesa identificar y analizar los recursos afectivos, simbólicos y culturales, históricos y presentes que colaboran en la comprensión del surgimiento y la constitución de esta experiencia social. Al asumir esta perspectiva, intentamos separarnos de las explicaciones que relacionan la aparición de las asambleas con la idea de espontaneidad y privilegiamos una visión que considera tanto la *subpolítica* como el estudio del proceso *sociopolítico*.

Un enfoque basado en la visión de la espontaneidad pone el énfasis en la efervescencia del fenómeno social y hace hincapié en que no se trató de un evento social planificado. En el capítulo 3 señalamos que las características de efervescencia y automatismo se aplican a la acción colectiva del *cacerolazo* del 19 de diciembre, aunque estas características no describen a las asambleas barriales dado que se trata de una protesta social que se sostuvo en el tiempo. Quienes participaron en el *cacerolazo* fueron movidos, principalmente, por el sentimiento de injusticia y la percepción de una falta de orden en las esferas política y económica, luego las asambleas barriales proveyeron los espacios en los cuales perpetuar aquel fenómeno colectivo.

Este capítulo se subdivide en tres apartados principales: el primero está destinado a las emociones, el segundo, a los recursos culturales y el tercero, a los recursos simbólicos. Ésta es una distinción analítica dado que los tres aspectos se encuentran mutuamente relacionados. En “Afectividad y las emociones” desarrollamos una cuestión central para este trabajo: qué se dañó y qué se restituyó, estableciendo diferencias con las percepciones de los ahorristas; luego trabajamos el sentimiento de reconocimiento y su contraparte, la soberbia. En el segundo apartado, en el que desarrollamos los re-

cursos culturales, mostramos las transformaciones ocurridas en la concepción de política y en el valor de la participación como recurso para encausar las demandas. En el primer inciso aludimos a las críticas de la política partidaria respecto de su visión centralista y hacemos referencia a los partidos tradicionales y a los de izquierda. En el segundo inciso desarrollamos los cambios ocurridos en las maneras de pensar la militancia política. Finalmente, en el tercer apartado trabajamos los elementos simbólicos de los sectores medios y describimos algunos de sus valores y creencias que sintonizaban con la protesta social de las asambleas. Luego señalamos el funcionamiento de los mecanismos de *ocultamiento/simulación* y el de *proyección* en otros grupos sociales, personas o situaciones, como otra forma de ocultamiento que se establece para sostener “en apariencia” el lugar social. Desde esta perspectiva, los cambios referidos en el lazo social adquieren otra significación. En el siguiente punto diferenciamos la identidad objetivada de los actos de identificación. El hecho de subrayar las diferencias con los otros grupos sociales lo relacionamos con la necesidad de autorecreación del lugar de pertenencia a los sectores medios. En el último punto trabajamos las diferencias entre las asambleas barriales y el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD).

Afectividad y emociones⁴⁰

¿Qué se dañó y qué se restituyó?

Debido a que una de nuestras hipótesis fuertes es que la acción colectiva del *cacerolazo* y las asambleas barriales se han constituido frente a la percepción de un daño, nos interesa destacar dos cuestiones al respecto: por un lado, qué entendemos por *daño* y, por otro, cuál es la percepción de los asambleístas respecto de aquello que se dañó.

Entendemos el daño como un sentimiento o sensación que se experimenta pero que no puede ser representado. Se trata de una destitución subjetiva que en algún punto es imposible de reparar o de ser procesada institucionalmente (Aibar, 2007:1).

⁴⁰ La identificación de sentimientos y emociones ha atravesado los distintos apartados de este trabajo. Por ejemplo, el sentimiento de injusticia presente en la acción colectiva del *cacerolazo* se ha desarrollado en el capítulo 3. Los sentimientos de miedo, indefensión e impotencia como posibles motivos por los cuales empezó a menguar la participación de asambleístas fueron desarrollados en ese mismo capítulo. El sentimiento de culpa por no haber participado del ámbito de la política en la época de dictadura militar se trabajó en otros momentos de este libro, así como el resentimiento hacia los partidos de izquierda por haber tensado con su lógica partidaria a las asambleas y haber provocado así la desertión de la gente. En esta oportunidad, y dado que es una de nuestras ideas centrales, intentamos identificar la sensación de daño y su contraparte de restitución mediante la participación de una experiencia colectiva. En el segundo apartado queremos describir el reconocimiento que se puso en juego en la protesta social y el efecto de soberbia que eso generó.

Como vimos en el capítulo 1, cuando un sujeto o grupo se ve privado en su reconocimiento jurídico, que implica una falta de inscripción en la trama institucional, experimenta una falta de respeto, una vergüenza social paralizante que sólo la acción colectiva logra liberar (Honneth, 1997). El daño remite a una falta de reconocimiento, y al exceso de energía psíquica que esa carencia genera (Aibar, 2007:7). A diferencia del perjuicio económico, el daño nunca será enteramente reparado y puede, en cambio, adquirir una dimensión moral y una fuerte connotación subjetiva. Esta dimensión de la subjetividad del daño se hace presente en el ejemplo de las Madres de Plaza de Mayo donde la “reparación” viene dada por el hecho de hacer justicia, esto es, hacer efectivo el castigo a los culpables más que por la indemnización económica. Salvando las distancias y volviendo al caso de las asambleas barriales, desde estas definiciones no es de sorprender que al preguntarles a los asambleístas si sus acciones respondían a haberse sentido dañados por lo económico, en conjunto responderían que ése no había sido el motivo. Si bien se percibe un daño que en principio es simbólico, sobresalen, no obstante –y para nuestra sorpresa–, los aspectos de restitución subjetiva y colectiva impulsados por el hecho de participar en esta experiencia colectiva.

En las expresiones de los asambleístas aparecen variadas concepciones de daño y, por tanto, de aquellos aspectos que se restituyen (aluden a lo cognitivo, a lo corporal y lo simbólico). En primer lugar, una de las cosas que se dañan son las libertades anudadas a ciertos derechos: el derecho a la libre circulación en un Estado democrático y, por otro lado, el derecho a disponer de lo propio –por más que en un principio se haya planteado en términos materiales con los ahorros.

[...] lo debes recordar que [Fernando De la Rúa] declaró el estado de sitio porque algunos revoltosos [...] bueno, eso indignó a la gente y fue la gota que rebalsó el vaso de una serie de ingredientes [...] una serie de atropellos que tenían que ver con la libertad democrática y con la libertad de los sectores medios de disponer de sus ahorros y de su dinero [...] (entrevista 4).

La reacción de la sociedad es interpretada como una respuesta “defensiva” ante el intento del gobierno de volver a usar formas “viejas” para el control social. Esto, además de demostrar un importante error de cálculo político por parte del gobierno de Fernando De la Rúa, implicó la activación de recursos que movieron a la participación de la gente. “[...] fue una respuesta totalmente defensiva ante un intento de utilizar métodos que habían sido muy caros a la sociedad” (entrevista 4).

Es decir, la medida del estado de sitio del presidente Fernando De la Rúa trajo la reminiscencia de la época militar a pesar de que la sociedad argentina ha tenido una actitud de negación frente a los costos de la gestión militar de 1976, que fue la más sangrienta de la historia. “Por más que la sociedad ha escondido la basura debajo de la

alfombra, para sectores que no admiten el tema del genocidio como tal, es una cuenta pendiente, que no termina de restaurarse” (entrevista 4).

La idea de “cuenta pendiente” alude a una distancia entre los efectos traumáticos de una gestión militar que sostuvo un terrorismo de Estado y la posibilidad de castigo de los responsables. La justicia es el valor social que podría reencausar el trauma en la trama simbólica e instaurar una sensación de reparación. En este sentido, suelen ser valoradas las acciones que promueven el castigo a los culpables de violaciones a los derechos humanos, llevadas adelante por el gobierno del presidente Néstor Kirchner en contraposición a las medidas adoptadas por sus antecesores (Raúl Alfonsín y Carlos Menem) en defensa de los miembros del cuerpo militar.⁴¹

Otra interpretación es que la gente se sintió dañada porque se vio directamente afectada por las medidas del gobierno de ese momento. Y en tal caso, la molestia era más bien fruto de su “actitud autoritaria” y sus efectos negativos en los sectores medios, más allá de las heridas abiertas del pasado. Desde esta actitud acomodaticia de los sectores medios, el daño puede ser percibido como generado por el grupo de los piqueteros antes que por parte del gobierno. Por esto, frente a la pregunta sobre si durante el momento de la crisis se habían sentido dañados por algo, se expresa: “[...] ¿te referís al gobierno o por la gente? Porque la gente se puede sentir dañada por los piqueteros [...]”. Cuando la gente se siente dañada por las acciones de los piqueteros, en esa percepción reproducen la identidad objetivada con componentes históricos por la que los sectores medios se diferencian de los sectores populares.

Debido a que una interpretación frecuente fue que la gente salió y se organizó impulsada por un motivo económico, una pregunta que se hizo a los assembleístas entrevistados fue en qué medida incidió el tema económico en su decisión de participar en las asambleas. En general, los entrevistados señalan que si bien la crisis económica era un factor importante –no porque afectara sus ahorros sino porque no disponían de sus sueldos, se atrasaban en los pagos o en las operaciones bancarias, etcétera–, no fue esa la razón por la que salieron a las calles y luego se organizaron en asambleas. En este sentido, se intentó “desmitificar” que se haya tratado de un motivo económico y desarmar el mito de que los sectores medios sólo se movilizan por razones económicas o, en términos más coloquiales, porque “les tocaron el bolsillo”.

Sin embargo, se señala que aun si la movilización hubiese ocurrido por una razón económica, esto no le hubiese quitado validez. “[...] bueno, en materia económica a mí me echaron, me quedó la indemnización adentro [...] ¿qué querés que te diga? Ahora no salí por eso, ¿eh? Uno sale por eso, y era justo salir por eso, porque ahora

⁴¹ Entre las medidas que llevó adelante el presidente Néstor Kirchner está la de hacer de la Escuela de Mecánica de la Armada (Esma) un Museo de la Memoria. Luego derogó las leyes alfonsinistas de “obediencia debida” y “punto final” por las que sólo se castigaba a los altos mandos y no a los militares que acataban órdenes. Por su parte, Carlos Menem otorgó el indulto a varios militares responsables de torturas y desapariciones de personas.

pareciera que las protestas contra el *corralito* hubieran sido una manga de alta burguesía, y ¡no!, eran pequeños ahorristas” (entrevista 5).

En una alocución pública frente a la asamblea se usa la idea de *corralito* en un sentido metafórico, no aludiendo a la retención de los ahorros sino, más bien, a la falta de futuro y expectativas de los propios hijos. “[...] yo soy maestra, y mañana mi hijo se va a España [...] quiero decir no pensemos que es la plata la que está en el *corralito*, son nuestros propios hijos [...]” (entrevista 4). Es decir, se dañaron varios aspectos en su mayoría abstractos e intangibles: la libertad democrática, la idea de proyecto y futuro de las generaciones venideras, frente a lo cual se magnifican las “cuentas pendientes” con la historia argentina. Asimismo, los asambleístas no aluden al aspecto económico, en primer lugar, porque la mayoría no contaba con ahorros, y en caso de haber sido víctimas del *corralito*, no fue ése el motivo que los impulsó a la participación.

En contraste con la experiencia de los asambleístas, el perjuicio económico sí resultó central para la organización de grupos de ahorristas liderados por un actor humorista que querían recuperar su dinero. Por esto, nos acercamos a los ahorristas con el fin de precisar cuáles fueron sus motivos y así diferenciarlos de los asambleístas. De hecho, frente a la pregunta realizada a una ahorrista sobre cómo vivió los acontecimientos de 2001, su respuesta fue la frase de un periodista de derecha, quien dijo: “[...] saquen la *plata*, esto se va a *pique* [...]” (entrevista 21). Frente a este comentario, la ahorrista pensó “[...] no hay que seguirles el juego a estos grupos de derecha porque si todos hacemos lo mismo, sacar la *plata* [...] y bueno, fue como una profecía autocumplida”.

Los ahorristas señalan, claramente, que los motivos para haberse sumado al *cacerolazo* y luego a las movilizaciones convocadas por el actor tuvieron que ver con lo económico. Su sensación de injusticia residía en el hecho de no poder disponer del dinero que había juntado a base de sacrificio de muchas otras cosas y resignación. Después del *cacerolazo* del 19 de diciembre fueron más “encarnizadas las distinciones” entre la gente y empezó a circular la idea de que se trató de “la histeria burguesa porque le tocaron los ahorros”. Frente a estas afirmaciones se reflexiona enérgicamente:

[...] no era toda gente con ahorros la del 19 de diciembre y de última, yo que sí tenía ahorros me ponía de muy mal humor que me dijeran eso. Sí, yo pude tener ahorros y vos no pudiste tener, pero tampoco es que yo soy una empresaria agropecuaria, ¡no soy dueña de ninguna provincia!

¡Obvio que voy a romper todo por mi plata! Y ¿cuál es el problema? ¡Yo no se la robé a nadie! Había cierta *pica* [conflicto] entre los que apelaban a un cambio institucional y los ahorristas (entrevista 21).

En el caso de los ahorristas, una forma típica de protesta era la de golpear las puertas de los bancos con la tapa de la cacerola, es decir, en este caso usan el recurso de los “caceroleros” pero cambia el escenario: no es ya la Plaza de Mayo –símbolo del poder político– sino los bancos o tribunales, como una forma de presionar a la justicia para que resolviera los recursos de amparo. El movimiento de los ahorristas reclamaba la devolución de los depósitos respetando su valor en dólares y sostenía la inconstitucionalidad de la pesificación. Se intentaban marcar las diferencias entre los grupos ahorristas y asambleístas cuando, en realidad, se llega a la reflexión de que se trataba de “una pelea de pobres contra pobres”.

Por su parte, los asambleístas manifiestan varios sentidos de la restitución que abarcan una amplia gama. La restitución pasa por la posibilidad de construir nuevos lazos de solidaridad y amistad, tener la sensación de que ha sido una intensa experiencia de aprendizaje hasta sentir que desaparecen las dolencias físicas y el cansancio. Es decir, los asambleístas hacen referencia a la restitución en un sentido afectivo, otro cognitivo (con la experiencia de aprendizaje) y un tercer sentido corporal, con el cese de las dolencias físicas. Finalmente, se alude a la reparación en un sentido generacional, lo cual indica que las asambleas posibilitaron la comunicación y discusión sobre política entre los mayores y los jóvenes.

El sentimiento de amor es utilizado en sentido metafórico en las distintas expresiones y situaciones. Comenta un asambleísta: “[llevé a la asamblea a] mis hijas que tenían siete años, yo al volver les pregunto qué les pareció [...] y la más grande me dice: yo no entendí nada de lo que hablaron [...] lo único que me pareció es que decían que no es importante la *plata* sino el amor... Entonces yo le digo: ‘¿Entendiste todo perfecto?’ [...] Es conmovedora esa síntesis [...]” (entrevista 16).

Esta expresión sintetiza de manera acabada la experiencia asamblearia, y se resalta que se trató del afecto más que de la economía. “[...] es más, con una actividad así más bien perdés *plata* [...]” (entrevista 5). Se describe la experiencia asamblearia como algo que trasciende la vivencia política, y esto no tenía que ver con la efervescencia del momento sino con un cambio duradero en el tiempo.

[...] yo creo que lo interesante es que ésa era la vida que queríamos vivir, ni por una vida futura más adelante, era interesante para vivir [...] eso a mí me marcó mucho, y esto forma parte de la evaluación que me pedís, así es como yo quiero vivir, como estábamos viviendo en aquel momento.

No en el sentido del fulgor, porque uno sabe que esos fulgores empiezan y terminan, o devienen, la palabra que vos quieras, sino con las cosas que empezaron a aparecer conmigo y con cada uno de nosotros (entrevista 16).

¿Qué cuestiones y cuáles transformaciones subjetivas empezaron a aparecer en cada uno de ellos?

[...] ahí hubo una subjetividad, así como a veces se dice “¡qué país de mierda!, ¡qué gente de mierda!” A veces tenemos esa palabra fácil para ver todo lo negativo, lo peor que tenemos como sociedad y como individuos. En cambio, en ese momento empezaban a aflorar las mejores cosas que teníamos, de solidaridad, de humanidad, de prestar atención al otro, de construcción rápida de lo que sea. De entusiasmarse, yo por ejemplo, ese año fue el año más importante de mi vida, ¡más alegre! (entrevista 16).

De todos modos, ésta era una apreciación de los asambleístas dado que esa alegría no era de toda la sociedad argentina: “[...] en el sentido macro no sucedía, ¡era una calamidad!”. La expresión señalada ilustra claramente la movilización de recursos subjetivos y colectivos dado que se desplegaron y potenciaron las habilidades, prácticas y saberes de la experiencia política y de vida: se puso en juego lo mejor de la intuición política de la gente, de lo organizador. Y obviamente, el sentido de reparación de estos recursos.

Entre las apreciaciones que valoran la experiencia política, se dice: “fueron todas ganancias porque me permitió realizar una observación crítica de la experiencia militante anterior, profundizarla y madurarla, y construir una serie de relaciones personales más sólidas” (entrevista 4).

El sentido de restitución se observa, también, de manera cognitiva, ligada a la posibilidad de aprendizaje que brindó la experiencia asamblearia, “un aprendizaje minuto a minuto, un aprendizaje en todo sentido, político, de vida, comunitario [...]” (entrevista 16).

Se señala también el aspecto reparador en la posibilidad de establecer una comunicación entre jóvenes y adultos. En este sentido, se observa un importante cambio dado que los abuelos o personas mayores pasaron de ser despreciadas a ser “nuestros sabios”. El peso que tiene la historia personal en la participación de las asambleas incidía no sólo en las diferencias entre los “vecinos” y los “militantes” sino también en las distancias generacionales. Y esto se expresaba en la diferencia de intereses y de “mundos”. Sin embargo, aunque el aspecto generacional marcaba diferencias, también servía para crear puntos de contacto como, por ejemplo, el interés de los jóvenes por la posibilidad de conocer la historia del país a partir del relato “de primera mano” de asambleístas que habían vivido en otras épocas.

La experiencia asamblearia se constituyó en un espacio de oportunidad para establecer un intercambio entre jóvenes y adultos reconstituyendo de alguna manera el vínculo generacional fragilizado. Las diferencias se mostraban agudas, sin embargo, al momento de proponer y debatir acciones concretas, los jóvenes proponían acciones radicales y con violencia, mientras que los mayores no se identificaban con esas propuestas. “[...] este encuentro, digo, era muy interesante por lo que generaba en ellos como interés, pero sí era muy diferente cuando decíamos, bueno, de acá en adelante qué hacemos: para ellos era salir a ¡quemar gomas!” (entrevista 15).

En este proceso dinámico de daño y restitución cambian ciertos valores y creencias –aspectos que desarrollamos con mayor detenimiento cuando nos referimos a los recursos simbólicos en este mismo capítulo–. Esta consideración se ilustra en la revaloración de lo público en la educación y en el hecho de asumir cierta responsabilidad en las decisiones que se toman en la vida cotidiana (creencias afianzadas después de la participación en las asambleas). A raíz de esta experiencia social, un asambleísta decide cambiar a sus hijas de la escuela privada a la pública: “Como herencia de los noventa y que, de algún modo, nos ‘comimos’ toda esa ideología: [...] que mientras lo puedas pagar, mejor que vayan a la escuela privada, y todas esas trivialidades [...] creo que es por ignorancia o desconocimiento, hubo un cambio ahí y ahora para mí ¡la educación tiene que ser pública!” (entrevista 12).

A modo de síntesis, en el presente apartado argumentamos que el daño, al menos en el caso de los asambleístas, remite al orden simbólico y se significa en referencia a la libertad, a la falta de futuro, a la sensación de “pérdida”. En otras palabras, se trata de un daño que, a diferencia del perjuicio económico, no puede ser enteramente reparado (esto los diferencia de los ahorristas). De este modo, el “daño” adquiere una significación moral y una connotación subjetiva. No obstante, según los asambleístas, sobresalen los aspectos de restitución de la experiencia colectiva y observamos que éstos toman distintos matices: afectivo, cognitivo, corporal y generacional. Mostramos también de qué manera el proceso de daño y restitución propició un cambio en ciertos valores, entre los que destacamos la revaloración de lo público y la reflexión sobre las decisiones que se toman en la vida cotidiana.

El sentimiento de reconocimiento y la soberbia

La distinción es una categoría que resulta adecuada para las sociedades modernas, aunque no así para las actuales agregaciones sociales dado que éstas poseen contornos indefinidos respecto al sexo, la apariencia, los modos de vida y la ideología. Las actuales manifestaciones sociales sobrepasan la lógica identitaria y binaria. Según Maffesoli, se produce una sustitución de un modelo social racional por un predominio empático, presente en la sucesión de ambientes, sentimientos y emociones. Las comunidades emocionales se caracterizan por su compasión cambiante, la inscripción local, la ausencia de organización y la estructura cotidiana (Maffesoli, 2004:57). Las características de dichas comunidades coinciden notablemente con las de las asambleas barriales.

En el marco de la crisis ocurrida en Argentina en diciembre de 2001, el vaciamiento del sentido institucional y de sus reglas generó un sentimiento de injusticia que inundó los distintos ámbitos de la sociedad, lo cual ocasionó una sensación de indignación generalizada que sólo la acción colectiva pudo liberar. Sostenemos que en las asambleas barriales no sólo se activaron distintos recursos, saberes y prácticas sino

que se puso en juego una lucha por el reconocimiento. El sentimiento de reconocimiento no es unívoco sino que toma distintos matices. Uno de ellos es la sensación de omnipotencia, vinculada a la idea de que, ante la falta de gobierno, se iba a gobernar con las asambleas. “¡Van a tener que escucharnos!’, eso generó [...] no te van a pasar por encima más, si no salimos nosotros y tiramos este gobierno. Esto generó cierta soberbia, porque era tan así y a la vez no [...]” (entrevista 14).

El hecho de haber conseguido la renuncia del presidente de la nación generó una sensación de empoderamiento y reconocimiento ilustrada en la expresión imperativa de que los asambleístas tenían que ser escuchados. A la imagen de poder por haber logrado la caída de un presidente se le suma la sensación de que todo estaba por realizarse. “En este país el gobierno estaba acéfalo [...] de pronto sentías que tenías terreno para hacer cualquier cosa. Ahora somos la asamblea, pensemos qué queremos hacer porque no hay nada [...]” (entrevista 15).

La sensación de poder se incrementó ante la caída de Adolfo Rodríguez Saá, electo por la Asamblea Legislativa el 23 de diciembre de 2001, como reemplazante de Fernando De la Rúa, y obligado a renunciar el 31 de diciembre por la fuerte disconformidad de la gente. Los acontecimientos se desencadenaron como consecuencia del nombramiento como funcionario del breve gobierno de Rodríguez Saá al ex intendente Carlos Grosso —emblema del funcionario corrupto— el 29 de diciembre. Dicha designación generó un segundo cacerolazo en la Plaza de Mayo, que provocó primero la renuncia de todo el gabinete y al siguiente día la dimisión del propio Rodríguez Saá.

Al destacar la ausencia de las asambleas se adjudica el “mérito” de la caída de los dos presidentes a la acción colectiva de los cacerolazos, que suelen ser asociados a la “expresión del pueblo”. Esto sucedió antes de que Eduardo Duhalde fuera designado presidente el 1 de enero de 2002, cuya gestión se extendió hasta el llamado a elecciones presidenciales para abril de 2003. En éstas Néstor Kirchner resultó electo como nuevo presidente, luego de que Carlos Menem decidiera no presentarse al balotaje.⁴²

El interrogante que surge es: ¿la fuerza del derrocamiento reside en la acción colectiva misma o es ante la inestabilidad institucional que dicha acción adquiere fuerza? Los teóricos de la acción colectiva sostienen que ante la falta de orden institucional las acciones colectivas o movilizaciones sociales adquieren una mayor fuerza y protagonismo.

El funcionamiento de las asambleas barriales y su forma de democracia directa relativizan el artículo de la constitución vigente en Argentina antes de la reforma constitucional ocurrida en 1994. El artículo establecía que “el pueblo no delibera ni gobierna

⁴² De acuerdo con la Constitución Nacional, cuando ningún candidato obtiene 45% de los votos válidos se debe organizar una segunda vuelta en la que compiten los dos candidatos más votados. Carlos Menem resultó el candidato más votado en la primera vuelta con 24.1%, mientras que Néstor Kirchner obtuvo el segundo lugar con 22% de votos (Prensa, 2003). Previendo una derrota segura en el balotaje, Menem decidió retirarse de la competencia y Kirchner resultó virtualmente electo como presidente.

sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución”; agrega además que las personas que peticionen en nombre del pueblo cometen delito de sedición. Una vez saldado este debate –en parte debido al proceso de reformas constitucionales, nacional y provinciales, y por la continuidad de la vida democrática en el país–, estos mecanismos fueron paulatinamente asimilados por la ciudadanía e incorporados a la normativa.

En los primeros tiempos de las asambleas barriales, éstas se ofrecían como un modelo alternativo a partir del cual deliberar y exigir a los gobernantes. “[...] esto se fue asentando como un reclamo para mejorar la calidad de la demanda más que otra cosa [...]” (entrevista 4). Desde esta concepción se apunta a optimizar la calidad de los canales institucionales para vehicular las demandas sociales.

Considerando los dichos se observan contradicciones respecto de las funciones de las asambleas. Mientras que para unos las asambleas se ofrecían como una alternativa posible para gobernar –una utopía–, otros las definen como una instancia de deliberación que apunta a exigir a los gobernantes. De todos modos, lo que tienen en común ambas apreciaciones es que las asambleas se constituyen en una expresión social que no es posible eludir y que, en todo caso, los gobernantes tendrán que interpelar. En otras palabras, se indica que las asambleas tienen protagonismo en la política, al menos en sus primeros tiempos.

La sensación de empoderamiento también tiene efectos en la autopercepción sobre la posibilidad de encausar los cambios sociales, es decir, en el propio reconocimiento. “[...] obviamente cuando salí, dije ¡basta! Esto no puede ser así, no me voy a quedar esperando que alguien arregle las cosas, las voy a arreglar yo [...] eso de ¡voy a transformar todo!”

Los dichos indican un posicionamiento activo, de lucha y fuerte reivindicación respecto de las capacidades de algunos asambleístas para la transformación social. Si bien se observa un rasgo de omnipotencia en sus expresiones, interesa resaltar el posicionamiento activo. Al mismo tiempo, se señala el sentimiento de desesperanza de mucha gente ante la falta de resultados concretos en el corto plazo.

La sensación de poder del colectivo se asocia a la generación de una soberbia que fomentaba la idea de que se iban a poder sostener acciones comprometidas, como la organización de marchas semanales. Se describe una sensación de omnipotencia con la organización de las distintas actividades que generaban no sólo exigencia sino también un profundo desgaste. “[...] sí, desgastante, desde qué lugar pensamos que podemos estar caminando desde Núñez⁴³ hasta Plaza de Mayo todos los viernes [...]” (entrevista 14). Es interesante la interrogación que se plantea sobre las exigencias que requería el lugar que pretendían construir y sostener en el tiempo.

⁴³ El barrio de Núñez está ubicado en la zona norte de la Capital Federal y se encuentra bastante alejado de la Plaza de Mayo, donde se encuentra la Casa Rosada.

Otra arista de la soberbia era pensar que toda la población estaba al tanto de la existencia de las asambleas cuando, en realidad, el porcentaje de participantes era reducido respecto del total de habitantes de Buenos Aires.

Se resalta la sensación de poder generalizado dado que, más allá del grado de conocimiento acerca de la existencia de las asambleas barriales, éstas tenían una buena recepción entre la población. Es decir, la sensación de poder se conjugaba con la necesidad de participar y formar parte de la experiencia de la protesta social (trabajamos esta temática en el primer apartado del capítulo 3 acerca de la construcción de un proyecto alternativo de país). Estas sensaciones repercutieron en algunos asambleístas en la percepción de sí mismos y su nivel de autoestima, en que volvieron a tener ganas de vivir.

[...] el proceso de él [al asambleísta con pedido de desalojo] fue personalmente diferente. Me parece que lo que le pasó a él es que se sintió persona por empezar a sentirse reconocido, creo que esto le hizo bastante bien [...] después cuando se desarmó la asamblea me lo encontré pululando por ahí [...].

[...] se convirtió en otra persona, de pronto se encontraba discutiendo con el presidente de la línea de ferrocarriles qué se hacía con el tren que íbamos a mandar a Tucumán con ayuda para los cartoneros [...] cosas muy fuertes y de repente, ¡nada!

Frente a la pérdida de protagonismo de las asambleas se observa un fuerte cambio en la autopercepción de algunos participantes, sobre todo en aquellos que venían de un profundo proceso de deterioro personal que la participación en las asambleas había logrado revertir. Se pasó de tener protagonismo, que introduce una sensación de reconocimiento subjetivo, a una nueva situación de desvalorización.

Se establece una relación entre la experiencia asamblearia, la vida cotidiana y la personal. “Los conflictos de la vida no sólo de la política [...] Para mí todo eso fue una cosa de intensa riqueza” (entrevista 15). En otras palabras, se trata de una experiencia que trasciende el ámbito de la política para encausar los problemas de la vida misma.

Se habla de la relación entre la vida y la política de la siguiente forma: “[...] para que esto cambie, tenemos que hacer [...] pero si lo que va a cambiar es la vida, bueno, hay que cambiar la vida [...] no es que por venir una vez por semana [...]” (entrevista 12). El asambleísta hace referencia a que la transformación debe darse a nivel de las subjetividades, en los valores y las creencias, es decir, no se trata de asistir a la asamblea como una actividad más sino, más bien, de poder reflexionar –en el sentido de la responsabilidad– sobre la forma de relacionarse e involucrarse. Observamos entonces que los asambleístas de Colegiales valoran la experiencia de vida colectiva por sobre el proyecto político o en tal caso las modificaciones se deben dar de manera conjunta.

La experiencia asamblearia modificó la percepción respecto de cómo mirar a los “otros” grupos sociales distintos del sector medio al que pertenecían los asambleístas.

Sí se modificó mi percepción de pertenecer a los sectores medios, me hizo abrir los ojos, porque yo también de alguna manera buscaba de decir, ¿esta gente?, los veía un poco como animales. El hecho de que me puso [la experiencia asamblearia] en contacto con gente de pocos recursos [...] sí cambió mucho [...] muchísimo.

[...] también me empecé a dar cuenta que la clase media casi no existe, era una cosa más política (entrevista 11).

Los efectos subjetivos del reconocimiento se relacionan a la posibilidad de “tomar como propio lo que era propio sin pedir permiso”; sin embargo, una vez re-compuesto el orden institucional, “[...] otra vez el poder se adueña de lo que es público [...]” (entrevista 10). De esta manera, se describe el proceso de transformación con efectos subjetivos, es decir, de construir un sentido de lo público como algo posible de ser apropiado se pasa a otro que vuelve a tener connotación estatal. Esto puede conectarse con la manera en que Nora Rabotnikof rastrea los distintos sentidos de lo público. Uno de ellos es lo público como lo que es de interés o de utilidad común, que atañe a lo colectivo, que concierne a la comunidad y, por ende, a la autoridad que emana de ella. En algunas definiciones, el término *público* aparece como “lo perteneciente y concerniente a todo un pueblo, lo que emana del pueblo”, de donde se desprende la referencia a la autoridad colectiva, al Estado (Rabotnikof, 1997:15). Es decir, para la autora cuando se hace referencia a la comunidad se alude también a su autoridad, el Estado. Por el contrario, si consideramos los dichos de la asambleísta, se plantea la relación de la sociedad y el poder estatal en términos dicotómicos. Debido a esto, lo público es apropiado por la gente y luego, con la llegada del kirchnerismo al gobierno, vuelve a ser patrimonio de lo estatal.

Como establecimos en el primer apartado del capítulo 3, el sentimiento de reconocimiento se asocia a la experiencia de militancia previa y al hecho de sentirse convocados para la participación de un proyecto político: “[...] sentimos había que poner el cuerpo [...] fuimos protagonistas y parte del proceso [...]” (entrevista 3).

Se hace referencia también a un reconocimiento poco real, más bien asociado a una cuestión de moda. Es decir, en el momento en que las asambleas tenían visibilidad daba rédito a los intelectuales y los militantes de política plantear que estaban participando en alguna asamblea barrial. Es así que un conocido intelectual decía que estaba participando en la asamblea de Liniers cuando en los hechos no era así. “[...] daba *chapa* [prestigio] decir que eras de la asamblea de Liniers [...]” (entrevista 2).

También es posible identificar una serie de expresiones que señalan el grado de afectación positiva que implicó para algunos de los asambleístas la experiencia asamblearia: “[...] de golpe te pasaban tantas cosas [...] venía de no pasarte nada, que de pronto [...]” (entrevista 15). La afectación ha tomado sentidos negativos y se relaciona con los sentimientos de miedo y con la sensación de que algo terrible puede suce-

der. “[...] qué pasa cuando esta fantasía tan temida de algo terrible va a pasar, empieza a encarnarse en algo y algo terrible está pasando [...]” (entrevista 12).

A modo de síntesis, en este apartado comenzamos desarrollando el sentimiento de reconocimiento debido al protagonismo de las asambleas en el ámbito sociopolítico (en un inicio fueron un actor social ineludible). Mostramos de qué manera en algunos casos individuales la participación en las asambleas tuvo efectos subjetivos, siendo el impacto más profundo en aquellos individuos que sufrían un importante proceso de desmoronamiento subjetivo. Sin embargo, también dimos cuenta del hecho de que en algunos casos la participación se pensaba como una cuestión de moda o prestigio (“daba *chapa*”). Identificamos las distintas expresiones que ubican a la política y a la existencia en una relación de continuidad, por lo que las transformaciones deben darse en ambos ámbitos. Finalmente, aludimos a la afectación en un sentido positivo, relacionado a la intensidad de la experiencia asamblearia y, por otro lado, en sentido negativo, vinculado a la sensación de miedo.

Si bien la afectividad y las emociones fueron trabajadas a lo largo del resto de los apartados en relación con los distintos momentos de la movilización, consideramos pertinente dedicar una sección específica en torno a una de las temáticas centrales de este libro acerca de los aspectos dañados y los restituidos. Partimos de la apreciación de que el daño tiene una valoración subjetiva de difícil medición numérica. Una de las principales emociones que tiene valor de restitución es la inscripción simbólica del reconocimiento que da la inserción a una protesta social. De ser ciudadanos no reconocidos (“tachados”), mediante la acción colectiva pasan a ser actores sociales a los cuales interpelar, al menos en los inicios. Es así que trabajamos de manera conjunta la reflexión sobre qué se dañó y restituyó, con el reconocimiento y su contraparte, que seguramente incidió en la baja de la participación, la soberbia y la omnipotencia.

Los recursos culturales. Las concepciones de política y militancia política

De la centralidad partidaria a la política en la vida cotidiana

Distintos autores coinciden en plantear que en la actualidad la democracia representativa y los partidos políticos atraviesan por una crisis de legitimidad y muestran falencias para canalizar las demandas sociales por medio de las vías institucionales (Castel, 2004; Offe, 1988; Restrepo, 2002). Los partidos políticos, al tiempo que han perdido coherencia ideológica y la frontera entre ellos se desfigura, aparecen como tramitadores de los intereses de grupos económicos y sociales poderosos (Restrepo, 2002:99). Ante el creciente descreimiento de las instituciones políticas, las expresiones participativas de la sociedad civil y los movimientos sociales adquieren protagonismo. Dichos canales de participación también sufren transformaciones pues el lugar de la movili-

ción social contemporánea se articula actualmente en términos del espacio (puede ser el barrio, la vereda, el municipio), al tiempo que pierde poder el movimiento obrero constituido en torno a la unidad productiva (Restrepo, 2002:103). Se observa también una socialización de lo público y una confluencia entre lo político, lo social y lo privado, características presentes en la experiencia asamblearia, por lo que se observa una continuidad entre lo político y la vida cotidiana.

Las visiones críticas acerca de la política partidaria están presentes en los asambleístas y la participación en la experiencia asamblearia parece haber generado cambios en las maneras de concebir la política y en las modalidades de participación en asuntos públicos. Se observa un cambio en la concepción de la política: de ser pensada en términos partidarios se la concibe de una forma más amplia. En este sentido, la siguiente afirmación resulta contundente: “la participación partidaria está muerta”.

Además de los cambios que se observan en la concepción de la política y de la participación, es posible rastrear una variedad de opiniones respecto del papel de los partidos políticos en los actuales escenarios sociales y políticos. Se identifican dos lógicas principales respecto de las instituciones políticas: una que se apoya en una centralidad de los partidos políticos (que es en general la que recibe una importante crítica), y otra que se sostiene en la idea de que no hay una expresión política que convoque. Ambas cuestiones se complementan dado que no hay expresión política por la falta tanto de legitimidad de la política partidaria como de una opción política alternativa. Estas visiones coinciden con la gran cantidad de literatura que muestra un cambio en la política y las dificultades en los canales institucionales para vehicular las demandas sociales.

El motivo principal por el cual los asambleístas militantes se han alejado de sus partidos de militancia ha sido la centralidad partidaria. Esta centralidad se sostiene en un cambio de eje del aspecto dictatorial: se pasa de una “dictadura conservadora del capital a una dictadura conservadora de la democracia estatal” (entrevista 4). Otra crítica relacionada con la anterior es la de tomar como modelo de una transformación social al Revolucionario Ruso. Es así que los militantes del Movimiento al Socialismo (MAS) se dieron cuenta de que: “aspirar a ese régimen como modelo era asumir un régimen dictatorial como modelo [...]” (entrevista 4). El centralismo partidario es cuestionado cuando se hace referencia al funcionamiento vertical de los partidos y a las decisiones que son tomadas en las entidades jerárquicas lejos de las inquietudes sociales.

[...] se empezó a cuestionar lo que sería el centralismo democrático, el aspecto vertical de los partidos, es como un paralelo, donde las bases no deciden, deciden las cúpulas, se dan las decisiones en el ámbito de la superestructura y no hay participación de la militancia.

Esta actitud de desconfianza en las instituciones democráticas, nosotros lo vemos como un salto cualitativo a la conciencia popular, un salto cualitativo bueno. Por lo menos

en los que no creemos en la democracia pequeño-burguesa, en esta democracia de votar [...] (entrevista 4).

Según estas interpretaciones, el principio de conseguir un estado de conciencia diferente reside en el descreimiento de las instituciones democráticas convencionales y en el hecho de no limitar la vida democrática al ritual de la votación electoral. El modelo de participación político-democrático está “agotadísimo”, así como la actitud de “esperar que los políticos vengan a salvarnos” (apreciación trabajada en el capítulo 3 acerca de uno de los significados del lema “Que se vayan todos”).

Se sostiene una visión bastante más radicalizada respecto de la institución estatal y de su función en el establecimiento de los canales institucionales para vehicular las demandas sociales. “[...] lo que te quiero decir es que no me abro de ese partido en particular, sino que me abro con el Estado, con la política del Estado, con la idea de llegar al Estado como condición para transformar la realidad” (entrevista 18).

Su crítica no se dirige tanto hacia los partidos políticos (aunque de alguna manera sus dichos incluyen a la visión político-partidaria) sino a la visión de utilizar al Estado como medio para transformar la realidad social. En otras palabras, se separa rotundamente de la toma del poder por la vía estatal para la transformación social. De todos modos, se identifican otras perspectivas que sostienen que el rechazo rotundo de las instituciones políticas pone en peligro la vida democrática misma. Vimos en el capítulo 3 que uno de los significados del lema “Que se vayan todos” expresaba “la fobia hacia los partidos políticos”, actitud que atenta contra el desarrollo de la vida política.

También se hace referencia al hecho de que la corrupción está metida en el sistema político, otra arista de los problemas de la centralidad partidaria. “Está la corrupción que sabemos que existe, está enquistada, tal vez en todo el mundo está enquistada la corrupción en el sentido político y económico [...] pero la verdad que no hay manera, ¿no tienen vergüenza?” (entrevista 7).

La contraparte de las severas críticas hacia la centralidad partidaria es la de identificar en el *cacerolazo* y en las asambleas barriales una ausencia en la expresión política de las instituciones y también en los movimientos sociales. “En que no tenía una expresión política, que no tenía una expresión de manifestaciones ni de movilizaciones ni de huelgas, pero que había un cuestionamiento a las instituciones, que no estaba expresado en un programa, no había un partido que lo pudiera expresar [...] ni una voz [...]” (entrevista 5).

Si se consideran las severas críticas y cuestionamientos que estaban sufriendo los partidos políticos en Argentina –los tradicionales, como aquellos de orientación de izquierda– y la concepción política sostenida en la opción partidaria, es posible comprender que el *cacerolazo* y las asambleas barriales no tuvieran expresión ni anclaje en las instituciones, lo cual construiría la esperanza de cambio en las opciones sociales.

En este sentido, en varias oportunidades se señaló que para los asambleístas los verdaderos cambios suceden en la base social, en las “células” de la sociedad.

La experiencia de militancia: “No quiero ser militante para el futuro”

Como ya dijimos, en los asambleístas existía una experiencia de militancia previa por la que contaban con las prácticas y los saberes necesarios con los cuales organizar la protesta social en los primeros tiempos. “Enseguida los mecanismos de la militancia estaban ahí [...]”.

Es decir, en el imaginario de los militantes está presente la práctica asamblearia: “[...] todos los barrios hacían lo mismo porque estaban las asambleas estudiantiles que estaban en la memoria de cada persona [...] hay una práctica asamblearia en nuestra historia [...]”. La asamblea es la forma organizativa para el proceso de toma de decisiones en una protesta social sostenida en lo colectivo y la horizontalidad. Esta práctica se había sostenido tanto en el mundo estudiantil como en el sindicato, no obstante, la vivencia presente no tenía puntos en común con las anteriores.

He ido a todas las marchas que pude, no estuve en Ezeiza aunque estuve cerca, estuve el 25 de mayo cuando asumió Perón, después cuando subió Cámpora,⁴⁴ es decir, viví todas esas [...] pero ésta [la marcha del *cacerolazo*] no tenía nada que ver con las anteriores, nada [...] por un lado, obviamente hubo una continuidad porque no es que nacimos todos ese día [...] pero había una ruptura de todas las prácticas que uno conocía [...] (entrevista 16).

Resulta interesante la expresión “no nacimos ese día”, es decir, se trata de sujetos con historia en militancia aunque observan que la experiencia de participación que estaban viviendo en ese momento era distinta. Cuando el mismo asambleísta intenta describir en qué consistía lo novedoso, la “ruptura” en ese proceso continuo de historia de militancia, dice lo siguiente: “[lo novedoso lo observa] [...] en el espontaneísmo, en la falta de liderazgo, el liderazgo es de todos. Por un lado, el ‘Que se vayan todos’ es de un todos que lo expresaba [...]” (entrevista 16).

Es así que los militantes se sentían convocados después de lo sucedido “el 19 y 20”; tenían la sensación de que era el momento de activar los saberes y las prácticas

⁴⁴ Héctor Cámpora asumió la presidencia desde el 25 de mayo de 1973 al 13 de julio del mismo año. Su cercanía con la izquierda peronista lo enfrenta con la derecha partidaria representada por lo general por los líderes sindicales. El 20 de junio de 1973, al regresar Perón al país tiene lugar la llamada Masacre de Ezeiza, un brutal enfrentamiento entre ambas alas del peronismo que se disparan con armas de fuego por el control del palco. La cifra de muertos por esos enfrentamientos se estima en decenas. El 13 de julio de 1973, habiendo retirado Perón el apoyo a su gobierno, Cámpora renunció a su cargo para permitir la realización de nuevas elecciones donde habría de ganar Perón con más de 60% de los votos.

que contaban por la militancia: salir de “los cuarteles de invierno”. Con esta expresión se indica que no había clima de participación ni involucramiento en la vida política del país hasta diciembre de 2001, cuando aflora un espíritu de participación y resistencia. Las personas mayores y los jóvenes participaron en los eventos sociales, en los cuales se observó un importante bache entre los 25 y 35 años de edad.

En cuanto a los partidos de izquierda, como se observa en el cuadro 1 del Anexo, los asambleístas entrevistados habían militado principalmente en los partidos de izquierda (la Federación Juvenil Comunista, el Partido Comunista, el Partido Socialista, el MAS, entre otros), y la mayoría se aleja de los partidos al final de la década de 1980 y al inicio de la siguiente con fuertes críticas respecto de su funcionamiento jerárquico. En estas fechas, el MAS sufre una importante división interna que fragiliza notablemente al partido. Se realiza un paralelo entre las características de los partidos de izquierda y las iglesias.

“A lo que es la gente captada por las estructuras primero, después empoderada con eso, creyendo que a partir de una estructura política, un aparato, una representación, de un poder x real o ficticio, de ese tipo de cosas me quise alejar a millones de kilómetros, era como si me estuviera alejando de una Iglesia también” (entrevista 16).

Siguiendo con la metáfora, la decisión de alejarse del partido se siente con el mismo peso moral que el de la religión, y se vuelve “converso” con los costos y las libertades que eso genera. La actividad militante no necesariamente tiene que desarrollarse en los partidos políticos. Son distintas y diversas las maneras en que los asambleístas alcanzan este entendimiento.

[...] rompo con las lógicas de la política institucional que veo que se repiten más allá de los discursos y las voluntades [...] algunas cosas logro entender, otras las intuyo y veo que van más allá de las intenciones y las voluntades, que se terminan imponiendo lógicas. Son lógicas estructurales, y me vuelco más hacia los movimientos sociales. [...] Yo nunca había visto a los movimientos sociales como protagonistas, “nunca” te quiero decir desde que empecé a hacer política. Siempre los observé como instancias prepolíticas o paralelas o en los términos más prácticos de la izquierda, como los frentes de masas de los sujetos políticos, no como sujetos políticos en sí mismos (entrevista 18).

Es decir, el asambleísta vivenció un cambio en la percepción sobre la manera y los canales mediante los cuales generar transformaciones en el ámbito político y social: de observar los movimientos sociales como una instancia secundaria a las instituciones políticas –prepolíticas–, su experiencia hizo que se invirtiera el valor que le adjudica a los movimientos viéndolos como protagonistas. Los cambios se observan no sólo en el plano de la relación entre las lógicas institucionales y los movimientos sociales sino que, también, respecto a los sentidos que toma el hecho de ser militante. Es así que no se está de acuerdo en participar en una militancia para las futuras

generaciones: “[...] yo no voy a hacer esa militancia soñadora del futuro de otros” (entrevista 13).

Es decir, el motor de la militancia (en sentido amplio) se sostiene en las transformaciones que se logren en el tiempo presente. La práctica militante ya no se significa en función de las grandes ideas y relatos, sino en los cambios cotidianos. De todos modos, esta visión resulta contradictoria con los ingredientes utópicos que contenía la experiencia asamblearia, como era la de gobernar vía la democracia directa y sostener la ilusión de que podían encargarse –además de reflexionar– de los distintos asuntos, como la salud, la educación y el trabajo. En sus inicios, la experiencia asamblearia se sostuvo en varios ideales y valores de utopía.

Algunos analistas han anunciado la caída de los grandes relatos que han caracterizado la década de 1970 tales como “[...] hay que cambiar el mundo [...] hacer la revolución”, combinando esto con el “crepúsculo del deber”, producto de una fuerte psicologización y actitud hedonista, ya que las personas se sienten movidas por sus “deseos”, que apuntan al ámbito privado, más que por sus responsabilidades y obligaciones (Lipovsky, 1986). La combinación de estas dos cuestiones hace que no tenga sentido sumarse a proyectos ambiciosos en términos de los cambios sociales y que requieran de un fuerte compromiso.

En contraposición a esta visión “hedonista” de la militancia, se idealiza la militancia de la década de 1970 que sí se regía por los grandes relatos y que tenía un proyecto político claro de transformación social. En el contexto de la historia del país, se admira la militancia de los que luego fueron desaparecidos por el gobierno militar de 1976. “[...] nuestra historia de militancia siempre valoró los valores de la militancia de los desaparecidos, y los que no desaparecieron se sentían culpables por no haber desaparecido, y los que nacimos después nos criamos pensando que teníamos que ser como los desaparecidos” (entrevista 13).

Es decir, hay una reminiscencia de los elementos de esa historia de la militancia por la que la significación de ser “desaparecido” vuelve a tener efectos en la situación política ocurrida 25 años después. Probablemente la conjunción de estos dos momentos históricos, la vivencia durante los gobiernos militares y los acontecimientos de 19 y 20 de diciembre de 2001 –en cuanto trauma cultural en sí mismo y reactualización de aquel otro momento histórico vía la declaración del estado de sitio–, explique la gran convocatoria que tuvo el acto en repudio por el treinta aniversario del golpe militar, el 24 de marzo de 2006, bajo la consigna *Treinta años: memoria, justicia y verdad*.⁴⁵

⁴⁵ El 24 de marzo de 2006 se realizó un multitudinario acto en repudio al golpe militar de 1976 en el que, según organizadores, participaron cerca de cien mil personas. Es más, se pasaron programas alusivos en la televisión y se organizó una muestra cultural en los distintos centros culturales de Buenos Aires relativos al tema. Este evento se llamó “Por la memoria, la cultura ‘marcha’ por Buenos Aires” (nota periodística de *Página 12*, 24 de marzo de 2006).

La idealización de los “desaparecidos” como figura militante que se añorara indica la dimensión *integradora* de la identidad (en el siguiente apartado desarrollamos las otras dimensiones de la identidad) en cuanto ofrece un marco interpretativo en el cual integrar las experiencias pasadas con las presentes, es así que tiene relación con *la memoria*.

En varios pasajes hicimos referencia al valor de la militancia para comprender la protesta social de las asambleas barriales dado que es un tema transversal al presente trabajo (tema que fue abordado en el apartado sobre qué implicaba ser asambleísta del capítulo 4 y también, de manera secundaria, en otros apartados). En esta oportunidad quisimos resaltar la manera en que en esta coyuntura particular se activan saberes y prácticas de la “vieja” militancia, además de que el sentido de la militancia ya no se sostiene en el ideal de “cambiar el mundo”, o bien, “en el hacer para el futuro de los otros”. Identificamos la forma en que los elementos del pasado se actualizan y transforman en los sentidos y significados que toma la experiencia de militancia presente.

En síntesis, en el presente apartado desarrollamos las transformaciones referidas por los asambleístas en el ámbito de la política. En primer lugar, hacemos referencia a los cambios sufridos en la percepción de la participación y en la concepción de la política. La participación se vuelve un valor y, por tanto, un recurso para encausar los reclamos. La concepción de política no es partidaria sino que es pensada como la realización de cosas concretas, una dimensión a ser incorporada en la vida cotidiana y que implica responsabilidades. No obstante, la visión partidaria de la política es relacionada al “posibilismo”. Las críticas apuntan a los partidos políticos y, sobre todo, al gobierno de turno. Se desarrollan también las críticas al centralismo partidario, las cuales se concentran en una modalidad autoritaria de funcionamiento y a la utilización del modelo revolucionario ruso para interpretar el cambio social. La contraparte de esto es la falta de expresión política que pueda encausar las demandas sociales e inquietudes políticas, por lo que no es de extrañar que convocara la característica social (no institucional) de las asambleas barriales. En el segundo apartado desarrollamos las formas de significar a la militancia política hoy; a diferencia de la “vieja” militancia, aquella se sostiene en una visión “hedonista” en la que los cambios puedan ser vividos en el presente de quienes los promueven, no para futuras generaciones. Sin embargo, el pasado militante se actualiza en la rápida organización de las asambleas en los distintos barrios de Buenos Aires.

Los recursos simbólicos

Con el fin de tener un mayor conocimiento de los diferentes sectores sociales es fundamental comprender su espacio simbólico, esto es, los valores, las creencias y los conflictos que suscita. Las diferentes clases sociales están implicadas en una lucha propiamente simbólica por imponer la definición del mundo social conforme a sus inte-

reses, y las tomas de posición ideológica reproducen bajo una forma transfigurada el campo de las posiciones sociales (Bourdieu, 2001:94). El espacio de producción simbólica es un microcosmos de la lucha simbólica entre las clases. Nos interesa analizar los valores y las creencias de los asambleístas en dos sentidos temporales: por un lado, aquellos con los que contaban antes de formar parte de la experiencia asamblearia; y, por el otro, identificamos las transformaciones en las maneras de significar el lazo social después de la participación en la asamblea.

Clase media. El “síndrome” de los del medio

En el presente apartado desarrollamos las definiciones que los asambleístas realizan de sí mismos como integrantes de los sectores medios; al mismo tiempo, nos proponemos identificar los mecanismos, estrategias y actitudes utilizadas para asegurar ese lugar social. Hacemos referencia a una actitud “acomodaticia”, es decir, a un cambio de opinión, valores y comportamiento dependiendo de la coyuntura político-social de la que se trate. La actitud de no hablar de las necesidades reales (la falta de trabajo y de oportunidades, problemas relativos a la subsistencia, etcétera) es un comportamiento de *ocultamiento/simulación* que apunta a no evidenciar estos asuntos. La *proyección*, es decir, el “depositar” en una persona o grupo los problemas y conflictos es otra forma de ocultamiento.

Yo venía muy crítico de las encuestas que decían que Cavallo [ministro de economía en la época neoliberal] tenía un 50% de aprobación. Después un montón de gente salió a maldecirlo. Nosotros tenemos una actitud de ida y vuelta un poco extraña. No sé qué diría hoy la clase media, pero que apoyamos los apoyamos, esto a veces es medio maniqueísta (entrevista 14).

En la afirmación de “que apoyamos, los apoyamos [...]” se observa una actitud acomodaticia y cambiante de este sector social: si bien al inicio apoyan al gobierno neoliberal, en la coyuntura de la crisis de diciembre de 2001 rechazan aquello mismo que en otro momento habían apoyado.

En la misma línea, se hace referencia a la actitud de cambio que puede sostener este sector social: se constituyen tanto en solidarios como en indiferentes frente a las problemáticas sociales, de manera que “[...] de a ratos podemos pasar años caminando delante de la gente que vive de revolver nuestra basura,⁴⁶ y parece no afectarnos demasiado [...]” (entrevista 14).

⁴⁶ En este dicho hace referencia a los cartoneros, quienes recogen los cartones de las bolsas de basura. Los grupos de cartoneros viajan en trenes desde el conurbano de Buenos Aires hacia los distintos barrios de la capital en donde recogen los cartones y luego se vuelven a encontrar en las estaciones de tren.

La posibilidad de crear lazos solidarios, más que asociarla a un cambio real en el establecimiento del vínculo social, la relacionamos a una actitud acomodaticia de este sector social. Desde esta perspectiva, se relativiza la idea de que hubo una genuina reconstitución del lazo social, aunque es posible sostener que es una experiencia que dejó huella en la trama social.

El dinamismo es relacionado a los sectores medios, posiblemente, debido a la variedad de recursos y capitales con los que cuentan. La contraparte de la diversidad es que resulta difícil determinar un objetivo común y, lo que es aún más complicado, establecer una homogeneidad en la conformación de las identidades. “[...] es una clase social dinámica y ofrece dinamismo, la inestabilidad de este país tiene que ver con que hay una fuerte clase media, a veces un poco de inestabilidad no viene mal. En otras sociedades como la chilena donde no existe la clase media, es más estable” (entrevista 14).

Se hace referencia a lo que se deja por “afuera” y “adentro” de la dinámica asamblearia. Si bien sabemos que ésta es una distinción forzada, nos interesa en cuanto mecanismo de *ocultamiento y proyección*: se proyecta aquello que no se quiere mostrar. El hecho de que las necesidades económicas y relativas a la supervivencia queden por “afuera” de las temáticas de la protesta social, se debe a un mecanismo de reproducción de los sectores medios respecto a la pertenencia de clase, y “ese enemigo, como la deuda externa y los partidos políticos, se ponía afuera y luego había que meterlo ‘adentro’ [...]” (entrevista 14).

En la medida en que no se pudieron incorporar las propias necesidades relacionadas con la problemática de la supervivencia a la asamblea, se generaron los conflictos. En la figura del “asambleísta a desalojar” (en la asamblea de Colegiales uno de sus integrantes tenía aviso de desalojo de su vivienda) se proyectaban las propias necesidades, las dificultades económicas y laborales que no era común llevarlas a deliberación en la asamblea, “yo creo que la asamblea buscó depositar las dificultades en esta persona [...]”, lo cual describe el mecanismo de proyección. “Colegiales es un barrio de clase media donde mal que mal no había necesidades urgentes al interior de los propios asambleístas. En realidad, sí las había pero a lo mejor más enmascarado y oculto [...] había gente desocupada que estaba comiendo día por medio” (entrevista 15).

Es decir, en cuanto que estas necesidades no eran visibles, no se contaba con un asentamiento que pudiera dar comida a los vecinos del barrio. Debido a este mecanismo de ocultamiento de las necesidades en los sectores medios, éstos se encuentran más desprotegidos frente a la problemática de la vulnerabilidad social, que es vivida de manera más radicalizada. Se describe así la relación *ocultamiento/mayor vulnerabilidad social*. Sin embargo, como se trata de un sector social que cuenta con importantes redes informales insertas en el mercado laboral, se valen de ellas para lograr una reinserción. En este sentido, resulta más atinado aludir a una inestabilidad en la pertenencia a

los sectores medios –se ingresa y se sale– que a una caída social, como comúnmente se expresa en las ciencias sociales (Kessler, 2007).

La tendencia a dejar las propias necesidades y problemas por fuera de la discusión asamblearia o bien proyectarlas en alguna persona se complementa con otro mecanismo consistente en hacer referencia a los otros grupos sociales como si se tratase de un concepto abstracto por fuera de la realidad social de la que los asambleístas forman parte. Entonces, hay una abstracción de la problemática social concreta. “[...] yo hablo de los desocupados, pero yo no soy desocupado por lo cual es algo en abstracto [...]” (entrevista 15). Es decir, se observa una actitud prácticamente sociológica al momento de pensar tanto la problemática política y social como sus actores sociales, entre los que no se incluyen a sí mismos. Llevó bastante tiempo trascender la *cuestión abstracta* para tocar un *asunto personal* y, podríamos agregar, traducir esto en términos grupales e identitarios (cuestión que se estableció de forma fragmentada e intermitente) y así generar el momento en que un asambleísta expresara abiertamente la realidad que le tocaba vivir.

En las siguientes definiciones se hace referencia a los recursos simbólicos y culturales que caracterizan a los sectores medios, lo cual generó la particular forma de protesta de las asambleas, esto es, reflexiva y deliberativa. “Una situación económica nos permite eso, decir bueno, a ver qué nos pasa con los otros y quiero participar de esto con los otros. Nos podemos sentar y podemos pensar esto [...]” (entrevista 12). Es decir, se define a los sectores medios en términos de clase y, aparentemente, el hecho de tener resuelto el asunto económico hace posible la reflexión y el pensamiento. En esta idea observamos una forma estereotipada de definir este sector social.

Por un lado, se hace referencia a una modalidad específica de protesta de los sectores medios asociada a la posibilidad de reflexión; por otro lado, se observa en la ocupación del espacio público una reproducción del método piquetero: “[...] no me refiero al corte de la calle sino a salir a la calle y ocupar el espacio público” (entrevista 2).

Me parece que las otras clases sociales no tienen esta movilidad de entrar y salir, ni para arriba ni para abajo. Nosotros como clase media tenemos esta movilidad de salir: bueno, me voy a dedicar a hacer *plata*, me voy a dedicar a lo social, que lo social puede ser ir a la cancha el domingo, trabajar en un comedor comunitario [...] no lo digo solamente por una cuestión relacionada a la beneficencia y altruista, sino mi parte como pertenencia o bien mi parte individualista. Ahora estamos, fundamentalmente, en una contradicción de esos valores (entrevista 14).

Se señala que la pertenencia a los sectores medios tiene que ver con la realización de ciertas actividades, con la utilización de ciertos capitales asociados a una movilidad flexible. Además se hace referencia a que, en la actualidad, se vive una contradicción con los valores individuales que se han promulgado durante la década de 1990. De

todos modos, esta contradicción puede deberse más a la transformación de la realidad social y material que a un cuestión valorativa. Según este argumento, el cambio de valores responde a un mejor acomodo a la realidad social.

El tema de la *seguridad* es otro de los aspectos que caracteriza a los sectores medios. Uno de los motivos que generó un importante retroceso en la movilización de las asambleas fue el miedo que causó la represión policial ocurrida en el Puente Pueyrredón en una marcha de piqueteros: “se sintió miedo a que se pudiera reavivar una represión bastante generalizada y fantaseada” (entrevista 14). En este punto se revierte el sentido de la proyección: en vez de dirigir “hacia afuera” en otros grupos sociales las propias necesidades, el miedo generado por la represión es introducido a la protesta de las asambleas. El miedo es tomado por los asambleístas, lo que despierta una fuerte sensación de inseguridad y, por tanto, retrocede la movilización. En este sentido, el papel del Estado para con la movilización es una explicación alternativa a la actitud acomodaticia de los sectores medios para exponer la baja en la participación. A esto habría que agregar la sensación de desgaste de la gente y las actividades a través del tiempo.

Otra característica de los sectores medios se refiere a la posibilidad de ascenso social y a la idea persecutoria de pérdida de ese lugar social: “La posibilidad del ascenso social, tenemos el temor de que podemos ir para abajo. De hecho, bastante gente quedó abajo. Socialmente muchos podemos pensar que pertenecemos a la clase media pero por nuestros ingresos estamos debajo de la línea de pobreza” (entrevista 4).

Otra veta de la sensación de caída se observa en la modificación de los papeles familiares. Ante el crecimiento del desempleo, en muchos casos la mujer pasa a ser el sustento principal de la economía familiar. “En una época donde la mujer se empieza a incorporar a la vida laboral, en un comienzo los sueldos docentes eran más para los gastos personales y las *pilchas* [vestimenta]. Es así que empieza un proceso donde la situación económica obliga a la mujer a arrimar a la olla” (entrevista 2).

Los sectores medios avalaron de manera silenciosa (“se hicieron de la vista gorda”) aquellas políticas del gobierno que se tradujeron en una importante caída social en materia laboral, en la calidad de la educación y la salud, en el sistema previsional, etcétera. Las políticas neoliberales que se llevaron adelante en Argentina contaron con el consentimiento de los mismos sectores sociales que luego se sumaron a las asambleas.

Otra característica es la de sufrir el malestar (“síndrome”) de ser los del medio. Se trata de un sector social con ganas de movilizarse pero sin poder establecer en qué dirección, y esto sucede así por el dinamismo al que se aludía antes y por la dificultad de ubicar un referente social estable: “[...] eran sectores medios que no estaban ni en los movimientos piqueteros ni en los partidos políticos de ninguna especie” (entrevista 12). Debido a esto, la conformación de la asamblea como de clase media implicó un obstáculo para el desarrollo y proyección de la asamblea misma. “[...] Siempre pa-

recía que desde un barrio de clase media, a pesar de que la composición asamblearia tenía diferentes estratos, finalmente dominaba la clase media. Esta cuestión jugada al límite podía empezar a complicarse, nunca se pudo pensar en esta asamblea, qué pasaba después de esto, cómo seguimos o cómo continuamos [...]” (entrevista 12).

Ante la pregunta sobre lo que significa pertenecer a la clase media, varios asambleístas se definieron a sí mismos y a su familia por *el acceso a la educación*, con lo cual dejaron en segundo plano el progreso material.

En el presente apartado desarrollamos las características de los sectores medios, los mecanismos y estrategias que utilizan para reproducir su lugar social. Describimos el *ocultamiento* de las propias necesidades (el hambre, no tener para comer) y la *simulación* de conductas como una manera de aparentar otra situación. Ambos mecanismos acentúan la vulnerabilidad social de los sectores medios empobrecidos. La *proyección* de los problemas en otra persona o grupos sociales es la contraparte del mecanismo de *ocultamiento* (se proyecta aquello que no se quiere mostrar). Describimos las características de los sectores medios: la actitud cambiante según las distintas coyunturas político-sociales y la actitud acomodaticia, su movilidad “hacia arriba y abajo” y la amenaza de la caída social. Ante la sensación de miedo por las represiones policiales a otro grupo social (los piqueteros) se introyecta este sentimiento, entonces el tema de la seguridad pasa a adquirir relevancia. Se asocia la pertenencia a los sectores medios por el acceso a la educación, aunque no por el progreso económico. Por esto, el paradigma del progreso que en otro momento hubiera definido a este sector social, en los últimos tiempos no resulta tan representativo.

El vaivén entre identidades nuevas y las que se reproducen

En el presente apartado hacemos referencia a los elementos identitarios pero con la salvedad de que éstos no se establecen de manera homogénea sino en microgrupos, “tribus” afectuales que funcionan de forma táctica y proxémica. En todo caso, las identidades se constituyen en una paradoja esencial: “en el constante vaivén que se establece entre la masificación creciente y el desarrollo de las ‘tribus’” (Maffesoli, 2004:48).

En esta oportunidad ilustramos y analizamos las diferentes dimensiones de la identidad, desarrolladas en el cuarto apartado del capítulo 1, en el que establecimos que la identidad se puede establecer por integración, como recurso y compromiso (Dubet, 1989), y hay una distinción entre la identidad y el acto de identificación (Aboy, 2005). En ambas perspectivas se introduce una dinámica que oscila entre la reproducción y la creación: mientras que la integración hace referencia a la interiorización de las normas existentes, la identidad como recurso se relaciona con el trabajo del actor con capacidad de transformación. Considerando el aporte de Gerardo Aboy

(2005), la identidad reproduce lógicas existentes, mientras que el acto de identificación introduce significaciones y prácticas nuevas.

La identidad como compromiso es aquella que se liga a las orientaciones culturales y a los proyectos que permiten definir los intereses y superarlos, se habla de los “intereses” de la patria, del proletariado o de la democracia (Dubet, 1989). Al inicio de las asambleas existía la sensación de que todos pensaban igual, que sostenían una ilusión de cohesión/unión establecida por el acontecimiento traumático de la crisis. Se genera esta sensación de unión cuando los compatriotas observan que fueron dañados de igual manera por las acciones políticas del gobierno y el sistema financiero. En palabras de Barrington Moore, cuando se infringen las reglas sociales, que desestabilizan el orden institucional, se genera un sentimiento de injusticia generalizado, y esto en los inicios de las asambleas ocasionó un sentimiento común. Los compatriotas sostenían: “pensamos todos igual”, aunque al profundizar en las reflexiones “unos decían negro y otros blanco”. En apariencia pensaban igual pero sostenían puntos de vista muy diferentes.

Se observa esta sensación de unión en el hecho de que en un principio los sectores medios se sumaron a las manifestaciones piqueteras bajo el lema: “Piquete y cacerola la lucha es una sola”. Se estableció una lógica solidaria entre los sectores medios y los piqueteros, cuestión ilustrada por el hecho de que “la gente de los barrios de Buenos Aires salía a darle el desayuno a los piqueteros por el camino” (entrevista 8). Se movilizaban hacia la Plaza de Mayo con la intención de realizar el reclamo que con frecuencia hacen al gobierno, y los distintos vecinos se acercaron para darles el desayuno. Esta actividad fue impulsada principalmente por las asambleas barriales: “[...] los vecinos bajaban de los edificios, salían del barrio a darnos fruta, gaseosa, botellas de agua, hacía mucho calor [...] en esa oportunidad le dimos [...] nos dimos el desayuno [...]” (entrevista 8).

En la expresión “nosotros nos dimos el desayuno” se establece la no distinción entre ambos sectores sociales, es decir, los dos sectores se encontraban “identificados” por estar afectados, por sentirse dañados de igual forma, y esto era independiente a la procedencia social y a los intereses. Luego este contacto solidario se terminó. La actitud de reproducir las distinciones sociales se observa en la expresión: “Esa lógica solidaria se partió porque se tensó tanto la cuerda desde los movimientos piqueteros [...] estos piqueteros que molestan y me tengo que ir a trabajar. Entonces se volvió a recrear la lógica individualista: la cultura de los noventa y la dictadura” (entrevista 10).

De esta manera, se señala que la generación de la cultura solidaria fue una reacción frente a la actitud individualista de la década de 1990. En otra oportunidad, asociamos esta cuestión a las ganas de reivindicar una figura como la del Estado benefactor con los lazos solidarios que se crean, sobre todo, en materia laboral. Abundan las anécdotas de unión de intereses en el momento de efervescencia, por ejemplo, dos personas mayores se habían instalado en el banco hasta que les devolvieran sus

depósitos. En esa situación empezaron con el siguiente cántico: “¡No están solos, no están solos, los abuelos somos todos!” (entrevista 16). La unificación de los distintos sectores queda expresada en esta frase: “El ‘19 y 20’ De la Rúa tuvo la genialidad de unificar a todo el mundo. Los radicales tienen eso: logran unificar a todo el mundo [...] en contra, pero, ¡bueno!, son únicos [...] convocan a todos [...]” (entrevista 5).

En un primer momento hubo un “nosotros” inclusivo, que en el capítulo 3 relacionamos al hecho de asumir el compromiso de generar un nuevo proyecto de país asociado a la valoración de lo público y a que los bienes y servicios sociales volvieran a ser asunto de discusión política; sin embargo, en los hechos esto no ocurría del todo así. No sólo se fragilizó la lógica solidaria entre piqueteros y sectores medios, sino que los comentarios que se alejaban de una perspectiva de izquierda o progresista eran rechazados. Ambas cuestiones relativizan la lógica *inclusiva* de un “nosotros” e ilustran la dimensión *selectiva* de la identidad por la que se eligen las preferencias, en este caso, el perfil ideológico de los comentarios bien recibidos.

Las nuevas significaciones y lógicas que se instauran tienen relación con los actos de identificación que se refieren a la fundación de una nueva significación que, como tal, conlleva a la desestabilización de toda identidad objetivada (Aboy, 2005).

Observamos el acto de identificación en el mismo surgimiento de las asambleas dado que no responden ni a la lógica partidaria ni a la de los movimientos sociales, y tampoco es un comité vecinal. Como vimos en el capítulo 1, las asambleas son una forma de protesta social con elementos de novedad no contenidos en las protestas sociales de la década de 1990, e incluirlas en un ciclo de protesta como una protesta más implicaría reducir su especificidad. Asimismo, en el capítulo 3, en el apartado sobre la organización en las asambleas, señalamos que hubiera sido importante avanzar en la “invención” como una manera de generar institucionalidades alternativas, suspender los ropajes y pensamientos previos en política.

Un acto de identificación es ilustrado cuando un policía preguntó a la asamblea de Colegiales quién era el responsable, frente a lo cual le respondieron que no había un responsable sino que eran todos. El policía se sintió intimidado dado que no esperaba una respuesta de ese tipo y se retiró. A la siguiente reunión discutieron sobre qué hacer y qué actitud tomar si se acercaba alguien de seguridad en otra oportunidad. Fue así que llegaron a la conclusión de que su respuesta iba a ser: “o nos lleva a todos o no lleva a ninguno”. Se trata de un acto de identificación movido por la identidad grupal de la asamblea de Colegiales. Frente a nuevas situaciones los asambleístas se sienten obligados a pensar nuevas respuestas al no tener ninguna pauta organizacional más que la que ellos mismos se inventaran; el participar en las asambleas implicaba un importante desafío.

Somos conscientes de que estas nuevas situaciones y desafíos señalan transformaciones puntuales que distan mucho de la posibilidad de instaurar nuevas institucionalidades. Es más, vimos en el capítulo 3, en el apartado sobre la organización en las

asambleas, que una de las principales dificultades con que se confrontaban era la de lograr niveles de institucionalización que les permitieran un óptimo funcionamiento. No obstante, podemos afirmar que existe un desplazamiento de la palabra *asamblea* que se utiliza en otras protestas sociales ocurridas en el país.

Por último, identificamos elementos que ilustran la identidad como *recurso*, esto es, se pone en juego el trabajo del actor y el reconocimiento. En este sentido, resulta interesante enumerar los logros que se identifican en uno de los escritos de los asambleístas (Adamovsky, 2003b). Se señala que se había instalado la sensación de que la sociedad había “traicionado” al movimiento asambleario, abandonándolo ante el primer atisbo de mejoría económica. Estas voces de resentimiento planteaban que, en última instancia, todo había sido en vano. Las lecturas derrotistas se apuraron a celebrar el fin del “Que se vayan todos” y la vuelta a la normalidad institucional; esto generó un optimismo oficial: “todo ha terminado”, y el pesimismo de los asambleístas que buscaban una transformación social radical: “todo ha sido en vano”. Sin embargo, el autor del documento señala, en mayo de 2003 —después de un año y meses de ocurrido el movimiento asambleario—, los efectos que tuvo la participación de las asambleas en la macropolítica, y enumera los logros remarcando la frase “fuimos nosotros”:

1) El motivo por el que la economía argentina no colapsó aún más profundamente, ni cayó en la vorágine de la hiperinflación (como prefijó el FMI) sino que comenzó una temprana recuperación, aunque cueste creerlo somos nosotros. 2) Fuimos nosotros los que forzamos a dejar de pagar la deuda externa al menos por un tiempo. 3) Fuimos nosotros los que pusimos más al descubierto a nivel mundial adónde conducen las políticas FMI, amenazamos con trastornar el orden social en la región, dándole así más margen de maniobra a Lavagna en sus negociaciones. 4) Fuimos nosotros los que impedimos que la crisis se resolviera mediante lógica de ajuste eterno o de hiperinflación. 5) Fuimos nosotros los que logramos que el Congreso postergue las ejecuciones de las deudas de los pequeños y medianos productores quebrados, y los que logramos que se pesifiquen (que las deudas en dólares pasen a valor peso) las deudas con el banco. 6) Fuimos nosotros los que conseguimos que la Corte Suprema, bajo temor de linchamiento, revirtiera el recorte compulsivo de salarios de Cavallo, y en alguna medida la pesificación forzosa de los depósitos de los ahorristas. 7) Fuimos nosotros los que evitamos mayores vaciamientos de empresas mediante la amenaza de la toma de fábricas y su puesta en funcionamiento bajo control obrero. 8) Fue nuestra presencia la amenaza constante del saqueo, el *escrache*, del éxodo, de la rebelión, del *piquete* [...] situaciones que comenzaron a poner el eje en lo social. El ministro de economía Lavagna reconoció frente a los empresarios, la “situación social” es “el telón de fondo” de todas las políticas económicas. En suma, fueron nuestras luchas las que consiguieron que se quedaran en suelo argentino y se distribuyeran cuotas mayores del excedente social.

Los logros enumerados apuntan a las políticas económicas, estatales y relativas a la justicia. En este punto las asambleas barriales no se diferencian de otros movimientos sociales cuyos reclamos apuntan al Estado y sus políticas.

En otras oportunidades del presente trabajo hicimos referencia al “somos nosotros” y al sentimiento de reconocimiento con la sensación de omnipotencia de poder organizar marchas semanales y pensar que todo el mundo conocía las asambleas. Esto enmarcado en la creencia de que con las asambleas era posible gobernar, lo cual indicamos como elementos de un proyecto utópico. No obstante, es posible identificar formas de reproducir a los sectores sociales. Esta cuestión es trabajada en el siguiente apartado a partir de las diferencias señaladas por los asambleístas respecto de los grupos sociales piqueteros y cartoneros.

Diferencias entre las asambleas barriales y el Movimiento de Trabajadores Desocupados⁴⁷

La reciprocidad se comprueba en el grupo en “estado naciente”: una vez que se vuelve a tener relación con el medio externo signado por la recomposición de las instituciones financieras y políticas y al volver a los tiempos del trabajo, la relación se vuelve objetivamente asimétrica. Es así como la constitución de una *identidad de compromiso* relacionada a un sentimiento de unión, a un nosotros inclusivo, se fragiliza y reproduce las distinciones entre los sectores medios y los piqueteros. De esta manera, se constituye una identidad objetivada que establece ciertas lógicas y mecanismos. Uno de los mecanismos se da a partir de lo que no se pudo “llevar adentro de la asamblea”, es decir, ni los enemigos ni los problemas económicos. Las acciones políticas de los grupos populares apuntan principalmente a la supervivencia; en cambio, reconocer necesidades en ese plano implica para la clase media la sensación de caída social.

Las asambleas barriales aparecen en una situación de profunda crisis política, tiempo después del *cacerolazo* del 19 de diciembre de 2001 en el que miles de vecinos de Buenos Aires se congregaron en la Plaza de Mayo. Los piqueteros surgen producto de la distancia del peronismo de los intereses de los sectores populares; asimismo, la fragilidad y la corrupción de los sectores sindicales conjuntamente con el cierre de las fuentes de trabajo y la precariedad de las condiciones laborales generaron un aumento de la pauperización. Se crea así un contexto de necesidad (que luego con el movimiento se vuelve “oportunidad política”) para luchar por la subsistencia con

⁴⁷ En el cuadro 14 del Anexo se sintetizan las diferencias entre las asambleas barriales y el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD), considerando distintas dimensiones de análisis (relación con el Estado, otros partidos, objetivos, identidad política, significado del barrio, lugar del cuerpo, los antecedentes históricos y político-coyunturales).

los cortes de ruta. El movimiento surge en Neuquén donde se había cerrado la empresa de petróleo argentina YPF, que dejó a gran parte de la población neuquina desempleada.

Al seguir con la línea de la identidad objetiva, en el sentido de que se reproducen las lógicas existentes, cuando se preguntó a los assembleístas en qué se diferenciaba su movilización de la de los piqueteros, introdujeron varias aristas. La mayoría de ellas se organizan en torno a la procedencia social y a que los segundos están impulsados por la supervivencia.

Los piqueteros también tienen asambleas, la principal diferencia con los piqueteros es el origen: la mayoría de las asambleas barriales son gente de clase media que se vio obligada por la situación de tener que salir. Los piqueteros son gente que está en una situación precaria y que, en principio, se vieron forzados a cortar las rutas como un método de protesta (entrevista 10). El *piquete* terminó siendo una especie de concepto.

Una cuestión interesante respecto del rechazo que genera proyectarse como un piquetero y la manera en que mentalmente se intenta poner distancia con esa figura se expresa así: “[...] como una forma de desprecio [...] no es que yo puedo llegar a ser una persona así sino que ellos son los ‘animales’ que me vienen a sacar las cosas que yo tengo [...]” (entrevista 10).

Con este dicho se señala que no se focaliza en el problema de la desigualdad social sino que se apunta al grupo social en cuestión, estigmatizándolo al punto de deshumanizarlo. Esta actitud relativiza el cambio en el estado de conciencia al que hacíamos referencia en otra oportunidad. Sin embargo, los assembleístas no tenían esta visión, de hecho, al cumplirse el año de los acontecimientos de diciembre de 2001 realizaron un *piquete* urbano, es decir, tomaron la idea y la expresión de los piqueteros para realizar la conmemoración.

El Movimiento Piquetero dirige el reclamo al Estado y los cortes de ruta son la forma de protesta que han desarrollado con este fin; establecen con el Estado una relación de confrontación, negociación y represión. La posibilidad de negociación es un objetivo explícito del movimiento.

Las asambleas barriales surgen como crítica a la idea misma de representación política por lo que no podrían negociar (aunque sea abiertamente) con una figura institucional de la que descreen. No sólo no se constituye en un objetivo “tomar el poder” sino que pretenden sostener una posición independiente a la lógica estatal. Sin embargo, han recibido distintos subsidios de las entidades gubernamentales con los cuales pueden desarrollar sus actividades; las maneras de obtenerlos no es vía la confrontación sino por medio de programas de subsidios o de otras instancias informales de negociación que establecen con personas individuales y no con el colectivo. Son datos que suelen aparecer en comentarios por “lo bajo” y en espacios informales.

Así como entre los piqueteros el hecho de obtener planes sociales y subsidios se observa como un incremento del capital político, producto de la protesta activa colectiva, en el caso de las asambleas se percibe, más allá de las diferencias señaladas, como una forma hábil del gobierno para hacer retroceder la participación y desmovilizar. Es decir, se percibe negativamente y no como un beneficio o incremento del capital político. Esto porque, como ya señalamos, las asambleas pretenden ser una alternativa a las formas tradicionales de hacer política, y al comienzo mantenían una posición independiente a lo estatal. Hoy día, si bien sostienen una postura de mayor flexibilidad, en cuanto que la dependencia con las entidades estatales en términos materiales circula informalmente, tampoco lo perciben o transmiten como una ganancia política o demostración de la fuerza adquirida.

Estas diferencias en las percepciones seguramente remiten a las culturales entre los actores sociales y también a las diferencias en las condiciones materiales dado que en un caso se lucha por la supervivencia mientras que en las asambleas barriales aparentemente no es así. Esto es en apariencia como se ilustra con algunas anécdotas: un asambleísta desocupado asistía a la asamblea vestido de traje para aparentar que venía de su trabajo; el encargado de hacer los enlaces con otras asambleas comía día por medio. La vergüenza social generada por el hecho de no tener trabajo o bien no tener qué comer hace que estos asambleístas aparentaran encontrarse en una situación distinta.

La organización de un festival para los cartoneros es otra forma de separarse de los grupos carenciados. Un asambleísta expresa: “[...] se trabaja sobre los otros sin poner la necesidad propia en juego [...]. En cambio, los piqueteros lo tienen a flor de piel y está siempre adelante la propia necesidad” (entrevista 15). Se continúa esta apreciación de la siguiente manera: “[...] por esta pureza extraña [...] con los cartoneros algunas cosas se hicieron, se organizó una campaña de vacunación, se vacunaron varios, le dieron a los cartoneros la antitetánica en un colegio con rejas grandes. En las rejas se había puesto un cartel con cartones que decía ‘Todos somos cartoneros’ [...] Cuando vinieron los primeros cartoneros, agarraron y se llevaron los cartones [...]” (entrevista 15).

Agarrar el cartel con el lema “Todos somos cartoneros” es una manera de aclarar que los cartoneros no legitiman del todo el grupo que organiza el evento. La distancia entre este grupo social y los sectores medios se muestra en que la asamblea de Barrio Norte pensaba organizar un merendero para que estuvieran los hijos de los cartoneros mientras sus padres trabajaban. Esta propuesta era una muestra de su ignorancia pues los cartoneros eran ayudados por sus hijos. Desde una concepción de clase media, la organización familiar está dada por la educación de los niños mientras los padres trabajan. Esto no sucede así en los sectores populares.

En las asambleas se observa una pluralidad de realidades, necesidades y, por tanto, intereses: “[...] tenés al tipo que viene a la olla porque no tiene qué comer y de repente a otro le entusiasmó la idea y se sumó [...] Una de las características constitutivas

de la asamblea es que sus miembros son distintos”. En cambio, los piqueteros “tienen una realidad concreta común, ésta es una diferencia muy importante, ellos se organizan por pertenecer al barrio, por un ideal y un objetivo común [...]” (entrevista 20).

Además de la diferencia en términos de heterogeneidad/homogeneidad de los grupos sociales, se señala la pertenencia barrial, aunque éste es más bien un aspecto común entre las asambleas y el Movimiento Piquetero, al menos en los inicios de las asambleas.

Las asambleas no tenían un objetivo común primordial por lo que eran heterogéneas, mientras que los piqueteros sí lo tenían. Además estos últimos se organizan comunitariamente y distribuyen de esta manera lo que producen, por lo que, según esta percepción, el movimiento del sector popular puede tejer lazos solidarios desde el momento de la producción misma, en cambio, en las asambleas se observan dificultades en este sentido.

Si observamos la categoría de “nuevos pobres” trabajada en el segundo capítulo por la que se identifican necesidades básicas insatisfechas, la distinción con los grupos populares basada en la supervivencia resulta aparente. La autopercepción de los sectores medios, de alguna manera, los vulnerabiliza frente a las necesidades relativas al hambre. En cambio, en el marco de una pauperización creciente de los sectores populares, la tarea reivindicativa deviene urgencia y, más aún, acción inmediata visible en la centralidad que toman el comedor, la salita de salud y la panadería comunitaria (Svampa y Pereyra, 2005:49). Las asambleas no están exentas de esta consideración dado que varias de ellas en la Capital Federal devinieron en comedores comunitarios, aunque esta actividad no adquirió gran centralidad (una ubicada en Villa Crespo, la “Alameda” en Parque Avellaneda, o San Telmo, por nombrar algunas).

Las diferencias entre los sectores sociales son expresadas de la siguiente manera: “Fue una organización basada en la supervivencia y en poder comer, las represiones policiales y cosas que van anexas a su situación de ser prácticamente el último escalón en la sociedad [...]” (entrevista 5). Esta última expresión reproduce el estigma del grupo social, lo cual nos hace pensar que el sentido inclusivo del lema “Piquete y carcerola, la lucha es una sola” se sostiene en apariencia.

De este modo, la negociación con el Estado no es una forma de relación que caracterice a las asambleas barriales. En cambio, el Movimiento Piquetero apunta al reclamo estatal y su posición oscila entre la confrontación y la negociación, por esto al obtener los planes y subsidios cesan los cortes. Plantean que los planes sociales “no son dados” por el gobierno sino “arrancados” por la lucha y, más aún, mantenidos a fuerza de presiones y cortes de ruta (Svampa y Pereyra, 2005:95). Esto marca un cambio en la relación de poder, con efectos en la subjetividad pues no se trata de la asistencia “caritativa” del Estado a los sectores desfavorecidos de la sociedad, sino que es el resultado de una lucha activa, producto de la acción colectiva del movimiento, lo cual muestra una actitud “reivindicativa”.

Sin embargo, hay ciertos sectores del Movimiento Piquetero provenientes de la izquierda partidaria que rechazan la ayuda alimentaria y los planes sociales criticando la posición asistencialista de las organizaciones territoriales y plantean como consigna estratégica la creación de un subsidio para los desocupados: “trabajo genuino, no a los planes sociales, no al asistencialismo, no a las bolsas de comida” (Svampa y Pereyra, 2005:43). La idea era comenzar por el subsidio al desempleado para luego continuar con un plan de empleo como un paliativo y generar un nuevo escalón de lucha.

El movimiento de trabajadores desocupados de La Matanza (barrio La Juanita en La Ferrere), cuyo dirigente es Héctor *Toty* Flores, ex trabajador metalúrgico y ex militante del Movimiento al Socialismo (MAS), se ha negado desde el comienzo a recibir planes sociales y bolsones de comida al considerar que éstos conducen a “la cultura de supervivencia en la cual se deja de luchar por el trabajo genuino”, con lo cual reproduce el valor que hemos identificado en los sectores medios. Las herramientas clave para este sector del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) han sido el cooperativismo y la autogestión. En esta dirección han desarrollado microemprendimientos que han contado con el apoyo de grupos universitarios con afinidad ideológica (Universidad de Madres de Plaza de Mayo, Trabajo Social y Sociología de la Universidad de Buenos Aires). Entre ellos se encuentran una panadería, un taller de serigrafía y una editorial, englobados en un Centro de Formación para la Cultura Comunitaria. Entre otros proyectos está el de una escuela primaria en el que se enseña con la metodología de educación popular (Svampa y Pereyra, 2005:72). Es decir, pese a que el MTD La Juanita se coloca en la misma línea de trabajo barrial que otros MTD y participa en algunas acciones colectivas (cortes y movilizaciones), sus opciones político-ideológicas lo alejan del conjunto de las organizaciones piqueteras con las cuales mantiene lazos escasos (2005:72).

En la modalidad de trabajo de este sector del MTD, es posible encontrar puntos de contacto con las asambleas dado que se han proclamado por la autonomía respecto del Estado (varias de ellas siguen sosteniendo esta postura); además, la autogestión y la horizontalidad son las modalidades de organización propuestas.

En el caso de los piqueteros la relación no es siempre de negociación, las represiones policiales suelen ser duras. En cambio, en el caso de las asambleas barriales no se han observado situaciones de represión policial, probablemente debido a que la forma de protesta de las asambleas no tiene la radicalidad y el compromiso corporal de los cortes de ruta. El tema del involucramiento del cuerpo resulta una temática clave para este movimiento de protesta: se comenta que la falla del sistema en la sociedad argentina tomó una dimensión dramática pues se hace evidente a costa de la exposición del cuerpo en las rutas (Svampa y Pereyra, 2005:54). Se alude también a una confrontación “cuerpo a cuerpo” entre los referentes desocupados y los punteros peronistas (2005:93). Sería interesante analizar en futuros trabajos los distintos niveles de com-

promiso del cuerpo entre las asambleas barriales y el Movimiento Piquetero y sus relaciones con la acción colectiva.

Respecto de las formas *políticas tradicionales*, como los partidos políticos (de izquierda y el peronismo, punteros políticos) y el sindicalismo, se identifica una herencia sindical en el Movimiento Piquetero mientras que en las asambleas no se observa una importante influencia de este sector político. El reconocimiento de la herencia sindical remite tanto a las luchas del movimiento de obreros de principio de siglo (el anarcosindicalismo) como a la tradición del sindicalismo clasista y basista de la década de 1960 y el principio de la siguiente (Svampa y Pereyra, 2005:153).

El peronismo tuvo incidencia en el Movimiento Piquetero en términos conflictivos pues en los municipios del conurbano sur tanto la distribución como el tipo de contraprestación laboral exigido por los planes sociales condujeron muy rápidamente a una confrontación “cuerpo a cuerpo” entre referentes de desocupados y punteros peronistas; éste fue el caso de los planes Barrios Bonaerenses en 1997 (Svampa y Pereyra, 2005:93). Aunque también influye de manera positiva dado que el movimiento se nutre y crece gracias a referentes y “cuadros” políticos constituidos por el peronismo tradicional (punteros y manzaneras) con trayectoria en el trabajo barrial. En el caso de las asambleas barriales no se hace referencia al partido peronista en ninguna instancia formal ni informal. Nuevamente creemos que esta ausencia de la herencia tanto sindical como peronista en las asambleas se relaciona con la procedencia en términos sociales de las experiencias sociales.

Al mismo tiempo, las transformaciones del peronismo ocurridas en el campo popular ayudan a comprender las condiciones de posibilidad del movimiento de trabajadores desocupados. Las leyes llevadas adelante por el gobierno de Carlos Menem en el trabajo tuvieron consecuencias en la flexibilización y precarización laboral, y en la industria agudizaron un proceso de vaciamiento que se había iniciado en el gobierno militar (1976-1983) creando cementerios de fábricas en los cordones industriales del país. El impacto de la reforma laboral sobre el funcionamiento del mercado de trabajo fue enorme, generando un alto porcentaje de desempleados (Svampa y Pereyra, 2005:22).

En el capítulo 4 mostramos el papel de los partidos de izquierda en las asambleas barriales, que al intentar “cooptarlas” ocasionaron mucho daño pues desmoralizaron a los vecinos. La cantidad y el tipo de consignas que se proclamaban en la interbarrial de Parque Centenario son un ejemplo de esta consideración, además de que los vecinos percibían que se trataba de una disputa política entre partidos de izquierda. Esta lógica de funcionamiento de la izquierda también se identifica al interior del Movimiento Piquetero, lo cual generó diferencias. A modo de ejemplo, el trotskismo quería centrar la discusión en la formación política y ésta consistía en lo que sucedía en Bosnia, sin embargo, para un referente del movimiento la conciencia obrera debía arrancar de la propia experiencia y desde ahí dirigirla hacia otro plano (Svampa y Pereyra, 2005:41). En

esta cuestión se puede observar un punto de contacto con las asambleas pues, como vimos en los capítulos anteriores, el aspecto experiencial y afectivo resultan fundamentales para su comprensión (el desafío de “ser/estar ahí” en la asamblea).

Los partidos políticos de izquierda –parte de ellos– son cuadros que asumen una identidad *piquetera* a partir del trabajo territorial. Sin embargo, las estructuras territoriales se nutren y crecen por “referentes” o “cuadros” políticos del peronismo tradicional, punteros y manzanas de larga trayectoria barrial que generalmente son trabajadores ocupados (Svampa y Pereyra, 2005:49). Así, en este caso la veta de colaboración, que no de confrontación, del peronismo ahora está abocada al crecimiento del Movimiento Piquetero. Es decir, en las asambleas barriales la política partidaria de izquierda desmoralizó a la gente; en cambio, en el caso de los piqueteros, si bien no tuvo una presencia significativa en términos de crecimiento del movimiento, tampoco implicó un efecto negativo.

Las influencias institucionales tienen relación con los objetivos y con el tipo de identidad que se constituye; en el caso de los movimientos de desocupados tienen un objetivo que apunta, ante la falta de trabajo, a estrategias de supervivencia en el marco de un proyecto político. Algunos orientan sus reclamos a la figura estatal por medio de los planes sociales “arrancados” al gobierno, mientras otros sostienen la importancia de generar las propias fuentes de trabajo. Este movimiento social crea una definición positiva del “desocupado”, es una forma de inclusión social que revierte su valor social: de ser excluido, hoy el movimiento logra incluir a los desocupados en el sistema con cierta dignidad.

En el caso de las asambleas barriales hubo un proyecto por la negativa en torno al lema “Que se vayan todos” y no lograron construir un proyecto político en sentido positivo, no avanzaron en las institucionalidades alternativas en materia política. Si bien en el Movimiento Piquetero se observan considerables conflictos internos, se puede identificar una identidad política relativamente unificada que les permitió sostener la lucha a lo largo del tiempo; en cambio, en las asambleas barriales hay gran heterogeneidad de intereses (partidarios de izquierda, vecinales, utópicos, prácticos, etcétera). Seguramente, la influencia de las instituciones tradicionales, como el sindicato y el peronismo con la huella de su organización política, le dio al Movimiento Piquetero una impronta de continuidad. De hecho, en las zonas territoriales en las que surgió el Movimiento Piquetero había una acumulación de experiencia del trabajo barrial, una articulación de organizaciones de base previa, de actores políticos y también de organizaciones eclesiales. En cambio, en el caso de las asambleas barriales no se observa un trabajo barrial previo; a partir de esta experiencia social los asambleístas empiezan a conocer a sus vecinos y a *descubrir*⁴⁸ que estaban pasando lo mismo que ellos.

⁴⁸ En el capítulo 4 relacionamos esta sensación de “descubrimiento” a un estado de conciencia diferente respecto de la situación de los sectores sociales empobrecidos en Argentina.

Debido a estas distintas influencias organizacionales (sindical y peronismo para los piqueteros, movimientos de izquierda en las asambleas barriales) y a la conformación social (sectores populares y sectores medios empobrecidos), estas experiencias sociales surgieron en distintas regiones geográficas del país. Las asambleas barriales adquirieron protagonismo en la Capital Federal y en ciudades importantes del país, como Rosario y Córdoba, mientras que los movimientos piqueteros tomaron mayor fuerza en el conurbano bonaerense y en el interior del país, donde la empresa petrolera nacional que luego fue privatizada organizaba el trabajo. A estas distinciones hay que sumar las relativas a los recursos simbólicos y culturales por las cuales la forma de protesta de las asambleas es principalmente deliberativa y reflexiva; la forma de involucrar el cuerpo es limitada. En cambio, en el movimiento de desocupados, si bien hay reflexión, para la protesta usan recursos más radicales como el corte de ruta y establecen formas de confrontación “cuerpo a cuerpo”, cuestiones que no se observan en las asambleas excepto en aquellas con herencia piquetera. Estas modalidades de las protestas sociales tienen relación con los efectos subjetivos que se generan en sus miembros y en cómo se significa la violación de la ley. Mientras que en el caso de los piqueteros no se cuestiona la medida del corte de ruta, en el caso de las asambleas y en ocasión de la toma ilegal de un inmueble se generan importantes conflictos.

Resumiendo, en el caso de las asambleas barriales no es posible identificar elementos que las definan como un movimiento social en un sentido tradicional del término, pues no hay un proyecto político claro, no se ha constituido una identidad política con la que los miembros puedan identificarse de forma homogénea, y existe una diversidad de actividades (culturales, asistenciales, militantes, etcétera) relacionadas particularmente al barrio que no se insertan en un entramado político articulado. Esta experiencia social ha contribuido al engrosamiento de las redes sociales que son potenciales participantes para un futuro evento político específico. Al mismo tiempo, resulta una experiencia interesante para analizar el proceso sociopolítico y la actitud reflexiva en la política ante el desafío de inventarse los propios valores y las propias reglas. Por su parte, los piqueteros han constituido un movimiento social con una identidad política definida, esto es, “ser trabajador desempleado”. Esto genera una inversión de valor: de ser el excluido del sistema se pasa a vivenciar mediante el movimiento social una inclusión social con dignidad.

En síntesis, en el primer apartado desarrollamos las distintas dimensiones de la identidad subjetiva y colectiva. Comenzamos con la *de compromiso* en el resurgimiento de un sentimiento patriótico, a ésta se relaciona la *inclusiva*, en la que prevalece la sensación de que “pensamos igual” y se crea la posibilidad de “unión de intereses” entre los distintos grupos sociales. Observamos la manera en que se quiebra esta lógica inclusiva, presente también en el discurso de los assembleístas cuando se reproducen las distancias sociales, por lo que se observa en esta actitud la *reproducción de una identidad objetivada*. Hicimos referencia a los *actos de identificación* que imprimen

nuevas lógicas y significaciones por medio de la descripción de distintas situaciones y desafíos. En el segundo apartado desarrollamos los mecanismos mediante los cuales los sectores medios reproducen su lugar social en situaciones de crisis. Entre ellos describimos el de *ocultamiento/simulación*, que tienen la característica de complementarse, y el de *proyección* en otros grupos sociales. En la comparación del último punto observamos en los piqueteros elementos de la concepción tradicional de movimiento social; mientras que en el caso de las asambleas resultan más fructíferas las nociones de las *tribus* y las *redes sociales*.

Capítulo 6

¿Qué piensan los que no participan en política?

UNA DE LAS PRINCIPALES CONTRIBUCIONES del presente escrito es la de ofrecer una mirada sobre el comportamiento político de los sectores medios, sus percepciones, valores y creencias. Pero nos interesa no solamente el comportamiento de quienes participaron en las asambleas, sino también de aquellos ciudadanos de clase media que no participaron en ellas y que carecen de experiencia de participación política previa. Para ello nos dimos a la tarea de investigar sus nociones y percepciones acerca de la política y la participación política. La noción de *política* es estudiada en un abanico de sus acepciones que incluyen las dimensiones tanto procedimentales como imaginarias. De ahí que rastremos sus percepciones, creencias y valores sobre las instituciones políticas, el desempeño del “político” —el funcionario y el puntero político— y los gobiernos.

Con base en esto realizamos una comparación entre dos grupos sociales pertenecientes a la clase media de Buenos Aires: los asambleístas y los ciudadanos que no participaron en las asambleas. De esta manera redondeamos algunas reflexiones y conclusiones sobre un abanico de percepciones, valores y creencias de ambos grupos de las clases medias argentinas. La información en la que se basa este capítulo fue recabada mediante el trabajo con tres grupos focales con ciudadanos procedentes de tres barrios de Buenos Aires (véanse los cuadros 2, 3 y 4 en el Anexo) y también se realizaron entrevistas individuales a habitantes de la misma ciudad, todos pertenecientes a la clase media.

Fue importante hacer una breve descripción del contexto histórico y político en el que fueron realizados los grupos focales y las entrevistas individuales. Tal contexto tomó una especial relevancia dado que en esos momentos se vivía en Argentina un clima de conflicto al ritmo de las demandas y las protestas de los sectores agropecuarios, comúnmente conocido como el “conflicto del campo”.

Contexto sociopolítico. El conflicto del campo: marzo a julio de 2008

A tres meses de haber iniciado el mandato presidencial de Cristina Fernández de Kirchner, sucesora de su esposo Néstor Kirchner (2003-2007), el entonces ministro de

economía, Martín Lousteau, dio a conocer la resolución 125 por la que se aplicarían “retenciones móviles” a las exportaciones de soja y maíz. Las retenciones llevaban el calificativo de *móviles* ya que el porcentaje de impuestos a cobrar estaba supeditado al precio de la tonelada de la soja. Así, por ejemplo, en el caso de que el precio de la tonelada de la soja fuese superior a los 600 dólares, 95% sería retenido por el Estado. Si la tonelada de soja ascendía a 700 dólares, el Estado se quedaría con 95 dólares de los 100 que superaban el precio límite establecido en 600 dólares. Esta medida gubernamental generó la reacción de los distintos sectores ligados a la producción agropecuaria, que incluye organizaciones que representaban tanto a grandes como a pequeños productores. Es así que en la protesta se produjo la unión de sectores que históricamente hubieran permanecido divididos dado que responden a distintos intereses, tales como la Sociedad Rural, liderada por Luciano Miguens; la Federación Agraria Argentina (FAA), dirigida por Eduardo Buzzi, y la Coninagro, comandada por Mario Llambías. Mientras que la Sociedad Rural siempre estuvo asociada a los sectores terratenientes del país, las otras dos organizaciones agrarias están conformadas por medianos y pequeños productores. A los distintos sectores del campo luego se le sumaron los productores de lácteos.

El paro que se llevó adelante a partir del 11 de marzo por los distintos sectores del campo de Argentina implicó asimismo el corte de las principales carreteras nacionales y provinciales, sobre todo de las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Córdoba y Santa Fe, lo cual impidió el paso de camiones que transportaban mercaderías en granos, carnes y lácteos. Esto generó problemas en la cadena productiva y de comercialización, situación que llevó, por un lado, al desabastecimiento visible en supermercados y comercios minoristas en las góndolas de carne, pollo y lácteos. Por el lado comercial, se postergaron operaciones de millones de dólares, por lo que los mismos productores resultaron los principales perjudicados. Los sectores ligados a la producción agropecuaria decidieron, asimismo, suspender la exportación de granos de maíz y soja hasta que no hubiera, por parte del gobierno, una señal de diálogo, reconocimiento y acercamiento hacia el campo, y pedían, sobre todo, la anulación de la resolución 125.

Como respuesta al conflicto, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner pronunció una serie de discursos públicos a partir de los cuales se observó un cambio de actitud hacia este sector productivo. De sostener un tono duro e intransigente pasó a una postura conciliadora y de apertura a los reclamos del campo. En el primer discurso la presidenta cuestionó en duros términos a los sectores rurales con frases tales como: “no me van a someter a ninguna extorsión”, y defendió la política oficial de retenciones que puso al campo en pie de guerra (*Clarín*, 26 de marzo de 2008). En esta ocasión nominó a las acciones de los productores rurales como “*piquetes* de la abundancia” y “pasos de comedia” dado que la mayor rentabilidad obtenida por estos sectores productivos, en los últimos tiempos, fue posible gracias a la política económica llevada adelante por su esposo Néstor Kirchner.

Entre las medidas que se llevaron adelante en el gobierno anterior en materia económico-financiera, de las más importantes fue la de sostener un tipo de cambio beneficioso para las exportaciones de productos de la ganadería y agricultura, en un contexto de economía global altamente favorable para la venta de granos, especialmente soja, por los altos precios a nivel internacional. Con la expresión “los *piquetes* de la abundancia” la presidenta intentaba establecer una comparación y diferencia con los *piquetes* llevados adelante por el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD). En este caso, el repertorio de la acción colectiva del *piquete* (corte de las carreteras) se llevaba adelante por grupos excluidos, en situación de pobreza, que reclamaban su inclusión y reconocimiento mediante demandas concretas al gobierno. Otra de las frases de este primer discurso que trascendió fue la que Fernández de Kirchner tomó de la canción “El arriero” de Atahualpa Yupanqui, “las vaquitas para ellos y las penitas para los demás” (*Clarín*, 26 de marzo de 2008). De esta manera quería resaltar que cuando los sectores agropecuarios en otras épocas sufrieron pérdidas, la sociedad debió asumir los costos, “había una socialización de las vacas flacas”; en cambio, en los actuales momentos con altos márgenes de ganancia, estos sectores económicos no estaban dispuestos a colaborar en la política redistributiva efectuada por el gobierno.⁴⁹ Este primer discurso, lejos de generar adhesión, produjo una ola de protestas en las ciudades del interior y zonas agropecuarias que eran el epicentro del conflicto. La clase media alta de la ciudad de Buenos Aires se sumó a la protesta en las calles con sus cacerolas; estos grupos sociales se manifestaban en las esquinas de los barrios de la ciudad con considerable poder adquisitivo. Se escuchaban las cacerolas en Barrancas de Belgrano, en Palermo, Las Cañitas, y también hubo protestas en zonas del norte del conurbano bonaerense como Martínez y Vicente López. La protesta más llamativa fue en la puerta de la Residencia Presidencial de Olivos, en donde los vecinos sacudían banderas y ollas frente a la residencia presidencial (*Clarín*, 26 de marzo de 2008).

El elemento a destacar es que estos sectores sociales utilizaron el mismo repertorio de protesta utilizado en diciembre de 2001. Sin embargo, dicho repertorio de protesta connotaba cosas muy distintas. En diciembre de 2001 se expresaba un hartazgo con la clase política, con las consecuencias de sus acciones en materia económica (el congelamiento de las cuentas bancarias de ahorro, popularmente conocido como el *corralito*) y una serie de cuestiones que analizamos antes. En esta ocasión, siete años después, el repertorio de protesta expresaba un abierto rechazo al gobierno kirchnerista por su estilo frontal poco conciliador y por querer llevar adelante una política que los sectores opositores calificaban como confiscatoria.

⁴⁹ Uno de los motivos posibles es que no había seguridad de que se fuera a llevar a cabo una política redistributiva sino que los ingresos del gobierno se traducirían, más bien, en mayores salarios para los funcionarios. Es decir, el gobierno no mostraba garantías de que habría una redistribución efectiva de los fondos confiscados.

Frente al escalamiento del conflicto social que implicaba no sólo la unión de los distintos sectores del campo sino de las clases medias urbanas que se sumaban a la protesta, ya sea porque estaban directamente relacionadas a la actividad agropecuaria o bien por experimentar una empatía con sus reclamos y fuerte antipatía con el estilo “autoritario” y “populista” del kirchnerismo, el gobierno sufrió una transformación que pasó de la confrontación al diálogo con los sectores rurales. El cambio de tono, sin embargo, no quitaba el carácter confiscatorio de la medida del gobierno para los sectores agrarios, por lo que el conflicto continuaba. Asimismo, si se enfoca el análisis en la reacción de la clase media porteña, observamos que se reedita un fuerte rechazo a las políticas gubernamentales redistributivas dado que ven en esta acción un costado “populista” que trae reminiscencias del peronismo, históricamente confrontado con ciertos sectores sociales, tales como la “oligarquía” ligada a la actividad agropecuaria y la clase media con ansias de diferenciarse del “pueblo”.

El mes de julio del mismo año se constituyó en otro momento clave dado que la presidenta Cristina Fernández de Kirchner resolvió, como gesto democrático, enviar al Congreso un proyecto de ley que condensaba las medidas incluidas en la discutida resolución 125 para que fuera sometida a su votación. El proyecto fue aprobado por la Cámara de Diputados donde obtuvo la mayoría del oficialismo, pero luego en la Cámara de Senadores, después de una votación reñida y pareja, se estableció una difícil situación. Ya en la madrugada, luego de una intensa jornada de discursos y declaraciones que duró 18 horas, la votación terminó igualada en 36 votos, y en esta situación el vicepresidente de la Nación, que también preside la Cámara de Senadores, tuvo que desempatar. A las 4:25 de la madrugada del 17 de julio de 2008, el vicepresidente, Julio Cobos, dio a conocer su voto en contra, lo cual significaba el retroceso de las retenciones móviles. La decisión definitiva sobre su voto fue presidida por la frase “[...] que la historia me juzgue. Voto en contra [...]”. Así selló el destino de la ley de las retenciones (*Clarín*, 17 de julio de 2008).

Esta deliberación signada por la presión y expectativa ciudadanas fue acompañada por dos marchas multitudinarias, ambas el 16 de julio, días antes a la reunión en el Senado. La marcha oficialista kirchnerista se congregó frente al Congreso de la Nación, y en ella confluyeron sectores piqueteros liderados por Luis D’Elía, sectores de la Confederación General del Trabajo (CGT), entre otros, mientras que quienes apoyaban el campo se reunieron frente a la Sociedad Rural. La Avenida Libertador se pobló tanto de ruralistas como de porteños que acompañaron la marcha. La marcha ruralista demostró más convocatoria que la del gobierno. Sin embargo, la coincidencia de ambas marchas demostraba una sociedad altamente polarizada e inminentemente conflictiva. Los oficialistas calificaban a los ruralistas de “oligarcas” y “golpistas” dado que la protesta ininterrumpida que duró aproximadamente 128 días produjo una importante inestabilidad en términos de abastecimiento, en materia económica y en la libre circulación por las carreteras, sobre todo los fines de semana. Por su parte, los

ruralistas tildaban al gobierno de “autoritario”, con una actitud poco conciliadora, con poca sensibilidad para los pequeños y medianos productores. Se los acusaba también de ir en contra de los intereses del país dado que estaban obstaculizando su crecimiento económico. Además, los ruralistas sostenían que las retenciones móviles eran confiscatorias de las ganancias de un sector productivo que había sido castigado largo tiempo y que, actualmente, ya estando en una situación favorable, en vez de apoyarlos se los seguía castigando. Es importante señalar que gran parte de la clase media de Buenos Aires estaba de acuerdo con estos argumentos. Es así que el conflicto social y político que duró más de tres meses continuados terminó con una importante ganancia de capital político para los sectores rurales y un importante debilitamiento del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Asimismo se observó que ciertos sectores medios de Buenos Aires se sumaron a los reclamos del campo.

Concepciones de *política*

Las concepciones de *política* de los ciudadanos sin participación política previa que presentamos en este capítulo fueron rastreadas considerando sus dimensiones funcionales e imaginarias. El principal elemento a destacar es que en los entrevistados sin participación política previa prevalece un *discurso de la ciudadanía* que se define en relación con la figura estatal que establece ciertos derechos y obligaciones, al mismo tiempo que señalan la distancia casi “insalvable” entre los ciudadanos y los políticos. En relación con estos últimos, sin embargo, los entrevistados destacan dos tipos de figura: la del “funcionario político”, con quien los ciudadanos establecen una distancia significativa; y la del “puntero político”, quien ofrece alternativas materiales y simbólicas a quienes no tienen recursos, lo cual acorta la distancia antes mencionada.

*Distancia entre ellos, “los políticos”, y nosotros, “los ciudadanos”*⁵⁰

Como señalamos en capítulos anteriores, en las distintas definiciones de los asambleístas predomina una concepción de la política en cuanto que forma parte de la vida cotidiana. A partir de la experiencia colectiva de participar en las asambleas, sus integrantes expresan que vivían con dificultad, de manera forzada, la separación entre la experiencia en las asambleas con sus valores y modos de establecer lazo social y las rutinas en la vida del trabajo. En otras palabras, la vuelta al mundo del trabajo con sus valores y rit-

⁵⁰ La relación entre los ciudadanos y los gobernantes está vinculada a la temática de la democracia que puede ser estudiada desde un punto de vista procedimental. Dentro de ésta existe un abanico de perspectivas que van desde Schumpeter (1983) —quien se detiene en el procedimiento de selección de los

mos particulares les resultaba distante e incompatible con la experiencia de las asambleas donde se establecían, en sus inicios, lazos solidarios y de reciprocidad.

En el caso de los entrevistados que no participaron en las asambleas barriales y que tampoco han tenido experiencia en participación política previa, observamos que existe una separación definida entre “los políticos”, generalmente relacionados con la escena política, y “los ciudadanos”, a los que se ubica como parte del “pueblo”. La distancia entre los políticos y el “pueblo” queda expresada de diferentes maneras y toma distintas acepciones. Según las opiniones identificadas, las intenciones de los funcionarios están signadas por el capital proveniente de la política electoral. Así lo expresan: “[...] en la cabecita de ellos [en los funcionarios] deben funcionar ‘los votos’ [...]” (GF 1, participante 2). Asimismo, las acciones de los funcionarios no estarían dirigidas a la sociedad en su conjunto sino que a un sector de ésta, por lo que la “figura del funcionario” resulta ajena a los intereses del “pueblo”, lo cual queda expresado de la siguiente manera: “[...] y que no se trabaja para el pueblo, lamentablemente se trabaja sólo para una parte del sistema. Depende del funcionario, nosotros tenemos apoyo para realizar distintas actividades como no [...] finalmente hacemos las cosas por la voluntad de hacerlas [...] el funcionario es alguien ajeno a los intereses e inquietudes de los ciudadanos [...]”⁵¹ (GF 1, participante 3). La figura mencionada se construye a partir de la diferencia entre cómo debiera ser el funcionario: “[...] si te desempeñas como funcionario público te debes al pueblo, a lo que prometiste lo que ibas a hacer [...]” (GF 1, participante 1); y las actitudes que efectivamente se asocian a él. Así es como el funcionario está asociado a la corrupción y a lo desvirtuado. Estas características que nutren a la “figura del funcionario” se expresan de la siguiente manera: “[...] para mí se desvirtúa en la cuestión de que el político puede manipular a la gente, puede manejar gente y ahí se desvirtúa cuando te crees que tenés el poder [...] no es que te crees, tenés el poder ante ciertas personas [...] el problema es creer que ese poder es para vos o es personal o ambicioso [...] hay una falta de conexión entre el político y el grupo que está representando [...]” (GF 2, participante 3).

gobernantes: el pueblo se limita a seleccionar a quiénes han de gobernarle— hasta Dahl (1968) —quien construye una tipología de regímenes democráticos—. Ninguna de estas miradas tiene en cuenta el costo sustancial de la democracia. Ésta es estudiada, también, a partir de la posibilidad de establecer consensos, producto de un proceso de acción comunicativa que se caracteriza por su racionalidad (Elster, 2001; Habermas, 1987). Existen otras propuestas sobre la teoría democrática que introducen críticas a la perspectiva del procedimiento y resaltan la importancia del conflicto y el antagonismo para el engrosamiento de la política (Laclau, 2005; Laclau y Mouffe, 2004; Mouffe, 2003). Perspectivas más recientes prefieren pensar la democracia introduciendo otras categorías, como la *impolítica* o bien la *política de la desconfianza* (Rosanvallón, 2007).

⁵¹ Esta apreciación coincide con los datos de opinión pública de América Latina del Latinobarómetro, que establece que Argentina está en el tercer lugar de 28 países en el ítem “se gobierna para unos cuantos grupos poderosos en su propio beneficio” (Informe, 2008).

La mencionada distancia entre representantes y representados genera un descreimiento profundo en el funcionamiento de las instancias de representación,⁵² expresado de la siguiente forma: “[...] alguien que está representando a otra persona, no me está representando a mí [...]” (GF 3, participante 7). La expresión recién señalada aparece ampliada en relación con la incidencia de los vecinos en el programa de Presupuesto Participativo llevado adelante por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.⁵³ Así lo relata una de las entrevistadas del Grupo Focal 3 de Villa Crespo: “[...] en realidad debería ser hablar del proyecto del vecino, del votante primero y ellos después, no nosotros ser representados por ellos sino que ellos representen nuestras necesidades [...]” (GF 3, participante 7). Esta última expresión no sólo refuerza la “distancia” entre el “ellos” y el “nosotros” sino que muestra una inversión en la dirección de la representación, en la que debieran prevalecer las necesidades y las demandas sociales de los ciudadanos por sobre los intereses políticos. Esta postura revela un alto contenido ciudadano dado que el gobierno debe servir a la sociedad y los ciudadanos no debieran ser desposeídos por quienes los gobiernan. Esta reflexión se concluye de la siguiente forma: “[...] no votamos propuestas, votamos proyectos que no son nuestros [...]” (GF 3, participante 7).

Estas distintas expresiones nos muestran que la aparente distancia entre los políticos y los ciudadanos se adjudica a la “figura del funcionario”, lo cual da cuenta de cierta naturalización de esta figura. Las acciones e intenciones desplegadas por “los

⁵² Cabe mencionar que en este punto de la exposición hacemos referencia a la noción que vincula a los ciudadanos y los gobiernos en términos de representantes y representados. Frente a los actuales fenómenos sociales y políticos ha sido cuestionada la legitimidad de la noción de representación política para pensar la relación entre la sociedad y la política, dado que los sectores sociales no sólo repudian a las instituciones políticas sino que aquellos grupos que se organizan colectivamente inventan otros modos de comunicación con las instituciones mediante la protesta social, la interrupción de la circulación en las carreteras, las cacerolas, los usos estratégicos y de coordinación de la acción vía internet, entre otras. Es así como en los últimos tiempos han tenido especial repercusión las nociones de *multitud* de Hardt y Negri y los desarrollos de Rosanvallón en *La contrademocracia*. Según Rosanvallón, la representación política ha perdido legitimidad en el marco de una sociedad signada por la desconfianza a los gobernantes. La “política de la desconfianza” tiene por objetivo velar por que el poder sea fiel a sus compromisos y se encuentre al servicio del bien común. Tal desconfianza democrática se expresa y se organiza de múltiples maneras, entre las cuales se pueden destacar tres modalidades: los poderes de control, las formas de obstrucción y la puesta a prueba mediante un juicio. A la sombra de la democracia electoral-representativa, estos tres contrapoderes dibujan los contornos de lo que el autor propone llamar una *contrademocracia* (Rosanvallón, 2007:27).

⁵³ El Presupuesto Participativo es un programa político impulsado durante la primera gestión de Aníbal Ibarra en el Gobierno de la Ciudad, por el que los vecinos en los Centros de Gestión y Participación de sus barrios (instancias de poder estatal local) discuten y definen las prioridades en materia de salud, en lo social y cultural y de obras públicas e infraestructura para aplicar el presupuesto. Este programa se inspiró en la experiencia de Presupuesto Participativo de Porto Alegre (Brasil). En Buenos Aires se lanzó una experiencia piloto y luego se llevó a cabo de manera efectiva el programa con alcances medios y con escasa participación y concurrencia de los vecinos que no fueran empleados públicos, integrantes de la instancia estatal.

funcionarios” reproducen la distancia entre políticos y ciudadanos y, de esta manera, demarcan los límites del accionar de la ciudadanía. Esta cuestión queda expresada así: “para el ciudadano está limitada la política a participar, a opinar, pero ejecutar ¡nunca! [...]”. Esta percepción sobre el ejercicio de la ciudadanía tendrá consecuencias en la incidencia del proceso de toma de decisiones gubernamentales y públicas. El ejercicio de la ciudadanía se limita al terreno de la opinión/consulta, aunque se vuelve restringida la posibilidad de incidir en la esfera de las decisiones.⁵⁴ De forma concluyente expresan: “la agenda la fijan otros” (GF 1, participante 4).

Sin embargo, esta distancia se transforma en una equiparación entre el político y el ciudadano al momento de exigir “rendición de cuentas” al político en sus funciones públicas. Este aspecto lo expresan de la siguiente manera: “que cumpla con lo que prometió [...] así como nosotros tenemos que dar cuenta en nuestro trabajo de lo que hacemos o no [...] ellos también debieran hacer lo mismo [...] si llevás adelante determinada política y esa política no resulta, tenés que dar explicaciones como doy en mi laburo, como cualquiera las da en su trabajo [...]” (GF 1, participante 2). Los distintos entrevistados participantes de los grupos focales destacan la ausencia de mecanismos institucionales de sanción y castigo a la mala práctica del político: “[...] no hay mala praxis del político [...] los políticos juran ante Dios y la patria pero, justamente, ellos no demandan [...]” (GF 1, participante 4). En otras palabras, éstas son instancias de sanción moral pero que no se hacen, necesariamente, efectivas mediante una sanción o castigo al político. En este sentido, los distintos entrevistados señalan que “[...] no hay un control por parte de los ciudadanos y que si lo hubiera porque, por ejemplo, en la Constitución figura que es posible derogar a los gobiernos[...] pero al presidente De la Rúa quién lo juzgó [...]” (GF 1, participante 4). La percepción de la ausencia de mecanismos de control sobre las acciones de los políticos está presente, también, en la importancia de la separación entre los distintos poderes: “[...] hay un poder ejecutivo que tiene que dar cuentas al poder legislativo [...] pero si nuestros diputados y senadores nunca van [...]” (GF 1, participante 1).

Si bien hay discrepancias respecto a la posibilidad de control del gobierno por parte de la ciudadanía, dado que algunos de los entrevistados opinan que sí existe el control, el aspecto común es el de destacar la ausencia de mecanismos de sanción y castigo efectivos para un mal desempeño de los funcionarios. Sin lugar a dudas, estas percepciones generan en los ciudadanos la sensación de que los funcionarios viven en una situación de impunidad que los mueve, de alguna manera, a comportamientos de corrupción. A pesar de esto, es posible rastrear en el siguiente apartado opiniones que

⁵⁴ En el ítem de opinión pública del Latinobarómetro “No es posible influir para que las cosas cambien, da igual lo que uno haga”, Argentina está en el sexto lugar de los 28 países de América Latina, lo cual muestra la baja credibilidad respecto de tener el poder para cambiar las cosas (Informe, 2008).

muestran una responsabilidad compartida entre políticos y ciudadanos respecto de los errores y las políticas poco fortuitas.

Hasta aquí hemos mostrado que existe una distancia entre el funcionario político y el ciudadano. Sin embargo, otra figura ligada a la política es mencionada por los entrevistados: “la del puntero político”. Se destacan las bondades de esta figura en las zonas marginales dado que no sólo procura a estos sectores de alimentos y consigue recursos vía planes sociales, sino que genera lazos políticos. Así lo expresa el entrevistado de Chacarita: “Porque el puntero político consigue dinero o planes sociales o consigue *changas* para arreglar determinado barrio, pero además hace que aparezca la política en la villa [...] La política, más allá de ser un convenio o un clientelismo, genera una salida laboral acá en Argentina” (entrevistado 1).

¿Quién tiene la responsabilidad?

El aspecto interesante a señalar en las siguientes expresiones es que tanto la falta de responsabilidad como de reflexión acerca del comportamiento electoral y sus consecuencias aparecen mencionadas en relación con los políticos y los ciudadanos.

En las elecciones en las que se eligió al jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, celebradas en 2007, ganó el candidato Mauricio Macri, un político proveniente del sector empresarial y con un perfil ideológico de derecha. La gestión anterior a ésta había sido conocida por los programas en materia de salud, de tipo cultural y social que se orientaban a una inclusión tanto de los sectores más desfavorecidos como de las clases medias empobrecidas. En contraposición, las políticas de la actual gestión han supuesto un retroceso importante en el avance de servicios y bienes públicos antes obtenidos. Frente a esta situación, surge la reflexión acerca de quiénes votaron y ayudaron a que Mauricio Macri asumiera el poder. Una de las entrevistadas señala: “[...] no lo encuentro aún, no hay nadie que me haya dicho ‘yo lo voté’” (GF 3, participante 3). Dicha frase señala una falta de responsabilidad de los ciudadanos respecto de su voto. En otras palabras, ningún ciudadano está dispuesto a asumir plenamente el hecho de que colaboró en la asunción al poder de un candidato con esas particularidades. En esta misma línea explicativa otra entrevistada dice: “[...] hacerse cargo, ¿eso es lo que nos falta a los vecinos para poder participar con la cara limpia!” (GF 3, participante 7). Aunque el hecho de no conocer a alguien que votó al actual jefe de gobierno puede interpretarse, también, como una segmentación fuerte del tejido social, es decir, que quienes votaron por Macri no tienen ninguna comunicación con quienes votaron por otro candidato.

Con la intención de cuestionar los estereotipos que “demonizan” a los políticos y “santifican” a los ciudadanos, una de las entrevistadas enfatiza: “[...] ¡yo no soy de la idea de demonizar a nadie! A mí no me gusta demonizar al tipo, porque él ganó en

justa ley. Yo creo que hay que hacerse cargo de cómo se votó [...] la gente en ese momento pensaba en la seguridad, en el hecho de que era empresario, prolijo [...] que pudo lidiar con el secuestro de su hermana, que era presidente del club deportivo Boca [...]” (GF 3, participante 7). Las últimas dos expresiones devuelven la responsabilidad al ciudadano respecto de asumir las consecuencias de su comportamiento electoral. En otras épocas de la vida democrática de Argentina, la ciudadanía, para eludir su responsabilidad respecto de la fórmula presidencial que elegía, se refugiaba en el argumento de que el candidato durante la campaña electoral prometía una serie de medidas y planes que, una vez llegado al poder, no cumplía. Los entrevistados lo expresan de las siguientes maneras: “[...] los que suben después, ya transaron con los anteriores para dejar eso sin efecto [...] Cuando tengo que votar, me pregunto por quién voto porque a ninguno le confío [...] siento que la mayoría son un discurso, luego cuando sube al poder hace lo que quiere, es todo un discurso, lo que prometió de los planes, de las plataformas políticas, dicen una cosa y cuando suben hacen otra [...]” (entrevistado 2).

Entonces la gestión del político tomaba un perfil completamente diferente, prácticamente inverso, al que el candidato mostraba en época de campaña electoral. Esta situación generaba cierta frustración en las expectativas ciudadanas, lo cual producía una deslegitimación retroactiva al momento electoral. En otras palabras, luego de algunos años la victoria electoral obtenida se reconstruía desde la subjetividad de amplios sectores de la población como no totalmente legítima ya que ésta se habría sustentado en una suerte de “engaño” orquestado por el político para obtener el voto. Sucedió de esta manera con los presidentes Carlos Menem (1989-1999) y Fernando De la Rúa (1999-2001). El primero asumió con un discurso populista y proclamando la “Revolución productiva”, pero terminó realizando programas neoliberales; el segundo sostuvo su candidatura con la idea del cambio, del combate a la corrupción y la transparencia, pero terminó reproduciendo las mismas políticas de las que supuestamente se iba a diferenciar.

Así es que ante tensiones escalonadas de los distintos sectores sociales y políticos se produjo en diciembre de 2001 una de las crisis más profundas en Argentina. En cambio, en el caso de la elección por la jefatura de la ciudad de Buenos Aires no se observa una diferencia entre lo proclamado en épocas de campaña y las políticas y los planes de reducción de ciertos bienes públicos al asumir su mandato. Lo expresan de la siguiente manera: “Macri dijo todo lo que iba a hacer, el tema es que nosotros no le prestamos atención [...]” (GF 3, participante 2).

Con la intención de ampliar qué implica la responsabilidad de la ciudadanía según las percepciones de los ciudadanos, podemos traer la siguiente expresión: “[...] en Argentina se habla mucho de derechos y poco de obligaciones [...] las obligaciones del ciudadano a lugares privados y estatales [...] ;te atienden como si fuera un lujo que te atiendan! Perdón, pero usted trabaja para mí, no es que yo lo haga para usted [...] pare-

ce un mundo al revés porque te exigen muchas cosas, pero después, ‘no, ¡espera! yo trabajo en cierto horario’ [...]” (GF 1, participante 5). En esta expresión se muestra la tendencia a reclamar derechos, aunque no se tiene la misma actitud con las obligaciones. Con el objetivo de ilustrar esta consideración, el entrevistado trae el ejemplo estereotipado del empleado público que pretende trabajar a desgano estrictamente en su horario.

Un matiz interesante del hecho de no asumir la responsabilidad del comportamiento político más restringido del voto está en la actitud conformista. Esta cuestión es expresada de la siguiente manera: “[...] lo que yo siento es que nos vamos conformando con menos, es como que uno va peleando por lugares, los consigue, se lo sacan, después por no perder lo que nos queda, dejamos de pelear [...]” (GF 1, participante 7). “[...] lo que yo siento es que, en vez de ganar terreno y mejorar las cosas, cada vez perdemos más y nos conformamos con eso que perdimos [...] nos decimos, bueno, esto es lo que nos quedó [...]” (GF 1, participante 7). Esta frase está contextualizada en el marco de la actual gestión del Gobierno de la Ciudad en la que, como señalamos, hubo una significativa reducción de los bienes públicos.

A pesar de observar una actitud en la que se ubican las responsabilidades de manera compartida tanto en los gobiernos como en los ciudadanos, al momento de la adjudicación de las culpas éstas apuntan a los funcionarios. Este aspecto queda expresado de la siguiente manera: “[...] aparte me parece como que todos tenemos incorporado que siempre hay que demostrar que uno es inocente, es al revés, somos todos culpables, entonces, como ya estamos con el tema éste de la corrupción [...] la presunción siempre es de culpabilidad, no de inocencia, tienen que demostrar que son inocentes, al revés [...]” (GF 1, participante 4). En otras palabras, la noción de que la política está inevitablemente asociada a la corrupción está enquistada en la cultura política de los ciudadanos, de tal manera que la presunción es de culpabilidad, por lo que las gestiones de los políticos deben apuntar, más bien, a demostrar la transparencia en sus acciones.

La ausencia de responsabilidad en las acciones llevadas adelante por parte de los funcionarios adquiere una significación especial al utilizar programas y políticas ya probadas en otras partes del mundo sin respuestas favorables. Éste es el caso de la Ley Federal en Educación que se llevó adelante en Argentina luego de su sanción en 1993. Así lo expresan: “[...] en política educativa, la Ley Federal, que todo el mundo salió en contra de la Ley, todos sabíamos que no iba a funcionar y no funcionó, y ¿quién pagó por eso?, por el gasto que hubo, por la inversión y por los años [...]” (GF 1, participante 1). Esta mención da cuenta de la ausencia de sanción ante la “mala praxis” del político: “no hay mala praxis del político” así, se establece una analogía con la práctica profesional médica. Como podemos observar, estas expresiones destacan la impunidad presente en las acciones de los políticos.⁵⁵

⁵⁵ En el establecimiento de esta analogía cabe una distinción en cuanto a las consecuencias de la mala praxis. Cuando los médicos tienen una mala práctica pierden su licencia y aun pueden purgar una

En síntesis, en la dialéctica responsabilidad-culpabilidad que intentamos describir,⁵⁶ si bien la ausencia de asumir la responsabilidad de los propios actos está ubicada tanto en los políticos como en la ciudadanía, las culpas se orientan, de forma decisiva, hacia los políticos. Se asume la responsabilidad pero se proyecta la culpa en los políticos. Si consideramos que la contraparte de la responsabilidad es el sentimiento de culpa, podríamos afirmar que la responsabilidad asumida por los ciudadanos es limitada o bien en un sentido formal.

Estableciendo similitudes con la noción de política

El valor de establecer similitudes con la noción de política reside en identificar los desplazamientos simbólicos que se producen, es decir, observar con qué otras se asocia esta noción, y de esta manera se pueden establecer relaciones o inferencias con los comportamientos políticos esperados.

El comportamiento político de los argentinos se describe como un ciclo signado por una euforia inicial frente a los cambios de gobierno, que luego se contrapone con una especie de desilusión generalizada frente a sus iniciativas. Los entrevistados lo expresan de la siguiente manera: “[...] los argentinos son cíclicos, viene el 2001 salen todos, ‘que se vayan todos’, después cuando los políticos quieren captar esos movimientos sociales se desbarata todo, porque es cíclico, es por momentos, hay una gran euforia, recuerdo cuando llegó el radicalismo, ¡era una gran locura! [...] la Alianza, después cayó todo de nuevo [...] la gente es cíclica [...]”. Otra entrevistada agrega: “¡Nos desinflamamos! Es una especie de fenómeno, a cada cambio de gobierno le apostamos”.

¿Cómo es posible explicar esta transformación en las percepciones sobre “la política” que se traducen en estados de ánimo y expectativas sobre sus alcances? Hemos identificado dos acepciones de la política entre los entrevistados sin participación política previa, a partir de las cuales es posible describir el carácter cíclico del comportamiento político: una dinámica y sustancial y otra minimalista-procedimental.⁵⁷ Con

sentencia; sin embargo, los políticos que tienen una mala práctica son promovidos a cargos superiores o por lo menos quedan impunes.

⁵⁶ La dinámica que se establece entre la culpabilidad y la responsabilidad se puede trabajar tanto en términos jurídicos como psicoanalíticos o bien enlazando ambas miradas. La culpa es una categoría en la que se anudan y confrontan subjetividad y ley, dado que el sujeto es capturado por la ley bajo las redes de la culpabilidad. Desde este punto de vista es posible reconocer que algo de la subjetividad está comprometido en el acto delictivo; pero esto no es suficiente, pues sólo si esa culpabilidad se acompaña de responsabilidad es posible que el sujeto dimensione cuán implicado está en la sanción penal y en el acto que ésta condena (Gerez, 2005) En otras palabras, la culpa y la responsabilidad están íntimamente relacionadas dado que frente a la responsabilidad asumida por un acto “incorrecto” o “malo” surge el sentimiento de culpa.

⁵⁷ En la nota 50 de este capítulo hicimos referencia a ambas perspectivas a partir de distintas teorías sobre democracia.

la última acepción se pone el énfasis en los procedimientos y mecanismos que aseguran un “buen” funcionamiento de la democracia, recibe el calificativo de minimalista dado que responde a una visión reduccionista de la democracia, pues no hace referencia a un proyecto amplio de cambio de sociedad. En contraposición, este último aspecto es cubierto por la primera de las dos acepciones señaladas, dado que por ésta entendemos la posibilidad de cambio y la construcción de un proyecto social y político nuevo, es decir, una concepción de política conformada a partir de las ideas de transformación, cambio y proyecto. Es interesante señalar que esta concepción, si bien está presente en los entrevistados, lo está también en función de un proyecto a transmitir a los hijos.

Así como en el caso de los asambleístas observábamos que la política se encontraba incorporada a la vida cotidiana, en el caso de los ciudadanos sin experiencia de participación política se observan otros sentidos de la política no asociada a la vida de todos los días. Así lo señalan: “No creo que tenga que estar en la vida cotidiana. Cada uno tiene que dedicarse a lo suyo, hacer su trabajo por el bienestar del país [...] aunque si hay un acto que te representa me parece bien ir a apoyarlo” (entrevista 1). Asimismo, en este grupo social de los que no participan prevalecen las acepciones de política asociadas al procedimiento de las instituciones políticas y a la esfera privada más que pública, la cual responde a la visión minimalista-procedimental de la política.

En la acepción dinámica y sustancial identificada, la política es asociada a lo conflictivo, así lo expresan: “[...] nunca van a haber acuerdos, jamás [...] es conflictivo, es conflictivo, si no no sería política [...]” (GF 3, participante 4).

Si bien en la mayoría de las acepciones de política se realiza su costado negativo, está presente también una visión positiva, aunque en menor medida. Es llamativo que las bondades de la política son resaltadas en cuanto valores que se pretende transmitir e inculcar generacionalmente. A pesar de todas las críticas desarrolladas sobre la política, los distintos entrevistados reconocen que les gustaría que sus hijos tuvieran experiencia de militancia política: “[...] yo la verdad es que prefiero que participen en política a que estén en la calle, al menos es un ámbito donde hay discusión y los chicos pueden generar espacios con otros jóvenes para resolver la problemática de los jóvenes [...]” (GF 3, participante 6). Otra entrevistada confiesa, apenada, que sus hijos en las últimas elecciones prefirieron no ir a votar. Si bien no es posible establecer una generalidad a partir de testimonios puntuales, nos interesa resaltar que el valor de la participación en la política no está del todo ausente y que, si bien es una opción contradictoria para los propios adultos, éstos mismos creen que podría ser una salida para sus hijos. El hecho de no resignar del todo los valores de cambio social contenido en la política, puede deberse a no querer anular del todo la idea de proyecto y futuro. Sin embargo, en la actitud de ubicar este compromiso en las futuras generaciones se observa una postergación de estos anhelos promovidos por la política.

Considerando la segunda acepción, con énfasis en el procedimiento, se asocia la política con la corporación: “[...] una corporación de gente que intenta prepararse para eso [...]”. Otra entrevistada del mismo grupo focal expresa: “[...] se hace para que la gente lo vea por televisión porque, en realidad, creo que no se tiene en cuenta lo que se saca de productivo en todos esos debates, y todos esos encuentros, volvemos a las corporaciones y a los intereses económicos” (GF 1, participante 3).

Si bien en un primer momento las distintas expresiones realzan el costado de la política relacionado con las normas y las reglas, al mismo tiempo, trascienden ese aspecto y asocian la política con una forma de gobierno. Observemos la manera en que lo expresan: “además de la política está la ley, está la norma, está la forma de gobierno [...] es mucho, es un todo [...] si vamos punto por punto tal vez sacamos algo en limpio” (GF 3, participante 1). Otro entrevistado dice: “Es la mejor forma de gobernar por lo menos hasta lo que yo conozco hoy día. Lo que sí en Argentina hay un problema de que no está bien vista la política [...]” (entrevista 1). Asimismo, se relaciona la política con normas que definen ciertas reglas de juego a partir de las cuales se definen “unos”, los oficialistas, y los “otros”, los opositores. Es así que dicen: “[...] lo tomo como algo muy amplio, muy abstracto, muy global, lo asocio con conducción y normas, lo puedo comparar con el oficialismo, que sería un ente de conducción, y opositores, que sería todo el resto donde se manifiestan ideas, proyectos y surge algo muy global [...]” (GF 3, participante 4).

Sin embargo, esas normas y reglas, según las distintas expresiones, además de definir el juego de la política, se orientan a favor de ciertos sectores sociales en detrimento de otros. Desde una lógica moral, del “deber ser” de la política, ésta debiera orientar sus beneficios hacia los distintos sectores sociales de igual forma, lo cual resaltaría la función inclusiva de la política. Se expresa de la siguiente forma: “[...] lo ideal sería la ejecución de una serie de pautas o normas que están a favor de una condición social de un grupo de personas, justamente atendiendo al bienestar de esas personas [...] esto nunca se hace [...] pero bueno, éste es otro tema [...]” (GF 2, participante 2). Otro entrevistado sitúa como centro de la cuestión la imposibilidad de poder beneficiar a todos de igual forma, pues hay ciertas condiciones estructurales que lo impiden: “el problema de la política es que lo que a vos te favorece a otro seguramente no, entonces es muy difícil favorecer a todos [...] ahí empieza el lío [...]” (GF 2, participante 3).

También se relaciona a la política con el aspecto más comúnmente asociado a ella, es decir, ser consonante al poder. Así lo expresan: “lo veo más como un lugar de poder [...] gobernar en pos del crecimiento del país y de la gente y de que toda la gente viva por igual, creo que eso no pasa [...]” (entrevista 2). La misma entrevistada de Almagro dice: “[...] el poder debe engeguercer a cualquiera, y en algún momento tienen que negociar determinadas cuestiones [...]” (entrevista 2). Según otras percepciones identificadas, la “política”, además de ser una esfera distanciada de los ciudadanos en

la que éstos tienen poca incidencia, se asocia a la corporación, los patrones y lógicas presentes en la esfera privada. Es importante señalar que en las distintas expresiones hay una ausencia de asociación entre la “política” y la esfera pública. Sin embargo, esta asociación sí está presente en el caso de la participación política.

Un elemento peculiar de estas distintas acepciones rastreadas está relacionado con la temporalidad de las acciones en la política. Según las percepciones identificadas, hay una falta de continuidad en los planes y programas que se llevan adelante: “además es un tema de política que no tiene continuidad, el que sube tiene que destruir lo que hizo el anterior para diferenciarse, en vez de aprovechar las cosas que sirven y basarse para mejorar eso, ¡no!, tiran todo por la ventana [...]” (GF 1, participante 2). La falta de continuidad en el uso de las políticas refuerza la idea de que es difícil la construcción de éstas sobre una base sólida. Nuevamente, prevalece el beneficio generado por la acumulación del capital político individual por encima de un interés general que pudiera nutrirse de aquellas políticas que se llevan a cabo de forma continua. Es decir, la política no está asociada a la construcción de un proyecto político sólido y continuo sino, más bien, a una esfera de poder con carácter intermitente que toma la impronta de aquel que asume el mandato.

Sin embargo, habría otra temporalidad dada por las coyunturas políticas, ya que cuando un conflicto social es politizado suscita la participación y generación de opiniones de las personas. En relación con esta cuestión hemos extraído las siguientes frases: “[...] dentro de todo el manejo que fue el tema, de las retenciones me parece importante, es la primera vez en mi vida que veo un debate en el Congreso, creo que eso es parte de participar de la política, más allá de que dentro de esa participación estuvieran haciendo política” (entrevista 2). Es decir, se observa que “participar” en política no sólo es el hecho de asistir a un acto político, sino la actitud de estar informado e involucrado en un problema político que tomó trascendencia pública. Así lo expresan: “[...] no podés ir a un acto o tomar una decisión por lo que crees, por las frases hechas, por los dichos y códigos comunes y no informarte realmente sobre cuáles son las posiciones a tomar, o sea: ‘¿qué me quiere decir esta gente?’” (entrevista 1). En este sentido, al preguntarles sobre la forma de generar instancias de participación desde el gobierno, algunos de los entrevistados hicieron referencia al proyecto de radiodifusión que quiere impulsar el gobierno kirchnerista, así los medios de comunicación se distribuirían la tercera parte al sector privado, el otro tercio a lo público y el otro a las radios comunitarias. El proyecto de Ley de Radiodifusión logró ser aprobado por la Cámara de Diputados en septiembre de 2009 y será discutido en la Cámara de Senadores.

En síntesis, hemos rastreado dos acepciones de política que explicarían el carácter cíclico del comportamiento político en el caso que estamos estudiando. Ante la asunción de un nuevo gobierno se produce una sensación de cambio que genera expectativas y aire nuevo en la escena política. En un segundo momento, cuando el gobierno

echa a andar se genera un juicio, algunas veces infundado y otras no tanto, de que los gobernantes repiten las prácticas que se esperan del ámbito político: la impunidad, gobernar en función de intereses particulares, ausencia de transparencia y responsabilidad en las acciones políticas, entre otras. En este momento es cuando retorna la desilusión en los ciudadanos respecto de la posibilidad de cambio desde la instancia política. Observamos que la política, si bien es una instancia “conflictiva”, también implica “normas y reglas” que establecen “ciertas reglas de juego” en las que se moverán los oficialistas y los opositores. A pesar de existir un ideal de política pública asociado a la distribución equitativa de bienes y servicios, en los hechos las reglas de juego establecidas producen el beneficio de ciertos sectores sociales en detrimento de otros, es decir, se percibe un uso discrecional del poder de distribución de los recursos. En este sentido se relaciona a la política con las lógicas y los patrones propios de una corporación, además de que no se observa continuidad en las iniciativas políticas dado que éstas quedan interrumpidas ante la asunción de un mandatario con color político e ideológico diferente. En último término, la política fue asociada a lo que más comúnmente se relaciona con ella: el poder, y en algunos casos, abuso de poder.

*¿La participación política es un valor en sí mismo?*⁵⁸

Cuando se indaga sobre la importancia de la participación política, varios entrevistados están de acuerdo en mostrar que la participación es una forma de relación con la esfera pública y que tiene un valor en sí misma. Sin embargo, con esta afirmación no estaríamos contribuyendo mucho al tema. Un entrevistado decía “[...] es como decir que la avena Quaker es buena,⁵⁹ y claro, uno dice Quaker y lo asocia inmediatamente con algo bueno y positivo, igual pasa con la participación”. Por esto, uno de los aportes de esta sección será pensar las condiciones de la participación según las percepciones identificadas, qué motiva o desmotiva a la gente a participar o no. Considerando los apartados precedentes, la desconfianza hacia las instituciones políticas y la distancia que se percibe entre políticos y ciudadanos desmotivan a la gente a parti-

⁵⁸ Es importante señalar algunos datos generales proporcionados por la opinión pública en América Latina medida por el Latinobarómetro, estudio de opinión pública que aplica anualmente aproximadamente veinte mil entrevistas en 18 países de América Latina, lo cual representa a más de cuatrocientos millones de habitantes (Informe, 2008). En el ítem “La democracia garantiza la libertad de poder participar en política”, Argentina se ubica en el lugar 14 en un total de 28 países, empezando por quienes creen que la democracia genera las condiciones necesarias para participar. La confianza en los partidos políticos es media. En el ítem “Lo más efectivo para cambiar las cosas es votar”, Argentina está ubicada en el sexto lugar, por lo que es baja la creencia de que se puedan cambiar las cosas por medio de la participación en las protestas y movimientos sociales.

⁵⁹ Con el ejemplo citado el entrevistado hace referencia a una propaganda televisiva en la que una mamá hablaba de las bondades de avena Quaker para el crecimiento de sus hijos.

cipar. Un entrevistado expresa: “Puede ser que a mucha gente la desmotiva que los políticos terminan trabajando en beneficio propio y no en beneficio del pueblo” (entrevista 1).

En general, los entrevistados confiesan la contradicción que les genera la participación política al evaluar los alcances efectivos que podrían lograr con ésta. Así lo expresan: “[...] lo que sí te contestan cuando vas a una marcha [...] y te dicen: ¿para qué vas si está todo arreglado?, yo no creo que tenga que ser así, si uno no hace frente a las situaciones, si uno no se expresa, sí está dejando ese lugar a [...]” (GF 1, participante 3). Otra entrevistada continúa: “[...] igual sigo pensando que cuántos más somos manifestándonos, es como que hay que mirarlo con respeto” (GF 1, participante 2). Frente a esta percepción que incentiva la participación hay otras que la desestiman debido a que responde a una especie de simulación que, en última instancia, no logrará cambios reales. Durante la alocución grupal una entrevistada comenta: “le estamos dando vueltas al asunto de la participación, por qué algunas veces participamos y otras no [...] ¿qué nos desilusiona para no participar!” (GF 3, participante 1). Otra participante contesta:

[...] creo que realmente es eso, ese entramado político tan vertiginoso, tan desesperante, en otros hace que la gente opte por no participar [...] hoy escuchás, “me da lo mismo”, “es siempre lo mismo [...]”. La gente va a votar, piensa que no va a votar un modelo nuevo porque, de todos modos, después arreglan y es más de lo mismo, por esto la gente no participa y no se arriesga (GF 1, participante 7).

Debido a la falta de credibilidad con la que cuentan no sólo las opciones más conocidas y tradicionales sino también aquellas que se ofrecen como nuevas propuestas, la gente prefiere no asumir el “riesgo” de participar.

La contradicción entre ambas posiciones, aquella que incentiva la participación y otra visión que la desestima, está presente en lo siguiente: “[...] lo que pasa es que en el imaginario de la gente, algunas veces a mí esto me pasa como contradicción, por un lado, siento que tengo que participar para no dejar ese lugar vacante, pero por otro lado siento que es inoperante mi participación porque hay alguien que decide más arriba y que tiene el poder [...]”. Más allá de las posiciones tomadas respecto del valor “real” que tiene la participación, el aspecto interesante a señalar es que ésta sí está asociada al espacio público, cuestión que se manifiesta en expresiones como: “[...] siento que tengo que participar para no dejar ese lugar vacante [...] cuántos más somos manifestándonos, ¿es como que hay que mirarlo con respeto!”. Como vimos en los apartados anteriores, las acepciones de política identificadas asociaban a ésta con la corporación y los intereses individuales más que con la esfera pública.

Ahora bien, ¿qué mueve o motiva a la participación? Comenzaremos por la visión general de uno de los entrevistados, que expresa: “[...] la participación está motivada

por la necesidad de la gente de encontrar respuestas favorables a determinadas situaciones y necesidades” (entrevista 1). Algunos señalan que la convocatoria a la participación tiene que contener una propuesta y objetivo claros, inspirada en la iniciativa ciudadana para encontrar soluciones, que no esté sustentada en la crítica por el hecho de quejarse. Desde esta perspectiva, el elemento principal para decidir participar es que la propuesta del acto político sí represente. Se utiliza la noción de *representación* para definir la relación entre ciudadanos y políticos, más allá de la falta de credibilidad o legitimidad que se adjudiquen a las instituciones políticas. Continúa el mismo entrevistado: “[...] aquí se motiva más hacia la crítica que hacia la construcción. Es más fácil juntar gente para que te critique que para que te apoye [...]” (entrevista 1). Entonces, ¿qué tipo de propuestas son las que más convocan a la participación? Aquellas que se construyen y sostienen en oposición a otra propuesta. Otros agregarán: “sólo participamos cuando nos tocan el bolsillo, ¿qué manifestaciones masivas hubieron? La del *corralito* y la del campo [...] no muchas más [...]” (entrevista 2). A partir de esta expresión observamos que existe una relación directa entre la clase media y su conducta de cuidado hacia sus ahorros o bienes materiales. Sin embargo, en los capítulos precedentes mostramos las diferencias que se podían establecer entre “los ahorristas”, que si bien fueron parte del *cacerolazo* de diciembre de 2001 no participaron en las asambleas, y “los asambleístas” en relación con los sentidos que le otorgaban a la acción colectiva del *cacerolazo* y los motivos que los llevaron a participar en éste. Además sostienen que no hay una cultura de participación: “creo que tiene que haber una cultura de participar más y pedir más a los gobiernos que cumplan su función [...] pero creo que nos falta educación política [...]” (entrevista 2).

De todos modos, no debe llamarnos la atención que la experiencia de la participación política, en algunas ocasiones, puede estar montada en una especie de “ilusión colectiva” cuando en realidad está movida por intereses individuales o de sectores particulares. Un entrevistado de un grupo focal lo expresa de la siguiente forma: “[...] igual toda esta movida de gente manifestándose para modificar una ley, es una especie de ilusión de que hay cierto movimiento político, que no sé si es tan así, porque por ahora toda la gente que se moviliza va con un interés totalmente creado” (GF 2, participante 4).⁶⁰

Una cuestión interesante es que así como se observa una desilusión respecto a la participación en los partidos políticos, no sucede lo mismo con las experiencias autogestivas dentro de las cuales están las empresas recuperadas, las mismas asambleas

⁶⁰ Esta frase fue suscitada por la manifestación ocurrida frente a la Sociedad Rural liderada por las principales cabezas de los distintos sectores de la producción agropecuaria mencionados más arriba. Estas marchas habían ocurrido pocos días antes de realizar los grupos focales.

barriales o bien la conformación de colectivos políticos.⁶¹ La autogestión implica la capacidad para llevar adelante proyectos colectivos sin el apoyo o “padrinazgo” de una organización corporativa (aunque también la autogestión es utilizada para hacer referencia a emprendimientos individuales autogestivos). Si bien los entrevistados están de acuerdo en las limitaciones que sufren estas experiencias, subrayan sus bondades en términos de la iniciativa de un nuevo proyecto, los efectos en las producciones colectivas y en las subjetividades. Esta cuestión es expresada de la siguiente forma: “Me parece que el poder autogestivo que puede tener la gente es válido. Me parece que hay poca participación o que la gente no confía en que su poder está en el poder hacer [...]” (GF 1, participante 1). “[...] tiene que haber una convicción muy fuerte, lazos de solidaridad no sin costos, porque esto tiene costos, pero de cualquier manera son avances, lo mínimo que tiene que haber es una cosa ideológica [...]” (GF 1, participante 2).

Estas apreciaciones sobre las bondades de la autogestión para generar participación están matizadas por lo siguiente: “Igual no tenemos una cultura de mucho compromiso, históricamente siempre hicieron lo que quisieron [...] y hemos priorizado el cambio pero nunca hubo un compromiso real [...]” (GF 1, participante 2). El hecho de que nunca hubo un “compromiso real” con iniciativas sociales que trascendieran la posición individual está presente también en otras expresiones: “[...] yo puedo teorizar un montón de cosas, me encanta teorizar pero vivirla es distinto. Yo puedo teorizar un montón de cosas sobre los pobres, pero que lo hagan los demás, yo no saco nada de los bolsillos para ayudarlos, hay tantos que han teorizado [...]” (GF 1, participante 5). En esta misma línea expresan: “[...] tiene que ver con el hecho de que al vecino le importa su arbolito, su veredita, y no sabe si al lado vive, quién vive, ¿ni se sabe quién vive al lado!”. Con la intención de introducir una mirada explicativa de mayor alcance sobre estos asuntos, orientados ya no hacia una actitud o comportamiento individuales sino a un conjunto de valores que responden a cierto “modelo de sociedad”, una de las entrevistadas dice: “[...] esto tiene que ver con el modelo de la sociedad, con estas cuestiones políticas que van enraizándose en lo más profundo del seno familiar, donde los chicos dejan de tener conciencia del otro” (GF 3, participante 7).

Los distintos entrevistados plantean las limitaciones de la autogestión de diversas maneras, por lo que señalan la importancia de que estas experiencias se encuentren

⁶¹ Las experiencias autogestivas son aquellas iniciativas que surgieron en contexto de crisis; fueron utilizadas para gestionar emprendimientos individuales de venta de comida y ropa, pero su expresión más interesante es la que se dio en el marco de las Empresas Recuperadas por sus Trabajadores (ERT). En contexto de crisis hubo una gran cantidad de grandes, medianas y pequeñas empresas que se declararon en quiebra, frente a esta situación los trabajadores optaron por “tomar” la fábrica y luego con sus propias habilidades y recursos echarla a andar (para mayor información sobre estas experiencias véanse Gracia, 2008 y Reblón, 2007).

apoyadas por un partido político o un sindicato. Esta consideración es señalada de la siguiente forma: “[...] acá en Argentina si no estás apoyado por un partido o un sindicato, no pasa nada... la autogestión, ésta es una idea mía, la autogestión para mí no existe, termina como terminaron los cacerolazos, en mi barrio era algo ‘monumental’, al otro día quedaron cuatro personas haciendo un hornito en el parque, después hacían pan y no sabían a quién dárselo [...]” (GF 3, participante 3). Es decir, el partido político es pensado como un catalizador de las experiencias autogestivas como son las empresas recuperadas o bien las asambleas barriales. Esta percepción, aportada por alguien que trabaja en la gestión pública, de alguna manera matiza el fuerte rechazo que en general los entrevistados manifiestan en relación con los partidos políticos. La mayoría de los entrevistados estuvieron de acuerdo en sostener la importancia de generar una alianza entre estas valiosas experiencias e instituciones políticas y gremiales, aunque también advirtieron sobre los riesgos de esta alianza para mantener y preservar la independencia, sobre todo ideológica, de la organización autogestiva.

En contraposición a la participación autogestiva, dentro de los colectivos se identifica también la participación “profesionalizada”, que es aquella generada por un partido político mediante incentivos económicos que se le dan a alguien para que participe en un acto político, marcha o manifestación, entre otros. Es posible identificar distintas posiciones respecto a la participación “profesionalizada”. Están quienes observan en esta forma de incentivar la participación una manera de aprovecharse de la necesidad de aquellas personas que no tienen recursos; en cambio, otros sostienen que si la persona destina su tiempo para asistir a la marcha es legítimo que se le pague algo a cambio. Así lo expresa uno de los entrevistados: “Darle cien pesos a un tipo, como se suele decir, para que vaya a un acto, no sé si está tan mal si lo miras desde otro lado. Yo puedo ir a una marcha porque tengo auto y puedo dejar de trabajar un día y no un tipo que no tiene los medios para ir. Entonces que te pongan un micro y paguen cien pesos no lo veo mal” (entrevista 1). Sin embargo, como señalamos más arriba la participación en la política no sólo es asociada a la asistencia a un acto político sino que también se hace referencia al manejo de la información. Por esto, cuando se les preguntó a los entrevistados cómo era posible incentivar la participación desde el gobierno hicieron referencia a un proyecto de radiodifusión que contuviera las distintas voces en la transmisión de las noticias: la privada, la estatal y la de las organizaciones civiles.

En síntesis, según las percepciones identificadas, observamos una contradicción sobre la importancia de la participación política: si bien no se cuestiona el valor que tiene en sí misma, los entrevistados comparten sus dudas sobre los efectos reales que ésta tiene para los tomadores de decisiones y, por tanto, para la esfera de la política. Se resalta, también, la importancia de que la participación esté movida por una propuesta y objetivo claros y no por el mero hecho de criticar y protestar. Los entrevistados

hacen hincapié en las participaciones políticas sostenidas en una propuesta que represente y convoque a quien participa. Algunos resaltan que la participación debiera formar parte de la vida cotidiana (aunque no existe una cultura política que la sustente) mientras que otros la relacionan con eventos políticos específicos. Varios están de acuerdo en sostener que el conflicto de los distintos sectores agropecuarios con el gobierno colaboró en la politización de la sociedad, aunque también la polarizó. Dicha politización se vio en las manifestaciones multitudinarias a favor y en contra de las retenciones móviles, en que la ciudadanía estaba atenta al conflicto con el manejo de información y asumiendo una posición al respecto.

Contrapuntos con la experiencia asamblearia

Como destacamos en capítulos anteriores, las asambleas barriales se organizaron con base en la deliberación y decisión. Más allá de las dificultades, los problemas y las tensiones suscitados por esta organización, el objetivo de promover esta forma organizativa radicaba en la intención de incentivar lazos horizontales de comunicación, interacción y decisión. Así como en este caso prevalecía un *discurso asambleario* sustentado en los valores de reciprocidad y solidaridad, en el caso de las personas sin participación política aparece un *discurso de la ciudadanía*. Por esto no es de extrañar que piensen la relación entre ellos mismos, ciudadanos, y las instituciones políticas en términos de representación, y hagan alusión a frases como “no nos sentimos representados”, “participar de un acto político que te represente”, entre otras.⁶² Al mismo tiempo hacen referencia, implícitamente y de distintas maneras, a una distancia “insalvable” existente entre los ciudadanos y los políticos. El papel de los ciudadanos frente a los tomadores de decisiones y la esfera política es “el de opinar y consultar

⁶² Según los datos del Latinobarómetro (Informe, 2008), Argentina tiene baja confianza en empresas privadas como los bancos. Este país se encuentra en el cuarto lugar entre los que menos confianza tienen. Considerando la totalidad de los países, se observa un aumento de la confianza en bancos y empresas privadas desde 2003 a 2008. En el periodo 2001 a 2008 del Latinobarómetro, Argentina es el país que está más a favor del Estado para resolver los problemas, le sigue Paraguay y Nicaragua, y es Guatemala el que está menos a favor. En relación con el buen funcionamiento de las instituciones públicas, Argentina se encuentra por debajo de la mitad empezando por quienes creen que las instituciones públicas tienen un muy buen funcionamiento. Otro indicador interesante son los factores de la confianza en instituciones públicas. El motivo principal “si tratan a todos por igual” ha aumentado en los últimos tres años de 50% a 58%. El segundo criterio para confiar en las instituciones públicas es “si se cumplen con las promesas” con 28% que junto con el tercer motivo, “admitan sus responsabilidades cuando se equivocan” (24%), no tienen variación en los últimos tres años. Finalmente, es posible señalar un aumento en la corrupción. Argentina cree que de cada 100 funcionarios 76 son corruptos, se cree que hay más corrupción en la política que en la sociedad. También hay datos que señalan que hay un mayor combate a la corrupción.

pero ejecutar nunca”. Por esto, los entrevistados no identifican los canales mediante los cuales incidir en las políticas públicas utilizadas, y es así que sostienen: “la agenda la fija otro”, o bien, “nosotros no votamos nuestras propuestas sino proyectos de otros”. Esta distancia con la política, según sostienen, puede acortarse por medio de la figura del “puntero político”, que con los planes sociales consigue soluciones a los problemas de la gente al mismo tiempo que hace que aparezca la política en las zonas y barrios marginales; o bien con lo que hemos llamado la “participación profesionalizada”. Estas bondades de la política han sido resaltadas a pesar del clientelismo que se puede generar. En estos temas, sin embargo, hay posiciones encontradas. Otra forma señalada para acortar esta distancia es a partir de la información que se puede socializar y diversificar con un proyecto de radiodifusión que contenga las distintas voces.

Debido a que las asambleas barriales aparecieron al calor del lema “Que se vayan todos” (más allá de haber mostrado que el “todos” significaba varias instancias y entidades), la discusión se daba en torno a la forma de organización que ellos mismos se querían dar en el marco de una democracia directa, independientemente de las instancias gubernamentales. En este punto ya establecimos la relación entre esta forma de gobierno basado en la deliberación, la horizontalidad y la construcción de un proyecto utópico. En otras palabras, una vez establecido entre los asambleístas el consenso sobre la falta de legitimidad de la “representación política”, la tarea colectiva consistía en pensar formas alternativas de política. Por esto, al interior de las asambleas se daba una importante actividad reflexiva, de revisión de los valores y las creencias existentes, que está ausente en las alocuciones de ciudadanos sin participación política. En las discusiones de los asambleístas no estaban presentes opiniones sobre la figura del funcionario y el desempeño de los gobiernos

En los asambleístas resultaba valorada la experiencia de militancia con la que se contaba, no en función de un futuro sino para un presente mejor. Desde esta concepción, la política tenía que formar parte de sus vidas, por esto algunos se planteaban el desafío de tener una continuidad entre el “mundo de la asamblea” y el “mundo del trabajo”, observando como alternativas laborales las experiencias de economía solidaria. Esta concepción cotidiana de la política no estuvo presente entre los ciudadanos sin participación, sólo como un ideal en pocos casos. En cambio, la política es asociada básicamente a una forma de gobierno, a las normas y reglas que se establecían entre opositores y oficialistas, y al ejercicio mismo del poder. Es decir, en sus visiones prevalece una concepción procedimental de la política y asociada a sus instituciones. Debido a la fuerte falta de legitimidad que estas últimas tienen desde hace tiempo es que también son asociadas con la impunidad. En este punto los ciudadanos sin participación política denuncian la ausencia de mecanismos institucionales que lleven a la sanción y castigo de los políticos. Sin embargo, un elemento que nos resultó llamativo es que los entrevistados sin participación prefieren ubicar los errores o malas acciones tanto en los políticos como en los ciudadanos. Los entrevistados señalan que los

ciudadanos debieran hacerse responsables de sus comportamientos electorales que apoyan al político no indicado.

Observamos entonces que la forma organizativa de gobierno está sustentada en ciertos valores y creencias dando forma a un discurso ya sea asambleario o ciudadano, no sólo estableciendo determinada relación entre la sociedad y la política sino también graduando la distancia o aproximación entre ambos. La democracia directa de las asambleas barriales se sustenta en formas alternativas de poder y en ese sentido en una utopía; en las asambleas se muestra un horizonte sostenido en un proyecto político. Más allá de que no existió un programa político consensuado y de las dificultades del funcionamiento de las asambleas –circulación de poder, peso de ciertas voces más que otras en la toma de decisiones–, sí estuvo presente la idea de “proyecto político” sostenido en lazos sociales de reciprocidad y solidaridad. En cambio, en el discurso de la ciudadanía no se observa una idea de proyecto político y se hace referencia más bien a formas de relación individuales: “cada uno haciendo lo suyo [...]”, y a los derechos y las obligaciones en los que un interlocutor permanente son las instituciones políticas, como el Estado, el gobierno y los políticos.

Al considerar los discursos de quienes participan (en nuestro caso asambleístas) y de quienes no lo hacen, se desprende cierta continuidad con los comportamientos políticos. En este sentido, son discursos y conductas políticas que se autoreproducen. Aunque no hay manera de argumentar de qué forma los que participaban dejan de hacerlo, y los que no participaban empiezan a hacerlo.

Conclusiones

I

LA PRESENTE INVESTIGACIÓN HA CONTRIBUIDO en el aspecto teórico-conceptual en varios sentidos. En primer lugar, realizamos un esfuerzo intelectual y empírico con el fin de establecer las relaciones entre los procesos de movilización de una experiencia colectiva y sus efectos subjetivos. En este sentido resultaron fructíferos aquellos conceptos que nos permitieron explorar el proceso de pasaje de “lo social” a “lo político” y de aquí a sus efectos en la subjetividad. Conceptos como *centralidad subterránea* (Maffesoli, 1993 y 2004), *subpolítica* (Beck, 1999) e *imaginario instituyente* (Castoriadis, 1999 y 1989) mostraron ser adecuados para esta tarea. En esta misma línea, la noción de “estado naciente” de Alberoni (1984) permite estudiar los elementos de creación y observar su proceso de institucionalización, viendo la manera en que se conservan los aspectos de originalidad y los mecanismos que los opacan. En las páginas anteriores intentamos detectar qué se “pierde” y qué se “conserva” del estado naciente y mostrar las cualidades que lo diferencian de una exaltación colectiva. Observamos un estado naciente debido al profundo cuestionamiento de las instituciones existentes, a la reciprocidad que se conformó para afrontar la adversidad y a la revisión de los valores.

Además de los conceptos que contribuyeron al estudio de la creación, se introducen otros que cuestionan la relación del surgimiento de las asambleas barriales con la idea de espontaneidad. El dicho “Nosotros no nacimos ese día” pone en evidencia la existencia de un repertorio simbólico-cultural y también sentimientos que se vieron plasmados en la protesta particular de las asambleas barriales, las cuales se caracterizaron por tener un importante componente reflexivo y deliberativo. En este sentido, “la práctica asamblearia estaba ahí [...]”, contenida en los saberes y las prácticas de sus integrantes, quienes habían tenido experiencia de militancia previa ya sea en los centros de estudiantes o en los sindicatos.

Es por esta razón que una parte central de nuestro trabajo estuvo dedicada a estudiar la afectividad, las emociones y los recursos simbólicos y culturales de los integrantes de las asambleas barriales de Buenos Aires. A partir de la identificación de las

emociones y los recursos, pretendemos dar cuenta del proceso sociopolítico que dio lugar a las asambleas y comprender el pasaje de lo subjetivo a lo colectivo y de allí a lo político. Hemos partido de las emociones básicas (miedo y angustia) para observar su elaboración en el encuentro con los otros, a partir de lo cual se establece una identidad grupal en el marco de las asambleas que luego las trascendió y las convirtió en potenciales redes sociales de apoyo para futuros eventos políticos. Cuando un grupo se encuentra en estado naciente da lugar a una nueva realidad dotada de valor que intenta perdurar. Analizamos también el lazo social que se estableció en el marco de las asambleas en su dimensión imaginaria (ideacional y utopía) y funcional (organización de la vida cotidiana). Resaltamos asimismo la reciprocidad que se comprueba en un estado naciente. Sin embargo, la vinculación con la realidad externa es asimétrica dado que ni la reciprocidad ni la prueba (que el otro esté dispuesto a dar lo mismo que uno) pueden ser asumidas “fuera” del estado naciente. Es así que cuando las instituciones entran en normalidad y vuelve el orden, la relación con el mundo externo empieza a prevalecer, y por tanto baja tanto la participación y empiezan a perder sentido los valores creados en torno a la reciprocidad. Esta consideración se vincula con la diferencia que establecen los asambleístas con los grupos populares piqueteros, con los que en un inicio hubo lazos de solidaridad. De esta manera reproducen una identidad objetivada que imprime una lógica distinta a la identidad pensada como recurso resultante del trabajo del actor (Dubet, 1989), o bien definida como actos de identificación que instauraron nuevas significaciones y prácticas (Aboy, 2005). En referencia a los recursos culturales, observamos los elementos históricos que ayudan a comprender la acción colectiva del *cacerolazo*, destacamos aspectos de la memoria colectiva e indagamos acerca de los saberes y las prácticas con los que cuentan los asambleístas por su participación política previa.

Por último, con la intención de reconsiderar las asambleas barriales en contraposición con otro movimiento social contemporáneo, como el Movimiento de Trabajadores Desocupados, establecimos una comparación entre ellos con el fin de argumentar por qué las asambleas barriales no lograron desarrollarse como un movimiento social unificado que pudiera cristalizar un proyecto político común –sino que derivó en tribus–, mientras que el movimiento de piqueteros sí lo consiguió.

II

Los hallazgos obtenidos pueden organizarse en cuatro rubros: el primero apunta a la *acción colectiva* del *cacerolazo* del 19 de diciembre de 2001; el segundo se refiere a los aspectos organizacionales de las asambleas barriales; el tercero está relacionado con los sentimientos, valores y saberes que suscitaron la práctica asamblearia; y finalmente en cuarto lugar podemos establecer diferencias entre el “discurso asambleario”, generado

por los asambleístas, y el “discurso de la ciudadanía”, identificado entre aquellos ciudadanos sin participación política previa que nos ayuda a inferir los comportamientos políticos de la clase media.

En torno a la acción colectiva del *cacerolazo*, hicimos referencia a su carácter de eferescencia y automatismo. En otras palabras, la gente salió a la calle sin mayores miramientos. Es así que el estado de sitio declarado por el presidente Fernando De la Rúa generó el efecto contrario al buscado originalmente: el hecho de que la gente ganara las calles puso en evidencia la falta de legitimidad del gobierno. Señalamos también la manera en que el sentimiento de injusticia atravesó las distintas esferas de la sociedad: política, financiera y social, lo cual impulsó la acción colectiva del *cacerolazo*. Al momento de describir la acción, identificamos elementos que mostraban lo previsible de la explosión/reacción que tuvo lugar en diciembre de 2001. Se observó también que la mayoría de los asambleístas —a diferencia del resto de la sociedad argentina— vivió los acontecimientos con alegría por las cosas que estaban sucediendo a nivel colectivo. Por esto expresaban: “[...] era el paraíso del militante [...]”, o bien “[...] fueron los meses más intensos de mi vida [...]”. Entre los motivos que explican estos sentimientos, los asambleístas hicieron referencia al valor que tenía para ellos participar de un espacio político distinto al de las instituciones político-partidarias y gremiales, y sumarse también al desafío de la construcción de un proyecto de sociedad y país alternativo. Los asambleístas de Colegiales destacaban la importancia y el desafío de “ser/estar ahí” en la asamblea, sin jerarquía de saberes ni profesiones e intentando eludir los ropajes de la “vieja” militancia. De este modo, proponían trascender a las asambleas barriales, autodisolverse y constituirse en “tribus” según las afinidades; es decir, no establecer una unión sólo por la inscripción territorial sino por las afinidades e intereses comunes. En cambio, aquellas asambleas que actualmente continúan en funcionamiento están discutiendo formas de organización que permitan sostenerse a lo largo del tiempo (establecimiento de reglamentos, pautas de convivencia, distinción entre asambleístas: plenario o simplemente asambleísta).

Si pensamos el estado naciente como la verificación de lo esencial, es decir, de los principios que le dieron lugar, una vez perdido dicho estado se pierde la matriz misma del fundamento. Si consideramos los devenires de las asambleas, aquellas que propusieron disolverse (aunque siguen latentes) aludiendo a una desvirtuación de los sentidos que les dieron origen, en esta intención pretenden perpetuar la esencia del estado naciente. En cambio, aquellas otras que devinieron en comedores populares o que privilegiaron actividades asistenciales se transformaron hacia una institucionalización de paliativo de la pobreza. No es nuestra intención quitar valor a este destino, simplemente queremos señalar que se observa en estos casos una extinción del estado naciente. Debido a que este estado es naciente y no permanente, tiene la cualidad de ser pasajero, si no ya estaríamos hablando de un proceso de institucionalización. Asimismo, para quienes siguen con las actividades asamblearias éstas se vuelven una especie

de rituales “dado que la institucionalización prevé reactivar el estado naciente sobre la base de rituales pero se vuelve intolerante sobre la innovación radical” (Alberoni, 1984:253). La expresión “la asamblea no cierra por vacaciones” no sólo da cuenta de la incorporación de las asambleas a la vida cotidiana, sino también de la ritualización de la experiencia social.

Respecto a los aspectos organizacionales, los objetivos de las asambleas no lograron concretarse en un proyecto político articulador, aunque la actitud de búsqueda de tales objetivos fue permanente. Una de las funciones de esta búsqueda era la de explicitar (“poner en palabras”) la experiencia que se vivía desde la asamblea barrial. Sin embargo, es posible describir dos líneas principales de debate. La primera se refiere a la discusión acerca del alcance en la proyección de las asambleas, en donde se podía identificar una visión que privilegiaba el nivel local en contraposición a otra que intentaba extender la experiencia a nivel nacional. La segunda línea de discusión se establecía en torno a si las asambleas debían dedicarse a tareas asistenciales o bien a actividades culturales. Para los militantes de los partidos de izquierda, quedarse en el barrio era como “pintar un edificio que se estaba derrumbando”. En cambio, los asambleístas vecinos preferían quedarse trabajando en las cosas concretas del barrio, es decir, no tenía sentido para ellos organizar marchas a la casa de gobierno o “sumarse al Foro Romano de los grandes relatos e ideas”. Estos últimos relacionan la actitud de construir un proyecto ambicioso y casi inalcanzable con la imposibilidad de llevar “adentro” de la asamblea las propias necesidades y problemas. Sin embargo, este mecanismo de proyección no se condice con el desafío que manifiestan de “ser/estar ahí” en la asamblea.

Observamos que hablar de los grandes proyectos, o bien de otros grupos sociales, en abstracto activa un mecanismo de proyección por el cual se depositan los problemas afuera. En cambio, cuando el miedo por la represión policial de los piqueteros tiene efecto en las asambleas, se genera, más bien, un mecanismo por el cual se introyecta el miedo y vuelve a aparecer el problema de la inseguridad. Mostramos la manera en que el ocultamiento y la proyección son mecanismos que se complementan para asegurar el lugar social de la clase media, que no tiene problemas relacionados con la supervivencia, focalizando este asunto en los sectores populares. La actitud de ocultamiento de la situación de empobrecimiento de la clase media agudiza su situación de vulnerabilidad pues no está preparada para ser asistida. La negación en algunos casos ha llegado al punto de la simulación de una realidad distinta a la que les tocaba vivir.

Este asunto de “distinción” respecto de las problemáticas de los sectores populares se expresa también en la definición de la segunda línea de debate: la discusión acerca de si las asambleas debían enfocarse en tareas asistenciales o dar privilegio a acciones culturales. En realidad, estas actividades no debieran plantearse en términos dicotómicos sino que tendrían que integrarse en un proyecto articulador.

Respecto del desafío de la horizontalidad a ultranza, se llega a la conclusión de que la mejor manera de funcionar es la combinación entre la forma asamblearia de decisiones con la delegación de tareas. Con el paso del tiempo, como ya dijimos, algunas de las asambleas avanzaron en el establecimiento de reglamentos y pautas organizacionales más precisas. Observamos también que las asambleas que siguen funcionando se han ido constituyendo en un referente barrial al que se puede recurrir.

En el curso de nuestro análisis ha sido importante señalar las relaciones que se establecían entre las asambleas y otras instituciones, como el Estado o los partidos de izquierda. Respecto al primero, una vez recompuesta la imagen de normalidad (con el llamado a elecciones presidenciales, con el funcionamiento relativamente normal de la economía y del sector financiero), se observa un retroceso en la movilización. Esta relación podría explicarse por una actitud acomodaticia de los sectores medios, para los cuales una vez resueltos los conflictos todo vuelve a la normalidad. Otras interpretaciones ponen el énfasis en los mecanismos de fragmentación e inhibición deliberadamente contruidos por el gobierno kirchnerista. Es decir, al responder a las demandas sociales en términos de derechos humanos y justicia social, algunos asambleístas empezaron a estar de acuerdo con la gestión gubernamental y dejaron de encontrar sentido a la resistencia en las asambleas. No obstante, considerando el comportamiento colectivo de Smelser (1995), una vez recuperado el orden, la realidad exterior deja de ser amenazante. Una vez resueltos los elementos de ambigüedad del mundo exterior baja la tensión y, por tanto, la ansiedad y la visión amenazante de la realidad. Asimismo, desde el punto de vista de la acción colectiva que está orientada a solucionar problemas, una vez resueltos o normalizados éstos no habría justificación para continuar con la movilización. Sobre todo si es una forma de participación política riesgosa y costosa como lo mostró la represión sufrida por el Movimiento Piquetero en Puente Pueyrredón con el costo de dos vidas.

Seguramente, la interpretación más acabada es la que se obtiene del estudio de la dinámica entre el estado naciente y el sistema externo. En el primero la reciprocidad y la prueba se comprueban. En cambio, cuando se obliga a la vinculación con el mundo exterior (las instituciones políticas y financieras, el mundo del trabajo se empieza a recomponer, etcétera), dicha relación se vuelve objetivamente asimétrica dado que no se puede aceptar la lógica de la reciprocidad y de la prueba pues no se pueden poner a prueba a aquellos que no lo aceptan, es decir, al resto de la sociedad que no está en estado naciente. En síntesis, cuando el grupo de las asambleas que se encontraba en estado naciente comenzaba a vincularse con el mundo exterior mediante la reinserción a la vida laboral de la exigencia de ser ciudadanos que tienen que votar, lo esencial del estado naciente comienza a perder peso y, por tanto, pierden peso la revisión de valores y la construcción de la autonomía. Algunos ejemplos que ilustran estas consideraciones son los casos de asambleístas que lograron compatibilizar su relativo apoyo al gobierno con su participación en las asambleas: uno sumándose al proyecto de las

comunas del Gobierno de la Ciudad; otro planteando que si el presidente atiende a las demandas sociales, hay que aprovechar esa actitud y mostrarle lo que necesitan las asambleas. Ambas posturas apuntan a la construcción de una participación “desde abajo” teniendo como interlocutor a la política estatal. Sin embargo, en estos casos el estado naciente desaparece porque entra en contradicción con la vida cotidiana e institucional a la que tiene que ceder el paso. En otras palabras, al plantear los fines de las asambleas en sintonía con misiones gubernamentales se pretende dar una continuidad ficticia al estado naciente.

En la discusión de proyectos políticos se muestra la necesidad de construir un contrapoder: la diferencia reside en que la visión unificada del movimiento asambleario planteaba que debía construirse de manera paralela y complementaria al poder estatal (abogan por la toma del poder); en cambio, desde el proyecto de la multiplicidad el poder alternativo debía ser erigido por fuera de las instituciones políticas. Desde esta visión se apunta a generar redes sociales y construir coaliciones para eventos políticos específicos.

La participación de los partidos de izquierda en las asambleas ha introducido tensiones en la lógica asamblearia produciendo desmoralización en la gente. El hecho de que las cosas volvieran a su normalidad (“ninguna sociedad se suicida”), sumado al desgaste de la gente por la participación en actividades a través del tiempo, menguó significativamente la participación en las asambleas. Esto produjo un sentimiento de tristeza y desmoralización generalizado que algunos asambleístas más activos intentaron revertir al mostrar los logros conseguidos en la macropolítica gracias a la participación de la gente.

La tercera cuestión es el rastreo de los aspectos dañados y aquellos que significaron una *restitución subjetiva y colectiva*. Respecto a lo que se dañó, observamos que entre los asambleístas no aparece como factor principal el aspecto económico, que sí apareció como demanda principal de los ahorristas. Para los asambleístas el daño principal aparece ligado al asunto de las libertades y a la falta de futuro y proyecto para las siguientes generaciones. Es así que se señala que “lo que está en el *corralito* no son nuestros ahorros sino nuestros hijos”.

La experiencia asamblearia aportó un intenso aprendizaje en quienes participaron de ella. Asimismo, propició la restitución de aspectos corporales: algunos de los participantes, sobre todo los mayores, observaban que muchas de sus dolencias físicas desaparecían. Se alude también a la restitución del lazo generacional dado que las asambleas propiciaron la comunicación y la discusión política entre jóvenes y personas mayores. En el marco de la experiencia colectiva se generaron lazos afectivos de solidaridad y pertenencia que restituyeron elementos relativos a la autoestima y a la posibilidad de estar con otros que padecían igual. Las emociones estuvieron presentes en los elementos identitarios en la descripción de los distintos momentos de la protesta social y en los motivos por los que se sumaban a la experiencia asamblearia. En esta

misma línea, se trabajó el sentimiento de reconocimiento que se activó cuando se tuvo la percepción de que la acción colectiva del *cacerolazo* generó la caída de dos presidentes. La contraparte de esto ha sido la sensación de soberbia que aparece plasmada en los dichos de un asambleísta cuando afirma que “pensábamos que todos conocían a las asambleas barriales”. Mostramos, también, la manera en que la sensación de reconocimiento de la protesta social tuvo efectos en la autoestima de aquellos asambleístas que estaban viviendo un proceso de desmoronamiento subjetivo. En otros casos, activó deseos y proyectos personales. Es decir, la experiencia colectiva en situación de crisis no sólo propició la posibilidad de pensar proyectos, alternativas y nuevos horizontes sino que activó deseos anudados a nuevas perspectivas, resultado de la revisión de las existentes (al menos en sus momentos de auge).

La conjunción de las consecuencias de la experiencia colectiva genera, sin lugar a dudas, la sensación de que la experiencia asamblearia ha dejado huellas en el entramado social de Argentina. Dicha huella se expresa en protestas sociales posteriores a la de las asambleas que eligieron encabezar la denominación de la protesta con la palabra *asamblea*.

Acerca de los cambios en la cultura política, observamos transformaciones en la noción de participación política, por un lado, y en la concepción de *política*, por el otro. Respecto a la primera, destacamos que empieza a adquirir valor en quienes no lo tenía, es decir, la participación se vuelve un recurso. Este aspecto va acompañado de un proceso de reflexión sobre las consecuencias de no haberse involucrado en las medidas del gobierno en otras épocas. De este modo, se llega a la reflexión de que esta actitud de no participación incidió en la generación de las “precondiciones estructurales” para que se desataran los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001. Sobre los cambios en la cultura política se alude a que antes, en la época menemista, “la política se la veía por televisión”, en cambio, en el contexto de las asambleas barriales se discute la política en las calles. Al mismo tiempo, bienes y servicios sociales como la salud, educación y el trabajo se convierten en asunto de discusión política y pública. Sin embargo, este cambio de percepción respecto de los bienes públicos no estuvo presente en quienes no participaron.

Respecto de la política, su visión partidaria e institucional ha quedado prácticamente relegada de las opiniones de los asambleístas, y han prevalecido más bien las visiones de la política como “el hacer”, o bien en un sentido amplio y con articulación social. No obstante, las asambleas que logran definir un proyecto político hacen referencia a entidades estatales, como el Gobierno de la Ciudad, o señalan la importancia de construir una “participación desde abajo” como una manera de mostrar al Estado lo que necesitan. Entonces, ya sea con el fin de sumarse al proyecto del gobierno o con el objeto de generar redes clientelares, ambas visiones tienen como interlocutor la figura estatal.

Hasta aquí señalamos dos visiones de la política: una es la política en sentido amplio y otra la que tiene como interlocutor a lo estatal. A estas dos perspectivas habría

que sumarle una tercera visión que plantea la importancia de establecer redes sociales con la posibilidad de conformar coaliciones frente a eventos políticos específicos.

Respecto de los recursos simbólicos observamos que la reconstitución del lazo social, que tomaba otro matiz a medida que pasaba el tiempo y que las instituciones se iban recomponiendo, ha sido más bien la respuesta para un mejor acomodamiento a la realidad social frente a la crisis. Si el valor de lo comunitario en el MTD se hace presente tanto en la producción como en la distribución, las asambleas que promulgaban un sentido comunitario encontraban serias dificultades para llevar esta modalidad a la práctica. Esta apreciación nos lleva a sostener que si bien la solidaridad y la reciprocidad (características del estado naciente) se hicieron presentes al inicio de la movilización con fuertes componentes de contención, al recomponerse la realidad institucional lo *político* y lo *social* se convirtieron en modalidades sociales que se sostenían sólo en apariencia. Esta situación se explica dado que en forma paralela seguían presentes valores y actitudes individualistas. Esta característica se observa también cuando los asambleístas ponen distancia social y cultural con el Movimiento Piquetero por lo que la unión entre ambos sectores sociales tuvo corta vida, cuestiones que se vinculan con la definición de una relación con el sistema externo en términos de conflicto. En esta situación, todos los actos se valoran por su eficacia en la lucha. Por eso a la *solidaridad* tampoco se la define como valor sino como medio en la lucha contra el adversario, no como un valor en sí mismo sino como instrumento (Alberoni, 1984:283). En este punto, sostenemos que los lazos solidarios suceden en apariencia y, más bien, responden a una mejor adaptación a la realidad social frente a una profunda crisis.

En último lugar es importante resaltar que la investigación nos llevó a profundizar sobre los valores y las creencias de la clase media de Buenos Aires. Es decir, ¿qué piensan sobre la política y la participación política los ciudadanos sin experiencia previa en la participación política? De esta manera, pretendimos introducir otras visiones, además de las producidas por los asambleístas, que nos permitieran realizar reflexiones de mayor alcance sobre este sector social y colaboraran en las inferencias sobre los comportamientos políticos. En relación con este punto, observamos que los ciudadanos sin participación política aluden a un “discurso de la ciudadanía” a partir del cual establecen una distancia “insalvable” entre los políticos y los ciudadanos, por lo que su participación se limita a la consulta y la opinión pero no a la ejecución de políticas. Los ciudadanos sin participación política expresan también la dificultad que tienen para introducir temas en el debate y diseño de las políticas públicas pues “la agenda la fija otro”. La relación entre la política y la sociedad es definida en términos de representación política. Así como los asambleístas hacían referencia a la política como “el hacer” incorporado a la vida cotidiana y repudiaban la política representativa con el lema “Que se vayan todos”, el segundo grupo social analizado resalta una visión de la política desde sus instituciones y procedimientos. Por esto, reclaman la existencia de me-

canismos de sanción para la mala práctica del político y destacan la importancia de la “rendición de cuentas” de sus actividades. En la comparación entre este grupo social de clase media sin participación política con los asambleístas, observamos que existe una correlación entre la forma organizativa propuesta, ya sea la representativa o bien la asamblearia, con los valores que la sustentan y, por tanto, con el tipo de lazos sociales e identitarios que se producen.

La forma asamblearia propicia, idealmente, una modalidad horizontal de toma de decisiones mediante la deliberación y el consenso, para lo cual se requiere de lazos de solidaridad y reciprocidad que sostengan el esfuerzo colectivo de construcción de un proyecto político de transformación. De esta manera, se fue construyendo un discurso asambleario en contraposición del ciudadano que se define en términos de representación política y que propone una diferenciación entre los ciudadanos (“nosotros”) y los políticos (“ellos”), entre quienes hay una distancia difícil de salvar. En este punto pretendemos poner el eje en los discursos que se van generando, más allá de las dificultades que efectivamente existen en el funcionamiento de las asambleas en términos de que no todas las voces tienen el mismo peso en el momento de tomar decisiones, y que en varias ocasiones se llega a las asambleas con decisiones ya establecidas. Es decir, la forma asamblearia no está exenta de la circulación de poder y de la arbitrariedad de algunas decisiones.

El análisis de estas formas de significarse a sí mismos frente a la esfera política nos permite entender por qué el grupo social de los asambleístas ha participado y se ha sumado a la construcción de un proyecto político más amplio, y por qué el otro grupo social no lo ha hecho y no tiene expectativas de hacerlo en un futuro.

Con esto queda demostrado que dentro de las clases medias existen varios sectores con características diferenciadas e implicaciones diferentes en materia política. Por lo tanto, una caracterización de dicha clase social sólo basada en sus cualidades socioeconómicas nos conduce a reflexiones limitadas y poco fructíferas. La identificación de estos valores y creencias diferentes nos ayuda a comprender que en marzo de 2008, en el contexto del “conflicto del campo”, hayan salido a las calles con sus cacerolas grupos sociales que reivindicaban propuestas prácticamente opuestas a las observadas en diciembre de 2001. En esta fecha se denunciaban los errores políticos del gobierno conjuntamente con las consecuencias catastróficas en el sistema financiero y económico, lo que llevó a los asambleístas (un grupo específico dentro de los miles de ciudadanos que participaron de la acción colectiva del *cacerolazo*) a la reflexión de los valores existentes, lo cual mostró una politización del mundo social. En marzo de 2008 se denunciaba una presencia excesiva del gobierno en la esfera económica, materializada en las decisiones que pretendía tomar con la resolución 125 que perjudicaría la actividad de ciertos grupos productivos; además, al considerarla una medida confiscatoria tenía el potencial de afectar los ingresos de otros grupos sociales. Esto llevó a los chacareros a tildar al gobierno de tener una conducta “autoritaria” y confis-

catoria sin ninguna reflexión o intención de transformación de los valores existentes, al contrario, resaltando el valor vigente de maximizar las ganancias individuales. En este marco se observa una empatía del mundo social con el campo, “todos somos el campo”, lo cual sostiene un proyecto económico y productivo sin aspiraciones de transformación colectiva y política.

Anexo metodológico

ES ESTE ESTUDIO DE CASO se utilizó metodología cualitativa para la recolección y el análisis de la información. A la *investigación cualitativa* se la puede definir como la conjunción de ciertas técnicas de recolección, modelos analíticos –normalmente inductivos– y teorías que privilegian el significado que los actores otorgan a su experiencia (Tarrés, 2004:16). En la presente investigación se dio prioridad a la forma interpretativa de analizar las entrevistas dando cuenta del repertorio simbólico y cultural con el que cuentan los asambleístas, y se apuntó, al mismo tiempo, al interés por la subjetividad, la dinámica colectiva y grupal.

Se realizaron entrevistas en profundidad dado que nos interesa conocer de qué manera esta experiencia colectiva ofreció alternativas y salidas frente a la situación de crisis. Nos interesa exponer los procesos de transformación individuales y colectivos. Mostramos el proceso por el que en una realidad social amenazante y angustiante que es vivida individualmente, en la medida en que empieza a ser compartida, pensada y resignificada colectivamente, se produce un proceso de revisión de los valores y creencias existentes, ofreciendo horizontes y salidas en situación de crisis. Por esto nos interesan los significados y las vivencias aportadas por los sujetos integrantes de la experiencia colectiva. La base de correos electrónicos circulados entre los miembros de las asambleas nos permitió observar y analizar temáticas compartidas y dinámicas grupales.

Se entrevistó a 20 asambleístas de diferentes edades de los distintos barrios de Buenos Aires en 2006. La mayoría es profesional universitario, predominan sociólogos, psicólogos y algunos docentes; gran parte de ellos tienen experiencia política anterior en entidades partidarias como el Movimiento al Socialismo (MAS) y el Partido Comunista. Varios se dedican a actividades de producción intelectual. Algunos de ellos refieren que participan en actividades colectivas diversas (grupo de padres solteros, espacios de reflexión) y afirman sumarse a toda marcha o actividad política que se esté convocando. Frente a este perfil que prevalece, existen otros asambleístas que escapan a estas características provenientes de sectores populares con formación militante. Los jóvenes tienen gran vocación por lo social y es posible identificar datos biográficos que dan sentido a dicha vocación (véanse las características socioculturales de los asambleístas entrevistados en este Anexo).

Durante 2008 se realizaron tres grupos focales con ciudadanos sin experiencia en la participación política. Esta información fue complementada con entrevistas individuales con habitantes de la misma ciudad sin participación. El objetivo de incluir las visiones de quienes no participan en política es ampliar el abanico de percepciones, opiniones, valores y creencias de los sectores medios de la ciudad de Buenos Aires. El análisis de estos grupos fue focalizado en temáticas relativas a la concepción de la política y sobre la participación política ciudadana. La introducción de las percepciones y los valores de los ciudadanos sin participación política nos permitió establecer una comparación entre grupos con participación política, como los asambleístas, y grupos sin participación política.

Estos materiales son contextualizados en un momento histórico particular con las fuentes hemerográficas. Partimos de la idea de que el “contexto se hace texto” (Fernández, 2002), es decir, lo contextual aparece de diferentes maneras en los discursos y relatos. Por esto es importante mostrar el contexto político, social y económico en el que suceden los acontecimientos que pretendemos estudiar. Es así que establecemos este contexto no sólo para las asambleas, sino también para la conformación de la clase media argentina que nos ayuda a comprender los recursos simbólicos y culturales que se expresan en la particular protesta de las asambleas barriales. Asimismo, en el capítulo 6 desarrollamos el conflicto entre el gobierno y los sectores agropecuarios en marzo-julio de 2008 (problemática que continúa en la actualidad pero con otros matices y de manera menos confrontativa), dado que en ese momento se realizaron los grupos focales conformados por habitantes de Buenos Aires de clase media sin participación política.⁶³

⁶³ Para el diseño y la realización de los grupos focales se consultaron varios materiales (Álvarez y Jurgenon, 2003).

Materiales utilizados

- 1) Entrevistas realizadas a veinte asambleístas de distintas edades y de los distintos barrios de Buenos Aires (véase la descripción de los entrevistados).
- 2) Documentos (manifiestos del movimiento asambleario) escritos por los asambleístas militantes.
- 3) Correspondencia de correos electrónicos que intercambiaba un grupo de asambleístas, en su mayoría de la asamblea de Colegiales, desde enero de 2002 –momento en el que se observa un gran intercambio de correos– hasta abril de 2003.
- 4) Material de prensa desde diciembre de 2001 hasta junio de 2003, actualizado con artículos sobre asambleas más recientes.
 - 4.1) Material de prensa desde marzo a julio de 2008, con el objetivo de reportar el conflicto entre el gobierno y los sectores agropecuarios. En este momento se realizaron los grupos focales conformados por habitantes de clase media de Buenos Aires sin participación política.
- 5) Material de folletos de las asambleas.
- 6) Entrevista realizada a dos ahorristas que participaron en el movimiento liderado por un actor humorista.
- 7) Tres grupos focales de tres barrios distintos de Buenos Aires (Caballito, Villa Crespo y Chacarita-Colegiales) conformados por ciudadanos de clase media sin participación política.
- 8) Cinco entrevistas individuales a habitantes de Buenos Aires sin participación política, con la intención de complementar la información relevada de los grupos focales.

Cuadro 1. Descripción económica y sociocultural de los asambleístas entrevistados

	Asamblea ¿Participa?	Edad aprox.	Experiencia militante previa	Época y lugares	Otros espacios	Estudios-actividades
1. Marcela entrevista análisis 1	Liniers Sí	36	No		Misionaba al interior del país con jesuitas.	Profesora de enseñanza primaria e informática. Docente y estudia bibliotecología.
2. Sebastián	Liniers Sí	45	Sí	Sebastián: desde los 14 años estuvo en el peronismo dos o tres años. En 1974 se adhirió al Partido Socialista de los Trabajadores, ahí militó durante toda la época militar; de 1982 a 1942 en el MAS. Después se retiró de la militancia política.		Sebastián: secundarios completos y terciarios incompletos. Profesor de dibujo y gráfica. Tiene taller de gráfica. Trabajó en fábricas como obrero, en general se desempeñó como letrista y dibujante.
3. Sandra entrevistas 3 y 4 análisis				Sandra: en su juventud fue parte de la Federación Juvenil Comunista (FEDE) y 25 años de actividad gremial docente. Estuvo en la conducción de un gremio, se llama UTE (es el gremio que está en CETERA).		Sandra: estudios terciarios. Toda su antigüedad en docencia es en escuelas estatales (en el Consejo y en la municipalidad). Profesora de música.
4. Emilio entrevista análisis 10	Liniers	33	Sí	De los 15 años hasta los 19 entró a militar a la FEDE. Militó durante la democracia. En 2001 volvió a tener actividad política en la asamblea. En la década de 1990 no hizo nada.		Secundarios completos. Hizo varias <i>changan</i> (empleo de análisis comercio, maestro pizzero en parrilla). Músico percusionista. Trabaja en un Hogar. Estuvo en un grupo de flamenco, de chips y kinas. Banda de can-dombe y percusión.

5. Lionel entrevista análisis	Balvanera	45	SI	Larga militancia política, comenzó en Chile. De 1970 a 1973 con Allende en Juventud Socialista del Partido (tenía 13 años). De 1973 a 1976 estuvo en un movimiento de resistencia a la dictadura (brigadas antifascistas y agrupaciones semiarmadas). Viajó a Argentina e intentó hacer vida familiar, y en 1978 se sumó al Partido Socialista de los Trabajadores, que fue el MAS en 1982. Estuvo en el MAS hasta 1998 (veinte años). Estuvo en el gremio metalúrgico, en la organización de la oposición de la dirigencia peronista de la Unión de Obreros Metalúrgicos de Buenos Aires. En la década de 1990 hizo trabajo sindical y estudiantil, trabajó con jóvenes vinculados al MAS.		Terciarios. Se dedica a reformas de construcción y viviendas.
6. Santiago entrevista análisis 11	Rodríguez Peña	45	SI	Estuvo en la FEDE y en 1976 en el Centro de Estudiantes de Ingeniería (estuvo en la comisión organizadora del Centro de Estudiantes). La primera elección del Centro de Estudiantes fue en 1982. De ahí, una militancia limitada, lo que se podía en esos años. Participaba en gran cantidad de marchas.		Universitarios. Ingeniero civil y tiene posgrados en ingeniería ferroviaria en la Universidad de Buenos Aires. Trabajó en Ferrocarriles Argentinos y luego de las concesiones del presidente Menem quedó desocupado.
7. Silvia entrevista análisis 15	Villa Crespo	43	SI	Militó en el MAS y tres años en la Universidad.	Fue al Foro Social de Porto Alegre.	Universitarios. Psicóloga. Centro de Salud GBA. Trabajó de acompañante terapéutico en gabinetes de escuelas; en un hospital, coordinaba grupos de embarazadas. Fue instructora de residentes. En Italia participó en un programa de antipsiquiatría. Fue docente en la universidad.

	Asamblea ¿Participa?	Edad aprox.	Experiencia militante previa	Época y lugares	Otros espacios	Estudios-actividades
8. Zulma entrevista análisis 16	Villa Crespo	65	No		La asamblea fue su primera experiencia.	No
9. Nacho entrevista análisis 8	Alameda Parque Avellaneda	36	Si	Estuvo en Tribuna Clasista, realizó trabajo obrero en distintas fábricas (Bagley, Canales, Terrabusi, etcétera. En Sancor apoyó pero no participó). Logró levantar una lista a la oposición sindical que tuvo buena acogida. Esto fue a finales del 2000 y principios de 2001. MTD		Secundarios incompletos.
10. Tatiana entrevista análisis 19	Cid Campeador Almagro	Casi 70	Si	Toda la vida. Fue militante social de los movimientos sociales, de los derechos humanos y en partidos. Liga de los Derechos del Hombre. En el Centro de Estudiantes.		Psicología social. Terciarios. Docente de escuelas.
11. Maximiliano análisis 7	San Telmo	38	No	La asamblea fue su primera experiencia. Padres montoneros, después se exiliaron.		Terciarios. Técnico en computación en la Universidad de Lanús.
12. Alejandro entrevista análisis 19	Colegiales	40	No	Las asambleas fueron un espacio fuerte e intenso de participación política.	Cosas puntuales en el Centro de Estudiantes. Participó en distintos lugares pero no desde la militancia o lo partidario y tampoco de manera sostenida. En acción social de la facultad. En la cooperadora de la escuela de sus hijas, hacían campañas para juntar alimentos.	Universitarios. Sociólogo. En 2001 dejaba una maestría en Flacso, lo que pasaba con las asambleas lo motivó a reiniciar la maestría. Antes trabajos diversos, no en relación de dependencia. En 1990 comenzó con una pequeña empresa editorial, hace libros de medicina.

13. Julieta entrevista análisis 9	Colegiales	25	No	La asamblea fue su primer experiencia. Horacio, el padre de su hija, de 45 años, tiene experiencia de militancia desde el secundario y tiene un primo desaparecido.	Estudió historia en la Universidad de Luján (hizo 60% de la carrera). A mediados de 2001 va para Buenos Aires a vivir con su pareja. Estudia medicina en la UBA. Amasa fideos y los vende en ferias organizadas por economía solidaria. Su padre tiene licitaciones en Luján y se encarga de las podas y la parquización.	
14. Horacio entrevista análisis 2	Colegiales No	43	Si	No estuvo en ningún partido político orgánico. En el Centro de Estudiantes de la Escuela Industrial del Otto Graus, de 1973 a 1976, donde tenía cargos (era centro de reunión de muchas otras escuelas y estaba cerca de la Facultad de Ingeniería). En 1980, en la Universidad, en la tecnológica. Ex combatientes de Malvinas. En el Partido Intransigente sin ser afiliado. Sindicato de músicos. En 1990, Madres de Plaza de Mayo y Fuerte Grande. En derechos humanos (CELS, PDH, Madres).	Ahora, en su condición de padre separado, ha tomado contacto con organizaciones que tienen que ver con la paternidad.	Tiene casi completa la carrera de ingeniería. Tiene varias carreras: música, psicología social, posgrados en psicología. Trabaja en jardines de infantes, es maestro.
15. Martín K.	Colegiales	32	Si		Participó en espacios autónomos. Promovió un Centro de Estudiantes Independiente en la Facultad de Psicología. Comenta que a partir de la experiencia de las asambleas ha viajado a otras ciudades del mundo y ha intercambiado experiencias sociales.	Trabaja como psicólogo. Realizó la residencia en un hospital público. Actualmente trabaja en la organización de proyectos sociales en el Ministerio de Acción Social. Con otra asambleísta, construyó un proyecto con el MTD de Solano, lo presentaron a entidades para su financiamiento aunque no lograron obtener fondos.

	Asamblea ¿Participa?	Edad aprox.	Experiencia militante previa	Época y lugares	Otros espacios	Estudios-actividades
16. Rodrigo entrevista análisis 12	Colegiales	50	Sí	Partido Comunista. Le interesó mucho el periodismo y siempre iba ligado a la militancia desde los 13 años. Desde 1985 dejó de militar políticamente.		Universitarios incompletos. Ciencias de la comunicación (inscribió 20 materias y las dejó). Después estudió psicología social, psicodrama y teatro espontáneo. Trabaja en revistas y diarios. Trabajó en <i>Página 12</i> . Actualmente realiza Campo Grupal (muy conocida en el ámbito de la psicología) y <i>Psico-Guía</i> , revista chilena.
17. Patricio entrevista análisis 5	Colegiales No	53	No	Hizo poca militancia universitaria. Era simpatizante, pero no tuvo participación orgánica en ningún partido. Después de 1983 tampoco. Siempre le interesó la política partidaria pero nunca se terminó de involucrar. En Aerolíneas Argentinas tuvo mucha actividad gremial. Su esposa militó en el peronismo de izquierda y fue presa política durante ocho años.	La mujer sí.	Universitarios incompletos. Economía, le faltaron siete materias para concluirlos. En la dictadura trabajó en una compañía financiera, se fue en 1984. Tuvo un negocio que le fue mal. De 1986-1994 trabajó en aerolíneas en los <i>free shop</i> (casi diez años). Desde 1996 puso una imprenta con su mujer.
18. Pedro	Colegiales	64	Sí	Su mujer fue secuestrada 48 horas, por lo que se exilian en Quito, además iba “cayendo” (desapareciendo) mucha gente a su alrededor y tenían un niño pequeño. Le consiguen el pasaporte, la visa, el trabajo y van hacia allá. Cuando ganó Menem se fue un par de años a Brasil porque había ideas interesantes, se involucró en el PT.	Universitarios. Sociólogo. De 1974 a 1975 viaja a Salta y vive de la investigación y la docencia. Intervinieron la provincia y la Universidad y vuelve a Buenos Aires. Ahí la pasan mal y se exilia casi ocho años en Quito. En 1983, con Alfonsín en el poder, vuelve a Buenos Aires. Actualmente trabaja en el sector de comunicaciones del Instituto Nacional de Tecnología e Investigación (INTI).	

				<p>En Brasil tuvo contacto con el movimiento ecologista; había tenido contacto con el feminista 1973. En 1994 y 1995 es director de Greenpeace en Argentina. Hacía política verde, tenía una agenda socioambiental. En 1997 va a Chiapas, México, al primer Encuentro Intergaláctico.</p>		
<p>19. Griselda entrevista análisis 18</p>	San Telmo	36	No	<p>En 1984 en el Centro de Estudiantes de su secundario. Luego acompañó a su papá en su experiencia política, iba a las reuniones de pequeña. Luego, a los 20 años, trabajó en el periódico de una sociedad de fomento del barrio. Cuando mayor, se sumó a un proyecto de su padre y un grupo de vecinos para hacer un partido autónomo, una municipalidad autónoma separada del partido de Alte. Brown. Había afiliados, pegaba afichas, etcétera, es decir, hacía actividad política. Está en esa actividad hasta que fallece su padre y de ahí se muda a San Telmo.</p>		
<p>20. Camila entrevista análisis 17</p>	San Telmo	21	No		<p>Se suma a la asamblea a partir de marzo de 2004. La asamblea fue su primera experiencia de militancia.</p>	<p>Estudiante de sociología en la UBA. Trabaja como secretaria en el consultorio de un cardiólogo. Trabajó un mes en un programa del Gobierno de la Ciudad, "Ciudadanía Porteña", que ayuda a personas de pocos recursos. Laboró más que nada con el viejo.</p>

Cuadro 2. Grupo focal 1

Barrio: Colegiales

Lugar: Centro Cultural de Colegiales

Participante	Nombre / Edad / Barrio	Profesión / Lugar de trabajo
1	Laura, 41 años, Palermo	Psicóloga, sector salud del Gobierno de la Ciudad.
2	Adriana I, 49 años, Villa	Maestra y bibliotecaria del Parque del GCBA. Trabaja hace siete años en el Centro Cultural.
3	Fabiana, 40 años, Colegiales	Maestra del GCBA. En este momento es secretaria del ministro de Hacienda.
4	Marcelo, 46 años, Colegiales	Decorador de vidrieras.
5	Mariano, 35 años, Colegiales	Asistente en un escuela primaria, está estudiando como profesor.
6	Adriana II, 32 años, Colegiales	Promotora de educación por el GCBA.
7	Alejandra, 32 años, Belgrano	Psicopedagoga en una escuela privada y trabaja en un hospital de niños.

Cuadro 3. Grupo focal 2

Barrio: Caballito

Lugar : Casa particular

Participante	Nombre / Edad / Barrio	Profesión / Lugar de trabajo
1	Esteban, 28 años, Floresta	Analista en sistemas. Desempleado. Se dedica a la música, los amigos y a ver películas.
2	Marcos, 28 años, Caballito	Analista en sistemas. Trabaja en una empresa.
3	Sergio, 28 años, Caballito	Diseñador gráfico. Trabaja en un canal de televisión.
4	Romina, 28 años, Versalles	Arquitecta, trabaja en un empresa.

Cuadro 4. Grupo focal 3

Barrio: Villa Crespo

Lugar: Centro Cultural de Villa Crespo

Participante	Nombre / Edad / Barrio	Profesión / Lugar de trabajo
1	Inés, 51 años, Colegiales	Empleada en el área sociocultural en el Centro de Gestión y Participación.
2	Miriam, 50 años, Colegiales	Empleada en el Centro de Gestión y Participación en el área de intermediación laboral. Le gusta charlar con la gente y la atención al público. Tiene dos hijas de 20 y 18 años.
3	Yeny, 72 años, Villa del Parque	Trabaja en el Gobierno de la Ciudad, es asistente. Le interesan las cuestiones relacionadas con la participación. Tiene seis nietos y está por jubilarse.
4	Jorge, 53 años, vivió en Colegiales, Villa Ortúza, pero sus raíces están en Palermo	Chofer y chapista, hizo un profesorado sólo por <i>hobby</i> (no puede vivir de eso). Estudió en la UBA en Ciencias Económicas por un año. Estudió cinco años música.
5	Alejandra, 42 años, inicialmente es de Comodoro Rivadavia (al sur de Argentina). A los 15 años se muda a la Capital. Hace poco tiempo se mudó a General Rodríguez en el conurbado bonaerense.	Trabaja en el área sociocultural del Centro de Gestión y Participación. Tiene tres hijos y cinco nietos.
6	Ana, 32 años, siempre vivió en Villa Crespo. Desde hace tres años vive en la Prov. de Buenos Aires.	Empleada del Centro Cultural Osvaldo Puglise desde hace siete años por el GCBA.

**Cuadro 5. Entrevistados habitantes de Buenos Aires
de clase media sin participación política**

Entrevistado 1	Diego, 33 años, vive en Chacarita. Tiene estudios secundarios. Es consultor en sistemas computacionales. Sus <i>hobbies</i> son jugar al <i>paddle</i> y tocar la guitarra.
Entrevistado 2	Gabriela, 35 años, vive en Almagro. Estudió en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Es contadora pública. Originalmente es de Martín Coronado pero vive en la Capital desde hace 12 años. Sus <i>hobbies</i> son la actividad física, ir al teatro, ir al cine, salir con amigos. En algún momento hizo actividades de voluntariado en un hogar de chicos marginales. Trabaja en una empresa transnacional americana que tiene 36 sucursales en el mundo. Si bien hizo una carrera formal en contaduría, tiene inquietudes en temáticas sociales.
Entrevistado 3	Diego, 38 años, vive en Almagro y se mudará a Parque Chas (antes vivió en Villa Crespo y Cohglán). Estudios secundarios. Es camarógrafo de televisión y trabaja <i>freelance</i> . Le gusta mirar televisión, tomar cerveza y sacar fotos.
Entrevistado 4	Gumersindo, 42 años, vive en Almagro. Estudios universitarios en diseño gráfico. Es profesor de diseño gráfico, tiene un cargo en la gestión pública del Instituto Universitario Nacional de las Artes (IUNA). Tiene gran vocación por la docencia y le interesa la política aunque no ha participado en ella. Su madre sí ha tenido una vida muy involucrada con la política.
Entrevistado 5	Irma, 71 años, vive en Villa Real (cerca de Devoto). Es profesora de danza y expresión corporal. Tiene una hija y una nieta.

Cuadro 6. Evolución de los ingresos medios de diferentes grupos ocupacionales. Gran Buenos Aires, 1980-1990

	Ingreso promedio Base: Prom. 1980 = 100		Variación relativa del ingreso (%)
	1980	1990	80-90
Cuenta propia profesional	224.1	108.6	-51.7%
Patrones	203.3	158.6	-21.8%
Asalariados de la administración pública	129.2	76.8	-40.5%
Asalariados de servicios en establecimientos de 15 y más trabajadores calificados	123.2	72.8	-40.5%
Asalariados de la industria en establecimientos de 15 y más trabajadores calificados	117.6	71.9	-38.8%
Trabajadores por cuenta propia calificados	108.8	58.8	-45.5%
Trabajadores por cuenta propia no calificados	92.4	50.4	-45.4%
Asalariados de la construcción	86.3	43.8	-49.3%
Asalariados de servicios en establecimientos de hasta 5 trabajadores	85.5	49.8	-41.8%
Asalariados de la industria en establecimientos de hasta 15 trabajadores no precarios	84.1	46.4	-44.8%
Asalariados de comercio en establecimientos de 6 y más trabajadores	82.0	55.2	-32.6%
Asalariados de la industria en establecimientos de 15 y más trabajadores no calificados	71.2	41.0	-43.0%
Asalariados de servicios en establecimientos de 6 y más trabajadores no calificados	70.9	45.0	-36.5%
Asalariados de comercio en establecimientos de hasta 6 trabajadores	58.7	41.8	-28.8%
Asalariados de la industria en establecimientos de hasta 15 trabajadores precarios	56.5	36.3	-35.8%
Servicio doméstico	36.5	29.9	-18.0%
<i>Total</i>	<i>100</i>	<i>61.2</i>	<i>-38.8%</i>

Fuente: Elaboración propia a partir de Minujin, 1995.

Cuadro 7. Posesión de bienes y servicios domésticos, estratos medios-bajos 1987-1990 (porcentaje)

Bienes y servicios	1987	1990	1987	1990
Teléfono	35	40	30	39
Televisión en blanco y negro	54	49	52	44
Televisión a color	62	70	64	76
Televisión con control remoto	31	39	27	37
Videocasete	7	18	3	15
Lavarropas semiautomático	60	41	64	45
Lavarropas automático	8	20	5	17
Vivienda propia	78	76	74	76
Automóvil	43	36	39	31
Servicio doméstico	18	14	10	5
Tarjeta de crédito	12	11	3	6

Fuente: Elaboración propia sobre datos de IPSA (Karol, 1995).

Cuadro 8. Modos de abaratar costos, estratos medios-bajos 1987-1990 (porcentaje)

Modos	1987	1990	1987	1990
Cortes de carne económicos	53	54	58	53
Comprar marcas de negocios	33	43	34	45
Consumir menos carne	45	50	44	53
Aprovechar comida anterior	74	71	77	75
Comprar ofertas	73	81	72	83
Almacenar ofertas	34	44	31	43
Reemplazar carne por sustitutos	56	57	54	58
Comprar en lugares más baratos	83	86	85	84

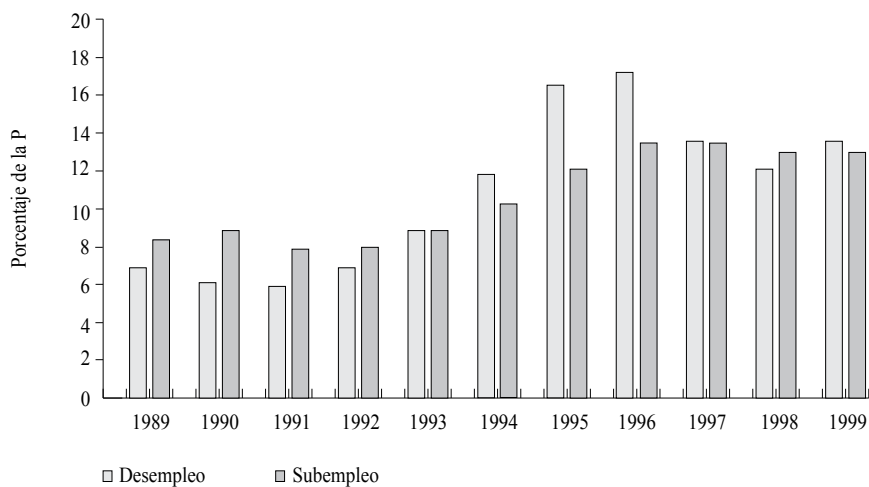
Fuente: Elaboración propia sobre datos de IPSA (Karol, 1995).

**Cuadro 9. Cambios organizativos,
estratos medios-bajos 1987-1990 (porcentaje)**

Cambio	1987	1990	1987	1990
Comer la misma comida	78	84	80	85
Comer en horarios fijos	77	73	78	79
Que toda la familia coma junta	69	80	71	82
Comer en casa de amigos	45	41	39	37
Invitar a comer a amigos	42	36	36	44
Improvisar comida para amigos	43	45	41	46
Invitar a amigos y cocinar con anticipación	41	52	40	54

Fuente: Elaboración propia sobre datos de IPSA (Karol, 1995).

**Gráfica 1. Indicadores del gobierno
de Carlos Saúl Menem (1989-1999)**



Fuente: Ministerio de Economía-INDEC.

Cuadro 10. Nivel de acuerdo-desacuerdo con la política económica

Nivel	Mayo, 1997*	Septiembre, 1999**	Octubre, 1999**
Muy de acuerdo/de acuerdo	9.5	16.1	14.3
Sin posición tomada	35.0	15.0	15.2
Poco de acuerdo/nada de acuerdo	45.1	65.4	66.5
No sabe/no contestó	10.4	3.5	4.0

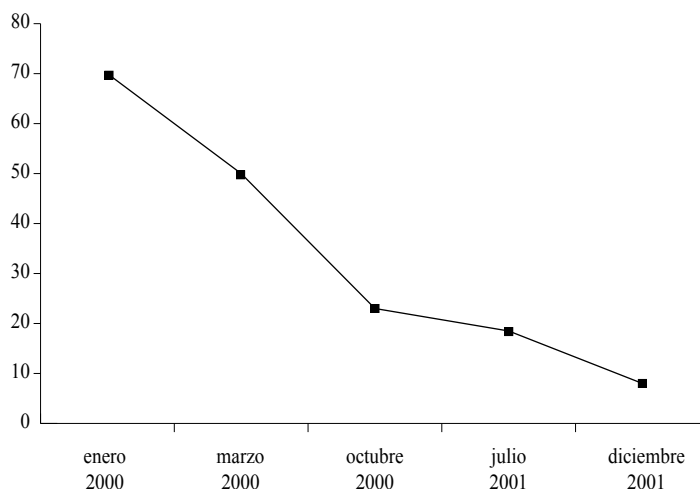
Fuente: Diversas encuestas de IBOPE-OPSM. * Capital Federal ** Nacional.

Cuadro 11. Evaluación retrospectiva de Argentina en los últimos tres años

Valoración	Mayo, 1997*	Febrero, 1998**	Septiembre, 1999**
Mejoran	12.7	12.8	8.4
Siguen igual	29.3	25.1	22.4
Empeoran	58	60.8	67.8
No sabe	00	1.3	1.4

Fuente: Diversas encuestas de IBOPE-OPSM. * Capital Federal ** Nacional.

Gráfica 2. Indicadores del gobierno de Fernando de la Rúa (octubre 1999-diciembre 2001)



Fuente: Ipsos-Mora y Araujo, 2003.

Cuadro 12. Actitud que debería tener la alianza en caso de llegar al gobierno frente a políticas desarrolladas por el actual gobierno

Septiembre de 1999	Continuar	Corregir	Cambiar	No sabe o no contestó
Preservación de la convertibilidad	55.4	24.0	14.0	6.6
Privatizaciones y desregulación económica	20.6	47.6	29.2	2.6
Control de empresas privadas	18.7	41.2	36.6	3.5
Preservación del equilibrio fiscal	26.1	37.8	23.8	12.3
Políticas hacia las inversiones extranjeras	22.1	40.1	18.7	9.1
Régimen impositivo	10.8	40.3	43.4	5.5
Control de la evasión impositiva	26.0	38.2	31.9	3.9
Crédito a la producción e industria	18.4	43.7	33.2	4.7
Políticas hacia las Pymes	18.4	46.6	28.3	6.7
Políticas sociales contra la pobreza	13.2	27.8	56.7	2.3

Fuente: Encuesta nacional realizada por OPSM.

Cuadro 13. Comparación entre dos lógicas de concepción y organización política

Asambleístas	Con militancia en partidos políticos	Participación política en colectivos
Concepción de la política	Lógica centralizadora-unificadora (árbol). La importancia de consensuar lo programático.	Lógica de la multiplicidad (rizomático) Priorizar la acción colectiva a desarrollar, independientemente de los programas.
Organización política	Movimiento social en el que confluyan distintos actores del campo popular.	<ul style="list-style-type: none"> • Redes con grupos y actores heterogéneos. • Coalición y espacios homogéneos para conflictos específicos.
Construcción de un contrapoder	Modalidad dual: <ul style="list-style-type: none"> • “dentro” de las instituciones (en el Estado), • “fuera” de las instituciones. 	<ul style="list-style-type: none"> • Desde las bases sociales, independientemente de las instituciones. • Desde las bases y mostrar al Estado lo que necesitan (clientelismo camuflado).
Formas de resistencia	Imagen de los “túneles estructurados por el topo”. Profundidad y superficie. Salir a conflicto abierto pero antes construir un plan político programático.	Imagen de “las ondulaciones de la serpiente”. La latencia en la superficie y cuando se necesita se resiste en las articulaciones más elevadas del orden imperial.

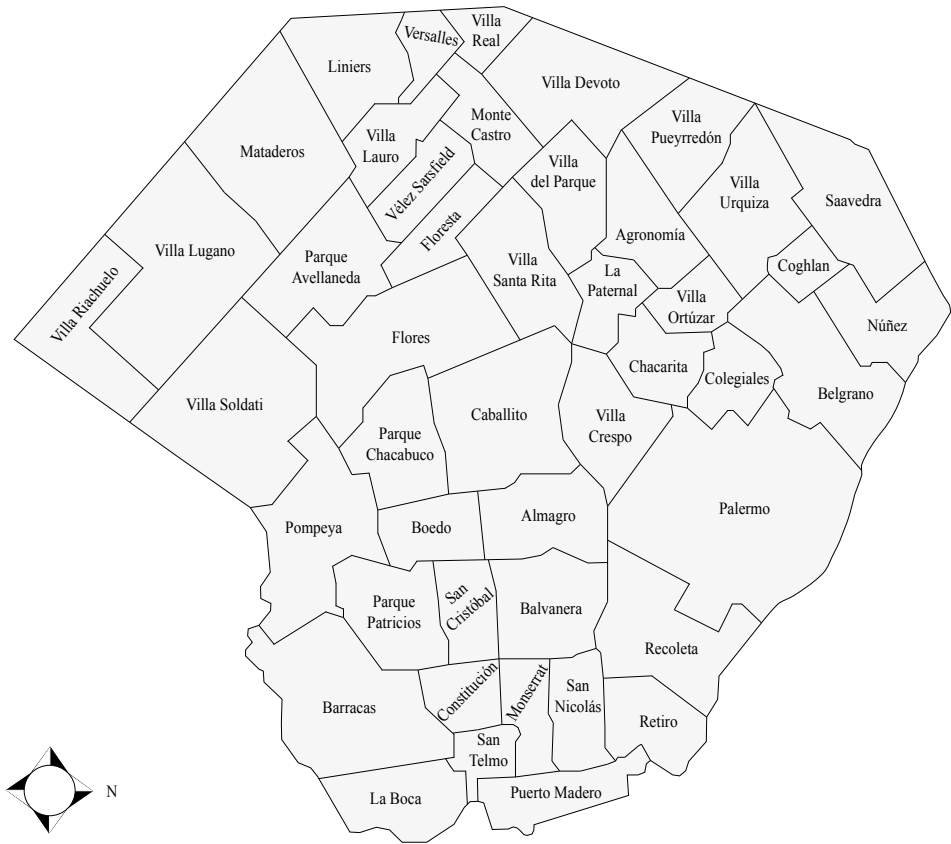
Cuadro 14. Síntesis de las diferencias entre las asambleas barriales y el Movimiento Piquetero

Actor social	Asambleas barriales	Piqueteros
Relación con el Estado	<ul style="list-style-type: none"> • Aparecen como forma alternativa a la tradicional de los partidos políticos. • En los primeros tiempos resulta un valor fundamental sostener una posición independiente a las instituciones estatales. • La actitud de negación no es abierta, aparece en espacios informales. • Están enfocados en la construcción de una propuesta. • No hubo situaciones de represión. 	<ul style="list-style-type: none"> • Los cortes de ruta como un reclamo al Estado. Cesan los cortes de ruta cuando logran negociar subsidios, entre otros reclamos. Sostienen que no les “dan” planes sociales sino que se los “arrancan” al Estado. Sin embargo, un ala del movimiento ve asistencialismo en la obtención de dichos planes. • “Distancia en el trabajo formal, continuidad en los poderes públicos por la supervivencia” (Svampa y Pereyra, 2004). • Se ubican entre la confrontación y la negociación. • Enfocados en la protesta y el reclamo. • Hay situaciones de represión policial (los asesinatos de los jóvenes piqueteros Kosteki y Santillán).
Papel de los partidos de izquierda Peronismo / Sindicalismo	<ul style="list-style-type: none"> • Intentan cooptar a las asambleas y producen una desmoralización en la gente (cuestión ejemplificada con el funcionamiento de la interbarrial de Parque Centenario). • No se observa la influencia del peronismo tradicional • No se observa una herencia sindical, excepto por una asambleísta, maestra de música, que tenía muchos años de militancia en el gremio docente. 	<ul style="list-style-type: none"> • Los partidos de izquierda están en el MTD con identidad “piquetera” sin tener demasiada trascendencia. • Sindicalismo: participan ciertas alas de este sector como la CTA. Se produce una nueva alianza más que un reemplazo. • Peronismo: <i>a)</i> Confrontación “cuerpo a cuerpo” entre los referentes, el MTD y los punteros políticos. <i>b)</i> Colaboración para el crecimiento del movimiento dado que referentes y cuadros políticos provenían del peronismo tradicional (punteros y manzaneras). • La emergencia del MTD está relacionada con las transformaciones del peronismo en el campo popular.

Actor social	Asambleas barriales	Piqueteros
Relación con la coyuntura político-económica. La utilización de la oportunidad política	Tiene en común que advierten el momento de creación de oportunidades políticas. En el caso de las asambleas barriales surgen en el marco de una crisis institucional político-económica en diciembre de 2001. Sensación generalizada de hartazgo, “tocar fondo” (dice un asambleísta: “lo sentí como una ruptura”), etcétera.	Proceso en que se empieza a aceptar que desde la descomposición social pueden emerger elementos de recomposición (Svampa, 2005:15). Surgen en el marco de una transformación del peronismo en el campo popular y con un alto porcentaje de desocupación, producto de las medidas laborales implementadas durante el peronismo.
Significación del barrio y de lo territorial	La experiencia de las asambleas barriales genera que empiecen a conocer a los vecinos y descubrir que estaban pasando una situación parecida. No había una acumulación de trabajo barrial previa, aunque sí experiencia de militancia política.	Hay una acumulación de experiencia de trabajo barrial (articulación con organizaciones de base social, ciertos actores políticos y también organizaciones de la Iglesia). Lo territorial es fundamental. La matriz territorial tiene importancia para la acción colectiva.
Lugares en que aparecen dentro del país	Tuvieron mayor visibilidad en Capital Federal y en las ciudades importantes del país, como Rosario y Córdoba.	En el interior del país (Neuquen y Salta).
Objetivos	Principalmente, actitud reflexiva: debates de ideas, aunque también de necesidades básicas. El problema es de los otros (los cartoneros y los piqueteros).	Orientación a la supervivencia y al problema del trabajo. Comienzan en ciudades donde se privatiza YPF (caso paradigmático), empresa que organizaba el trabajo en esas ciudades.
Identidad política	Difusa y confusa, gran heterogeneidad de intereses. Estaba en proceso de construcción pero no se logró consolidar.	Clara y anudada a la manera de protesta. Tipo de acción modular (el piquete). Definición positiva del desocupado (el piquetero). Ésta es una forma de inclusión social, cambio de valor; lo que antes era excluyente (el desocupado) hoy logra incluirse con cierta dignidad.

Actor social	Asambleas barriales	Piqueteros
Proceso individual-colectivo	Percepción de un daño individual a uno colectivo, relacionado a las sensaciones de descubrimiento de que los vecinos estaban pasando por lo mismo.	Problema del trabajo: de ser procesado de manera individual pasa a ser un problema colectivo.
Antecedentes coyunturales e históricos de las protestas sociales	La militancia política. Se trata de personas con experiencia; no en todos los casos, pero sí en las personas visibles de la asamblea.	Cementerio de industrias. Es posible ubicar antecedentes en los que tienen gran importancia los cortes (Svampa y Pereyra, 2004:30).
Lugar del cuerpo	Discusión acerca de la toma de la casa de un asambleísta que tenía orden de desalojo. Los asambleístas tomaron la casa y discutían hasta dónde estaban dispuestos a involucrarse y sostener la toma en caso de llegar la policía.	Dispuestos a batirse cuerpo a cuerpo contra las fuerzas de seguridad, pues se significan como actores que literalmente no tenían nada que perder.
Lugar de la ley en la protesta	Tema de discusión en torno a la toma de la casa, se interrogaban si estaban dispuestos a infringir la ley. Además, se cuestionaban si el interés de un asambleísta podía ser tomado como un interés de la asamblea. Debate sobre lo público-privado, lo permitido y lo prohibido, teniendo en cuenta la ley.	El corte de ruta (medida que infringe la ley) no estaba a discusión. Todos estaban dispuestos a sostenerlo.

Mapa 1. Ciudad de Buenos Aires con barrios en los que funcionan las asambleas



Bibliografía

Bibliografía citada

- Aboy Carlés, Gerardo (2005), “Identidad y diferencia política” en Federico Schuster y otros (comps.), *Tomar la palabra*, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Aibar, Julio (2007), “La miopía del procedimentalismo extremo y la presentación populista del daño” en Julio Aibar (coord.), *Vox Populi, Populismo y democracia en Latinoamérica*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.
- Alberoni, Francesco (1984), *Movimiento e institución*, Editora Nacional, Madrid.
- Alexander, Jeffrey y otros (2004), *Cultural Trauma and Collective Identity*, University of California Press, Berkeley, California.
- Álvarez, Juan Luis y Gayou Jurgenson (2003), *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*, Paidós, México.
- Arditi, Benjamín (2000), “El reverso de la diferencia” en Benjamín Arditi (ed.), *El reverso de la diferencia*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Auyero, Javier (2002), *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Universidad de Buenos Aires/Libros del Rojas, Buenos Aires.
- Arvon, Henri (1978), *La autogestión*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Barbeito, Alberto y Rubén Lo Vuolo (1995), *La modernización excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en Argentina*, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia/Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas/Losada, Buenos Aires.
- Bauman, Zygmunt (1999), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona.
- Beccaria, Luis y Néstor López (comps.) (1997), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia/ Losada, Buenos Aires.
- Beck, Ulrich (1999), “La invención de lo político” en *La invención de lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Bloj, Cristina (2004), “Presunciones acerca de una ciudadanía indisciplinada: asambleas barriales en la Argentina” en Daniel Matto (coord.), *Políticas de ciudadanía y*

- sociedad civil en tiempos de globalización*, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Caracas.
- Bobes, Cecilia (2000), "Prologo", en *Los laberintos de la imaginación. Repertorio simbólico, identidades y actores del cambio social en Cuba*, El Colegio de México, México.
- Boron, Atilio (2000), *Tras el Búho de Minerva*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- _____, Julio C. Gambina y Naúm Minsburg (comps.) (1999), *Tiempos violentos*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1997), *Razones prácticas*, Anagrama, Barcelona.
- _____. (2001), *Poder, derecho y clases sociales*, Desclé de Brouwer, Bilbao (Palimpsesto. Derechos Humanos y Desarrollo, 6).
- Cadena, Roa (1999), "Acción colectiva y creación de alternativas", *Chiapas*, núm. 7, Era, México, pp. 163-189.
- Calhoun, Craig (1999), "El problema de la identidad en la acción colectiva" en Javier Auyero (comp.), *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología latinoamericana*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Castel, Robert (1991), "La dinámica de los procesos de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión" en Juan Carlos Volnovich y María José Acevedo (comps.), *El espacio institucional*, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- _____. (2004), *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, Manantial, Buenos Aires.
- Castoriadis, Cornelius (1989), "La institución imaginaria de la sociedad" en E. Colombo (comp.), *El imaginario social*, Almatira, Montevideo.
- _____. (1995), "La democracia como procedimiento y como régimen", *Leviatán*, núm. 62, invierno, Pablo Iglesias, Madrid.
- _____. (1998), *Hecho y por hacer*, Eudeba, Buenos Aires.
- _____. (1999), "Imaginario e imaginación en la encrucijada", *Figuras de lo pensable*, Frónesis, Madrid.
- Clarke, Simon, Paul Hoggett y Simon Thompson (eds.) (2006), *Emotion, Politics and Society*, Palgrave MacMillan/University of the West of England, Bristol.
- Cohen, Jean y Andrew Arato (2000), *Sociedad civil y teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Dahl, Robert (1968), *Análisis sociológico de la política*, Fontanella (Ciencias del Hombre, 3), Barcelona.
- Dubet, François (1989), "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Estudios Sociológicos VII*, núm. 21, El Colegio de México, México, pp. 519-545.
- Elster, Jon (comp.) (2001), *La democracia deliberativa*, Gedisa, Barcelona.
- Feijóo, María del Carmen (1995), "Los gasoleros. Estrategias de consumo de los NUPO" en Alberto Minujin (ed.), *Cuesta abajo. Los nuevos pobres, efectos de las crisis en la sociedad argentina*, Losada, Buenos Aires.
- _____. (2001), *Nuevo país, nueva pobreza*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

- Feldman, Silvio y Miguel Murmis (1995), “La heterogeneidad social de las pobreza” en Alberto Minujin (ed.), *Cuesta abajo. Los nuevos pobres, efectos de las crisis en la sociedad argentina*, Losada, Buenos Aires.
- Fernández, Damián (2000), *Cuba and the Politics of Passion*, University of Texas Press, Austin.
- Fernández, Ana María (2002), *El campo grupal. Notas para una genealogía*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- _____, Sandra Borakievich y Laura Rivera (2002), “El mar en una botella”, *Cuadernos del Sur*, núm. 33, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- _____, (2003), “La lógica situacional de las asambleas: los juguetes rabiosos de los barrios”, *Bajo el volcán*, núm. 6, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
- _____, y otros (2005), “El espíritu de alacrán: las asambleas barriales y las dificultades en los nuevos modos de hacer política”, trabajo libre presentado en el Encuentro Castoriadis, Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica de Grupos, 20 a 22 de mayo.
- Fitoussi, Jean Paul y Pierre Rosanvallon (2003), *La nueva era de las desigualdades*, Manantial, Buenos Aires.
- Foley, Michel, Bob Edwards y Mario Diani (2001), “Social Capital Reconsidered” en Michel Foley, Bob Edwards y Mario Diani (eds.), *Beyond Tocqueville. Civil Society and the Social Capital Debate in Comparative Perspective*, University Press of New England, Hanover.
- Foucault, Michel (1976), “El cuerpo de los condenados” en *Vigiliar y castigar*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Galafassi, Guido (2006), “Los estudios sobre la movilización social y la protesta en la Argentina. Algunas reflexiones críticas sobre los aspectos teóricos dominantes”, IV Jornadas de Investigación en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2 y 3 de agosto.
- García, Marina (2003), “Clases medias y nuevas formas de movilización social. Las asambleas barriales, esas ‘delicadas criaturas’”, trabajo presentado en el VI Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político, 5 al 8 de noviembre.
- Gerez Ambertin, Marta (comp.) (2005), *Culpa, responsabilidad y castigo en el discurso jurídico y psicoanalítico*, 2 vols., Letra Viva, Buenos Aires.
- Goodwin, Jeff, James Jasper y Francesca Polleta (eds.) (2001), “Part One: Theoretical Perspectives”, “Part two: Cultural Contexts”, *Passionate Politics, Emotions and Social Movement*, University Chicago Press, Chicago/Londres.
- Gracia, María Amalia (2008), *Fábricas recuperadas en Argentina 2000-2006. Un campo para la invención social*, tesis, El Colegio de México, México.
- Guattari, F. (1976), *Psicoanálisis y transversalidad*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Habermas, Jürgen (1987), *Teoría de la acción comunicativa. 1. Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus, Madrid.

- Held, David y Anthony McGrew (2002), *Globalization/Anti-globalization*, Polity, Cambridge.
- Heller, Agnes (2004), *Teoría de los sentimientos*, 1ª reimp., Ediciones Coyoacán, México.
- Honneth, Alex (1997), *La lucha por el reconocimiento*, Crítica, Barcelona.
- Hopenhayn, Martín (2000), “Transculturalidad y diferencia” en Benjamín Arditi (ed.), *El reverso de la diferencia*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Jeannot, Fernando (1991), *Argentina: economía y política de una transición prolongada (1976-1990)*, UAM-Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, México.
- Karol, Jorge (1995), “Modos de empobrecer: la clase media a través de la hiperinflación” en Alberto Minujin (ed.), *Cuesta abajo. Los nuevos pobres, efectos de las crisis en la sociedad argentina*, Losada, Buenos Aires.
- Kessler, Gabriel (2007), “La extensión del sentimiento de inseguridad en América Latina”, conferencia dictada en El Colegio de México, México.
- Klein, Naomí (2009), “¡Que se vayan todos! That’s the Global Backlash Talking”, *The Guardian*, 6 de febrero, Londres.
- Kliksberg, Bernardo y Luciano Tomassini (comps.) (2000), *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- _____ y Chantal Mouffe (2004), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Lash, Scott (1997), “La genealogía y el cuerpo: Foucault, Deleuze y Nietzsche” en *Sociología del posmodernismo*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Levi, Margaret (1996), “Social and Unsocial Capital: A Review Essay of Robert Putnam’s *Making Democracy Work*”, *Politics and Society*, vol. 24, núm. 1, pp. 45- 55.
- Lindholm, Charles (1997), *Carisma*, Gedisa, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (1986), “Prefacio”, “Seducción *non stop*”, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona.
- Loaeza, Soledad (1999), *Clases medias y política en México*, El Colegio de México, México.
- Maffesoli, Michel (1993), “Introducción”, *El conocimiento ordinario*, Fondo de Cultura Económica, México.
- _____ (2004), *El tiempo de las tribus*, Siglo XXI, México.
- Manz, Beatriz, Elizabeth Oglesby y José García Noval (1999), *De la memoria a la reconstrucción histórica*, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (Autores Invitados, 3), Guatemala.
- Melucci, Antonio (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, México.
- Millán, René (1994), “Solidaridad y producción informal de recursos” en René Millán (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- Minujin, Alberto y otros (eds.) (1995), *Cuesta abajo. Los nuevos pobres, efectos de las crisis en la sociedad argentina*, Losada, Buenos Aires.
- _____ (ed.) (1996), *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo*, Naciones Unidas para la Infancia/Losada, Buenos Aires.
- _____ y Eduardo Anguita (2004), *La clase media: seducida y abandonada*, Edhasa, Buenos Aires.
- Montesperelli, Paolo (2004), *Sociología de la memoria*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Moore, Barrington (1989), "Introducción", *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Mora y Araujo, Manuel (2002), *La estructura social de la Argentina: Evidencias y conjeturas acerca de la estratificación actual*, Organización de las Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina y Caribe, División de Desarrollo Social, Santiago de Chile.
- _____ (2003), *La Argentina: una víctima de sí misma. Débil gobernabilidad y bajo consenso social*, La Crujía, Buenos Aires.
- Mouffe, Chantal (2003), *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona (Punto Crítico).
- Murillo, Susana (comp.) (2005), *Contratiempos*, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.
- Natale, Paolo (1994), "Formas y finalidades de la acción solidaria" en René Millán (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Negri, Antonio y Michael Hardt (2000), *Imperio*, Paidós, Buenos Aires.
- Offe, Clauss (1988), "Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional" en *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Fundación Sistema, Madrid.
- Olvera Rivera, Alberto (1996), "El concepto de sociedad civil en una perspectiva habermasiana", *Sociedad Civil*, núm. 1, vol. 1, Rubén Valenzuela, México.
- Ouviña, Hernán (s.f.), "Asambleas barriales: apuntes a modo de hipótesis de trabajo", [http://usuarios.lycos.es/pete_baumann/asambleas_barriales1.htm].
- Pérez Esquivel, Leonardo (2002), "Cuando los cacerolesos sonaron contra el neoliberalismo", en AA.VV., *¿Qué son las asambleas populares?*, Peña Lillo/Continente, Buenos Aires.
- Ponty, Merleau (2003), *El mundo de la percepción*, Fondo de Cultura Económica (Series en Breves), México.
- Putnam, Robert (1994), *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, Princeton.
- Rabotnikof, Nora (1997), *El espacio público y la democracia moderna*, Instituto Federal Electoral (Ensayos, 1), México.
- Rauber, Isabel (2002), "Argentina: hora de unidad popular y de patria" en AA.VV., *¿Qué son las asambleas populares?*, Peña Lillo/Continente, Buenos Aires.

- Reblón, Julián (2007), *La empresa de la autonomía*, Picasso, Buenos Aires.
- Restrepo, Darío I. (2002), “Las prácticas participativas: entre la socialización y la privatización de las políticas públicas” en *Enlaces y rupturas. Experiencias de participación, representativas de una década en Colombia*, Fundación para la Participación Comunitaria/Acción Ecueménica Sueca, Bogotá.
- Ricoeur, Paul (1999), “Introducción”, “La identidad narrada” en *Historia y narrativa*, Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, Buenos Aires/México.
- Rosanvallón, Pierre (2007), *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Manantial, Buenos Aires.
- Rossi, Federico (2006), “Las estructuras de movilización de un movimiento social: estudio comparado de dos casos modélicos de Asambleas Vecinales y Populares en la Ciudad de Buenos Aires”, trabajo presentado en el XXVI International Congress of the Latin American Studies Association, San Juan, Puerto Rico, 15 al 18 de marzo.
- Rouver, Ricardo y Asociados (2003), *Crisis y estado anímico de la población. Informe Especial*, Fundación Antea/Ricardo Rouver y Asociados.
- Schmitt, Carl (1998), *El concepto de lo político: 1932, un prólogo y 3 corolarios*, Alianza (Ciencias Sociales), Madrid.
- Schumpeter, Joseph (1983), *Capitalismo, socialismo y democracia*, 2 vols. Orbis (Biblioteca de Economía, 4 y 5), Barcelona.
- Schuster, Federico (2005), “Presentación investigación UBACYT”, XXV Congreso Alas, Asociación Latinoamericana de Sociología, Porto Alegre, 22 al 26 de agosto.
- Schvarzer, Jorge (2000), *La industria que supimos conseguir*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires.
- Sebreli, Juan José (1983), *Los deseos imaginarios del peronismo*, Legasa, Buenos Aires.
- Selgas García, Fernando J. (1994), “El cuerpo como base del sentido de la acción”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 68, diciembre-octubre, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Smelser, Neil (1995), *Teoría del comportamiento colectivo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sulbrandt, José (1984), “Evaluación del impacto social de la acción en las empresas públicas” en Bernardo Kliksberg y Luciano Tomassini (comps.) (2000), *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Svampa, Maristella (2005), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Buenos Aires (Pensamiento).
- _____ y Sebastián Pereyra (2004), *Entre la ruta y el barrio. Las experiencias de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires.
- Tarrés, María Luisa (2004), “Prólogo” en *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, El Colegio de México, México.

- Tarrés, María Luisa (1999), “Vida en familia. Prácticas privadas y discursos públicos entre las clases medias de Ciudad Satélite”, *Estudios Sociológicos*, vol. XVII, núm. 50, mayo-agosto, El Colegio de México, México.
- Thwaites Rey, Mabel (2004), *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*, Prometeo, Buenos Aires.
- Tolkman, Víctor y Guillermo O’ Donnell (comps.) (1999), *Pobreza y desigualdad en América Latina*, Paidós, Buenos Aires/Barcelona/México.
- Torrado, Susana (1992), *Estructura social de la Argentina 1945-1983*, De la Flor, Buenos Aires.
- UBACYT (2004-2007), “Política y subjetividad: estrategias colectivas frente a la vulnerabilidad social”, proyecto de investigación bianual, Universidad de Buenos Aires Ciencia y Técnica, Buenos Aires.
- Vázquez, Daniel y Valeria Falletti (2007), “Política económica, deslegitimación democrática y reconstrucción social en la Argentina”, *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 29, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.
- Villanueva, Ernesto (2004), “La constitución de sujetos sociales en crisis: acción colectiva, identidad y organización colectiva en la Argentina (1991-2001)”, proyecto de investigación, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Wortman, Ana (coord.) (2003), *Pensar las clases medias. Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*, La Crujía (Apertura), Buenos Aires.

Entrevistas realizadas a los assembleístas en 2006

1. Marcela, 37 años, Liniers, 5 de abril.
- 2 y 3. Sandra, cerca de 65 años; Sebastián, cerca de 50 años, Liniers.
4. Lionel, 45 años, Balvanera, 12 de abril.
5. Santiago, 43 años, Rodríguez Peña, 18 de abril.
6. Silvia, 43 años, Villa Crespo (Juan B. Justo y Corrientes), 22 de abril.
7. Zulma, cerca de 60 años, Villa Crespo (Juan B. Justo y Corrientes), 22 de abril.
8. Emilio, 33 años, Liniers, 28 de abril.
9. Nacho, 35 años, Alameda (Parque Avellaneda), 8 de mayo.
10. Tatiana, 63 años, Cid Campeador, 12 de mayo.
11. Maximiliano, 28 años, San Telmo, 12 de mayo.
12. Alejandro, 42 años, Colegiales, 13 de mayo.
13. Julieta, 25 años, asamblea de Colegiales, 22 de mayo.
14. Horacio, 54 años, asamblea de Colegiales, 27 de mayo.
15. Patricio, 54 años, asamblea de Colegiales, 31 de mayo.
16. Rodrigo, 50 años, asamblea de Colegiales, 5 de junio.
17. Martín K., 32 años, asamblea de Colegiales, 8 de junio

18. Pedro, aprox. 65 años, asamblea de Colegiales, 17 de junio.
19. Griselda, 35 años, asamblea de San Telmo (alfabetización), 17 de junio.
20. Camila, 20 años, asamblea de San Telmo (alfabetización), 4 de julio.

Ahorristas (2006)

21. Alicia, 38 años, Almagro, 13 de junio.
22. Alejandra, 44 años, Villa Crespo, 18 de junio.

Otras entrevistas (2006)

Entrevista realizada al director del CEOP, Roberto Bacman, 20 de abril, Buenos Aires.

Entrevistas realizadas a ciudadanos sin participación política, julio de 2008

1. Diego, 33 años, Chacarita.
2. Gabriela, 35 años, Almagro.
3. Diego, 38 años, Parque Chas.
4. Gumersindo, 42 años, Almagro.
5. Irma, 72 años, Villa Real.

Grupos focales con ciudadanos sin participación política, julio de 2008

Grupo focal 1, siete integrantes. Realizado en el Centro Cultural de Colegiales del CGP.
Grupo focal 2, cuatro integrantes. Realizado en una casa particular.
Grupo focal 3, seis integrantes. Realizado en el Centro Cultural de Villa Crespo del CGP.

Material de prensa periodística

Clarín, 01/01/06, 31/12/06, 26/03/08, 17/07/08
Página 12, 24/03/06
Prensa, abril/03
Informe 2008

**Base de correspondencia de 400 correos electrónicos
intercambiados entre los assembleístas, en su mayoría de Colegiales**

Documentos de circulación por correo electrónico

Adamovsky, Ezequiel (2003a), “El piquete urbano y las formas de coordinación assemblearia”, enero.

_____ (2003b), “¿Qué quedó del ‘Que se vayan todos’? Las elecciones en la Argentina y el futuro del movimiento social”, 17 de mayo.

Alsó Pérez, Luis (2003), “¿Sociedad paralela en la Argentina?”, marzo.

s.a. (2002), “Política de crecimiento: una propuesta”, mayo.

Furlanis, Nicolás (2003a), “Análisis del Movimiento Assembleario”, octubre.

_____ (2003b), “Filosofía barata sobre el Movimiento Social Assembleario”, octubre.

Movilización y protesta de las clases medias argentinas.

Cacerolazo y *asambleas barriales*, Valeria F. Falletti,
número 28 de la colección Teoría y Análisis de
la División de Ciencias Sociales y Humanidades,
se terminó de imprimir el 23 de julio de 2012.

La edición y producción estuvo a cargo de Logos Editores,
José Vasconcelos 249-302, col. San Miguel Chapultepec,
11850, México, D. F., tel. 55.16.35.75,
logos.editores@gmail.com.

La edición consta de 1 000 ejemplares
más sobrantes para reposición.

Este libro es un aporte para los interesados en los movimientos sociales desde una perspectiva psicosocial que pretende combinar los recursos subjetivos y colectivos plasmados en una experiencia social; y que también considera las emociones en los ritmos y las cualidades de los procesos sociales. Además, resulta de interés para quienes desean conocer de cerca la experiencia argentina del *Cacero/azo* y las asambleas barriales en la crisis de diciembre de 2001, con sus particularidades en las modalidades de acción y reflexión políticas. Para dar cuenta de ello se presentan nociones teórico-metodológicas significativas para estudiar procesos sociales y políticos complejos que transitan desde un estado social latente a otro de expresión política pública. Además se analizan los recursos subjetivos y colectivos que se plasmaron en la experiencia de las asambleas barriales y en los destinos que éstas tomaron; se indaga sobre los recursos simbólicos e identitarios de las clases medias argentinas, sus comportamientos políticos, gustos, expectativas y particularmente sus opiniones sobre la participación política.

ISBN 607477671-3



9 786074 776713



CLACSO



Publicaciones